

Solo el amor puede
vencer a los instintos
más viles

SUMA

DANIEL SÁNCHEZ

PROYECTO ZERO



A ti, Marina,
porque eres mi casa

A ti, mamá,
porque me inculcaste tu amor por la lectura

Licencias literarias

Esta obra es de ficción. Los nombres, personajes, lugares y circunstancias, aunque no sean por completo fruto de la imaginación, se utilizan con fines narrativos. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, acontecimientos o espacios reales debe ser considerado pura coincidencia.

Además, las conversaciones, pensamientos y opiniones de los personajes y sus personalidades son parte de un escenario ficticio y no se corresponden en absoluto con los del autor.

Nos detuvimos en la búsqueda de monstruos debajo de la cama cuando nos dimos cuenta de que estaban dentro de nosotros.

CHARLES DARWIN

Es en el cerebro donde todo tiene lugar.

OSCAR WILDE

Prólogo

Una figura caminaba con pasos firmes sobre el frío suelo del hospital. A ambos lados del pasillo, iba dejando atrás habitaciones desde las que los enfermos miraban curiosos, como si no supieran que contemplaban a la mismísima Muerte a la cara. Se detuvo ante una estancia. En el interior, un hombre yacía sobre la cama. Estaba boca arriba y llevaba puesta una máscara de oxígeno. Tenía los ojos cerrados. Tampoco le hubiera servido de nada tenerlos abiertos.

La Muerte se introdujo en el cuarto sin apartar la vista del hombre. Su cuerpo, de aspecto demacrado, se intuía a través del pijama del hospital, los brazos desnudos de tela, pero cubiertos por tatuajes, cada cual más aterrador; se fijó en los pinchazos que recorrían su antebrazo, aquella visión le produjo arcadas. Apenas podía reconocerlo, todos aquellos años en la cárcel le habían pasado factura. Se colocó junto a la mesa auxiliar para iniciar el procedimiento que al fin terminaría con la impotencia con la que había tenido que convivir desde hacía años. Extrajo dos frascos del bolsillo de su bata: uno contenía un compuesto letal que provocaba un paro cardiaco en menos de treinta minutos, casi indetectable; el otro, el virus más contagioso del último siglo, aquel que estaba poniendo en jaque la sanidad de medio mundo. Preparó una jeringuilla con el primero de ellos y se dio la vuelta hacia su víctima.

Antes de inocularle la sustancia, una imagen recurrente le vino a la cabeza. Un hombre de pelo canoso y patillas largas le observaba desde la distancia con mirada afable y gesto severo. Aunque había algo diferente aquella vez, un rictus que no había visto antes, una ligera mueca en sus labios. ¿Podría ser una sonrisa? Nunca lo había visto reír, al menos, en sus recuerdos.

Observó a su víctima, sus ojos seguían cerrados. Se iría sin saber quién le había arrebatado la vida. Daba igual, debía hacerse. «Son alimañas —pensó con asco—. Si ellos viven, seremos el resto los que

terminemos pagando. Para que la sociedad perdure debe purgarse». Introdujo la aguja en el brazo del sujeto sin ningún remordimiento.

Antes de salir de la habitación extrajo su móvil y le sacó una fotografía. Sabía que era un riesgo, pero necesitaba inmortalizarlo. Recordar aquel cuerpo escuálido que le provocaba náusea. Había sufrido tantos años pensando en él. En sus pulmones respirando, en su corazón palpitando, en sus piernas caminando, en su boca sonriendo. Tantos años deseando lo que iba a suceder en unos minutos. Moriría así, sin ni siquiera despertarse, pegado a una botella de oxígeno y postrado sobre la cama. Era casi poético.

Abandonó la estancia con un pensamiento alojado en su mente. Había sido más fácil de lo que pensaba. Y en ese momento lo supo:

«Esto no ha hecho más que empezar».

Capítulo 1

Un globo ocular

«No estoy preparado para verte por última vez», fue el pensamiento que le sobrevino.

Le costaba abrir los ojos, como si una fuerza invisible tirara de sus párpados hacia abajo. En su mente se formaba el recuerdo de aquella pintoresca cafetería de Salamanca, donde la había visto por primera vez. Él, con un ejemplar de *Neurociencia cognitiva* entre las manos; ella, con una camiseta que rezaba «Star Wars está en mi ADN» sobre el dibujo de un genoma formado con dos sables de luz. Era la chica más guapa que había visto en su vida. Los labios pintados de rojo pasión contrastaban con su tez blanca y su cabello castaño. El tiempo se detuvo y David sintió que se le removía algo en su interior.

Igual que en aquel instante, pero por motivos muy distintos. El recuerdo se fue desvaneciendo de su mente, obligándolo a enfrentarse con el presente. Se encontraba en una sala minimalista iluminada con bombillas LED que regaban de luz blanca artificial las puertas metálicas que custodiaban cadáveres en su interior. Como si de una reacción alérgica se tratara, en cuanto tomó consciencia de dónde estaba le vinieron de nuevo los mareos y el vértigo. Se desplomó sobre sus rodillas. La mascarilla quirúrgica le impedía respirar con normalidad, así que se la quitó. Con las arcadas no consiguió expulsar nada, ni siquiera bilis. Se sentó en el suelo, dobló las piernas, se acercó las rodillas al pecho y situó la cabeza entre sus extremidades inferiores.

De pronto, la cara de un hombre parcialmente cubierta por una mascarilla apareció en su ángulo de visión tendiéndole una bolsa de papel.

—Tranquilo, respire dentro de la bolsa. Se sentirá mejor.

«Deja de comportarte como un idiota. Has venido aquí por una razón, hazlo por ella», se decía una y otra vez David.

Con la ayuda de la bolsa fue poco a poco recuperando la compostura. Se fijó en que el hombre, quien le miraba con preocupación, lucía unas ojeras importantes, propias del que lleva sin dormir unas cuantas noches. El poco pelo que le quedaba se veía despeinado. Iba ataviado con una bata blanca con el logotipo del Hospital San Blas bordado en el pecho, su mascarilla FFP2 y su doble guante reglamentario.

—¿Quiere que avise a alguien?

—No, no se preocupe. Ya me encuentro mejor —contestó David retirando la bolsa de papel y colocándose de nuevo la mascarilla.

—Disculpe la espera, pero comprenderá que estamos saturados. Soy el doctor Pedro Collado, director forense de este hospital. Me han dicho que viene por la joven de veintiocho años fallecida por parada cardiaca esta misma mañana.

—David Peña. Sí, así es. ¿Está aquí?

—Acaban de bajarla. Tiene usted buenos contactos —dijo mientras se dirigía a uno de los nichos metálicos—. Ni siquiera se permite la entrada a familiares. Por protocolo, para evitar contagios.

El doctor Collado se quedó esperando algún tipo de explicación por parte de David que no llegó. Después de unos segundos de incómodo silencio, el forense preguntó:

—¿Seguro que quiere verla ahora? ¿No prefiere tomar algo de aire primero?

—No se preocupe, ya me encuentro mejor.

—Sé que es un momento duro, pero tengo que pedirle que no se acerque a la fallecida a menos de un metro y medio.

—De acuerdo —aceptó David.

El forense abrió el nicho, extrajo la camilla sobre la que yacía el cuerpo sin vida de Alma y se dispuso a bajar la cremallera de la bolsa mortuoria que cubría su rostro. Lo hizo despacio, con cuidado, como si ya supiera lo que venía después de abrir aquel sudario. La cabeza quedó al descubierto y David no pudo evitar que varias lágrimas surcaran sus mejillas. Aquella chica que sonreía y trastocaba todo su mundo jamás volvería. Los labios, antes carnosos y sensuales, se habían tornado secos y agrietados; la piel que tantas veces había acariciado no

recuperaría el color, el suave tacto. Nunca más podría abrazarla de nuevo; no la volvería a besar ni olería su perfume. Todas esas emociones pesaban a la vez sobre David Peña, que tenía que hacer un enorme esfuerzo para seguir allí, de pie, observando el cadáver de la que había sido su novia.

Empezó a notar los temblores de nuevo.

«No te derrumbes ahora. Tienes que saber la verdad», pensó.

—¿Cómo ha sido exactamente? —preguntó David para distraer a su propio cerebro.

El doctor Collado revisó el informe que llevaba en un portafolios.

—Según lo que puedo ver en su historial, la paciente se encontraba estable. Estaba ingresada en planta por una afección respiratoria grave, desencadenada por la reacción de su sistema inmunológico ante la enfermedad COVID-19. Esta mañana ha sufrido un empeoramiento en sus funciones respiratorias que ha originado el paro cardiaco que al final le ha causado la muerte. Los médicos no han podido hacer nada por ella.

David no dijo nada, pero el doctor supo interpretar el dolor que escondía su silencio.

—Esta enfermedad es muy jodida, de la noche a la mañana puedes empeorar de forma notable; he visto ya muchos casos como este —añadió el forense.

David levantó la vista hacia el médico. No había dolor en sus ojos castaños, solo pura rabia.

«Sí, esa precisamente ha sido su ventaja, que habéis visto muchos casos como este», pensó.

—Perdone, doctor… —dijo.

En ese instante, el teléfono del director forense comenzó a sonar.

—Discúlpeme un segundo —se excusó Collado mientras se daba la vuelta para atender la llamada.

—¿Sí? ¿Diga?

David no escuchaba a la persona al otro lado del teléfono, tampoco le hacía falta. Sabía muy bien quién era y lo que estaba contándole al doctor Collado. Tal y como había previsto, el forense se giró hacia él

con cara de circunstancias.

—¿Le importa si le dejo solo un momento? —preguntó, desconcertado por lo que acababa de oír.

—Claro que no, le esperaré aquí mismo. Así puedo tener unos minutos a solas con ella.

Collado dudó un instante, pero enseguida se convenció de que debía atender la llamada. Abandonó la sala cerrando la puerta tras de sí.

«Eres la mejor, Lucía», pensó David.

Su amiga siempre estaba dispuesta a ayudarlo, daban igual las consecuencias. Aquellos días los habían unido más que los últimos veinte años. Si no hubiera sido por ella… Se acercó a Alma con la respiración acelerada y se colocó unos guantes de látex. Cogió la jeringuilla que tenía guardada en el bolsillo de su sudadera y la dejó sobre la repisa metálica que había junto a la camilla. Sentía como si una mano invisible que laceraba su pecho oprimiera sus pulmones.

«Alma, lo siento mucho, te fallé. Dejé que todo esto pasara. Tendría que haberlo sabido. Podría haberte ayudado. Y ahora estás muerta».

Una lágrima cayó sobre la cara de la joven y resbaló por la piel de porcelana como las gotas de lluvia sobre el cristal de un coche. David extendió su mano y la acarició con ternura para limpiar el rastro de agua. Se detuvo un segundo a observarla. Nunca antes se había sentido tan roto por dentro. Sin embargo, si quería averiguar la verdad, tenía que hacerlo. Llevó los dedos hacia el ojo izquierdo y le abrió el párpado. Pudo ver su precioso iris color turquesa. No había vida tras su pupila. Aquella imagen le partía el corazón. Con la mano derecha cogió la jeringuilla y la introdujo en el globo ocular, atravesando el cristalino. Con sumo cuidado, extrajo el humor vítreo. Entonces oyó en el pasillo unos pasos que se dirigían hacia allí. El líquido gelatinoso y transparente seguía fluyendo por el tubo.

En el instante en que el forense abrió la puerta, la jeringuilla desapareció en el interior de su bolsillo.

—¡No puede estar tan cerca! Por favor, sepárese del cuerpo —dijo, enervado, mientras observaba sus guantes de látex.

—Disculpe, soy médico, no se preocupe. Soy neurocirujano en el

Hospital General. Solo quería… no sé, quería tocarla por última vez —le explicó David alejándose de ella.

El doctor Collado se estaba poniendo cada vez más rojo y parecía a punto de explotar. El cansancio y el sufrimiento acumulado pesaban en su cabeza, que solo necesitaba una chispa más para que ardiera todo con fiereza.

—Todos lo estamos pasando mal, pero usted mejor que nadie debería saber la importancia de respetar los protocolos —dijo arrastrando las palabras como si supusiera un tremendo esfuerzo no gritar—. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—No, eso es todo —respondió David jugueteando con el tubo que guardaba en el bolsillo—. Muchas gracias.

Cuando salió de aquella habitación terrorífica, David Peña sintió un subidón de adrenalina proveniente del estado de estrés en el que se encontraba. Mientras recorría los desangelados pasillos del hospital, comenzó a pensar en qué momento su vida se había convertido en una espiral de muertes y malas decisiones.

Todo había empezado hacía unos días, aquel maldito 14 de marzo.

Capítulo 2

Una comida familiar

La mañana del 14 de marzo se presentó gris. El cielo era un mar de nubes que presagiaba los funestos acontecimientos que comenzarían aquella misma tarde. Alma y David, ajenos a los designios del destino, se hacían carantoñas frente a una gran puerta de madera de roble.

—¿Es que mi madre no va a abrir nunca? —se quejó Alma.

—Ya sabes cómo es, estará haciendo algo y no nos ha oído —respondió David.

Alma volvió a tocar el timbre con insistencia. David la cogió de la cintura y la atrajo hacia él, ella lo miró con ternura.

—Me gustas más con el pelo corto —dijo deslizando sus dedos por la abundante melena de David y plantándole un beso en los labios.

El médico sonrió dejándose querer.

—A mí me gusta así, en el hospital dicen que estoy guapo.

—¿Ah, sí? —dijo ella fingiendo indignarse—. ¿Quién lo dice si puedo saberlo?

—La gente —respondió él ambiguo.

—¿No te lo habrá dicho Sonia? La de pediatría.

David la miró a medio camino entre reír o enfadarse.

—¿En serio, Alma?

—Es broma —se apresuró a decir ella abrazándole—. Pero podrías probar lo del pelo corto.

—Que no.

—A ver, que no digo rapado…, digo más corto, ¡como Mario Casas!

—No sé cómo lo lleva Mario.

—Ay, mira, pues cortito por los lados y por…

—Déjalo, que no me lo voy a cortar —interrumpió testarudo David.

Alma lo agarró de la camisa y se estiró hacia arriba para besarlo de nuevo, esta vez sin prisa, disfrutándose los labios mutuamente.

—¿Estás seguro?

—¿Es que siempre tienes que salirte con la tuya? —preguntó él acariciando su cara.

—Siempre consigo lo que quiero —respondió ella sonriendo.

En ese momento se abrió la puerta de la casa de Montaña y surgió la cabeza canosa de un cincuentón, quien sonrió de oreja a oreja al verlos.

—¡Muñequita! —exclamó—. ¡Cómo has crecido!

—¡Gaspar! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo te va?

—Pues mira, ahora soy concejal de urbanismo en el Ayuntamiento —le confesó sacando pecho.

—Me alegro mucho, ¡vaya carrera! —dijo Alma—. Este es mi novio, David.

—Encantado. Pero pasad, por favor, que Montaña me va a matar por entreteneros en la puerta.

Mientras caminaban hacia el jardín, sonó el teléfono de Gaspar y este se apartó para contestar. Alma aprovechó para indicarle por señas a David que se acercara para susurrarle una cosa al oído.

—Algo quiere mi madre de este.

—¿Por qué? ¿No son amigos? —contestó él en el mismo tono.

—Sí, del colegio. Pero ¿qué pinta aquí? Y, además…, ¿de urbanismo? —Dibujó una mueca en su cara.

—Cierto es que tu madre no da puntada sin hilo —dijo David riendo.

Montaña era una mujer con una extraordinaria fortaleza. Había enviudado joven y eso la había marcado. Su vida giraba en torno al hotel de lujo que regentaba. Allí pasaba todas las horas que físicamente le eran posible, cuidando cada detalle de la experiencia del cliente. Una alta exigencia que le había costado el mote de Detective Colombo entre el personal del hotel. Era tal su dedicación que hacía desfilar a todos los empleados por las habitaciones para comprobar que el aroma a bosques de tamboti tuviese la intensidad justa. Un perfume dulce, cremoso, algo picante y con notas de cedro. Tan delicado y rico que dejaba un recuerdo imborrable en los clientes. Por supuesto, disponible para su venta en recepción.

El cuidado por los detalles no solo lo aplicaba en su vida profesional.

Tenía un elevado nivel de exigencia con su hija y la había dotado de unos modales exquisitos tanto en la mesa como fuera de ella. Por el contrario, David no era especialmente cuidadoso con las formas. El primer día que comieron en casa de Montaña ya tuvo que lidiar con los reproches de Alma.

—La cuchara a la boca, no la boca a la cuchara —le dijo acompañando la corrección con un gesto a modo de ejemplo.

A decir verdad, nunca había tenido problemas con su suegra. Ella lo adoraba: que si David había salvado a fulanito de morir por un ictus…, que si había dado una conferencia de neurocirugía en una universidad muy prestigiosa de París…, que si había hecho una media maratón… Él encantado, claro. Para David, Montaña era su otra madre, alguien fuerte que podía con todos los obstáculos que la vida ponía en su camino y con un carácter difícil de doblegar, que, por supuesto, había heredado su hija. Él, en cambio, era más como su madre, sentimental y con un estado de preocupación continuo. David y Alma, además de vida, compartían desgracias, ya que a ambos les faltaba su padre. Sin embargo, nunca había escuchado a Alma hablar de él. Por el contrario, David y su madre hablaban de Miguel a todas horas. Recordaban cómo era, sus chistes, cómo lo querían sus pacientes… porque su padre había sido médico, como él. La pena es que nunca pudo ver a su hijo convertirse en neurocirujano. Murió de cáncer cuando David estudiaba en Salamanca, ni siquiera le dio tiempo a bajar a Cáceres para despedirse de él.

Alma apretó su mano con delicadeza y David se volvió a mirarla.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella riendo.

—Disculpa, pensaba en mi padre.

Gaspar colgó el teléfono y se dio la vuelta para dirigirse a ellos.

—Buf, desde que soy concejal no me dejan en paz ni los sábados. Voy siempre apagando fuegos.

Alma le guiñó un ojo a David.

El político abrió la puerta de cristal que daba acceso al impresionante jardín mediterráneo, lleno de colores y texturas diferentes. Un edén de aromas: romero, lavanda, jazmín y rosas; todo fruto de la obsesión de

Montaña por los olores. El camino de piedrecitas blancas conducía hasta una rotonda cubierta por una enorme estructura de madera, de la que afloraba libre una enredadera. En el centro de la glorieta se encontraba el cenador, donde estaban ya sentados la mujer del concejal, un reputado chef cacereño y la redactora jefe del diario regional. Además, de pie junto a ellos, conversaban de manera animada la fiscal provincial y Juan Maldonado, el tío favorito de Alma. Prácticamente era como un padre para ella. La había cuidado y protegido desde que era pequeña.

Saludaron a todos los presentes y después David se acercó a Juan para darle un abrazo.

—Tengo algo que contarte —le dijo al oído.

—¿Trabajo? —preguntó Juan.

David hizo un ademán con la cabeza señalando a Alma.

—Entiendo, mejor en la sobremesa entonces —asintió Maldonado sonriendo—. Te veo en forma, chico, ¿sigues haciendo esas locuras tuyas?

El neurocirujano sonrió. Hacía unos años, cuando ocurrió lo de su padre, comenzó a hacer medias maratones para despejar su cabeza de tanto dolor. La exigencia de las pruebas le impedía revolcarse en su sufrimiento.

—Ya no compito, Juan. Salgo a correr lo que puedo, pero el hospital me deja poco tiempo —respondió—, y si a eso le sumas la investigación en el CIQI…

Montaña, que estaba haciendo unas migas junto a la barbacoa de piedra, se acercó a saludar. Su abundante pelo negro lucía ya mechones canosos que no se molestaba en disimular. Aquella mujer había sabido envejecer sin perder su encanto. Su figura esbelta se plantó frente a ellos.

—¡Mis niños! —exclamó acercándose para darles un beso—. David, estás guapísimo con esta camisa, te favorece mucho el azul clarito.

—Gracias, mamá, es nuevo —dijo Alma en tono irónico haciendo una reverencia con su vestido.

—¡No seas envidiosa que a ti te lo digo siempre!

—Será en sueños —murmuró Alma para sus adentros.

David se puso un delantal y cogió una cerveza para ayudar a Montaña con las migas, que se iban haciendo lentamente al calor de la lumbre.

—Mamá, ¿otra vez migas? ¿Quieres matarnos de colesterol? —preguntó observando la panceta y el chorizo.

Montaña puso los ojos en blanco sin contestar a la pregunta de su hija.

—¿Cómo ha ido la semana? —inquirió David para cambiar de tema.

La mujer suspiró apesadumbrada.

—¿Cómo crees? Las reservas no paran de caer. ¿Has visto cómo están en Italia? Y ahora se rumorea que van a declarar aquí el estado de alarma.

—¿A partir de cuándo?

—No sé. Ahí tienes al concejal, pregúntale a él —dijo riendo.

—Hablando de Gaspar, ¿qué proyecto nuevo tienes en mente? —preguntó David esbozando una sonrisa pícara.

—Ya sabes, una que nunca para de darle vueltas a la cabeza —le respondió.

—Eso es bueno. Te lo digo yo que trato el cerebro.

—¿Y en el hospital? —preguntó Montaña con gesto serio—. ¿Tenéis muchos casos?

—De momento hay pocos, pero van creciendo día a día. Esto puede explotar en cualquier momento —le explicó David, preocupado.

—Pues que Dios nos coja confesados —respondió su suegra mientras removía los pedazos de pan tostado acompañados de carne y verduras—. Las migas están en su punto, ¡pruébalas! —Montaña le metió la cuchara en la boca.

—Riquísimas —sentenció David a duras penas con la boca llena.

—¡A comer! —Montaña se dirigió hasta la mesa con la sartén.

La comida transcurrió entre risas y bromas. Gaspar los avisó de que, desde el Gobierno, los habían instruido para prepararse ante la posibilidad de un confinamiento domiciliario. Parecía que los rumores que se barruntaban la semana anterior eran ciertos. David apretó la

mano de Alma por debajo de la mesa. Los esperaban tiempos difíciles en el hospital.

—Pienso que lo mejor que podrían hacer es decretar el confinamiento —aportó David—, con la tasa de contagio del virus en menos de dos semanas tendríamos los hospitales colapsados.

Montaña, que estaba al otro lado de la mesa, le echó una mirada de puro fuego.

—¿Y yo qué hago con mi hotel, guapo?

—Y con mi restaurante —aportó el chef.

David se encogió de hombros.

—Serán semanas duras para todos, pero se salvarán muchas vidas.

—¿Tiene sentido tanta histeria? —preguntó la periodista—. He visto los datos esta mañana en la redacción y hay apenas cinco mil casos registrados y una centena de fallecidos. ¿Cuánta gente fallece al año con la gripe?

—Esto no es una gripe —apuntó Alma—, tarda más en aparecer y se propaga más rápido. Además, los cuadros graves son más habituales en la COVID-19. Estamos trabajando para secuenciar el genoma completo del virus de pacientes españoles, eso nos dará más información.

—Alma es genetista en el hospital —explicó Montaña a sus invitados —, además está realizando una tesis doctoral sobre detección de mutaciones en enfermedades congénitas.

La joven pareció sorprenderse de que su madre sacara pecho por sus logros.

—Bueno, ¿qué os parece si dejamos este tema tan aburrido y pasamos a la sobremesa? —preguntó Juan poniendo sobre el mantel una caja de habanos traídos de Cuba.

Los invitados declinaron amablemente la oferta y se marcharon alegando cansancio. Alma se disculpó con su tío, besó a David, entró en casa de su madre a por un libro y se sentó en el balancín del jardín, junto a los geranios. Montaña también se retiró a su despacho, solo de pensar en el papeleo que se le venía encima quería llorar.

David y Juan decidieron quedarse en la mesa disfrutando de una crema de orujo.

—¿Qué querías contarme antes, hijo? —le preguntó Maldonado mientras encendía el puro.

David se metió la mano en el bolsillo y le enseñó la cajita más inconfundible que existe, la de un anillo de compromiso. Juan la abrió.

—Fiuuu, ¡vaya diamante! —exclamó—. Te ha debido de costar un ojo de la cara.

—Eso es lo de menos —respondió el joven—. Bueno, ¿qué te parece?

—¿Necesitas mi bendición?

David soltó una carcajada.

—Si estuviéramos en el siglo XIX, igual te la pediría, pero ahora las mujeres pueden decidir con quién casarse —se burló.

—Bueno, aunque no me la pidas, yo te la doy. Soy así de generoso.

—¿Crees que me dirá que sí?

—Creo que seréis muy felices. No conozco ninguna pareja tan alegre y espontánea como vosotros —respondió Juan.

—Eso espero. ¿Me harás el favor de ser nuestro padrino de boda?

—Con mucho gusto. Eso sí, no me hagas hablar, que me emociono enseguida.

Al otro lado del jardín, Alma leía apaciblemente una novela, ajena a su compromiso; a una boda que ya nunca se celebraría; a una vida feliz, casada, con dos hijos y un perro, que ya nunca viviría. Era el último momento de paz en el poco tiempo que le quedaba.

Capítulo 3

Una sesión clínica

Jamás se había dado el caso de que David llegara a tiempo a una sesión clínica; mucho menos en sábado y después de una comida familiar. Por suerte, la jefa no había venido todavía.

La sala de reuniones de su departamento no era apenas más grande que el despacho de un médico de cabecera. Sus compañeros, los otros tres miembros del Departamento de Neurocirugía del Hospital General de Cáceres, ya estaban sentados alrededor de la mesa, uno en cada esquina. Como siempre, se acercó para saludarlos.

—¡Eh! Ni me toques, te quiero a dos metros de mí… —se burló Jesús levantándose de su asiento como quien está sufriendo un atraco.

—No te acerques a él, no vaya a ser que no pueda ir a esquiar a Sierra Nevada el próximo fin de semana —comentó Isabel con sarcasmo.

—Puedes tocarme a mí, a los alemanes no nos afecta el virus —bromeó Clemmens con su acento teutón.

—No creo que puedas ir ni a la esquina el próximo fin de semana. Por lo que parece, esta noche se va a decretar el estado de alarma —respondió David.

—¡La que nos espera! —se lamentó Isabel.

David asintió en silencio mientras se acomodaba en la silla.

Junto a la jefa, los cinco formaban un reputado equipo de expertos. A todos los había reclutado la doctora Murillo, toda una institución europea en neurocirugía y técnicas endovasculares, la especialidad de David. A estas alturas de su carrera, ella priorizaba las conferencias a las operaciones. Así fue como conoció a Jesús y a Isabel, cuyo conocimiento solo competía con su ambición, luchando por llamar la atención de la prestigiosa doctora en todas sus ponencias. La doctora Murillo no dudó ni un segundo en incorporarlos a su equipo en cuanto

le ofrecieron liderar el nuevo Departamento de Neurocirugía del Hospital General. David fue el siguiente en llegar. En aquel momento trabajaba en el Gregorio Marañón, en Madrid, donde tenían la tecnología más avanzada de España para llevar a cabo cirugías de mínima invasión. Cuando recibió la llamada de la doctora, le surgieron dudas. Su buen hacer pugnaba con su falta de recursos para sacar adelante procesos quirúrgicos complicados. Fue un acto de fe. Tenía que reconocer que la parte profesional había influido algo; el 98 por ciento restante lo hizo el amor. Alma acababa de regresar de Estados Unidos, de trabajar en un programa de intercambio en el Hospital Presbiteriano de Nueva York. Se encontraba muy cómoda en Cáceres y no tenía ninguna intención de moverse. Si querían seguir juntos, el paso tenía que darlo él. Abandonó la capital y regresó a la ciudad que lo vio crecer. Ese salto al vacío tuvo su recompensa tres años después con cinco millones más de financiación para el departamento. En aquel entonces fue cuando entró Clemmens Otto, el último integrante del equipo, un médico alemán que David había conocido durante su periodo de formación en Hamburgo y con el que había pasado tiempo entre cervezas, *schnitzels* y *bretzels*.

Conformaban un grupo muy variopinto que se mostraba unido, en las duras y en las maduras. Siempre apoyándose entre compañeros frente a un aneurisma peliagudo, en una guardia complicada o celebrando otra vida salvada, pero, ante todo, incondicionales con quien sufría la pérdida de un paciente en el quirófano. Nadie los preparaba para asumir que cualquier mínimo error se pagaba con la muerte de otra persona. Todos habían aprendido a base de palos.

La mayoría de ellos además hacía horas extra en el Centro de Innovación Quirúrgica Internacional, conocido por todos como CIQI. En él aprendían nuevas técnicas quirúrgicas, daban formación a colegas extranjeros e incluso participaban en proyectos de investigación muy avanzados con robótica y células madre.

La doctora Murillo entró en la sala con su habitual paso firme, a golpe de tacón, y aquel aire de superioridad tan característico en ella, como si cada cosa o persona presente en la habitación le perteneciera.

—Buenas tardes, doctores. Hoy, más que nunca, los quiero concentrados porque se avecinan curvas —dijo mientras conectaba su portátil al proyector.

—¿Tenemos ya los protocolos para tratar a los pacientes con la COVID-19? —preguntó Isabel.

—Todavía no. Vengo de hablar con Alfonso y está reunido con el resto de jefes de sección decidiendo cómo afrontar la situación en el hospital. Parece ser que los epidemiólogos prevén un ritmo exponencial de los contagios hasta finales de abril.

—Me dice un colega del hospital de Lombardía que allí las UCI están colapsadas —aportó Jesús.

El comentario dejó el ambiente tan helado como la parte de atrás de un congelador. La jefa, a quien no le gustaba perder el tiempo con temas que escapaban a su control, fue al grano y abrió la presentación de PowerPoint con los casos médicos pendientes.

—¡Atentos! Paciente de cuarenta y cuatro años de edad. Presenta un cuadro de alteración en la visión. No tiene antecedentes de interés ni refiere ningún síntoma más, ni cefaleas ni alteraciones menstruales; lo único ha sido un empeoramiento en la visión de forma repentina que la obligó a consultar al oftalmólogo. El estudio hormonal es completamente normal. Sin embargo, en las imágenes de su cerebro encontramos la causa de sus síntomas.

Murillo expuso la diapositiva con la resonancia magnética.

—Aquí podéis ver la lesión —dijo señalando con el cursor un punto en la imagen—. En su interior, se observa un posible sangrado intratumoral. Esto podría justificar el empeoramiento brusco de la paciente. Y bien, ¿qué pensáis?

—¿Podría ser un tumor epidermoide? —aventuró Isabel, que solía ser la primera en plantear un diagnóstico.

—No lo es —respondió la jefa, cortante.

—También podría ser un meningioma —sugirió Jesús.

—Bingo —Murillo le señaló.

—En cualquier caso, yo haría una biopsia de la lesión y, según el resultado, nos planteamos cirugía o radioterapia —continuó Jesús.

—No soy partidario de la cirugía siempre que haya necesidad —argumentó Clemmens, que todavía se hacía un lío con las estructuras de las frases en español.

—No hace falta una biopsia —apuntó David—. Podemos realizar una intervención para acceder a la lesión a través de las vías nasales. Será limpia y segura para la paciente.

—Dadme un segundo que lo piense —dijo Murillo.

No es que le costara tomar decisiones; de hecho, ella ya había tomado una determinación sobre el tratamiento antes de entrar por la puerta. El segundo para pensar no era para pensar, era para dejar claro quién tenía la última palabra en aquella sala.

—De acuerdo, realizaremos la cirugía a través de las vías nasales, como sugiere el doctor Peña. Puede programarla usted mismo junto con el doctor Jiménez —sentenció.

Jesús y David se miraron mutuamente, asintiendo en silencio.

—Bien, sigamos. El siguiente es el niño de diez años con pequeñas manchas cutáneas. Creo recordar que este caso ya se lo asigné al doctor Peña. ¿Nos quiere actualizar el estado del paciente?

David se puso en pie.

—Os pongo al día. El niño vino a través de Rojas, quien creyó que las manchas cutáneas podrían ser causa de un síndrome raro: la mutación del gen RASA1. Como sabéis, se caracteriza por generar malformaciones arteriovenosas cerebrales, así que pedí una resonancia magnética. Gracias a ella he comprobado que el paciente presenta una gran malformación arteriovenosa situada en la vena de Galeno. También le pedí un análisis del genoma al doctor Ayala y me ha confirmado la mutación en el gen.

A David no se le escapó la sonrisa cómplice entre Isabel y Jesús cuando mencionó al genetista. Luis Ayala era el director médico a cargo del Departamento de Análisis Clínicos y también el jefe de Alma, pero sus compañeros no se reían de eso. Sus conocimientos y aptitudes científicas le habían llevado a ocupar un alto cargo en el hospital. Sus habilidades sociales, en cambio, le habían conducido a sufrir el rechazo de la mayoría de colegas de profesión. No es que lo acosaran

laboralmente, pero sí solían reírse de sus peculiaridades a sus espaldas. Luis era un niño torpe y egoísta encerrado en el cuerpo de un cuarentón con sobrepeso. Para él, su criterio estaba por encima del de cualquiera. Hasta el momento, el trato con David había sido cordial; más aún cuando se enteró de que era la pareja de su ojito derecho, la mujer que adoraba la genética tanto como él.

—Vamos a abordar la malformación por vía endovascular. He programado la operación para este lunes —continuó explicando David —. De hecho, los padres están citados ahora mismo, a la espera de recibir los detalles.

—Será mejor que lo libere de la sesión; llevaremos nosotros el resto de casos —le concedió Murillo.

David abandonó la sala y se apresuró a reunirse con los padres que ya le esperaban en el pasillo, junto a su despacho. Los hizo pasar y sentarse al otro lado del escritorio. Ambos se quedaron expectantes, aguardando ansiosos la confirmación de que al fin podrían operar a su niño. A David no le gustaban las prisas, y mucho menos cuando se trataba de sus pacientes, pero en este caso entendía que los padres quisieran realizar la intervención lo antes posible. Llevaban a sus espaldas demasiadas pruebas, diagnósticos, especialistas; solo querían dejar atrás todo aquello e irse a casa con su hijo. La conversación fue bien. Siempre era difícil explicar una cirugía mayor a los familiares, y más cuando se trataba de menores de edad. Pero se mostraron bastante comprensivos. Hasta que David mencionó los riesgos.

—Riesgos… ¿qué tipo de riesgos? —preguntó la madre del muchacho.

—No se preocupen, la mayoría de cirugías para eliminar malformaciones se realizan sin ningún incidente. Pero, en algún caso esporádico, se puede producir un ictus o una hemorragia cerebral. Dependiendo de la gravedad, existe riesgo de padecer diferentes secuelas. O ninguna. De hecho, las hemorragias leves no suelen provocar daños.

Tras la explicación de David, la mujer se mostró inquieta, se frotaba las manos sin parar mientras miraba de reojo al padre. Él, por el

contrario, se mantenía tranquilo, con las manos apoyadas sobre los muslos. Sus ojos rojos indicaban que estaba a punto de romper a llorar; daba la impresión de que, una vez se abrieran esas compuertas, iba a ser difícil cerrarlas.

—¿Y si decidimos no operarlo? —preguntó la mujer.

—Seré totalmente sincero, señora. Las malformaciones son una bomba de relojería. La probabilidad de que se rompa y provoque una hemorragia cerebral es acumulativa: cada año aumentará en torno a un 5 por ciento. No apostaría a que dentro de diez años siga sin causarle problemas.

A David no le gustaba ser tan directo, pero a veces era la única manera de que los familiares no pusieran en riesgo la vida de sus pacientes.

—Confiamos en usted, doctor Peña —sentenció el padre.

Capítulo 4

Un último entreno

Se pasó todo el camino de vuelta a casa pensando en el niño. ¿Se habría equivocado programando la operación con un virus capaz de colapsar las UCI rondando por ahí? ¿Cómo estaría el hospital el lunes?

Cuando vio la puerta de su casa, sacó las llaves y trató de dejar la mente en blanco. Era una regla que se había autoimpuesto para no volverse loco; al pisar aquel umbral, tenía que olvidarse del trabajo. En este punto envidiaba a Alma, nunca la había visto afectada por el trabajo. Es posible que influyera el hecho de que ella no trabajaba con pacientes directamente, que cuando iba a trabajar no tenía una vida en sus manos y que no había tenido que llorar la muerte de una niña de trece años al haber perforado una arteria sin querer.

Tiró las llaves en la cesta de la entrada. Dejó la chaqueta en el perchero de madera y se quitó los zapatos. Esta acción, que le había costado tanto al principio de su relación, le resultaba ahora natural. Había tenido las suficientes broncas con Alma como para darse cuenta de que el tema de la pulcritud y la limpieza en casa no era negociable. Ella siempre le decía que bastantes virus y bacterias tenía que estudiar en el trabajo como para verlos también en su casa. De hecho, habían tenido que contratar a una persona que iba a limpiar tres veces por semana, ya que hacer una limpieza semanal los sábados no era suficiente para ella.

Las luces estaban apagadas. Alma se habría ido al hotel de su madre a trabajar en su tesis, utilizaba la suite como despacho, así estaba más tranquila. David decidió dar rienda suelta a una de las pasiones que gobernaba su día a día: correr. Con toda probabilidad, sería el último entreno en mucho tiempo, así que pensaba aprovecharlo. Decidió enviarle un mensaje a su amiga Lucía para ver si se unía, pero tras varios minutos sin respuesta se dio por vencido. Se cambió y calzó el

último modelo de zapatillas Nike para corredores de asfalto. David no era caprichoso con nada; no codiciaba ni coches ni muebles caros ni tecnología de última generación. Eso sí, el equipamiento deportivo era su talón de Aquiles. Llevaba tres deportivas en un año. Se preguntó qué es lo que habría pensado su padre que, a pesar de ser hijo único, lo había educado en la austeridad. En disfrutar con poco. Al contrario que la familia de Alma, tanto Juan como Montaña creían en la ostentación para alcanzar un estatus. Por eso David no culpaba a Alma cuando quería comprar todos los muebles de la casa de diseño o cuando iban al súper y siempre se le iban los ojos a lo más caro. Le gustaba pensar que estaba influyendo en ella poco a poco, pero quizá fuera al revés, quizá fuera él quien cada vez tenía más necesidades, y, sobre todo, más caras.

Tras vestirse como si fuera a correr la maratón de los Juegos Olímpicos, salió al emblemático casco histórico de Cáceres. Se estaba haciendo de noche. El sol dibujaba las sombras de los edificios medievales sobre el empedrado. Tenían la suerte de vivir en la parte más antigua, en un caserón que pertenecía a la familia paterna de Alma. A David le gustaba salir a correr a esa hora, cuando los pocos turistas que quedaban se batían en retirada hacia sus hoteles. La ciudad vieja era suya y, al atravesar aquellos callejones, construidos hacía más de cinco siglos, se transportaba al lugar perfecto para evadirse.

Nunca fue el más rápido; tampoco era su principal objetivo. Aquella afición empezó como una cura para su salud mental ante la muerte de su padre y acabó siendo un tratamiento antiestrés para despejarse de las preocupaciones del hospital. Había pocas sensaciones de libertad más maravillosas que hacer deporte al aire libre.

Cruzó el casco histórico dejando a un lado el Arco de la Estrella. Se adentró en las inmediaciones de la Concatedral de Santa María, donde cada año se celebraban los mercados medievales que representaban las tres culturas de la ciudad: cristiana, árabe y judía. Continuó hasta la plaza de San Jorge, presidida por la estatua del santo montado a caballo en el momento de alancear al dragón. Subió los escalones de la calle de San Pablo todo lo deprisa que le permitían sus piernas, tratando de liberar endorfinas. Cuando llegó a la plaza de San Mateo,

tomó la decisión de subir a la montaña. Casi siempre optaba por llegar hasta el parque de El Rodeo y, allí, dar vueltas alrededor del lago; pero ese día tenía demasiada energía.

No fue consciente de que, al elegir aquella ruta, marcaba una diana en su pecho y en el de sus seres queridos.

Capítulo 5

Un exmilitar

Javier Silva estaba acostumbrado a lidiar con el hormigueo en el estómago previo a una misión. No dejaba que los nervios se apoderaran de sus decisiones. A sus cuarenta y siete años, tenía un acendrado historial militar: Afganistán, Irak, Honduras, Colombia, Túnez… La lista era interminable. Mientras conducía su Volkswagen Tiguan de alta gama por la Ronda Norte, directo al trabajo que le había encomendado el doctor Hooker, recordó su primera misión operativa, hacía ya diecisiete años.

En aquel entonces, Silva tenía treinta recién cumplidos y ostentaba el cargo de subteniente; había acabado su formación y acababa de incorporarse a la tercera compañía de los Grupos de Operaciones Especiales (GOE), las fuerzas especiales de élite del Ejército de Tierra español, aunque todo el mundo los conocía como los Boinas Verdes.

La madrugada del 17 de julio de 2002 recibió la llamada que llevaba esperando desde que se unió al Ejército, doce años antes. Saltó de la cama, se puso unos pantalones y una camiseta a la velocidad de la luz y llamó a un taxi con el que recorrería los más de cincuenta kilómetros que separaban su casa de la base militar de Rota, donde ya le esperaban el resto de compañeros de su escuadrón.

—¡Ya era hora, subteniente Silva! —exclamó el comandante Gutiérrez cuando Javier entró abruptamente en la sala de operaciones, repleta de mapas, pantallas y radares bélicos.

—¿Es que acaso tenía que esperar a que su mamá le preparase el bocadillo de Nocilla para la misión? —le preguntó el teniente Martínez.

La pregunta provocó las risas del resto del equipo.

—¡Claro que no, teniente! —se defendió Silva—. Me entretuve dejando en casa a su hermana. No quería que se fuese a casa sola a estas horas.

El teniente Martínez, que todavía se estaba riendo de su propio comentario, mudó el gesto y se incorporó furioso para encararse con Silva.

—¡De acuerdo, señores! No tenemos tiempo para tonterías. Siéntense, ¡ahora! —intervino el comandante Gutiérrez.

El tono sugería que se había acabado el momento de hacer bromas, tocaba ser profesionales.

—Caballeros, hace justo dos horas y trece minutos hemos recibido la llamada del ministro de Defensa en persona —dijo el comandante arqueando las cejas—. Da luz verde a la Operación Perejil. Tomaremos la isla antes del amanecer, sin bajas. ¿Teniente Martínez?

El teniente desplegó un mapa sobre la mesa y dibujó dos puntos en los extremos de un islote.

—Accederemos a la isla en dos Super Puma: el primero hará de señuelo ejecutando una maniobra de distracción sobre las tropas marroquíes. El segundo equipo saltará sobre la isla y, en abanico, reducirá a los enemigos. ¿Todo claro?

—¡Sí, teniente! —gritaron todos al unísono.

—Entonces vamos allá; salvemos el culo a nuestros políticos para que puedan seguir friéndonos a impuestos.

Silva no conocía los detalles del conflicto. Había leído en la prensa que Marruecos había enviado tropas al islote, supuestamente persiguiendo a terroristas islámicos. Lo raro era que, una semana después, siguieran allí. Según el comandante Gutiérrez, aquella misma tarde el presidente de España, en reunión con el ministro de Defensa y el ministro de Exteriores, había catalogado la osadía de Marruecos como «un asunto grave que necesita una rectificación inmediata».

Así que allí estaba su equipo de élite al completo montado en dos helicópteros Super Puma, listo para «rectificar» el conflicto diplomático.

—Nos encontramos a quince kilómetros del objetivo —gritó el piloto sobre el estruendoso ruido que hacía el aparato al sobrevolar el estrecho.

Silva se entretuvo revisando su fusil G36 mientras recibían las

últimas instrucciones de la misión por parte del teniente Martínez.

—¿Me ha entendido, subteniente? —preguntó este posando su mirada en Silva, quien comprobaba su arma, aparentemente ajeno a lo que estaba contando.

—Por supuesto que sí, teniente, que evitemos las bajas siempre que sea posible —respondió Silva, altivo.

—De acuerdo —bramó Martínez mientras se acercaba a él para hacerle una apreciación en privado—: Cuando un superior habla, el resto atiende. ¿No querías ser parte del grupo? No la cagues, Silva.

Javier iba a replicar, pero decidió permanecer callado. Quería formar parte de las fuerzas especiales desde que tenía uso de razón. Si para ello tenía que aguantar a Martínez, lo haría. En el fondo, sabía que la animadversión que el teniente le profesaba se debía a que le había ganado dos veces seguidas en el campeonato militar de tiradores de precisión del Ejército de Tierra.

—¡Prepárense para saltar! —anunció el piloto mientras iniciaba la maniobra de aproximación del Super Puma a tierra, una tarea fácil para un piloto experimentado, pero que se estaba complicando debido al fuerte viento—. ¡Deben saltar ya, no puedo acercarlo más!

—Adelante, cuidado al caer, son dos metros de salto —apuntilló el comandante Gutiérrez y, acto seguido, se precipitó al exterior.

Eran casi las seis de la mañana. El sol salía por el otro extremo de la isla, justo donde el segundo helicóptero llamaba la atención de las tropas marroquíes. Todavía estaba bastante oscuro y no hacía demasiado calor, pero el traje, la mochila y el fusil de asalto en los brazos subían la sensación térmica un par de grados. El pelotón avanzaba sigiloso mientras ascendía la ladera del islote, con pasos seguros y firmes, manteniendo la misma distancia entre ellos; parecían una bandada de pájaros migratorios con Gutiérrez a la cabeza. Silva trataba de localizar cualquier movimiento sospechoso a través de sus gafas de visión nocturna. El comandante levantó el brazo y todos frenaron su avance, esperando órdenes.

Algo había llamado su atención: dos hombres escuchando una radio junto a una pequeña casa. El tejado de la barraca estaba medio

derruido. Aquellos marroquíes no parecían portar armas, aunque la imagen verdosa que ofrecían las gafas de visión nocturna no era la idónea. El comandante dio instrucciones a su equipo mediante señas. Dos miembros del equipo rodearon la cabaña y otros dos encararon a los desconocidos de frente; en diez segundos los soldados estaban reducidos en el suelo.

Gutiérrez ordenó al subteniente Silva y a otros tres hombres del equipo dar un rodeo antes de reunirse con ellos en la parte alta del islote; de esta manera, podrían hacer un reconocimiento del terreno y evitar sorpresas.

Al mismo tiempo, el equipo principal siguió avanzando de frente hacia la meseta superior y replicó la misma táctica dos veces más, hasta arrestar a un total de seis marroquíes. La quietud de la isla solo provocaba la inquietud del grupo.

—¿Esto es todo? ¿Nos han enviado a este islote a detener a seis putos pastores? —El teniente Martínez estaba empezando a perder la paciencia.

—¡Silencio! No me cuadra nada… —El comandante no había terminado de hablar cuando oyeron un disparo y, unos segundos después, algunos gritos.

—¡Avanzad!

Todo el equipo siguió, fusil en alto, las instrucciones de su comandante. Avanzaron hasta un recoveco natural, en la ladera de la montaña. Cuando se aproximaron al origen del sonido, no dieron crédito a lo que estaban viendo: un grupo de diez hombres se encontraba de rodillas, con las manos en alto y los rifles en el suelo. Los cuatro militares españoles los encañonaban, con Javier Silva a la cabeza. El resto del escuadrón llegó a su altura todavía con los fusiles en posición de ataque.

Silva se adelantó para hablar con Gutiérrez.

—He tenido que disparar, comandante. —Parecía bastante afligido—. No me quedó otra opción, el chico iba a abrir fuego sobre el cabo Guzmán.

El comandante miró hacia donde le señalaba Silva y vio como uno de

los soldados marroquíes tenía la mano izquierda ensangrentada. Se podía intuir un orificio bastante feo en la parte superior y la fractura de un par de huesos metacarpianos.

—Joder, Silva, no acababa de creerme la reputación sobre tu puntería, pero hacer ese disparo con esta luz… —El comandante sonrió impresionado mirando nuevamente el agujero de bala que el asustado soldado marroquí lucía justo por debajo de los nudillos—. No te preocupes, se pondrá bien. Eso sí, no podrá dar un apretón de manos en una buena temporada.

Habían completado con éxito la misión, no había bajas y la isla volvía a estar bajo dominio español. Días más tarde, Silva pudo leer en la prensa que el «malentendido» entre los dos Gobiernos estaba en vías de solucionarse y que en la isla de Perejil ya ondeaba de nuevo la bandera de España. Seguía la noticia: «Las fuerzas de élite españolas solo han arrestado a seis hombres desarmados, que no disponían de formación militar».

Según les comunicaron sus superiores, las relaciones diplomáticas entre los dos países eran más importantes que el ego de los militares españoles. Una cosa era que Marruecos supiera que había sufrido una cura de humildad de puertas para dentro y otra que lo supiera todo el mundo.

Fue la primera vez que Silva vio la metamorfosis que sufría una misión, desde que ellos la ejecutaban hasta que un periodista con sus gafas de pasta y su MacBook Pro la redactaba.

Diecisiete años después de aquello, un Silva menos joven, pero más letal, subía conduciendo la carretera de la montaña camino del santuario.

Capítulo 6

Un encuentro fortuito

Ya había anochecido cuando David comenzó a ascender la carretera de la montaña. En la cima se encontraba el santuario de la Virgen. Se decía que ayudaba a quien se lo pedía, así que el joven se tomó un momento y le pidió fuerzas para encarar la cuesta que tenía delante. Desde esa posición, se podía vislumbrar el casco antiguo iluminado en todo su esplendor; cada edificio, cada torre, cada rincón amurallado. A menudo venía con Alma y se sentaban siempre en el mismo banco. Jugaban a imaginar qué historias encerraba su ciudad: de moros, de cristianos, de judíos, de inquisición; de muerte, sí, pero también de amores, de eruditos, de reyes y señores.

—¿Te he contado alguna vez la historia de mi familia? —le había preguntado Alma una vez.

David negó curioso.

—¿Ves aquella casona grande de allí?

—¿Cuál?

—Allí, junto a la torre cubierta por la hiedra, al lado de San Mateo —dijo señalando la posición con el dedo.

—Solo puedo ver el tejado desde aquí, ¿qué le pasa?

—¡Pero hemos pasado cientos de veces! La fachada tiene un escudo con cinco flores de Lis.

—Ni idea.

—¡Es igual! ¿Quieres que te cuente la leyenda de mi familia o no? —le preguntó ella perdiendo la paciencia.

—Que sí quiero, ¡cuenta ya!

El entrecejo fruncido de Alma enseguida se disipó ante el genuino interés de David.

—La leyenda de los Maldonado comienza con mi antepasado más ilustre, el noble cacereño Hernán Pérez de Aldana. Al parecer, estando

enfermo decidió peregrinar al monasterio de Monserrat, donde tuvo un desencuentro con otro hombre. Una disputa que acabó en un duelo a muerte. El hombre con el que había discutido resultó ser el sobrino del rey de Francia, Felipe I, a quien mi tatarabuelo pidió justicia. El duelo a muerte entre Aldana y el joven, en presencia del mismísimo monarca francés, cayó del lado de Hernán. Fue entonces cuando el rey le pidió al noble cacereño que mostrara piedad con su sobrino. Mi tatarabuelo, todavía ofendido, le pidió al monarca cinco flores de lis de las ocho que había en el escudo real francés a cambio de perdonarle la vida al joven. «Así mi promesa sea cumplida, y yo te las doy, si bien mal donadas». —Alma interpretó al mismísimo monarca francés con reverencia incluida—. A partir de aquel momento, Aldana incorporó las cinco flores de Lis a su escudo y Maldonado en su apellido —concluyó Alma—. Mola, ¿verdad?

—Muchísimo. ¿Cómo es que no me habías contado antes esta historia?

—Bueno, no tienes que saberlo todo de mí, mejor descubrirme poco a poco —dijo Alma pellizcándole en el costado.

—Pero hemos pasado cientos de veces por delante, ¡no puedo creer que nunca me la hayas contado! —exclamó David entre mosqueado y divertido.

Alma hizo un gesto restándole importancia.

—La casa dejó de pertenecer a mi familia hace mucho tiempo, incluso yo había olvidado la historia. Fue mi tío Juan quien me la recordó hace poco.

—Pues es fascinante —musitó David impresionado.

Alma apoyó la cabeza sobre el hombro de David.

—¿No te parece que es como un belén de Navidad iluminado? —dijo admirando la ciudad amurallada al anochecer.

El recuerdo desapareció de su mente al mismo tiempo que sus pulsaciones se pusieron por encima de ciento ochenta.

«He perdido la forma», pensó. Habían sido unos meses complicados en el hospital; muchas guardias, operaciones de urgencia y, encima, el proyecto de investigación que estaba desarrollando en el CIQI. Sin

duda, las horas más exigentes de su día a día a nivel mental. Tenía que lidiar con nuevas técnicas de intervención con las que no estaba familiarizado, porque en realidad nadie lo estaba, pero, sobre todo, le lastraba la confianza que tenían depositada en él. Eso lo abrumaba hasta bloquearlo. En su cabeza no era merecedor de haber sido elegido para desarrollar aquella investigación. Y cada día, sin excepción, cuando llegaba al centro médico debía repetirse a sí mismo su mantra para no abandonar: «Si no lo haces tú, nadie lo hará por ti y esta gente te necesita».

Además, estaba Alma. Últimamente la notaba más distraída, algo distante. Quizá fuera la tesis doctoral que le estaba llevando más tiempo del que había pensado o quizá hablar sobre tener niños había sido demasiado para ella. La conversación había surgido de forma natural, otras parejas de amigos de su edad estaban teniendo hijos. David lo tenía muy claro, quería ser padre. Era evidente que no era el mejor momento, ¿cuándo lo sería?, pero cuando surgió el tema vio que ella no había llegado a ese punto aún. Le habló de responsabilidades, de trabajo, de viajar, de que le gustaría casarse antes… Ese había sido uno de los motivos que había llevado a dar el paso de comprar un anillo de compromiso, pero no el único. David amaba a aquella mujer con todo su corazón, como sabía que ella lo amaba a él. Si los niños quedaban descartados por un tiempo, quería dar otro paso más en su relación. Formar una familia, aunque de momento fuera de dos.

Los gemelos le ardían cuando embocó los últimos quinientos metros que le separaban del santuario. Llegó sin resuello, con el corazón a mil por hora. «¡¡¡Por fin!!!». Dio unos pocos pasos más mientras trataba de recobrar el aliento. Más allá de la ermita se encontraba el mirador, desde el que podía verse la ciudad y las extensas llanuras que la rodeaban. A esa hora tanto el santuario como el restaurante estaban cerrados, y solo quedaban dos coches en el aparcamiento. El automóvil que estaba más alejado de la zona iluminada era un Volkswagen Tiguan azul marino metalizado. Se acercó por detrás y rodeó el coche, admirando los acabados, esperando no encontrar dentro al dueño de semejante obra de ingeniería. No lo encontró en el interior, aunque al

girarse hacia el mirador casi se estampa de bruces con él. Apoyado sobre un pequeño muro que le llegaba por la cintura, un hombre contemplaba las vistas. Iba bien vestido: los pantalones chinos y la camisa de marca impecablemente planchada hacían justicia al coche que conducía. El hombre se giró al oír pasos junto a él. El primer pensamiento que tuvo David al verle la cara fue que parecía un actor de Hollywood. Pelo corto, ojos azules, mandíbula prominente, barba de tres días. A través de la ceñida camisa, pudo comprobar que era muy musculoso. Y quizá un par de centímetros más alto que él.

—Hola, buenas noches —saludó David, educado.

El hombre dio una calada a su cigarrillo y sonrió con amabilidad.

—¿Le gusta?

—¿Perdone? —preguntó el joven, confundido.

—Digo que si le gusta mi coche.

—¡Ah! Sí, la verdad es que es bonito.

El hombre lo observó con curiosidad, casi como si escudriñara su cerebro. No supo por qué, pero aquella mirada le puso muy nervioso.

—Y ¿qué?, ¿ha hecho una promesa? —preguntó el desconocido señalando el santuario donde residía la imagen de la venerada Virgen.

—No, nada que ver —respondió David, quien encontró graciosa la idea de imaginarse a sí mismo haciendo promesas cristianas—. Cuando tengo fuerzas suficientes hago el entreno hasta aquí arriba. ¿Usted ha hecho una promesa?

El hombre tardó en contestar.

—No, más bien estoy haciendo una penitencia —respondió finalmente mientras le daba otra calada.

—¿En coche? —bromeó David.

El hombre soltó una carcajada y se pasó la mano por el pelo. En ese momento, el joven vio el tatuaje que llevaba en el antebrazo. La cabeza de un tiburón con las fauces bien abiertas, culminado con una especie de gorro verde, el único toque de color que tenía el chocante grabado. El desconocido pareció darse cuenta de la fascinación de David por el tatuaje y deslizó la camisa hasta la muñeca, ocultándolo.

—Estoy de paso. Me habían dicho que desde aquí se podían apreciar

las vistas de la ciudad cenando, pero veo que el restaurante está cerrado —dijo el hombre intentando desviar la atención de David.

—Ahora solo abre durante el día para el turno de desayuno y almuerzo, empieza a dar cenas a partir de mayo. ¿Viene desde muy lejos?

—No, no mucho.

La actitud ya no era la misma. La respuesta cortante fue el empujón que necesitaba David para terminar aquella conversación.

—Voy a volver ya, empieza a hacerse tarde.

—Vaya con cuidado. Hay poca iluminación en la carretera —se despidió el desconocido.

—Sí, gracias. Lo tendré.

El joven se alejó de allí a grandes zancadas. Pasó junto al restaurante y escuchó cómo alguien bajaba la reja de la entrada. Una chica salía del local. Cuando se giró para mirar quién pasaba, la reconoció: era la camarera que lo había atendido el verano pasado cuando vino a cenar con su madre. Se acordaba de ella porque, aparte de que su atractivo era innegable, había sido muy amable. David levantó la mano a modo de saludo y ella le correspondió con el mismo gesto, acompañándolo con una sonrisa.

Emprendió de nuevo su marcha. Le faltaban tres kilómetros para completar el entreno de diez; lo que no imaginaba es que nunca llegaría a su meta.

Capítulo 7

Un secuestro

Javier Silva observó cómo aquel hombre se alejaba en la oscuridad a la vez que apuraba su cigarrillo. Metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón y extrajo el móvil que le había entregado Hooker. Marcó el único número que había en la agenda.

—Diga.

—Silva al habla. Tenemos un problema.

—¿Qué clase de problema? —preguntó la voz.

«Uno de los muy gordos; me dejó claro que no llamara para gilipolleces», pensó Silva.

—Un corredor me ha visto en el mirador, de hecho, he hablado con él. Puede reconocer mi voz, mi cara, incluso se quedó mirando el tatuaje…

—¿Qué tatuaje?

—El que llevo en el antebrazo, un tiburón con una boina verde, un recuerdo de mis días en el Ejército. Todos en la unidad llevamos el mismo. Hooker —hizo una pausa—, tenemos que posponer el plan.

El doctor Hooker suspiró al otro lado de la línea.

—Silva, ¿sabe lo que puede pasarle a esa chica si no lo hacemos ahora? ¿Sabe qué le ocurrirá al proyecto si no lo arreglamos?

—No, no lo sé.

—Ese es justo el motivo por el que no está capacitado para tomar esta decisión. En cambio, yo sí dispongo de toda la información y le digo que es mejor asumir el riesgo.

El ex boina verde no quería darse por vencido.

—Solo digo que esperemos un día o dos, cambiemos de lugar…

—Silva —le cortó—. El proyecto entero depende de nuestras investigaciones. Me preocupa no haberle transmitido la importancia de esta misión para nuestros intereses —repuso Hooker sin alterar lo más

mínimo su tono.

—Lo entiendo, pero, si algo sale mal y ese chico me reconoce, tendremos graves problemas.

—Pensé que quizá un hombre con su bagaje profesional podría encontrar soluciones más creativas ante pequeños inconvenientes. Veo que me equivoqué con usted…

Silva guardó silencio. Había demasiado en juego como para negarle algo a aquel hombre.

—¿Me ha entendido? —insistió Hooker.

—Tengo que colgar, va hacia su coche —se despidió Silva evadiendo la pregunta del doctor.

La chica bajaba la explanada que separaba el restaurante del mirador, donde tenía aparcado su coche. Venía hablando alegremente por teléfono. El exteniente sacó de su americana un aparato rectangular parecido a un *walkie-talkie*, pero con cinco antenas; buscó el botón de encendido en el lateral y lo activó. La mujer seguía absorta en su conversación telefónica, ajena al peligro que la acechaba.

«No está lo bastante cerca», pensó Silva. Se movió despacio, cubriéndose con el coche de la chica hasta alcanzar la puerta trasera, por el lado contrario al conductor. Se colocó el pasamontañas y los guantes. Había tenido un descuido, no iba a tener un segundo. Era un profesional. Cuando la joven estaba a unos veinte metros, de repente, *ciao*.

—¿Hola?, ¿me oyes? —preguntó la joven—. Debe haberse cortado —dedujo.

Guardó el móvil en el bolso y sacó las llaves del coche. No le dio tiempo a abrir la puerta del conductor, tampoco a gritar. Ni siquiera pudo ver a su agresor. De repente, un brazo descomunal le aprisionó el cuello; solo alcanzaba a verle el codo. No duró mucho, en ocho segundos había perdido la consciencia. Silva había ejercido la presión necesaria sobre el seno carotídeo para provocar una disminución de la frecuencia cardiaca y su consecuente desmayo. Abrió la puerta del coche y sentó a la mujer en el asiento del conductor. Sacó un sedante y se lo inyectó en el brazo, por encima del codo.

Esperó hasta estar seguro de que estaba profundamente dormida. La llevó al maletero de su Volkswagen Tiguan. Agarró el bolso de la mujer y rebuscó en su interior. Cogió el móvil, lo desbloqueó y localizó la última llamada. Por suerte, era de un contacto guardado. Joaquín Aparejador. «Me temo que la reforma va a tener que esperar, Joaquín», pensó Silva.

Entró en mensajes, buscó el contacto y escribió:

> Perdona, Joaquín, he debido de entrar en una zona sin cobertura. Te llamo yo sin falta estos días para concretar el tema. Un saludo.

No tardó en ver la respuesta.

> Sin problema, espero tu llamada. Un abrazo.

Volvió a guardar el móvil en el bolso. «Ahora solo me queda un cabo suelto por atar», se dijo mirando hacia la carretera.

Capítulo 8

Una cantera abandonada

El silencio propio de la montaña lo alentaba. La tranquilidad de la noche solo se veía interrumpida por el cantar de un ruiseñor cercano, el sonido de los aspersores de fincas colindantes y su propia respiración acelerada. Sentía envidia de los que tenían una casa allí arriba. No eran grandes mansiones. Muchas se las habían hecho ellos mismos ladrillo a ladrillo. Todas contaban con su jardín, su pequeño huerto, su pajarera, sus tres gallinas y sus veinte gatos. Esa pelusilla era del todo irracional si pensaba en sus aficiones. ¿Habría preferido cambiar una cena en un buen restaurante con Alma por recoger tomates de su huerto? La respuesta no hacía falta ni decirla.

El encuentro con aquel hombre le había dejado mal cuerpo. El desconocido había sido educado, incluso simpático. Sin embargo, había algo en él que le había dado muy mal rollo.

Una imponente luna llena irradiaba de luz el cielo nocturno. David decidió desviarse por un camino de gravilla que lo llevaría más rápido a la ciudad atravesando la cantera abandonada. Por suerte, la iluminación que ofrecía la superluna le inspiraba cierta confianza para no caer despeñado. Acababa de pasar junto a una alambrada de metal herrumbrosa que sostenía un letrero de madera que rezaba PELIGRO: CANTERA cuando el móvil empezó a sonar. No solía contestar al teléfono si iba corriendo, pero al ver el nombre en la pantalla decidió cogerlo. Ralentizó su marcha para escuchar el saludo que le llegó a través de sus AirPods.

—Buenas noches, David. ¿Te pillo en buen momento?

—Ey, Luis, ¿qué tal? ¿En qué puedo ayudarte?

El jefe de Alma no le había llamado nunca a su teléfono personal. Algo muy gordo debía de haber pasado.

—La doctora Murillo me ha comentado que planeas intervenir al

paciente de diez años que tiene una malformación arteriovenosa el próximo lunes.

—Así es, ¿cuál es problema?

—Como decía el informe que te di, encontré un gen que contraindica el uso de agentes embolizantes para cerrar la malformación. ¿Cómo se te ha ocurrido programar la operación sin consultarme este punto?

Ahí estaba: el tipo insufrible, el ególatra que se cree el centro del mundo. David tuvo que respirar hondo unos segundos antes de responder para no perder la paciencia.

—He programado la operación porque, efectivamente, vi tu informe, pero resulta que hay otros embolizantes que se pueden usar en estos casos. Vamos a utilizar Glu en lugar del convencional Onyx.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Luis? ¿Sigues ahí?

—Sí, sigo aquí. Insisto en que deberías habérmelo dicho… El caso es que ya he enviado una queja formal al jefe de sección.

David frenó en seco su avance y estuvo a punto de tirar su teléfono al suelo.

—¿Has hablado con Alfonso para quejarte antes de hablar conmigo? ¡Joder, Luis!

—Lo siento, pero insisto en que deberías haberme consultado.

—¡No tenía que haberte consultado nada porque es una decisión que compete a mi departamento!

—Te pido que no te alteres.

David apretó el móvil con tanta fuerza que creyó que iba a partirlo por la mitad.

—Será mejor que hablemos el lunes en el hospital —dijo al fin.

—Muy bien, hasta el lunes —respondió Luis.

La conversación con el jefe de Alma acabó segundos antes de que montase en cólera. Al colgar, pulsó tantas veces y de forma tan compulsiva el icono que abrió sin querer la aplicación de la cámara. Fue cosa de treinta segundos. En cuanto apareció su imagen a través de la cámara frontal, se dio cuenta de que algo no iba bien. En el ángulo superior derecho, detrás de su rostro, estaban los focos de un coche. Se

giró para poder verlo con sus propios ojos. La claridad de la noche ofrecía bastante visibilidad. El Volkswagen Tiguan del enigmático desconocido avanzaba hacia él a gran velocidad levantando una considerable polvareda a su paso. ¿Qué hacía aquí? Por esa zona nunca pasaban coches. Se encontraba a unos trescientos metros de su posición cuando tomó la decisión de salir corriendo. Un instante racional que le salvaría la vida. Lo que vino después fue puro pánico.

Mientras corría presa del miedo hacia la cantera supo que no tenía escapatoria. La carretera estaba a más de un kilómetro y tampoco podía volver por donde había venido. La desesperación lo llevó a aproximarse demasiado al borde del despeñadero. El rugir del motor se amplificaba a cada momento. Sus zapatillas, preparadas para el asfalto, le hicieron resbalar precipitándose al vacío del canchal.

Rodó por el barranco topándose con rocas, maleza y gravilla a su paso. De repente, algo detuvo su caída. Se encontraba a unos cuatro metros del camino, sobre un enorme saliente rocoso. Tenía magulladuras por todo el cuerpo, pero no sentía dolores internos: parecía que sus huesos estaban intactos. Por encima de su cabeza, escuchó cómo el vehículo se detenía y la puerta se abría. David se acercó todo lo que pudo a la hendidura existente en la pared de la cantera. Con suerte, desde arriba no podrían verlo. Lo deseó e incluso rezó para fuera así; él, que llevaba años sin pisar una iglesia. Oyó los pasos acercándose al borde por el que se había precipitado hacía unos segundos. El haz de luz de una linterna enfocó el fondo y también las paredes del barranco. David se pegó aún más a la superficie, aguantando, estoico, el dolor que le provocaban las pequeñas piedras al clavarse en su espalda. Después de un par de minutos que le parecieron un siglo, se hizo la oscuridad. Sin embargo, David no oyó pasos alejándose. Tampoco el ruido del motor encendiéndose. Finalmente, el sonido de la voz de aquel desconocido le llegó con claridad, como si estuviera a un metro de distancia.

—Gavira, escúchame, algo ha salido mal. Te estoy enviando mi ubicación. Necesito que busques a Soto y os vengáis cagando leches.

Se produjo un silencio mientras el otro interlocutor respondía.

—No, no, es un testigo. Lo perseguí hasta la cantera, pero ha caído por el barranco. No veo su cuerpo.

Más silencio. Cada segundo sin palabras aumentaba la frecuencia cardiaca de David, que escuchaba, impotente, la conversación de su asesino.

—Eso es, os cogéis la furgoneta y no paráis hasta encontrarlo. Lo limpiáis todo bien, incluido las huellas de las ruedas. —Hizo una pausa —. Sí, yo me voy ya, que tengo que llevar el paquete al laboratorio. Hooker lo está esperando.

Tras decir esto, David oyó cómo volvía sobre sus pasos. Se montó en el coche y se alejó quemando rueda por el camino de gravilla, en dirección a la ciudad.

Exhaló un suspiro de alivio. Al menos no iba a morir; no en ese momento.

«¿Quién coño es ese hombre y por qué ha intentado matarme?», pensó a continuación.

El extraño había dicho que era un testigo, pero ¿un testigo de qué? No le había visto coger ningún paquete. Ni cometer ningún delito. Y ¿quién era ese tal Hooker? Demasiados interrogantes para los que no había respuesta. Solo tenía una cosa clara: debía salir de allí antes de que vinieran el tal Gavira y el tal Soto a encargarse de él.

Volvió la vista hacia arriba, el camino estaba a unos metros sobre su cabeza. Pero, para llegar a él, tendría que escalar la pared del barranco con una inclinación de sesenta grados. Había practicado escalada durante un par de años cuando era adolescente, pero con cuerda y arnés de seguridad. Aún conservaba el móvil en la mano. Tenía un par de rasguños en la pantalla y los laterales, pero, por lo demás, no había sufrido ningún daño. Sin embargo, observó que no contaba con ninguna raya de cobertura. Estaba solo. Si quería salir de allí, tendría que hacerlo escalando. Comprobó que no tenía nada roto mientras movía las piernas y los brazos. Se sentó en cuclillas; no se atrevió a ponerse de pie ni a mirar hacia abajo. No sería capaz de subir aquello con vértigo. Guardó su móvil y comenzó el ascenso. Ayudándose de las piedras salientes y de las raíces fue subiendo poco a poco. Se aseguró de cada

movimiento porque su vida dependía de ello. Llegó hasta la pista y, en ese instante, sí miró al vacío. El hoyo en la tierra se extendía unos cuarenta o cincuenta metros más abajo. En el fondo había agua, pero, sin duda, habría muerto de no haber sido por la roca saliente. Revisó su teléfono; seguía sin cobertura. Se puso en marcha directo a la comisaría.

Capítulo 9

Una segunda vez

Una bestia; así se sentía cuando sus impulsos tomaban el control. Con once años, atravesó el muslo de un niño de su clase con un boli BIC. El niño le juró a la profesora que no le había hecho nada; nunca le creyeron. Con diecisiete, incitó a una chica de su clase a quitarse la vida. Sus padres llegaron a casa cuando ya se había tomado medio bote de pastillas para dormir. Estuvo a punto de morir de camino al hospital. Hacía solo unos días había arrebatado la vida al hombre que vivía en sus pesadillas. Su primera víctima. Había dormido como un tronco desde entonces.

Al entrar por la puerta del Hospital San Blas no sintió rabia, solo excitación. Su primera muerte había sido por venganza, aquello era un acto de redención. Por fin iba a liberar al monstruo que vivía agarrado a sus tripas desde la infancia. Un gran vestíbulo le dio la bienvenida y el bullicio del hospital se hizo notar: sanitarios que caminaban de un pasillo a otro, familiares que reclamaban en los mostradores de recepción poder ver a sus enfermos, pacientes resignados esperando a que llegara su turno. Por lo menos había sesenta personas en aquella sala… solo con que una de ellas tuviera la COVID-19 sería un auténtico desastre.

«Si supierais la que se os viene encima», pensó la bestia.

Fijó su atención en las escaleras mecánicas que conducían a la parte superior, donde se realizaban las consultas con los médicos especialistas. Una vez en el recibidor de la primera planta, buscó en el directorio el área de la UCI; tercera planta. Subió dos pisos más de escaleras. De camino se encontró con dos enfermeras; una de ellas le indicó que las visitas a la UCI estaban restringidas.

—Mi padre… tiene cáncer y está ingresado en la planta cuarta… quiero verlo antes de… —explicó la bestia.

—Sí, claro, lo entendemos, pero… —comenzó a decir una de las enfermeras.

—Anda, pasa —le dijo la otra apartándose.

Su compañera le echó una mirada de «nos la vamos a cargar», pero ella se mantuvo firme en su decisión.

—Hay que ser un poco humana, Sonsoles, y más en estos tiempos —sentenció.

La bestia cruzó por en medio de las dos sin levantar la vista del suelo, musitó un «gracias» con toda la pena que fue capaz de reunir y se apresuró a seguir subiendo mientras Sonsoles seguía exponiéndole a su compañera las reglas del centro escaleras abajo.

«Es increíble lo que se puede conseguir con un poco de lástima. Dicen que el amor mueve el mundo, pero es la pena la que lo hace», pensó una vez las hubo perdido de vista.

Llegó a la sala donde se encontraba el material de protección y casi se dio de bruces con dos médicos que, con total seguridad, se estaban vistiendo para entrar en la unidad de cuidados intensivos. El hombre estaba ataviado con dos mascarillas, visera de seguridad, gorro de plástico ligero transparente, bata impermeable azul y, por supuesto, triple guante. Estaba ayudando a su compañera a colocarse la bata. De repente, ella levantó la vista.

—¡Eh! No puede estar aquí.

—Disculpe, me he perdido. ¿Dónde puedo encontrar la planta de pacientes oncológicos? —respondió la bestia.

En ese instante, la voz de la sanitaria se volvió meliflua.

—Es en la planta cuarta —dijo con tono amable—. Siga este pasillo todo recto y, a la derecha, encontrará los ascensores.

—Gracias.

La bestia retrocedió sobre sus pasos y decidió esperar a que salieran los sanitarios. Se metió en la primera habitación vacía que vio. Una de las camas yacía deshecha y la televisión, que funcionaba con monedas, seguía encendida. La puerta del baño estaba cerrada. El paciente debía de estar dentro; ningún español se iría sin ver el programa después de haberlo pagado. Por suerte, los empleados a los que había sorprendido

abandonaron rápidamente la sala de material. Le dio tiempo a escuchar parte de la conversación:

—Tenemos ya nueve enfermos de COVID-19 en la UCI y otros veintitrés aislados —decía la mujer.

«Yo solo vengo a por uno», pensó la bestia.

Se introdujo en el cuarto que contenía los elementos de protección y se puso una bata impermeable y una mascarilla FFP2. Salió de allí con decisión, con paso firme y seguro. Esbozó una escueta sonrisa a la doctora que hacía su ronda de consultas. No le correspondió. Dos pasillos después, cayó en la cuenta de que de nada servía sonreír: nadie podía ver su sonrisa a través de la mascarilla. Llegó a las puertas de la UCI, las cuales resultaban inconfundibles debido a sus enormes carteles de PROHIBIDO PASAR, PACIENTES CON COVID-19. Echó un vistazo a través de las ventanas redondas situadas en el centro de la entrada. El caos de la sala era palpable a través del cristal: enfermeros corriendo, máquinas pitando, médicos sin la protección apropiada, gritos, muerte… La bestia no sintió nada. La muerte es parte de la vida. Para que la especie perdure, los débiles mueren y los que son capaces de adaptarse sobreviven. Se fijó en los pacientes a través del cristal y comprobó, tal y como esperaba, que su víctima no se encontraba entre ellos. No habían adelantado su traslado, y eso significaba que su plan seguía en marcha. Se dio la vuelta y se dirigió a la quinta planta, donde se hallaban las salas de aislamiento. Subió por las escaleras y, una vez en el piso correcto, se encaminó al pasillo donde se encontraban los pacientes con coronavirus.

Estos enfermos estaban en habitaciones especiales, diseñadas para evitar la propagación de virus potencialmente letales. El sistema de ventilación mantenía una presión de aire negativa que evitaba que el aire contaminado saliera al exterior. Las paredes de las salas eran de cristal, por lo que se podía ver el interior. En la primera habitación, una enfermera sostenía un móvil frente a la cara de un anciano de unos ochenta años; el octogenario parecía feliz a pesar de las circunstancias. Siguió hasta la siguiente estancia. No había nadie. Tuvo que atravesar varias habitaciones vacías y, por fin, allí estaba.

Aitor Redondo. Cuarenta y ocho años. Ciento ochenta y dos centímetros de altura. Noventa y siete kilogramos de peso. Recepcionista en una clínica dental. Sin hijos. Apnea del sueño. Problemas respiratorios agravados por la COVID-19. Se había programado su traslado aquella misma tarde a la UCI para conectarlo a un respirador.

«Pero tú no vas a llegar a la UCI, ¿verdad, Aitor?», pensó la bestia. Porque Aitor, además de recepcionista, era entrenador de fútbol de niños. Lo que no sabía tanta gente es que uno de ellos lo denunció por abusos. La acusación fue desestimada en el juicio por falta de pruebas, pero en la comisaría no tuvieron dudas de que había algo turbio en él. De hecho, hacía pocos días la policía había intervenido un foro de pornografía infantil en la *dark web* y había conseguido rastrear una decena de direcciones IP reales, entre ellas, la de nuestro amigo Aitor. El equipo de delitos informáticos estaba reuniendo toda la información y en breve obtendrían la orden del juez para su detención. Pero no llegarían a tiempo porque la inexorable casualidad le había ofrecido aquella historia a la bestia. No iba a consentir que aquel ser despreciable ocupara un respirador que podía salvar a otra persona.

La bestia se colocó otros guantes y una mascarilla nueva sobre la anterior y entró en la sala. Aitor ni se inmutó ante la misma Muerte que acababa de entrar en su cuarto.

—¿Dónde está Andrea? —preguntó sofocado.

«Casi no puede hablar. Tranquilo, voy a ahorrarte este sufrimiento», pensó la bestia.

—Está ocupada con otros pacientes, vamos hasta arriba —le dijo haciendo un gesto con la mano a la altura de la frente.

—¿Hay muchos casos?

—Treinta y dos pacientes diagnosticados solo en este hospital, pero no se preocupe, le traigo buenas noticias.

Se acomodó en la cama esperanzado, ignorante de su destino. Mientras tanto, la bestia sacó un pequeño frasco de cristal y la jeringuilla que había guardado previamente en la bata.

—Existe un nuevo tratamiento antiviral que está dando resultado en

el Gregorio Marañón de Madrid —le explicó mientras preparaba la dosis—. El doctor Gómez ha autorizado su uso aquí, en este hospital. Con este fármaco podrá respirar de nuevo con normalidad y le dolerán menos los músculos.

Sus mejillas se iluminaron.

—¿Me va a curar?

—No, no es una cura, pero lo ayudará… a estar mejor —mintió la bestia.

Tenía la jeringuilla en la mano con el líquido letal en el interior. No sentía remordimiento. Ni mal de conciencia. Solo alivio al liberar a su monstruo, a la vez que extinguía el de otro.

Capítulo 10

Una visita a la comisaría

La última vez que David había pisado la Dirección General de la Policía Nacional había entrado esposado. Una bolsa de veinte euros de marihuana tuvo la culpa. El camello era un chico del instituto al que conocía de vista, y con tan pocas luces que quedaba con los clientes en la esquina de su casa. La policía seguía sus movimientos; querían que los llevara hasta un pez más gordo. Cansados de esperar, decidieron detenerlo, con tan mala suerte que ese mismo día David y su amigo pensaron en divertirse con un poco de hierba. Acabaron los tres esposados en el coche patrulla. Incluso ahora que se había convertido en un reputado cirujano todavía recordaba la decepción de sus padres; la tenía marcada a fuego en el cerebro. Esta vez había venido por razones diferentes, pero ambas ocasiones guardaban un nexo común: había estado en el lugar equivocado y con la peor compañía posible.

La nueva comisaría era una obra vanguardista construida hacía menos de diez años que se asemejaba más a una terminal de aeropuerto que al lugar de trabajo de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Se trataba de cuatro edificios de arquitectura escalonada, dotados de cristaleras que proporcionaban una gran luminosidad al interior. Accedió al vestíbulo, una sala pequeña con dos arcos de seguridad a ambos lados, equipados a su vez con máquinas de rayos X. Dos policías uniformados se encontraban en medio de la estancia enfrascados en una conversación.

—Hoy no ha aparecido Bernardo por la comisaría. Me ha dicho Sergio que está en casa con fiebre y tos. ¡Estoy acojonado! —dijo el agente que exhibía un vigoroso bigote.

—¡Hostia! Ayer comimos con él. ¿Cuándo le van a hacer la prueba? —respondió su compañero.

—No sé nada, pero lo más seguro es que nos manden a todos a casa.

—¿En serio? Pero si no tenemos síntomas…

—Eso da igual. Cuando hay un caso, todos los que hayan tenido contacto con esa persona deben hacer una cuarentena obligatoria, ¡de catorce días!

—Joder, ¿y eso cómo nos afecta al bolsillo?

El policía se acarició, con el pulgar, las yemas de los dedos índice y corazón.

—Se considera una baja laboral, pero creo que no te detraen sueldo si es por esto del coronavirus —respondió encogiéndose de hombros.

—Me dejas más tranquilo, que ando con la reforma de la casa y no estoy ahora para que me quiten dinero de la nómina. Oye, ¿y no deberíamos llevar mascarilla?

—Qué va, hombre, el Gobierno ha dicho que si no tienes síntomas no hace falta usarla.

—Sí, pero nosotros igual lo estamos incubando.

—El jefe ha dicho que nada de mascarillas en la comisaría, que si los ciudadanos nos ven con ellas cunde el pánico y luego no hay para los sanitarios.

—Vaya panorama.

Cuando David entró en la sala, los dos policías interrumpieron su conversación y lo miraron, curiosos. El agente del bigote lo observó de arriba abajo, evaluándole, como si tratara de decidir si era víctima o verdugo de un vistazo. El neurocirujano bajó la mirada para examinarse a la luz. Tenía los brazos y las piernas llenos de heridas; la camiseta, antes impoluta, ahora lucía sucia y llena de tierra. No podía verse la cara, pero, por la quemazón que sentía en las mejillas, debía de tener algún pequeño corte.

El policía se acercó a David, intranquilo.

—Buenas noches. ¿Qué le ha pasado? ¿Se encuentra bien?

—Me he caído por… Bueno, es una larga historia. Querría poner una denuncia.

—¿No prefiere que lo vea un médico antes? Debería ir al ambulatorio.

—Estoy bien, de verdad, solo quiero poner la denuncia e irme a casa.

Ambos agentes se miraron. A pesar de no estar muy convencidos, cedieron.

—Deposite sus objetos en esa bandeja de ahí y pase por el arco de seguridad, por favor.

David dejó en la bandeja del escáner la riñonera deportiva, que contenía el móvil, el DNI, las llaves de casa y los auriculares inalámbricos. Una vez pasó bajo el arco, recogió sus pertenencias, se despidió de la pareja de la entrada y se dirigió a la siguiente sala, más amplia que la anterior. Había un mostrador donde le aguardaba un policía que parecía recién salido de la academia de Ávila, rondaba los veinte años.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Hola. Venía a poner una denuncia.

El inexperto agente estudió su indumentaria con detenimiento.

—¿Una agresión? ¿Una pelea? —aventuró.

David se quedó pensativo un segundo.

—Un intento de asesinato.

—¿Intento de qué? —preguntó con escepticismo.

—Han intentado atropellarme con un coche —respondió David.

El hombre tras el mostrador finalmente decidió que el asunto era serio y estiró la mano para coger un papel que empezó a rellenar a toda velocidad.

—¿Tiene heridas de gravedad? —preguntó observando su cara magullada.

—No, me encuentro bien —respondió David intentando ser fiel a su discurso y no desmoronarse allí mismo.

—¿Me indica su nombre, por favor?

—David Peña.

—De acuerdo, señor Peña, espere en aquella sala mientras aviso a un compañero que le tomará declaración.

Accedió a una habitación cuadrada en la que el único mobiliario eran unas sillas tapizadas en azul marino, en armonía con los colores del cuerpo. En las paredes había un par de cuadros. Uno de los lienzos mostraba un helicóptero policial que sobrevolaba Madrid; el otro, un

perro policía atravesando una rueda de camión. Buscó un asiento libre un poco apartado del resto de personas presentes. Había algo en común entre todos ellos, la preocupación. Los pensamientos negativos en aquella sala eran tan densos como un día de niebla. David no paraba de darle vueltas a la situación con aquel desconocido, y a su posterior huida, imaginando todos los escenarios posibles en los que podría haberla evitado: «Si hubiera terminado el entreno en el parque de El Rodeo», «Si no hubiera atrochado por la cantera», «Si se hubiera quedado en casa a esperar a Alma», «Si Lucía le hubiera contestado, su amiga nunca quería subir hasta el mirador». Tomó consciencia de dónde se encontraba, quizá debería haberle escrito para decirle que había acudido a la comisaría. Tampoco había llamado a Alma, estaba tan traumatizado con lo que había pasado que se había olvidado del mundo. Para ser justos, David era un tipo al que no le hacía falta un intento de asesinato para vivir en las nubes, él siempre le estaba dando vueltas a algo: a una operación, a su investigación, a su padre, a Alma, a su propuesta de compromiso, a la paternidad, a un viaje… a lo que fuera. Cualquier excusa era buena para abstraerse y darle vueltas al coco sopesando múltiples opciones.

Fue a sacar su teléfono para llamar a Alma, pero en ese momento un funcionario uniformado entró en la sala preguntando por él.

—¿David Peña? Acompáñeme si es tan amable.

La siguiente estancia era mucho más espaciosa, provista de nueve escritorios con sus dos sillas delante y sus funcionarios detrás. El hombre le señaló una de las mesas. Se sentó y observó al policía, quien parecía tan interesado en la pantalla del ordenador que ni siquiera había reparado en su presencia. De no haber sido por el uniforme, nunca habría acertado la profesión de aquel hombre. Llevaba un bigote de herradura, de los que forman una U al revés alargando los laterales hasta el mentón. Tenía una tirita en el lóbulo, aparentemente ocultando un pendiente. Y llevaba la melena, poco tupida por los estragos de la edad, recogida hacia atrás en una coleta. Se volvió hacia David.

—Su DNI, por favor.

Se quitó de la cintura la riñonera deportiva y extrajo del interior su

documento de identidad.

—Cuénteme, ¿qué le ha sucedido? —le preguntó sin parar de teclear en el ordenador.

—Han intentado atropellarme.

—¿Está insinuando que ha sido intencionado?

—No lo insinúo, ¡es lo que pasó! —respondió David, alterado—. El hombre dijo que yo era testigo de algo, incluso envió a…

—¿Puede identificar al conductor? —lo interrumpió el agente.

David frunció el ceño, molesto.

—No lo conocía de antes, pero sí podría describirle su aspecto. Tenía un tatuaje en…

—¿Dónde ha pasado? —preguntó el agente interrumpiéndole de nuevo y demostrando el poco interés que tenía en la denuncia.

—En la pista de grava que atraviesa la antigua cantera abandonada de la montaña.

—¿Coche?

—Un Volkswagen Tiguan, azul marino.

—¿Se fijó en la matrícula?

David trató de rebuscar en su memoria.

—Lo siento, no me quedé con…

De repente, una agente de paisano apareció por detrás de David, dándole un susto que casi le tira del asiento.

—¡David! ¿Qué haces tú aquí? —exclamó la chica.

—Lucía, ¿cómo lo has…? —empezó a preguntar David.

—¿Por qué no me has escrito? ¿Qué te ha pasado? —inquirió ella examinando curiosa la ropa que llevaba.

—Han intentado matarme.

Lucía se quedó muda de la sorpresa. Sus ojos verdes se abrieron como dos platos soperos. Tras un momento, se dirigió a su compañero:

—Ramírez, déjanos solos. Ya sigo yo con la denuncia.

El policía se levantó de mala gana cogiendo una bolsa de patatas que tenía guardada en el cajón de su escritorio. No se molestó ni en decir adiós.

—Funcionarios… —masculló Lucía.

David la miró, confuso.

—¿Tú qué eres entonces?

—Ya me entiendes: hay policías y funcionarios —le aclaró mientras se hacía una coleta para recoger su largo pelo rubio, lleno de tirabuzones—. ¡No me líes! ¿¡Qué te ha pasado!?

David le contó la historia al completo, repasando cada detalle desde que había salido de casa hasta que había entrado por la puerta de la comisaría. Cuando terminó, Lucía se tomó un tiempo para analizar el relato. David se fijó en que había algo desconocido en su cara, algo que trataba de salir al exterior sorteando la densa capa de seguridad en sí misma que su amiga irradiaba por todos los poros de su piel. Por un instante, dejó ver su preocupación. No era una buena señal.

—¿El hombre dijo que tenía que llevar el paquete al laboratorio? —preguntó Lucía—. ¿Viste si había alguien más allí arriba? ¿Alguien con quien fuera a reunirse en el mirador?

David negó con la cabeza.

—No había nadie más allí, Lucía. Ya te lo he dicho, solo vi a la camarera del restaurante.

—¡Tuviste que ver algo, David! Por lo que me describes, el tipo era un profesional y esa clase de hombres no te dan caza sin una buena razón.

—¡Te juro que te lo he contado todo! ¡No sé qué estaba haciendo allí y, por supuesto, no sé por qué ese demente quería matarme! —gritó David exasperado.

Lucía suspiró, intentando calmarse. Conocía a su amigo desde que era pequeña. Había visto su cara antes incluso de aprender a decir «papi» y «mami». Juntos habían construido castillos de Lego y merendado bocadillos de mortadela. Más tarde compartieron pupitre y confidencias en el colegio y, aunque la adolescencia estuvo a punto de poner fin a su amistad con un desafortunado beso, la complicidad y la confianza entre ellos nunca se rasgó lo más mínimo. Sabía que David era valiente, que no tenía miedo a encarar los problemas de frente. También sabía que, si seguía presionándolo en ese momento, no sacaría nada más. Su mejor amigo se encontraba en fase de bloqueo. Optó por

dejarlo descansar.

—No te preocupes. Voy a ir ahora mismo con un equipo a peinar la cantera. Con suerte, daremos con esos dos que andan buscándote. También me interesa hablar con la chica; igual vio algo.

—¿Me avisarás si descubres alguna cosa? —preguntó David inquieto ante la perspectiva de que el tal Gavira y el tal Soto lo estuvieran buscando.

—Sabes que sí —prometió Lucía bajando la voz—. Pero ahora será mejor que te marches, estás hecho un cristo. ¿Tienes a alguien que te lleve a casa? Puedo acercarte si quieres.

—Muchas gracias, Lucía, no te preocupes. Llamaré a Alma o si no cogeré un taxi —contestó David incorporándose tan despacio que la agente dudó de si estaba haciéndolo a cámara lenta.

Se quedó pensativa.

—Mejor te llevará un coche patrulla. Y no salgas de casa bajo ningún concepto.

Capítulo 11

Una investigación

Quince minutos después de hablar con David, Lucía se encontraba frente a la puerta del jefe de la Policía judicial. Entrar en aquel despacho ponía nervioso a cualquiera; Gonzalo Beltrán era una olla a presión a punto de reventar y nunca sabías por dónde iba a salir. No solo era que se enfadara con facilidad, después de lo que le ocurrió a su hijo, Lucía podía llegar a entender eso. Lo más irritante era que ponía en duda su trabajo continuamente. Sus cuestiones eran puñales lacerándole la autoestima.

La puerta del despacho se abrió de golpe y de ella salió el subinspector Díaz.

—No veas cómo está hoy el Espalda Plateada… Espero que no vengas a pedirle nada. Se ve que hay lío con esto del estado de alarma —le susurró al salir.

A pesar de los nervios, dibujó una sonrisa en su rostro. Le hacía gracia pensar en el jefe como un macho líder de una manada de gorilas, dándose puñetazos en el pecho y lanzando órdenes al resto mediante gruñidos. Se santiguó, aunque no era religiosa, y entró en el despacho.

Gonzalo Beltrán estaba de espaldas a la puerta, colocando un informe en los archivadores de la estantería que estaba tras su escritorio.

—No recuerdo haberle dado instrucciones para que pase, inspectora Fernández —le dijo mientras volvía a sentarse en su silla—. Estoy muy ocupado. Mire qué hora es y todavía estoy aquí reorganizando turnos por el dichoso confinamiento.

Lucía tragó saliva procurando que no se le notara el nerviosismo. No le gustaba aquel hombre. Con el resto de agentes de la comisaría se las arreglaba muy bien, sabía conseguir lo que quería de ellos sin mucho esfuerzo. Con el inspector jefe era distinto; nunca era capaz de descifrar qué pasaba detrás de aquellas cejas tan tremendamente pobladas. Lo

contempló un momento, en silencio. Parecía como si llevara días enteros en aquel cubículo: la calva le brillaba por el sudor, tenía los ojos inflamados de cansancio y los pelos de la barba le crecían en cualquier dirección, como una estalactita excéntrica. Vestía un polo azul claro que necesitaba un buen planchado y, casi con toda seguridad, un lavado a sesenta grados.

Tras evaluarlo, se acercó al escritorio mientras el inspector jefe removía su café doble solo.

—Buenas noches, jefe. Siento mucho molestarlo, pero ha habido un intento de homicidio en las pistas de la cantera.

Entre la indiferencia y el fastidio por su llegada, Lucía pudo detectar un destello de interés. Así que se atrevió a continuar.

—Ha sido a bordo de un automóvil; el conductor persiguió al denunciante por el camino de la cantera. La víctima cayó por el barranco, pero, por suerte, un saliente rocoso paró su descenso. Se encuentra bien, solo algo magullado. Acaba de poner la denuncia.

—¿Relación? —preguntó Beltrán.

—No tiene ninguna relación con el sospechoso.

Antes de que pudiera añadir más información, Beltrán la interrumpió:

—No tiene sentido. ¿No lo conocía? ¿Por qué iba a querer matarlo?

—Al parecer fue testigo de algún hecho ilícito aunque desconoce cuál. El denunciante ha declarado que, tras caer por el barranco, el conductor del otro vehículo se bajó y lo buscó con una linterna…

—¿Ha pensado, inspectora Fernández, que solo quisiera ayudarlo? —preguntó Beltrán con sorna.

Lucía esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Me resultaría raro, teniendo en cuenta que la víctima pudo oír cómo el hombre hablaba por teléfono con otros dos sujetos y les indicaba que fueran allí para deshacerse del cuerpo.

La cara del jefe se tornó bermellón. Lucía continuó:

—También oyó al agresor decir que tenía que llevar un paquete al laboratorio.

—Toda esta historia me suena a cuento chino, Fernández.

Lucía carraspeó, incómoda.

—Quisiera pedirle un equipo para peinar la cantera. Quizá tengamos suerte y atrapemos a alguien. También quiero hablar con otra posible testigo que estaba por la zona.

Lucía calló a la espera de que el inspector jefe Beltrán la autorizara a hacer el reconocimiento. Él la miraba con el gesto mudo, como si fuera un profesor ante un alumno que no ha hecho los deberes. Como un dueño mira a su perro cuando se hace caca en la alfombra. Sí, Lucía lo sabía. Iba a recibir. Lo supo antes de que empezara a hablar.

—¿Tenemos ya los autos del juzgado para la intervención telefónica? —le preguntó.

—¿Qué autos, jefe? —disimuló Lucía, quien sabía perfectamente a cuáles se refería.

—JODER, FERNÁNDEZ —gritó Beltrán—. ¿¡Llevamos tres meses detrás del Paisa y no es capaz de redactar un puto oficio!?

Lucía sabía que esta vez tenía razón. El Paisa era un sospechoso de homicidio que le habían traspasado sus compañeros de Madrid. El joven de veinticuatro años pertenecía a una banda latina. El asesinato había sido el culmen de una serie de duras pruebas que tenía que superar para ganarse el respeto del resto de miembros. Tras cometer el crimen, se había mudado a Cáceres con unos familiares. El equipo de Lucía había descubierto que, además, estaba metido en una gran operación de tráfico de droga con los colombianos. Necesitaban que el juez autorizara las escuchas del teléfono fijo y del móvil para complementar las vigilancias. A Lucía le sacaba de quicio el papeleo. Siempre lo retrasaba. Ella era una tía de acción. Pero sabía que esta vez la había cagado; al final iba a conseguir que el grupo de estupefacientes le quitara el caso. No lo podía consentir.

—Lo siento, jefe. Ahora mismo me pongo con el oficio —prometió.

—Una semana te doy con este caso, Fernández. Si no consigues algo más, se lo derivo a García. —Se quedó callado un segundo—. Y envía un coche patrulla a la cantera, que comprueben todo el relato.

Lucía se dio la vuelta para salir del despacho.

—Una cosa más, que traigan a esa otra testigo a la comisaría —

añadió Beltrán.

Salió del despacho con el corazón a dos mil por hora, cerró la puerta tras de sí y se llevó ambas manos a la cara, masajeándose las sienes para intentar tranquilizarse. «¿Y ahora qué?».

Si hubiera sido cualquier otra persona, se habría quedado a encargarse del caso del Paisa ella misma, pero se trataba de David. Necesitaba saber quién era ese hombre y por qué había intentado hacer daño a su mejor amigo. Miró el reloj: las doce menos cuarto. A esa hora de la noche lo normal solía ser que la comisaría estuviera casi vacía. Sin embargo, debido a la situación, ahora era un hervidero de compañeros yendo de un lado a otro: algunos tomando café, otros hablando en corrillo y unos pocos tecleando en sus ordenadores. Se alegró de que, entre estos últimos, hubiera dos agentes de su unidad. Manuel Grandizo y César Álvarez hacían mejor mezcla que la ginebra y la tónica. Manu era un hacha sobre el terreno: detallista, pulcro, excelente interrogador, un chorro de ideas. César, en cambio, prefería el trabajo de investigación, analizando bases de datos, repasando una y otra vez los informes para extraer conclusiones fiables. En su tiempo libre desarmaba y volvía a armar ordenadores. Tenía un talento natural para la informática y eso los había salvado en más de un caso. Lucía se acercó hasta la mesa del agente Álvarez, donde ambos estaban enfrascados revisando el GPS de Jayden, el nombre real del Paisa.

Manu intuyó sus pasos y se dio la vuelta para saludar.

—¡Qué hay de nuevo, jefa! ¿A qué viene esa cara? No me digas que has perdido unos cuantos seguidores en Instagram —bromeó al verla acercarse.

A Lucía no le hacía gracia la broma; llevaba ya un tiempo lidiando con ello. Era una de esas cosas que no había sopesado cuando empezó a subir vídeos de entrenamientos deportivos a Instagram. En su defensa, no podía ni haber imaginado el éxito que empezaría a tener su perfil, acumulando seguidores semana tras semana. Justo había comprobado las cifras aquella misma mañana: doscientos treinta y cinco mil. Más del doble de habitantes que tiene Cáceres. ¿Cómo podría haber predicho semejante eclosión? Un sinfín de marcas la habían contactado

para promocionar sus productos. A pesar de las suculentas ofertas, algunas de las cuales le ofrecían más dinero del que cobraba al año como inspectora, rechazó todas las colaboraciones. Se tomaba muy en serio su trabajo en la Policía. Había querido entrar en el cuerpo desde que era pequeña, desde que jugaba con David a policías y ladrones en el patio de su casa. David siempre acababa atado con una cuerda y con un lazo en la boca a modo de mordaza. En aquella época todavía creía que los delincuentes no podían hablar bajo arresto, ¡qué equivocada estaba!

—¿Cuándo dejarás ese rollo? —le preguntó Lucía frunciendo el ceño.

—Cuando tenga los mismos seguidores que tú —respondió Manu.

—Entonces nunca —intervino Álvarez—. Jefa, tenemos algo importante. Jayden estuvo ayer en el polígono de las Capellanías. Creemos que ya están preparando los camiones para transportar la mercancía. ¡El intercambio es inminente!

—¿Has hablado con el equipo de Cádiz?

—Sí, jefa, hemos llamado al inspector Revuelta. Todo su equipo, así como los GEO, están preparados para intervenir en cuanto consigamos saber dónde y cuándo se hará la transacción. Nos han dicho que el buque de los colombianos está a unas mil setecientas millas de la costa.

—Bien, necesitamos las escuchas de su móvil ya. Ahora el juez tendrá que aceptarlas; tenemos pruebas de sobra para justificarlas. Necesito pedirte un favor, César, ¿puedes encargarte tú de coordinarlo con el juzgado? ¡Te deberé una!

—Por supuesto, jefa. Me pongo a ello —aceptó Álvarez, quien se puso a teclear a toda prisa en su ordenador.

—Y tú te vienes conmigo. —Lucía señaló a Manu y luego a la salida de la comisaría.

—¿A dónde vamos? —preguntó este poniéndose la chaqueta.

—Te lo diré por el camino.

Dos horas después, estaban aparcando el coche Z en el mirador de la montaña. Tras una desafortunada búsqueda en la cantera abandonada,

se habían dado por vencidos y habían subido al mirador donde había tenido lugar la conversación entre David y aquel desconocido.

Nada más bajarse del coche, Lucía se fijó en el Seat Ibiza aparcado justo debajo de la farola.

—Manu, que central revise la matrícula de ese coche —dijo señalándolo—. Quiero saber de quién es.

—A sus órdenes, jefa.

El agente se dirigió hasta el vehículo para poder leer la matrícula y transmitirla por radio. Lucía caminó por el borde del mirador.

—¡Aquí! —exclamó para que Manu se acercara—. Según el denunciante, fue justo en este punto donde tuvo lugar la conversación. —Se situó a la izquierda de un templete construido frente al santuario —. El tipo estaba fumando; puede que encuentres su colilla.

—Una gran idea buscar una colilla en un mirador. Seguro que nadie ha pensado en fumarse un cigarro mientras contempla las vistas —ironizó Manu mientras se acercaba a ella—. Y déjate ya del denunciante, que sé que es tu amigo David.

Lucía se volvió, aguantándose la risa. Le caía bien Manu, a pesar de que fuera un cascarrabias. Habían tenido sus más y sus menos al principio cuando llegó a la comisaría como inspectora. A él no le sentó bien que una chica más joven y con menos experiencia le diera órdenes. Había tenido que ganárselo a base de instinto y carácter. Y, de esas dos cualidades, la inspectora Fernández iba sobrada.

—¡Jefa! Hay alguien allí dentro. —Señaló el edificio junto al santuario.

Era verdad: una de las ventanas colindantes a la ermita difundía una luz cálida al exterior. De repente, la luz se apagó. Lucía se apresuró a llegar hasta la puerta del edificio de tres pisos. No había timbre, así que aporreó la puerta de madera. No sucedió nada. Volvió a insistir. De pronto, escuchó unos pasos tras la puerta y esta se abrió, desvelando la figura de un anciano vestido con un pijama de franela.

—Buenas noches. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó el caballero, con rostro amable.

—Buenas noches, siento mucho molestarle. Soy inspectora de policía

—se presentó Lucía enseñándole la placa—. Quizá pueda ayudarnos. ¿Ha estado en casa toda la tarde?

—Sí, he estado aquí. He dado la misa de las cinco y luego me he venido al taller de carpintería a trabajar en mis figuritas. Mi belén de Navidad de este año va a ser el mejor —le aseguró el anciano guiñándole un ojo.

—Entiendo, padre. ¿Desde su taller puede ver aquella zona de allí? —Lucía señaló a su compañero Manu, quien estaba agachado junto al templete.

—No, inspectora, mi taller no tiene ventanas. Es un cuartucho diminuto.

—Entonces no puede ayudarme, padre. Lamento haberlo molestado.

—No es molestia; espero que encuentren lo que buscan. Quizá Adriana pueda ayudarlos.

—¿Adriana?

—Es la joven encargada del restaurante. Su coche es aquel Seat Ibiza de allí, por lo que imagino que seguirá por aquí, aunque esté cerrado.

Lucía sintió que le daba un vuelco el corazón. ¿El coche de la chica que había visto David hacía unas horas seguía aquí? «Tenemos un problema de los gordos», pensó.

—Muchas gracias por su ayuda, padre —se despidió.

Se dirigió corriendo hacia su compañero, quien estaba montado en el coche hablando por radio.

—Se la ha llevado, Manu, se ha llevado a la chica —dijo Lucía, exhausta—. Quiero que venga la científica ya, que cojan todas las huellas que haya en el Seat Ibiza, en el mirador, en el templete, en la farola… ¡por todos lados! Y localiza a la familia, a los dueños del restaurante; a su marido si tiene. Quiero hablar con ellos. ¡Date prisa!

A unos cien metros de la ermita, oculto sobre una enorme peña, Roberto Gavira observaba impasible cómo los agentes de policía se acercaban al coche de la mujer y miraban en su interior. «Estamos jodidos. Silva se va a cabrear».

No solo no habían encontrado el cuerpo del corredor, sino que ahora sabían que había acudido a la policía y que ya estaban tras ellos. Habían perdido su ventaja. Lo tenían todo planeado para que no hubiera problemas: el novio de la chica estaba fuera por negocios y el restaurante cerrado a esa hora. Sin embargo, los contratiempos sucedían y debían adaptarse. Bajó de la peña y comenzó a andar hacia su coche. Antes de dar un paso más, notó una vibración en el interior de la mochila que llevaba a la espalda. Se apresuró a sacar el móvil.

Torció el gesto al ver el nombre que apareció en la pantalla:

JAVIER SILVA.

Capítulo 12

Un encuentro tenso

Silva se encontraba con las manos entrelazadas detrás de la espalda; el cuerpo recto, la cabeza erguida. A pesar de haber dejado atrás su vida como militar, había cosas que no desaparecían sin más, y una de ellas era permanecer de pie como si tuviera un palo introducido en el recto.

Justo al lado del exteniente se encontraba el doctor Hooker, con apariencia de galán andaluz. Silva sabía que ese no era su verdadero nombre. El ex boina verde había sido entrenado para conocer hasta el más mínimo detalle de las personas con las que se relacionaba. Había muchas maneras de conseguir información sobre alguien y casi nunca tenía que recurrir a la violencia. La mayor parte de las veces, los objetivos le daban acceso a toda su historia personal a través del teléfono. Durante su periodo en Afganistán, Silva había aprendido que a través de un móvil se puede rastrear desde cuál es la comida favorita de alguien hasta la marca de sus calzoncillos. Si Hooker se creía que un mote de mierda iba a protegerlo es que no sabía nada acerca del tipo de militar que había contratado. Conocer su verdadera identidad lo había sorprendido; una persona tan reputada en la medicina nacional e internacional, que asistía a todo tipo de eventos sociales codeándose con políticos, diputados y ministros… «¿Cómo alguien así se la juega de esta manera?», pensó Silva.

Los dos se encontraban en una habitación sin apenas muebles. En el techo, dos tubos fluorescentes irradiaban luz fría a toda la estancia. Frente a ellos, había una gran superficie de vidrio laminado a través de la cual podían ver un quirófano en el que descansaba una mujer inconsciente, tumbada sobre una camilla. La misma joven que Javier Silva había secuestrado unas horas antes. Un grupo de sanitarios, ataviados con batas azules y mascarillas, iban de un lado para otro preparando el instrumental quirúrgico. Salvo uno de ellos: una médica

que estaba sentada junto a la mujer y manipulaba una pantalla unida a lo que parecía un instrumento para hacer ecografías.

—¿Qué van a hacerle? —preguntó Javier.

—Hasta donde yo sé, Silva, no le pagamos para conocer los detalles de la investigación clínica —respondió Hooker.

Javier apretó los puños tras su espalda. Hooker pareció darse cuenta del gesto tenso del teniente y decidió rebajar un poco el ambiente.

—No se preocupe, no vamos a hacerle nada malo. Solo queremos comprobar que el bebé está sano. La estamos ayudando —le explicó.

—¿Cómo saben que al bebé le pasa algo?

El doctor Hooker sonrió tras un momento, sin enseñar los dientes.

—Tenemos nuestros métodos.

Javier se giró hacia él para mirarlo directamente a los ojos.

—Si la están ayudando, ¿por qué no decírselo a ella? ¿Por qué no llevarla al hospital?

—En el hospital no pueden ayudarla —respondió el médico tajante.

—¿Y el Núcleo sí? ¿Cómo?

Hooker lo miró como si evaluara la capacidad de su interlocutor.

—Silva, no dudo de su inteligencia; es más, me aventuro a suponer que tiene un cociente intelectual alto. Una vez dicho esto, me gustaría dejarle claro, sin que se sienta ofendido, que hay preguntas para las que está lejos de poder comprender la respuesta —afirmó—. Le he contratado para que haga un trabajo. Lo está haciendo muy bien. Limítese a cumplir su papel.

—De acuerdo —se rindió Javier aparentando indiferencia—. ¿Puedo hacerle una pregunta que considero que está dentro de mis funciones?

—Adelante.

—¿Voy a tener que secuestrar a muchas embarazadas más? Me estoy jugando la cárcel.

Hooker continuó clavando en él su profunda mirada, desnudando sus inseguridades, descubriendo sus pensamientos.

—¿Por qué me pregunta esto ahora? ¿Le preocupa algo? —dijo finalmente.

Javier bajó la cabeza, tratando de ocultar su turbación.

—El corredor está vivo.

Hooker suspiró contrariado.

—¿Qué ha pasado?

—Lo perseguí hasta la cantera abandonada, pero el hombre se puso nervioso y echó a correr. Antes de que pudiera llegar a su altura, lo vi resbalar y caer al precipicio. Envié a Soto y a Gavira a buscar su cuerpo, pero no lo encontraron. Y no lo hicieron porque él ya estaba declarando en la comisaría. Gavira ha visto policías en el mirador. Ya van tras nosotros.

La cara del doctor Hooker permaneció impasible, como si acabara de decirle que tenía una mota de café en el zapato.

—¿Qué ha hecho con el coche? —preguntó.

—Me he deshecho de él —respondió Silva—. Eso es de primero de secuestros.

La broma tampoco causó efecto alguno en el doctor.

—Bien, no se preocupe. Tengo que ausentarme unos días; estaré fuera del país. Manténgame al tanto de cómo avanza la investigación policial —le informó Hooker.

—¿Cuándo soltaremos a la chica? —se interesó Javier.

—En poco tiempo. Primero tenemos que hacerle algunas pruebas y esperar los resultados —respondió.

Silva se giró para mirar a la joven, a la que estaban hurgando en la vagina con un espéculo. La idea de haberla drogado en contra de su voluntad y que ahora estuvieran escarbando en su útero le repugnó. Tenía estómago para muchas cosas, pero no para esto. Observó a Hooker de reojo. Él tenía algo en la mirada. No era en absoluto repulsión; más bien parecía ilusionado. «Putos científicos —pensó Javier—. Son unos jodidos psicópatas sin sentimientos». Se atrevió a lanzar la pregunta que le estaba rondando la cabeza desde que se había quedado a solas con el doctor:

—¿Mi mujer…?

Hooker le interrumpió.

—Todas las pruebas salieron bien, Silva. Lo haremos a mi vuelta.

Capítulo 13

Una pareja de enamorados

Apenas había dormido un par de horas cuando lo despertó el sonido de una sirena de policía. Se incorporó de la cama alarmado y se encaminó directo al balcón, maldijo para sus adentros cuando comprobó que la persiana estaba bajada. Si la subía, con total seguridad despertaría a Alma y después de la conversación de la noche anterior era lo último que quería. Se concentró en escuchar, pero a los pocos segundos la intensidad de la alarma policial se fue desvaneciendo hasta que la casa se quedó de nuevo en completo silencio.

No intentó volver a la cama. Recuperar el sueño habría sido una misión imposible. Para su cabeza escuchar aquella sirena había sido como pincharse cafeína en vena. Se puso los calcetines y las zapatillas de estar por casa, recogió una sudadera que tenía posada en la butaca a los pies de la cama. Antes de salir de la habitación, fue hasta Alma y le dio un beso. Sus labios se alargaron dibujando una sonrisa. Todavía dormida, se estiró de lado agarrando la almohada entre sus brazos. David admiraba la capacidad que tenía para conciliar el sueño a pesar de las circunstancias adversas: en un avión, en el coche, en la playa al sol, después de una discusión con su pareja… Y eso que esta vez se había enfadado como nunca. Ella era de tono pausado y reproches lentos, pero después de escuchar la historia al completo su cara se transformó y David pudo leer el miedo en sus ojos. Le había reprochado haber ido a denunciar a aquel desconocido a la policía, pensaba que así los ponía aún más en peligro. Si esa gente creía que estaba muerto, los dejarían en paz, pero ahora la había cagado y seguramente estarían en el punto de mira de unos sicarios de la droga; una teoría interesante que se había sacado de la manga entre grito y grito. «Tú siempre tienes que hacerte el héroe», «No puedes dejar las cosas estar», «Tendrán infiltrados en la policía y ahora vendrán a por nosotros» y otras perlas

varias que el joven cirujano había tenido que escuchar antes de que se diera la vuelta en la cama sin darle las buenas noches.

La verdad es que David no sabía qué pensar. El hombre no le había parecido el típico tío que andaba metido en drogas. Educado, cortés, bien vestido. Quizá la mala pinta de los narcotraficantes fuera cosa de las películas, pero él intuía que no eran drogas, que ahí había algo más. Mientras bajaba la escalera de casa camino del salón, comprobó su móvil. Le había enviado un mensaje a Lucía antes de dormirse preguntándole si había averiguado algo, pero su amiga todavía no le había contestado.

Preparó la cafetera italiana y la colocó sobre la vitrocerámica mientras encendía su ordenador portátil. Realizó un par de búsquedas rápidas y encontró un artículo interesante sobre la desarticulación de una banda de narcotraficantes en la provincia. «¿De eso se trataba? ¿He sido testigo de un intercambio de droga? Solo que, en realidad, no he visto nada. ¿Qué sentido tenía matarme?», su mente burbujeaba como lo hacía también la cafetera.

Se sirvió una buena taza de café solo y se sentó en el sofá del salón, con el ordenador sobre las piernas. Continuó navegando un rato buscando delitos en la ciudad, y, para su sorpresa, encontró más de lo esperado. Se dio cuenta de que su amiga Lucía le contaba muy poco sobre el trabajo o quizá era que él hablaba demasiado del suyo. Antes de comprobar de nuevo su móvil, se levantó a subir la persiana. Por los pequeños orificios rasgados ya se colaba la luz del amanecer. Se asomó a la calle sin abrir el cristal, naturalmente estaba desierta. Se entretuvo recogiendo el salón hasta que la pantalla de su teléfono se iluminó. Un mensaje de Lucía.

Ábreme.

David se quedó estupefacto mirando hacia la puerta de su casa como si su cerebro no fuera capaz de comprender que Lucía se había presentado allí a las siete y media de la mañana. Su cara de asombro no mejoró tras abrir. Los tirabuzones rubios de su amiga tenían vida

propia, los hombros caídos, la chaqueta sucia y la expresión cansada de quien necesita una ducha y una cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó David haciéndola pasar.

—No te puedo contar mucho —dijo Lucía mordiéndose el labio—, ya lo sabes, pero te conozco y si te dejo sin saber nada harás algo imprudente poniéndote en peligro.

David asintió con el corazón a dos mil por hora.

—Tu hombre misterioso ha secuestrado a una chica —continuó como si se quitara una tirita.

—Pero eso no puede ser, ¿a quién? Allí no había nadie m… —David se interrumpió comprendiendo al instante—. La camarera.

La inspectora asintió en silencio. En ese momento escucharon el sonido amortiguado de pisadas provenientes de la escalera. Era Alma, que bajaba de puntillas, vestida con una camiseta de David. A Lucía la imagen de Alma sin pantalones le turbó un poco, notó como las mejillas le ardían y eso solo podía significar que se estaban poniendo rojas.

—Hola, Luci —saludó Alma sonriente.

—Hola —saludó ella incómoda —. David, ¿podría beber un poco de agua, por favor? Llevo toda la noche a la intemperie y se me ha resecado un poco la garganta.

—Sí, claro —respondió David, que no se había dado cuenta de la incomodidad de su amiga—, en el frigorífico hay una jarra llena, sírvete tú misma.

Alma se acercó al cirujano por la espalda y lo abrazó, plantándole un beso en el omoplato.

—¿Ya no estás enfadada? —preguntó él dándose la vuelta.

Alma negó con la cabeza mientras le sonreía traviesa. Se besaron.

—Será mejor que me vaya, necesito dormir un par de horas. Hoy va a ser un día largo —anunció Lucía detrás de ellos.

—No, Luci, espera. ¿Cómo sabéis que se ha llevado a la chica? ¿Estamos en peligro? ¿Sabéis la identidad de ese hombre?

Lucía negó con pesar.

—No te puedo contar nada más, David. Entiéndeme. Ya lo estoy haciendo mal por venir a hablar contigo. Tú solo quédate en casa de

momento, ¿vale? —dijo acercándose a él y acariciando su barba de tres días—. ¿Me lo prometes?

David no contestó.

—Cuenta con ello, Luci —dijo Alma tirando de él hacia el sofá—, de aquí no nos moveremos en todo el día. Un domingo en casa, que nos viene bien.

Lucía sonrió a sus amigos.

—Cuidaos mucho, cualquier cosa llamadme enseguida y cerrad con llave cuando me vaya —los advirtió.

David observó a su amiga marcharse sin saber que la próxima vez la vería en condiciones muy diferentes.

Capítulo 14

Un miedo terrible

La comisaría era un hervidero de policías a última hora de la tarde del domingo. El estado de alarma había ocasionado múltiples emergencias y la policía local no daba abasto. La mayoría de los equipos estaban ayudando en tareas de orden público, a excepción de Lucía y sus hombres, que trataban de averiguar el paradero de Adriana Martín, la chica desaparecida en el mirador de la montaña.

Lucía finalmente había preferido no irse a casa a descansar tras visitar a David. Tenía demasiado trabajo que hacer, pero a esa hora de la tarde no le quitaban el cansancio ni los seis cafés que se había bebido a lo largo del día. Delante de ella, su compañero Manu llevaba un par de horas al teléfono. Le había costado localizar a los familiares. Había hablado con los dueños del restaurante, quienes confirmaron que en el local aquella tarde solo se encontraba Adriana. Se había quedado haciendo inventario por si tenían que cerrar algún tiempo debido al virus. También localizó a los padres, se encontraban en Alicante, en una segunda residencia que poseían junto a la playa. Ambos prejubilados a los cincuenta y cinco, ventajas de trabajar en el sector de la banca. Se habían asustado mucho con la noticia y ya estaban de vuelta, camino de Cáceres, llegarían en unas horas. En aquel momento, Manu hablaba con el novio de la chica, tras un par de minutos asintiendo a las afirmaciones que llegaban a través del teléfono, colgó el auricular.

—Este es de los tuyos —dijo frotándose la oreja, que la tenía roja como un tomate.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lucía que ya intuía que se iba a cabrear ante la respuesta.

—Está en una competición de *crossfit* en Zaragoza. Debe de ser un musculitos instagramer como tú, jefa.

Lucía resopló con exasperación.

—De verdad no puedo despedirte, ¿no?

—Podrías pedir que me trasladen, pero me echarías de menos… —respondió Manu repantingándose en la silla.

—¿Has averiguado algo que nos pueda servir?

—Pues la verdad es que sí, según el chico, Adriana estaba embarazada.

—¿En serio? —preguntó incrédula—, pobrecita, ¿qué le habrá hecho ese animal?

—No lo sé, jefa, pero todo este asunto tiene muy mala pinta.

—¿El hijo que espera es del novio? De ese tal… ¿cómo se llama?

—Álvaro, y no le he preguntado, di por hecho que sí.

—No hay que dar las cosas por hecho —le reprendió—, averigüémoslo, quizá en el hospital sepan algo. ¿En cuál estaban llevando su embarazo?

—Me ha comentado que hace poco le hicieron una prueba a ella y al feto en el Hospital General.

—Empecemos por ahí, mañana sin falta nos pasaremos a ver qué averiguamos —sentenció Lucía.

De repente, la expresión de su compañero se ensombreció y se apresuró a colocarse recto en la silla. Lucía supo al instante lo que significaba aquel gesto, casi como si pudiera verlo a través de su nuca.

—Inspectora Fernández, me alegro de encontrarla en la comisaría. Supongo que ha estado ocupada redactando el oficio que le pedí —espetó el Espalda Plateada a modo de saludo.

Lucía giró su silla con la cabeza pegada al pecho, dispuesta a recibir gritos y maldiciones, pero el agente César Álvarez se interpuso entre ella y Beltrán con un taco de folios en la mano.

—Ya tenemos el permiso del juez —intervino Álvarez—, podemos pinchar el teléfono de Jayden. Él nos llevará hasta los colombianos. Esta vez vamos a pillar muchos kilos, jefe, de esta nos toca una medalla.

Beltrán, que venía exclusivamente a abroncar a Fernández por desoír sus órdenes y montar todo un operativo en el mirador de la montaña

que él no había autorizado, se debatía entre continuar con su plan original o felicitarles por los avances en el caso del Paisa.

Optó por algo intermedio.

—Buen trabajo, Álvarez —dijo mirando fijamente a César—, en cuanto a vosotros dos…

—Ha sido un trabajo de todo el equipo, jefe —musitó César.

—Os quiero ahora mismo en mi despacho —continuó Beltrán como si no le hubiera oído—, quiero una explicación pormenorizada de los avances en la desaparición de Adriana Martín. ¿En algún momento pensaba informarme de que se había producido un secuestro, inspectora Fernández?

Lucía calló avergonzada.

—Entiendo que usted prefiere que me entere por mis superiores. Bien, dado que no puedo fiarme de sus pesquisas, lideraré este caso yo mismo. Los dos, a mi despacho.

Tras sus palabras se dio la vuelta y se marchó. Lucía se apresuró a recopilar la información concerniente a la investigación, Manu dio una palmadita en la espalda a su compañero César. «Al menos una cosa la hemos hecho bien, gracias, chaval».

Se encaminaron hacia la oficina del Espalda Plateada al mismo tiempo que Alma entraba en la sala. Lucía notó su presencia al instante: su larga melena siempre brillante, su gracia al caminar, sus ojos cristalinos, esos labios carnosos… apartó de inmediato aquellos pensamientos de su mente. «Si David tuviera una ventana a mi cerebro, se escandalizaría», pensó. Ella sabía que nunca haría nada que pusiera en peligro su amistad, de hecho, se sentía avergonzada de sus propias fantasías. Lo que sucede con el deseo es que está tan dentro que es difícil extirparlo, se extiende por tu interior hasta provocarte visiones, sudores y excitación. A pesar de la insistencia del neurocirujano por que se hicieran amigas, Lucía siempre había mantenido las distancias con Alma. Una cosa era soportar el anhelo cuando quedaba con su amigo y su novia y otra, muy distinta, era soportarlo por gusto. Sin

embargo, muy a su pesar, en los últimos días era la tercera vez que tenía que verla a solas.

Alma se plantó ante ella con una sonrisa radiante, mostrando sus dientes blancos y rectos.

—Hola, Luci. ¿Podemos hablar un momento?

—Sí, claro. Pasa por aquí —dijo Lucía guiándola a un despacho vacío.

—Pero… —comenzó a replicar Manu.

—Dile a Beltrán que enseguida voy —respondió la inspectora sin opción a contrarréplica.

Se metieron en un despacho vacío, sobre la mesa había una caja llena de mascarillas quirúrgicas. Lucía cerró la puerta y se sentó sobre el escritorio.

—Siéntate, Alma, y cuéntame en qué puedo ayudarte —ofreció Lucía señalándole la silla.

—Tranquila, solo será un momento, sé que estás muy liada —respondió Alma manteniéndose de pie—. ¿Sabéis algo más de la chica o del hombre que agredió a David?

Lucía negó con la cabeza.

—Alma, sabes que no puedo contarte nada. No deberías haber venido, estáis en peligro, los dos lo estáis.

—De eso precisamente quería hablarte…

—¿Qué ha pasado? —inquirió asustada.

Echó el cuerpo hacia delante y enseguida le llegó el perfume afrutado de Alma.

—Estoy muy preocupada por David, está obsesionado con el caso. No para de hablar del tema, de buscar pistas en su ordenador, de mirar fotos de delincuentes que encuentra en la prensa. Tienes que alejarle de esto, Luci, por su salud.

La inspectora suspiró con pesar.

—Es normal, está asustado. Igualmente hablaré con él, mañana me pasaré por vuestra casa.

—Mañana no estará en casa.

—¿Es coña, no? ¿Y dónde se supone que estará? —preguntó Lucía

indignada.

—Tiene una operación importante, un niño. Quizá le venga bien centrarse en otra cosa.

La inspectora suavizó un poco su reacción.

—Está bien, pero que no vaya a ningún sitio más. Solo de casa al hospital. ¿Quieres que mande una patrulla para que le lleve?

—¡No! —exclamó Alma—, sería mucho peor, necesita tranquilidad. Olvidarse un poco de todo esto.

—Está bien —admitió Lucía pensativa—. De todos modos, no creo que el tipo este vuelva a molestarlo.

Alma frunció el ceño, extrañada.

—¿Por qué piensas eso?

—Bueno, al fin y al cabo, lo que pretendía era impedir que David pudiera identificarle por lo del secuestro. Eso ya ha pasado. ¿Qué razón tendría para hacerle daño?

—¿Venganza? —preguntó Alma.

Lucía asintió.

—Sí, pero no me parece el perfil de criminal visceral. Por lo que me contó David de su conversación y la manera en que había estudiado a la chica que secuestró, ese tipo es un profesional. Y un profesional no se ensucia las manos si no va a obtener con ello un beneficio.

—Espero que tengas razón —dijo Alma alargando su mano y posándola sobre la de Lucía.

—Yo también —respondió ella estrechándola.

Capítulo 15

Una vieja amiga

Hooker sobrevolaba el golfo de Vizcaya a bordo de un chárter privado rumbo a Londres. Estaba preocupado por la conversación de la noche anterior con Silva. La policía ya había averiguado que la mujer había desaparecido; era un asunto delicado. La investigación avanzaba rápido, pero, si todo seguía según el plan, no tenían por qué verse afectados. Ya se habían realizado pesquisas policiales antes que se habían disipado con la aparición del sujeto.

Se distrajo mirando por la ventanilla del Hawker 750. Le relajaba observar la extensa alfombra azul que parecía no tener fin. Había pasado mucho tiempo desde que la Tierra fuera un gigantesco océano con unas pocas islas repartidas alrededor del mundo. La quietud antes de la formación de esas bacterias primigenias, esas primeras formas de vida que modificaron todo nuestro hábitat. Y ahora el mundo estaba a punto de volver a cambiar, de una forma maravillosa y definitiva. Se sentía muy afortunado: iba a ser una de las pocas personas en todo el planeta que lo haría posible y tenía que agradecérselo al Núcleo y a su Proyecto Zero.

La azafata, vestida con un impecable uniforme gris hecho a medida, se acercó con una sincera y amable sonrisa.

—Aquí le traigo su café solo, doctor Hooker.

—Gracias, Mónica. ¿Cuánto falta para llegar?

—En unos cuarenta y cinco minutos estaremos aterrizando en el aeropuerto de Heathrow, en Londres. Le avisaré cuando nos estemos aproximando —respondió ella.

—Gracias. ¿Está todo arreglado con las autoridades aeroportuarias?

—Por supuesto, doctor. La organización se ha encargado de que no haya ningún inconveniente a su llegada.

—Perfecto. No quiero más circos como el que hemos tenido en

Madrid.

—Al menos se ha podido arreglar —contestó la azafata.

«Sí, tirando de agenda; ahora le debo un favor al subdirector general de Sanidad Exterior», pensó Hooker.

—¿También está organizado mi transporte hasta el hotel? —preguntó.

—Así es. Relájese y disfrute de lo que queda de viaje.

Una hora y media después se encontraba admirando las majestuosas avenidas del centro de Londres desde su Mercedes-Benz EQC híbrido. Al doctor Hooker le hizo gracia pensar en ese interés del Núcleo por el uso de energías renovables cuando había venido en un jet privado para él solo, un transporte que emitía veinte veces más CO2 por pasajero que un avión comercial, y ya no digamos que un tren. Pero la cosa estaba clara: renovables sí, siempre que no estuviera reñido con la discreción y la eficiencia. Los miembros del Núcleo eran seres humanos capaces de cosas extraordinarias y cada una de sus horas valía al menos cien veces más que la de una persona normal.

El día se había ido inundando de nubes, como casi siempre, en una ciudad que parecía coloreada en escala de grises, incluyendo a sus habitantes. El doctor Hooker los observaba caminar con prisa por la acera. Con sus trajes negros, sus faldas grisáceas, sus maletines en la mano. Yendo de casa al trabajo y del trabajo a casa. Con alguna parada ocasional en el pub de siempre para tomar una pinta de cerveza. Constantemente con prisa. Sin tiempo libre.

«Quizá esa es la razón por la que no se ven ancianos en Londres», pensó Hooker.

Con la jubilación, huían de aquel ritmo frenético y caótico. Era un fenómeno que Hooker ya había presenciado en otras grandes ciudades, de Nueva York a Praga. En España, por el contrario, los abuelos se resistían a abandonar el barco de las grandes urbes y en Madrid se los veía en los parques jugando a la petanca, en los bares con su partida de mus o en los cines acompañando a sus nietos. España, después de todo,

siempre había sido diferente.

El automóvil giró en una esquina y se incorporó a la calle Piccadilly, desde donde el doctor pudo distinguir de nuevo la tradicional fachada de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, el Gold Bar Hotel. Su curioso nombre provenía de la primera mitad del siglo XX, cuando el alojamiento era refugio de los jugadores más empedernidos. Tal era su vicio que, en el casino que albergaba, a menudo se apostaban lingotes de oro.

La primera vez que el doctor Hooker vislumbró aquel emblemático lugar estaba terminando el tercer curso de Medicina. Gracias a sus excelentes notas le habían ofrecido una beca para terminar sus estudios en el prestigioso Imperial College de Londres. La Universidad costeaba sus gastos académicos, los personales eran otra historia. Su padre, un tipo con muchos recursos, pero de la vieja escuela, había visto aquello como una oportunidad para que Hooker aprendiera a desenvolverse por sí mismo. A través de un conocido de la familia consiguió su primer trabajo en Londres como botones del turno de noche en el hotel más reputado de la ciudad. Mientras trabajó en el Gold Bar Hotel atesoró las propinas más gigantescas y las anécdotas más rocambolescas. Uno no puede llegar a imaginar los antojos de la realeza hasta que los vive en primera persona. La degeneración de la opulencia. Los caprichos de los ricos, a menudo, sobrepasaban la moral de Hooker. Años después, su ética se había vuelto más flexible.

El Mercedes aparcó un momento en la entrada. Su sustituto, treinta años después, le abrió la puerta con cortesía:

—Bienvenido de nuevo al Gold Bar Hotel, señor. Es un verdadero placer volver a verlo —dijo el botones en un impecable inglés.

—Gracias, Henry. ¿Cómo está tu padre?

—Ha mejorado mucho desde la operación, señor, ya puede ponerse de pie. Gracias por preguntar. Si no le importa, llevaré sus pertenencias a su habitación. Lo esperan en el sótano.

Hooker sonrió. El sótano, como Henry lo había llamado, era un impresionante casino donde hijos de millonarios, famosos y jeques árabes intercambiaban decenas de miles de euros bajo la atenta mirada

de la banca, que siempre se quedaba con un buen pellizco. Mientras recorría los pasillos, acompañado por otro empleado del hotel, admiró las paredes recubiertas con ornamentos dorados que contrastaban con la moqueta azul cobalto por la que tantos personajes ilustres habían desfilado. Dejó atrás las inmensas columnas de mármol blanco y, nada más atravesar las cortinas de terciopelo, le embriagó la sensación de viajar al pasado. Pocas salas de juegos en el mundo podían presumir de tener la elegancia del Gold Bar Club. El anfitrión lo guio, sorteando la ruleta y las mesas de *blackjack*, hasta la mesa presidencial del casino, donde se jugaban las grandes partidas de póquer. Aquella tarde se había formado una en honor a su visita a la ciudad.

Ya sentados a la mesa, esperando a que el crupier desplegara la baraja de cartas sobre el tapete, se encontraban algunos rostros conocidos. Uno de ellos pertenecía a KhalbOs37, un famoso jugador de videojuegos alemán que había hecho una fortuna considerable jugando al *Call of Duty* por internet y subiendo vídeos a YouTube. Se estimaba que su fortuna era de unos nueve millones de euros. Posiblemente se trataba del jugador con menos dinero de la mesa. A su derecha se encontraba una estrella española, la nueva actriz de moda en las plataformas de vídeo, quien había protagonizado un par de series de adolescentes que la habían convertido en una de las mujeres más deseadas del mundo. Su cuenta de Instagram contaba con veinticinco millones de seguidores y se estimaba que en el banco disponía de la mitad de esos millones en euros. A la izquierda de KhalbOs37, el jugador alemán, se sentaba un empresario francés de veintiocho años que había conseguido lanzar al mercado una nueva marca de zapatillas fabricadas íntegramente con elementos sostenibles. En su segundo año de existencia, la firma había logrado una facturación de ochenta millones de euros. Un miembro de la Cámara de los Comunes, dos grandes empresarios londinenses y una reputada doctora estadounidense completaban la partida.

Hooker los saludó a todos haciendo un ademán con la mano. Se disculpó por el frío gesto mientras maldecía la pandemia que en ese momento estaba extendiéndose por el Reino Unido cual cáncer

silencioso, llevando a todos los países europeos a un colapso como jamás se había vivido.

La partida de póquer en la gran mesa presidencial del casino no tenía acceso libre. Además del depósito inicial, cantidad que ascendía a cien mil euros, un jugador de la mesa debía invitarte en persona a malgastar una pequeña parte de tu patrimonio. En el caso del doctor, la persona que lo había invitado era la misma que le había puesto el sobrenombre de «doctor Hooker» muchos años atrás, cuando todavía era un médico idealista apasionado por la investigación con células madre. Estaba orgulloso de encontrarse allí. Teniendo en cuenta que había aprendido a jugar al póquer en timbas ilegales organizadas en los pisos de algunos empleados de los mejores hoteles de la ciudad, estar en esa mesa era un logro.

Todavía recordaba la primera partida, lo invitó su compañero del turno de noche, Bruno, un italiano buscavidas muy espabilado que se sacaba más del triple del sueldo de botones en aquellas timbas. Aquella primera noche no le fue bien. Perdió con unas dobles parejas de ases y reyes frente a una escalera que le mostró uno de los recepcionistas. Más de treinta años después, la compañía de sus partidas había cambiado.

En la mesa presidencial, el juego se desarrollaba con normalidad. KhalbOs37 ya había perdido treinta mil euros con dos reyes en mano frente a un *backdoor* de Lara. La famosa actriz de *La Comunidad* había obtenido el color en el *turn* pisando la doble pareja de su compañero. El político y los empresarios se mantenían en «modo roca». Si apostaban era porque llevaban algo muy bueno en las dos cartas que tenían ocultas en la mano. A Hooker le gustaba el jugador roca, era predecible. Con sus conocimientos sobre probabilidad, y averiguando sus tics, era fácil adivinar lo que portaban. Hooker se había mantenido sin destacar demasiado en los primeros compases de la partida; tan solo un par de arrebatos agresivos con un as. Se encendió un puro mientras el crupier repartía la siguiente mano. La ventaja de poner cien mil euros sobre la mesa era que nadie se atrevía a reprenderte por fumar en un sitio cerrado. El empleado del casino barajó sin realizar grandes florituras, pero revolviendo las cartas de manera magistral con una

mezcla americana limpia y visual. Las dos cartas de Hooker llegaron deslizándose sobre la mesa azul, superponiéndose a la perfección la una sobre la otra. Las levantó ligeramente con los dedos. El as de corazones y el as de picas le devolvieron la mirada. Volvió a poner boca abajo las cartas intentando que todos los músculos de su cara se mantuvieran inexpresivos.

—Paso —renunció el francés tirando las cartas boca abajo sobre el tapete.

—No voy —alegó William, el representante del Partido Laborista en la Cámara de los Comunes.

—Subo… —dijo Hooker mientras manipulaba uno de los montones de fichas que tenía, sacando ventaja de su buen pulso de cirujano en momentos de tensión—. Doblo la ciega.

—Vaya, vaya… ¿robando ciegas tan pronto, doctor Hooker? —le preguntó Lara con una mirada divertida—. Lo vería si tuviera alguna opción de enganchar algo en el *flop*.

Acto seguido, tiró las cartas sobre el tapete. Los empresarios deslizaron sus cartas boca abajo sobre la mesa sin molestarse siquiera en decir «paso». El turno corrió hasta la doctora.

—Voy —afirmó con seguridad arrojando sus fichas al centro de la mesa.

Fue la primera vez que Hooker la miró a los ojos desde que se había sentado a la mesa. Aquella mujer afroamericana le devolvió la mirada con sus brillantes iris negros fulminándole el corazón. Su ritmo cardiaco se aceleró y se despertaron en él sentimientos que creía extintos. Desde que había pasado *aquello*, en los últimos cinco años la había visto en persona en contadas ocasiones. Mucho había cambiado entre ellos desde el suceso, pero había una cosa que no lo había hecho: él seguía siendo su segundo de abordo, su hombre de confianza en el Núcleo. Su Robin, su Sancho Panza, su doctor Hooker… Ocho años habían pasado desde que Rebeca Hopkins acuñara aquel sobrenombre en una taberna no muy lejos de allí, con varias pintas de cerveza a sus espaldas.

—Lo logramos, Rebeca. ¡Se ha curado! —le había dicho Hooker

entonces.

—Todavía no puedo creerlo, ¡y todo gracias a ti! —le contestó Rebeca con lágrimas en los ojos.

—Solo te he echado una mano.

—¡No te hagas el modesto! Descubriste cómo tratar las células. Está curada gracias a ti.

—Solo he terminado un trabajo que tú ya habías empezado.

—Eres mi propio doctor Hooker.

—¿Quién?

—¿En serio? ¿Un científico de tu talla no sabe quién es Joseph Dalton Hooker? —le preguntó Rebeca con sorna.

Él aguantó impasible la sonrisa burlona de su compañera.

—El doctor Hooker fue un botánico muy amigo de Darwin, del que se dice que incluso le indujo a publicar sus hipótesis evolutivas. Sus conocimientos sobre las diferentes especies de plantas ayudaron a Charles a diseñar su famosa teoría —le explicó Rebeca.

Él soltó una carcajada.

—Si yo soy Hooker, tú debes de ser Darwin. Un poco ambiciosa, ¿no crees?

—¿Y acaso no estamos continuando su mismo trabajo? ¿Acaso no hemos llegado más lejos de lo que él mismo llegó? Se avecina un gran cambio, mi querido Hooker, y nosotros vamos a hacerlo posible. —Levantó su pinta de cerveza mirándolo con intensidad a los ojos.

—¿Tú y yo? —preguntó Hooker brindando.

—Tú y yo —repitió ella mientras se inclinaba hacia delante y le daba un beso en los labios.

Aquel beso fue el inicio de una relación que le salió demasiado cara.

De vuelta a la mesa, Hopkins simulaba una sonrisa tranquila mientras las tres primeras cartas aparecían en el centro del tapete. Rey de picas, cuatro de tréboles y reina de corazones. Hooker sopesó las opciones. El *flop* no había sido malo. El rey y la reina suponían una pequeña amenaza a su American Airlines rumbo a la victoria. Era hora de poner a la doctora entre la espada y la pared. Si sus cálculos eran correctos, y lo eran, su par de ases tenían una probabilidad del 85,5 por

ciento de ganar la mano antes de aquel *flop*. Con las tres cartas sobre el fieltro azul, el doctor calculó que su porcentaje de éxito había aumentado hasta el 87,5 por ciento.

—¿Qué te parece, Rebeca? —se divirtió Hooker.

—Si no me equivoco, es tu turno —afirmó ella mientras instintivamente llevaba su mano derecha hacia el montón de fichas de cinco mil euros, en un insignificante e inconsciente gesto de poderío que no hacía sino recalcar la inseguridad latente en sus cartas.

No había muchas cosas que el doctor hiciera mejor que Rebeca Hopkins, pero desde luego, jugar al póquer era una de ellas. La clave estaba en ponerle la zanahoria lo suficientemente cerca de la cara como para que la siguiera sin rendirse ni pegar un mordisco.

—Subo diez mil euros —dijo Hooker impulsando las fichas hacia delante.

—Lo veo —respondió ella al instante.

El crupier deslizó la cuarta carta sobre el tapete: jota de tréboles. Peligrosa. Muy peligrosa. Abría la posibilidad de escalera, la cual ahora resultaba muy factible. ¿Era lo que perseguía Rebeca? Llegados a este punto, Hooker tenía dos opciones: pasar y esperar a que hablara ella —no era un gran plan, ya que la doctora apostaría fuerte ante el titubeo del científico— o bien subir mucho. Nadie vería una gran cantidad con un farol a rebufo.

—Subo treinta mil euros —anunció Hooker sin mirar a la doctora.

Rebeca Hopkins no se sintió intimidada en absoluto. Contó sus fichas con calma tratando de jugar con la paciencia de Hooker.

—*All in* —dijo poniendo todas sus fichas en el medio.

Hooker sonrió. Conocía a Rebeca lo suficiente como para saber cuándo tenía la mano ganadora.

—No voy.

Acababa de perder cuarenta y cinco mil euros, pero lo que más le dolía era haberlo hecho contra Rebeca. «¿Es que acaso esta mujer siempre gana?».

Se levantó y se encaminó a la barra dispuesto a pedirse una copa para calmar los ánimos. Notó que alguien se acercaba a su espalda.

—Mi querido doctor Hooker, cuánto tiempo sin vernos en persona. Te recordaba mejor estratega —le dijo Rebeca con una sonrisa burlona.

—Estaré desentrenado. Ya sabes que hemos estado trabajando mucho.

—Sí, me han llegado noticias de tus avances. Lo que me ha dolido es que no me los contaras tú mismo. —Colocó su mano sobre la de Hooker.

—Rebeca…, prefiero que mantengamos la distancia y que solo tengamos contacto para temas relacionados con el Proyecto Zero.

—Precisamente de eso quiero hablarte. Necesito tu ayuda antes de lo de mañana. Iré a tu habitación a las nueve en punto. Espero que puedas aguantar despierto. —Le dedicó una sonrisa pícara mientras se daba media vuelta y dejaba al doctor sin oportunidad de réplica.

Capítulo 16

Una víctima inesperada

—Podría facilitarle un mapa del edificio si quiere, así podrá situarse mejor —le ofreció la recepcionista haciéndose oír por encima del ruido de los camiones.

La puerta del vestíbulo estaba abierta y el aparcamiento, justo enfrente de la entrada principal, era un caos ordenado. En él había una hilera de camiones, cada uno aparcado de cualquier manera; carpas con material sanitario; montañas de mochilas desinfectantes; soldados transportando herramientas de un lado a otro. Algunos ya habían empezado a desinfectar las inmediaciones. Todo el mundo parecía saber lo que tenía que hacer.

«Yo también», pensó la bestia.

Agradeció a la recepcionista el plano de la residencia. No le hacía falta, pero prefería tratarla con amabilidad, así no recordaría su cara. Antes de girar sobre sus pies, la recepcionista agarró su brazo. Sus ojos vidriosos parecían tratar de decir algo que se perdió antes de poder cruzar sus labios.

—Lo sé, tranquila. —La bestia apartó su mano delicadamente.

No le sorprendía lo más mínimo lo solícitas que podían llegar a ser las personas cuando veían a alguien con el traje de desinfección de la UME. Los «salvadores» que vienen en su disfraz blanco para acabar con el malvado virus.

Echó un vistazo al plano de la residencia de ancianos. Estaba lleno de rectángulos de diferentes tamaños con colorines que no entendía en absoluto. Nunca se le había dado bien leer los malditos mapas. La orientación espacial no era una de sus muchas cualidades intelectuales. Lo tiró en la papelera más cercana y se dirigió a las escaleras que daban a parar a la primera planta. Mientras subía los escalones, se fijó en la decoración de la residencia: se habían formado astillas en la madera de

la barandilla y la pared estaba desconchada. Al llegar al rellano del primer piso, accedió a una especie de sala recreativa decorada con un gusto particular. Unos cuantos sillones rosas, cuya tela estaba ya raída por el uso, le dieron la bienvenida. La guinda del pastel la ponían unos cojines blancos con aparentes manchas marrones y amarillas que prefería no imaginarse de qué eran. Las paredes estaban repletas de cuadros. La mayoría de ellos mostraban retratos de personajes ilustres del pasado. Reconoció a Pablo Picasso, a Cervantes, a Velázquez, a los Reyes Católicos y a muchos más que no era capaz de nombrar.

«Decoración del pasado para personas que solo viven de recuerdos», pensó la bestia.

Dejó volar su imaginación por un segundo y se vio con ochenta y cinco años en esos mismos sillones, admirando aquellos cuadros. Reflexionó sobre su vida: ¿tendría tanto significado como la de aquellos personajes históricos? ¿Habrían entendido ellos lo que hacían en el Núcleo?

Recorrió el pasillo atravesando dos salas más, dobló una esquina y siguió avanzando por un corredor más amplio con muchas habitaciones a los lados. Cada cuarto tenía un número. Las puertas estaban cerradas. No tenía tiempo de abrirlas una por una.

De repente, alguien le llamó la atención a su espalda:

—Eh, ¡oye! ¿Te has perdido? ¿Puedo ayudarte?

Un enfermero con el pijama color rosa avanzaba por el pasillo a grandes zancadas. Se plantó frente a la bestia con la frente empapada en sudor, el cual conseguía secar a duras penas con las mangas del uniforme. El olor a humanidad impregnó el ambiente al instante. Era alto y delgado, de brazos larguiruchos. Se llevaba continuamente la mano a la nariz. Sus pupilas dilatadas no dejaban lugar a dudas, pero su mano derecha temblando sin control lo terminó de confirmar. «Va colocado al trabajo», comprobó la bestia con asco.

—Eres de la UME, ¿verdad? —le preguntó.

«¿Vamos a jugar a las obviedades?», pensó la bestia.

Se armó de toda la amabilidad que fue capaz de reunir y sonrió muy amable.

—Sí, eso es. Venimos a desinfectar las zonas comunes. ¿Podrías indicarme dónde habéis aislado a los pacientes con…?

—¿Con el virus?

Se le iluminaron los ojos; estaba deseoso de poder ayudar.

—Claro, te lo indico. Tienes que caminar un poco más; al final del pasillo giras a la derecha y luego a la izquierda. Te encontrarás de frente con la zona de los ascensores. Subes hasta la tercera planta. Una vez salgas del ascensor dirígete a la izquierda y ya verás los carteles de precaución que hemos pegado en las puertas y en las paredes —le explicó. Luego, sonriendo mientras cruzaba un poco las piernas, añadió—: ¿Puedo ayudarte en algo más? Tengo una emergencia.

—No, muchas gracias por la ayuda —contestó la bestia.

Se quedó inmóvil observando cómo el enfermero se alejaba con paso rápido por el pasillo. Sintió un impulso casi incontrolable de acabar con la vida de aquel hombre. Enseguida desechó la idea con un aspaviento de cabeza y prosiguió su marcha en dirección contraria. Sin embargo, a los pocos pasos se detuvo. Desbloqueó su móvil y abrió la aplicación de LinkedIn. En el buscador, escribió el nombre de la residencia. Pulsó en la pestaña de «Personas». Deslizó hacia abajo hasta encontrar la foto del enfermero con el que acababa de encontrarse. En ella, aparecía con el mismo pijama. Su nombre era Enrique Pozo. Salió de la aplicación y entró en Facebook. Después de un par de intentos encontró el perfil. Estaba abierto: soltero, cuarenta y tres años. Trabajaba en la residencia desde hacía ocho. Tenía muy pocas fotos en las que salía él, casi todas eran de fiesta. La mayoría de las publicaciones tenían que ver con un videojuego online en el que al parecer malgastaba las horas que le quedaban de su triste vida cuando no estaba en la residencia. En un par de ellas aparecía con un hombre mayor que debía de ser su padre.

Analizó un segundo las opciones. Su objetivo era un enfermo mental, un hombre con trastorno bipolar al que habían metido en la residencia de ancianos para tenerlo controlado a base de pastillas. La bestia se había enterado de que había contraído covid y lo iban a trasladar a la UCI del hospital debido a su empeoramiento. No iba a consentir que la sociedad cargara con él, ya había supuesto suficiente carga para la

familia. La bestia lo sabía bien, se trataba de su tío. Era una ejecución segura, nadie practicaría una autopsia en un caso así. En cambio, aquel enfermero era más joven. Tenía familia; un padre al menos. Investigarían las causas del infarto. ¿O no lo harían? Varón que pasa los cuarenta y con altas dosis de cocaína en sangre; eso sumado a que le encontrarían también una alta carga viral de COVID-19. La conclusión era obvia: «No harán autopsia ni habrá una investigación. Lo encontrarán tirado en el suelo del baño y supondrán que el infarto lo habrá provocado una sobredosis por la cocaína o un empeoramiento por el virus», pensó.

Introdujo los dedos en el bolsillo del pantalón del traje de la UME y acarició el pequeño frasco que contenía el virus más contagioso del último siglo. Junto a él portaba otros dos tubos, uno de ellos todavía más letal.

«Cambio de planes».

Siguió los pasos de aquel infortunado enfermero como un beagle rastreando a su presa. No le costó dar con la puerta del baño de caballeros. No entró. Se detuvo justo delante con la palma de la mano apoyada en la madera, incapaz de ejercer la fuerza suficiente para abrirla. El atisbo de duda le duró un instante, hasta que apareció de nuevo la misma imagen de la primera vez: el hombre de mirada afable y patillas largas observando en la distancia. Sonriente. Orgulloso.

Entró en el servicio, aparentemente vacío. De repente, oyó el ruido de la cisterna. Con los reflejos de un felino se introdujo en el retrete más próximo y cerró la puerta. Apoyó los pies en la tapa del inodoro y miró por la apertura existente en la parte superior del cubículo. Acto seguido volvió a esconder la cabeza. Maldijo para sus adentros. La figura que estaba de espaldas no era el enfermero, sino un anciano de la residencia. Se tomó su tiempo en lavarse las manos. Tiempo que a la bestia se le hizo eterno. Justo cuando escuchó el inconfundible sonido del secador de manos, alguien entró en el aseo. «¿Puede pasar algo más?», pensó.

—¡Anselmo! Que llevo media hora buscándolo, hombre. ¿Cómo no me dice que va al servicio? —exclamó una voz masculina.

—Ya no puede uno ni ir al baño solo —se quejó Anselmo—. A ver si el Señor me lleva pronto que aquí ya no pinto nada.

—¡Qué cosas dice usted! Si está hecho un chaval. Vamos, dese prisa, que nos perdemos el taller de manualidades.

—Sí, para manualidades estoy yo ya. Déjame que…

La puerta del aseo se cerró tras la pareja, dejando el baño de nuevo en silencio. La bestia pensó que quizá se había equivocado al seguir al enfermero, pero justo en ese momento percibió movimiento en el retrete contiguo. Alguien se subía los pantalones. Cogió uno de los tubos que tenía en el bolsillo y preparó la jeringuilla al tiempo que la cisterna del váter de al lado se ponía en marcha. La bestia abrió la puerta con el corazón a mil por hora. Entonces se abrió también la de al lado y pudo ver el perfil del enfermero. Sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre él y le inyectó la sustancia en el cuello. Se situó enfrente, agarrándole de la bata para amortiguar el golpe contra el retrete. Su cara era de absoluta sorpresa. La bestia cerró de nuevo la cabina para evitar miradas curiosas y giró la vista hacia su víctima.

El enfermero luchaba en vano contra su propio cuerpo: intentaba mover los brazos, pero no conseguía elevarlos ni un palmo; tampoco las piernas, que caían derrotadas a ambos lados del váter; incluso su lengua descansaba dormida sobre el suelo de la boca. La bestia se felicitó; tenía que reconocer que no esperaba esa efectividad en un paralizante de creación propia.

Lo único que todavía reflejaba el miedo que sentía era su mirada. Mientras preparaba el frasco con el cloruro potásico, la bestia se regodeó observando fijamente los ojos de un hombre muerto.

Capítulo 17

Una llamada familiar

David removía su café con los párpados a medio abrir. Ni siquiera podía formar una imagen nítida de su alrededor en la retina. Aquella noche no había dormido nada; la anterior, un par de horas. Aquel desconocido que había intentado matarlo también le había robado el sueño. Tenía suerte de haber salido ileso. Sin embargo, David tenía una sensación extraña; intuía que la historia no había terminado, que aquel incidente había sido tan solo el primer capítulo. Lucía le había puesto al día de la investigación: la chica del restaurante estaba secuestrada y no tenían ni idea de dónde podría estar retenida.

Su amiga no le había dejado salir de casa desde el sábado; tampoco hubiera podido, ya que todo el país estaba confinado. Aquella mañana, sin embargo, no tenía otra opción que ir al hospital: tenía programada la operación de Julen.

Como había visto en tantas películas, comprobó los bajos de su coche antes de encender el motor. Condujo por las calles desiertas de Cáceres con las dos manos en el volante y el corazón encogido en el pecho.

Ya seguro dentro del edificio, desde su posición junto a la máquina de café, observaba a Luis Ayala, quien estaba enfrascado en una larga conversación con Rojas, el dermatólogo.

«¡No se ahogará con su soberbia!», deseó David.

Con todo lo que había pasado casi se había olvidado de que aquel idiota había elevado una queja formal a los jefes sobre sus decisiones. Tuvo el impulso de ir hacia él y montarle el pollo de su vida. Por desgracia, eso podría ocasionarle problemas a Alma y ya bastantes quebraderos de cabeza le estaba provocando como para añadir uno más. David no podía soportar que por su culpa le pasara algo a su novia. El día anterior habían vuelto a discutir porque ella había decidido saltarse el confinamiento para ir a hablar con Lucía y David

no entendía por qué se ponía en riesgo. «A mí nadie me busca, quédate tranquilo», le había espetado Alma. Pero David no podía calmarse, desde el incidente en la cantera, se encontraba al borde de un ataque de nervios constante. Por eso, cuando apareció Marco con su cara de bonachón dedicándole una amplia sonrisa, le espetó:

—Quita esa cara de contento que no vamos a pasar la mañana jugando al *LOL*; vamos a operar a un niño de diez años.

Enseguida se arrepintió de su arrebato. Su amigo borró la sonrisa de su cara llena de pecas y se quedó a unos dos metros de él, sin atreverse a acercarse.

—Lo siento, Marco —se disculpó David rápidamente—. No estoy pasando por una buena racha.

—¿Qué te pasa?

—Es una larga historia. ¿Te importa si te la cuento después? Ahora debemos estar concentrados.

—Sí, claro. Pongámonos en marcha —dijo Marco dándole una palmada en la espalda.

—¿El paciente ya está en el quirófano?

—Sí, ingresó ayer en la zona de pediatría. El padre no se ha despegado de él en toda la noche. Deberías haber visto a Alberto, el truco que le hizo fue espectacular.

David sonrió. Conocía muy bien el numerito de Alberto, el anestesista. Era capaz de convertir lloros en carcajadas en menos de cinco minutos. Su trabajo era muy valioso, no solo por la parte de la anestesia, sino porque reducía mucho el estrés de los pacientes antes de la operación. «¡Qué gran mago se ha perdido España!», pensó David.

Una vez había doblado una copa de vino como si fuera plastilina sin ni siquiera tocarla. El truco que más le había llamado la atención fue el de una mujer recién casada con un aneurisma cerebral. Venía al borde de un ataque de nervios, pero Alberto, siempre atento, la tranquilizó con su magia: hizo desaparecer el anillo de su mano y lo hizo reaparecer en el bolsillo trasero de su marido, dentro de su cartera. Por más que lo intentaba, David no era capaz de pillarle ni un solo truco.

Llegaron a la sala de neurocirugía endovascular. En el pasillo, junto a

la puerta, se encontró a los padres del niño. Tras un saludo y una breve charla con ellos para tranquilizarlos, entraron en el quirófano. La inmensa sala estaba bañada con una luz blanca que resaltaba la pulcritud de la habitación. En medio de aquella oda a la limpieza había una máquina con una camilla en el centro, donde se encontraba el niño boca arriba. Sobre él colgaban dos máquinas de rayos X capaces de moverse en todos los ejes del espacio para realizar proyecciones del cerebro desde cualquier ángulo.

Saludaron a Alberto, quien les confirmó que el niño ya estaba completamente sedado. Marco y David se acercaron hasta la pared donde se encontraban los mandiles plomados. David todavía se acordaba de la primera vez que se puso uno; pensó que no aguantaría siete u ocho horas con aquella cosa puesta. Ahora, después de tantas operaciones a sus espaldas, para él era como llevar un mandil de plumas. Se acercó a la pila para lavarse las manos. Intentó dejar la mente en blanco, su ritual previo antes de caer en la vorágine de estrés y nervios en la que se convertía en ocasiones una cirugía en el cerebro. Pulsó tres veces el dispensador de jabón. Tras esos tres toques se quedaba más tranquilo. Ni uno más ni uno menos. Tenía un par de manías… Lo cierto, mejor dicho, era que tenía unas cuantas. Algunas de ellas desesperaban a Alma. David no acababa de entender por qué a alguien podría molestarle que al salir de casa tuviera que empujar la puerta hacia dentro tres veces para estar seguro de que la había cerrado. O tirar de la manilla del coche tres veces para comprobar que no se abría. Esa en concreto la sacaba de quicio. Antes de irse a dormir chequeaba que los electrodomésticos, como el horno o la lavadora, estuvieran apagados, aunque ya supiera que lo estaban, y daba tres toques sobre la puerta del frigorífico. La verdad era que no sabía de dónde le venía su fijación con el número tres.

Se dio la vuelta para colocarse frente al niño.

—Bien, vamos allá —exclamó mientras se acercaba al angiógrafo donde se encontraba el pequeño.

Marco estaba terminando de desinfectar las ingles con Betadine. El material estaba ya preparado junto a la camilla. A menudo, durante sus

visitas de preoperatorio, el paciente no entendía por qué se intervenía el cerebro desde la ingle. David siempre tenía que explicar que era el acceso vascular más seguro y con menos complicaciones para realizar un cateterismo cerebral.

—¿Preparado? —preguntó.

Marco asintió con un gesto de cabeza.

David se dispuso a realizar dos incisiones iguales en ambas ingles. De pronto, en el teléfono del quirófano situado en la pared apareció una luz roja parpadeante.

—¿Están llamando? Qué extraño, ¿verdad? —señaló el cirujano.

Marco se apresuró a cogerlo.

—¿Sí? Sí, estamos a punto de empezar la… ¿No puede ser luego? De acuerdo.

Se giró hacia David.

—Tienes que cogerlo.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Dice Sandra que es un tema familiar urgente.

David dejó el bisturí en la bandeja, se quitó los guantes y cogió el auricular.

—¿Sí? Mamá, ¿pasa algo?

En cuanto aquella voz grave comenzó a hablar supo que no se trataba de su madre y que tampoco tenía nada de familiar.

—Doctor Peña…, escúcheme con mucha atención —dijo la voz del desconocido que le había estado robando el sueño—. Sé que ha hablado con la policía sobre lo que pasó en la cantera. Me gustaría que cambiara su versión de los hechos. Fue un accidente. Sé que se va a esforzar mucho en que crean esta nueva versión porque quiere seguir curando personas, ¿verdad?

El interlocutor hizo una pausa corta en la que solo se escuchó la respiración acelerada de David.

—No habrá más avisos, soy un hombre de pocas palabras.

Silva colgó el teléfono.

Capítulo 18

Un proyecto secreto

Rebeca dormía relajada a su lado. La luz del alba se colaba a través de las cortinas del hotel e incidía directamente sobre su piel de ébano. Hooker se había prometido a sí mismo no volver a acostarse con ella, pero aquella mujer conseguía todo lo que se proponía. Su mala conciencia pugnaba con su exultación tras la noche de pasión con Rebeca. Las dos botellas de vino le habían dejado la boca pastosa. El bulto en sus calzoncillos indicaba que no se había pasado el efecto de las píldoras amarillas, que eran como las azules, pero sin sus incómodos efectos secundarios; ventajas de trabajar en un laboratorio de investigación. La contempló mientras dormía, recorriendo su espalda con los dedos de arriba abajo.

Recordó lo felices que habían sido juntos, hacía ya tanto tiempo. Por ella perdió a su esposa, su casa y la mitad de su patrimonio. También por esa mujer estaba a punto de cambiar el mundo. La había querido y odiado tanto que no sabía cuál de las dos emociones le resultaba más dolorosa.

Pero todo se había roto hacía cinco años. Hooker había llegado un día antes a una reunión del Núcleo que se celebraba en Bruselas. Quiso darle una sorpresa a Rebeca, así que dijo en recepción que era su marido; le indicaron el número de su habitación y le dieron una tarjeta.

Nada más atravesar el umbral ya notó que algo no iba como esperaba. El primer detalle en el que se fijó fue en la ropa desperdigada por la habitación: los pantalones vaqueros tirados en el sofá, el suéter en el suelo, las bragas sobre la lámpara, unos calzoncillos al pie de la cama, una camiseta de hombre que descansaba un poco más allá junto a la ventana. A medida que descubría prendas, su corazón se iba lacerando poco a poco. Lo peor fue cuando escuchó aquellas risas íntimas provenientes del baño. El vapor fluía al exterior destapando la

temperatura que había en el interior. Hooker echó un vistazo y se quedó paralizado por la situación: Rebeca se encontraba en la ducha con un hombre desconocido, ambos desnudos. Él la sostenía a horcajadas contra la pared mientras lanzaba potentes embestidas. Ella le acariciaba el pelo mientras lo envolvía con las piernas. Sus ojos permanecían cerrados del gusto. Los gemidos se introducían en el conducto auditivo de Hooker sin que pudiera hacer nada para evitarlo. El médico permaneció allí unos segundos, observando la escena. De pronto, ella abrió los ojos y lo vio de pie, paralizado. Entonces hizo algo que el doctor nunca se hubiera esperado. Le sonrió y apretó con más fuerza sus muslos contra la cintura del desconocido. No había ni un ápice de vergüenza o arrepentimiento en su mirada. Hooker no pudo resistirlo más y se marchó de la habitación.

Pocas veces se habían visto en persona desde ese día. Solo durante los encuentros del Núcleo, en compañía del resto de miembros. Rebeca había intentado acercarse a él como si nada hubiera pasado. «Solo es sexo, no significa nada. Lo nuestro va mucho más allá de lo físico. Es un amor intelectual», había argumentado Rebeca en alguna ocasión, pero Hooker era un muñeco roto. Había algo dentro de él que no se arreglaría jamás. Estaba enamorado de ella y no era capaz de separar lo emocional de lo físico. No lo educaron así.

Se levantó de la cama en calzoncillos y se dirigió al baño. Mientras se duchaba, pensó en la poca vida social que había tenido en los últimos años. Su vida se reducía a su investigación. Solo había tenido un par de rollos de una noche: una enfermera de su laboratorio y una mujer que había conocido a través de una aplicación para encontrar pareja. Ninguna de ellas supo llenar el vacío que había dejado Rebeca; lo suyo había sido un amor apasionado y voraz, pero también sosegado e intelectual. Sabía que a su edad no volvería a sentirse de esa manera. Tampoco le importaba. Ahora mismo tenía cosas más importantes que hacer. Cuando salió del cuarto de baño, Rebeca ya se había despertado.

—Tienes que irte, Hooker —le espetó.

El doctor sonrió amargamente.

—Anoche no decías lo mismo —respondió mientras se ponía el

pantalón.

—No estoy para bromas. La presentación es en una hora y tengo que ducharme y prepararme.

—No te preocupes, lo harás muy bien. No te he visto nunca fallar en una ponencia.

—Esto no es una ponencia, es la primera vez que alguien va a hablar sobre el nuevo mundo. Sobre cómo vamos a sobrevivir como especie.

—Y estoy seguro de que el día de hoy se estudiará en los colegios y estarás a la altura de las grandes figuras contemporáneas.

—Eso si no acabamos todos en la cárcel… —dudó ella.

—Hay muchos personajes que no fueron comprendidos en su época; por ejemplo, el mismo Galileo. Pero el tiempo pone a cada uno donde se merece.

—¿Me comparas con personajes de la talla de Galileo? —Rebeca le sonrió y le tiró una almohada.

—No es lo mismo autocomplacerse que recibir halagos. Buena suerte, Rebeca. Lo harás genial.

Hooker se despidió con un beso en la mejilla y salió de la habitación, dejando a la doctora hecha un manojo de nervios.

El tráfico en el centro de Londres era muy intenso. Nada parecía indicar que estaban en medio de la mayor pandemia del último siglo. La lluvia caía con fuerza sobre las aceras de Exhibition Road, frente a las impresionantes columnas de mármol blanco de la fachada principal del Museo de Ciencias. El doctor Hooker, bajo un gran paraguas negro, vestía su mejor traje gris, el que había comprado un año atrás en la tienda de Gieves & Hawkes. Su look lo completaba un jersey negro de cachemir de cuello alto y unos zapatos Oxford de estilo clásico. El buen gusto era innato en él. Desde niño había desarrollado un extremo cuidado sobre los colores y los tejidos que combinaba.

Delante de él, se plantó un apuesto joven de unos veinticinco años, vestido con un esmoquin.

—Bienvenido, doctor Hooker, ¿sería usted tan amable de decirme

qué protege lo más valioso? —le preguntó.

—El Núcleo —contestó escueto.

El chico sonrió educado.

—Acompáñeme, lo guiaré hasta el evento.

Los dos hombres se pusieron en marcha y rodearon la fachada del Museo de Ciencias, dejando atrás la puerta principal donde un grupo reducido de turistas hacían cola para entrar; los últimos afortunados visitantes que tendrían acceso al museo antes de que este cerrara sus puertas debido a la pandemia. Caminaron por un paseo que atravesaba dos zonas ajardinadas. Abrieron un portón de media luna y llegaron a un gran patio interior. En una de las puertas laterales había un expositor que rezaba:

PROYECTO ZERO
Un nuevo salto evolutivo

El elegante hombre hizo un ademán para que pasara delante de él. En el recibidor le esperaba una joven que portaba una bata blanca. Se sacó del bolsillo un aparato que parecía el medidor de glucosa de un diabético.

—¿Me permite, señor? Debemos realizarle una prueba para detectar si tiene el virus SARS-CoV-2.

Hooker alargó su mano derecha y la chica, quien portaba unos guantes de látex y una mascarilla quirúrgica, le sujetó un dedo y lo insertó en el dispositivo. Hooker notó un leve pinchazo. Esperaron unos pocos segundos en silencio y, justo cuando el doctor iba a preguntarle cuánto tiempo tendría que esperar el resultado, apareció una luz verde en el aparato.

—Puede usted pasar. Mi compañero lo guiará hasta la sala.

—Desconocía que ya existían test tan rápidos de sangre para detectar la COVID-19. ¿Son ingleses? —se interesó Hooker señalando el dispositivo.

—Son americanos, señor, diseñados por el Núcleo.

Siguió al hermano gemelo de Dorian Gray escaleras arriba. Le

condujo a una sala donde habían instalado varias cabinas metálicas parecidas a un fotomatón. Dorian le señaló una de ellas.

—Es el acceso a la sala. Ya conoce nuestros métodos —le indicó esbozando una sonrisa.

Hooker entró en el cubículo, el cual disponía de un asiento y de una pantalla bastante grande en la parte frontal. La cabina se cerró a su espalda, sellando la salida. Se sentó en el taburete disponible al mismo tiempo que la pantalla se activaba. La cara del doctor apareció reflejada y una figura geométrica emergió, uniendo todos los puntos de su afilado rostro. Alrededor de su ojo se creó una esfera azul muy luminosa. De repente, la imagen se fundió a negro. Cuando se volvió a encender, ya no estaba su cara, sino el rostro de Rebeca. Pero no la de carne y hueso, sino su avatar virtual diseñado por uno de los mejores programadores del mundo.

—Bienvenido, doctor Hooker, al evento que va a revolucionar nuestra especie en los próximos miles de años. Bienvenido al Proyecto Zero.

El avatar hizo una pausa dramática.

—Como sabe, para poder asistir a cualquier evento de la organización tiene que demostrar que es un ser humano apto. Alguien capaz de comprender las distintas tesis que se van a exponer en el interior de la sala. Necesita abrir su mente, conseguir ser imaginativo, creativo, desarrollar su pensamiento lateral. Doctor Hooker, ¿es usted un protector?

Hooker sonrió con suficiencia. Nunca había fracasado en el test inicial, pero sabía que siempre había en torno a un 5 por ciento de los invitados a los eventos del Núcleo que no lograban superarlo. Las pruebas, que habían nacido como una especie de novatada, ahora se tomaban muy en serio. Los miembros que no conseguían acertarlas no solo eran expulsados del evento, sino que se rebajaba su grado dentro de la organización. Y esa graduación era de suma importancia: los niveles más altos, como Hooker o Hopkins, tenían acceso a toda la información sobre los proyectos. En cambio, los escalones más bajos solo conocían detalles fragmentados de algunas investigaciones. El

Proyecto Zero estaba reservado para el nivel más alto de la organización.

El avatar de Rebeca comenzó a hablar de nuevo:

—Para poner a prueba su pensamiento lateral vamos a plantearle un acertijo que tendrá que resolver en los próximos cinco minutos. Cuando tenga la respuesta, por favor introdúzcala a través del teclado en la pantalla. El rompecabezas es el siguiente: «Un científico debe ausentarse de su hogar y pasar seis meses en Moscú debido a una investigación. Al regresar, encuentra a su mujer con un desconocido en la cama. El hombre comienza a llorar, pero de alegría». ¿Sabría explicar por qué, doctor Hooker?

Capítulo 19

Una agónica parada

Cinco… cuatro… tres… dos… uno…

David hundió su cara en el agua congelada de la pila del quirófano. Aguantó unos segundos con la cabeza sumergida. Cuando se incorporó, su melena estaba empapada. Trató de respirar profundamente.

Uno… inspiró. Dos… espiró.

Repitió la operación un par de veces más. Alguien le tendió una toalla. Era Marco, le observaba con la cara descompuesta. Tenía la expresión de alguien a quien han superado los acontecimientos y ha caído en la desesperación. El peor enemigo de un cirujano. Si había algo que aprendían durante la residencia era a no dejarse llevar por el pánico, a mantener el control incluso en situaciones que parecen callejones sin salida. Pero, cuando se trataba de niños, los nervios eran aún más difíciles de controlar.

—¿Qué está pasando, David? —le preguntó.

—No lo sé, estoy seguro de que lo hemos hecho todo bien, pero… —respondió este hundiendo su cara en la toalla.

Repasó en voz alta la operación en busca de algún fallo mientras se volvía a colocar la mascarilla:

—Con los catéteres hemos navegado sin problemas por las arterias cerebrales. Cuando hemos accedido a las venas del cerebro, no se ha provocado ninguna rotura. Hemos tomado la fotografía y se ha procedido a introducir el contraste con yodo. Hemos identificado la malformación y todas sus ramificaciones y las hemos cerrado con las espiras de platino dejando un único vaso para meter el líquido embolizante. Entonces ha sido cuando…

—¡La tensión arterial no para de subir! —gritó Alberto—. No está funcionando la medicación.

—Tenemos que hacer algo, David. Está teniendo una hemorragia

cerebral —le apremió Marco.

El joven cirujano se oprimió las sienes tan fuerte que se dejó la marca de los dedos. Segundos después, el monitor cardiaco marcó una fibrilación ventricular, mostrando una línea irregular que daba saltos de arriba abajo.

«No me lo puedo creer. Solo tiene diez años», se dijo David.

—¡Ha entrado en parada! —los avisó Alberto.

David solo le concedió unas milésimas de segundo más a su estado de shock. Justo después, se acercó al niño.

—Alberto, adrenalina, ¡rápido!

Calculó y le dio un golpe fuerte en el corazón.

«Vamos».

No hubo reacción. Dispuso las manos sobre el tórax del niño para practicarle una reanimación cardiovascular.

«¡Vamos, joder! No te me mueras».

El pitido insistente del monitor cardiaco se le incrustaba en el oído tan profundamente que creía que los tímpanos le iban a reventar en cualquier momento.

Alberto le inyectó la adrenalina.

No hubo reacción.

David continuó las compresiones.

«No te mueras».

Sin reacción.

Marco le puso la mano en el hombro a David, pero este se la apartó.

—¡Desfibrilador! ¡Ya!

Una enfermera se apresuró a acercar el carrito donde se encontraba el aparato. David agarró las palas.

—¡Despejad! —ordenó con ambas manos ocupadas.

Todo el equipo se apartó de la camilla. Marco se acercó a la máquina y giró la rueda para señalar la etiqueta «desfibrilar». Subió la energía hasta los ciento cincuenta julios. David colocó una de las palas en el pecho desnudo del niño, a la altura del esternón. La otra la situó en su costado izquierdo.

—¡Fuera! —gritó a la vez que apretaba los botones de descarga.

Nada sucedió; la línea seguía dando saltos en la pantalla.

—Ponme doscientos —le dijo a Marco, quien se apresuró a subir la energía—. ¡Fuera!

La segunda descarga tampoco tuvo ningún efecto.

—Ya está, amigo. Se ha ido —le susurró Marco desde su espalda.

—¡No! —exclamó David—. ¡Más adrenalina!

Dejó las palas junto al desfibrilador y colocó sus manos sobre el pecho del niño de nuevo, contando en silencio las compresiones.

Nada cambió.

Alberto le inoculó más adrenalina mientras David le insuflaba aire en los pulmones.

Treinta compresiones más. No hubo reacción.

David volvió a notar la mano de su amigo Marco sobre su hombro.

—¡No! —gritó.

Levantó su brazo y lo descargó con fuerza sobre el pecho del niño.

De repente, el monitor cardiaco cambió sus agresivas curvas por otras más suaves y el pitido dejó de martillar sus oídos, cambiando a una frecuencia más relajada.

David respiró aliviado. El resto del equipo todavía no lo creía; permanecían compungidos, casi congelados. Lo miraban sin saber qué hacer.

—¡Vamos, chicos! ¿Qué os pasa? Ha tenido una hemorragia cerebral, ¡cada segundo cuenta! —los azuzó David.

El equipo se puso en marcha.

—Marco, date prisa, quiero fotos con contraste para ver la hemorragia —le pidió el cirujano—. Alberto…

—Estoy en ello —respondió el anestesista, quien estaba ocupado inoculando medicamentos al niño para mantenerlo estable.

David se serenó. Aquel quirófano se había convertido en un auténtico infierno. Si querían salvar al pequeño, todos debían estar concentrados al cien por cien. «Los siguientes cinco minutos son clave y no puede haber errores», se dijo. Iba cerrando los vasos todo lo rápido que podía, tratando de no pensar en que si la sangre había entrado ya en el cerebro lo más seguro es que lo hubiera dañado.

Siete minutos después, David, exhausto, se quitó los guantes. Habían conseguido parar la hemorragia y aislarla del sistema circulatorio. Aun así, no estaban seguros de si el niño tendría secuelas. Los intensivistas se llevaron al paciente intubado a la UCI pediátrica.

Nada más salir por la puerta, el joven cirujano liberó su rabia propinando una patada a la camilla.

—¡Joder! ¿Cómo ha pasado? Estaba bien, no hemos dañado ninguna vena. Necesito una explicación… —dijo casi a modo de súplica.

Marco, Alberto y el resto del equipo presente en el quirófano se miraron sin saber qué decir.

—¿Nadie? ¿Nadie tiene ninguna idea?

—David…, a veces simplemente pasa… El procedimiento ha sido impecable —contestó Alberto.

—¿Crees que puedo salir a decirle a esos padres que a su hijo le pueden quedar secuelas de por vida, pero que el procedimiento ha sido impecable?

—David, no es justo que… —empezó a replicar Marco.

—Ya lo sé. Lo siento, Alberto. Y sé que estas cosas pasan, pero, joder, ¡tiene diez años! —se lamentó.

—No tiene por qué tener secuelas. Hemos aislado la hemorragia. Solo nos queda esperar y ver cómo evoluciona —añadió Alberto.

—Quiero saber cualquier novedad sobre su evolución, por favor. Buen trabajo a todos, chicos —concluyó David mientras se quitaba el mandil plomado para salir de la sala.

La conversación con los padres fue breve. Intentó exponer los hechos de la manera más neutra posible sin dejarse llevar por el abatimiento. Los padres, como pasaba en la gran mayoría de los casos, no lo entendieron.

—Pero usted dijo que era raro que hubiera incidentes y que la mayoría de las hemorragias no provocan secuelas.

—Señora, las hemorragias leves no suelen provocarlas, pero su hijo ha sufrido una parada cardiaca, ¿lo entiende? La hemorragia ha sido

grave, aunque la hemos controlado a tiempo y somos optimistas de cara a su estado. Ahora solo nos queda esperar para ver cómo reacciona cuando despierte.

El padre, que había estado callado hasta ese momento, estalló de rabia:

—¿Y cómo es posible que le hayan provocado semejante hemorragia? ¡Mi hijo estaba bien ayer!

—Caballero, intente calmarse. No sabemos lo que ha podido provocarla. En otras ocasiones se rompe algún vaso o el líquido embolizante da problemas. En el caso de su hijo, el procedimiento se ha llevado a cabo sin complicaciones. No entendemos cómo ha podido suceder. Lo que puedo decirle es que la hemorragia se ha controlado muy rápido y es posible que su hijo no sufra secuelas o solo algunas muy leves.

El padre se dejó caer extenuado en la silla.

—Usted me dijo que si no lo operábamos pasaría esto, y ahora resulta que se lo han provocado en la operación —le acusó la mujer con los ojos llenos de lágrimas que se perdían debajo de la mascarilla.

—Lo sé, señora, y lo siento mucho. Al menos la hemorragia ha sucedido en un quirófano y se ha solucionado en menos de cinco minutos. Si esto le hubiera pasado en casa, estaríamos hablando de otra situación.

Al final del pasillo vio aparecer a Lucía con su compañero, del cual no recordaba el nombre.

—Les voy a pedir que guarden la calma y, sobre todo, que sean positivos. Ahora tengo que irme, pero les mantendré informados con cualquier novedad.

Se fue a despedir con un gesto impropio de los tiempos, poniendo su mano sobre el hombro de la madre para intentar reconfortarla, pero se arrepintió antes de llegar a tocarla y retiró la mano.

Salió al encuentro de Lucía.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—¿Así se recibe a una amiga?

—No es buen momento, Lucía. Acabamos de tener una operación

complicada.

—¡Tenemos novedades de lo tuyo! ¿Conoces a mi compañero Manuel Grandizo? —Señaló al otro policía—. Pues ha hablado con el novio de la chica y, adivina…, ¡estaba embarazada!

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —se extrañó David.

—Contigo no, más bien con tu compañera de ginecología. El novio nos ha dicho que su embarazo se llevaba en este hospital. Venimos a hablar con ella para ver si puede contarnos algo que nos ayude a entender por qué se la ha llevado ese tipo —le explicó Lucía.

—¿Sabes que me ha llamado para amenazarme, aquí, al hospital? Ya conoce dónde trabajo, y mi nombre.

—¡Joder! ¿Qué te ha dicho, David? —preguntó su amiga, compungida.

—Te lo cuento por el camino, os acompaño a ver a la doctora —se ofreció él.

El despacho de la ginecóloga se encontraba en la cuarta planta. De camino al área de maternidad, permanecieron en silencio viendo los estragos que estaba causando la pandemia en el Hospital General: colas de pacientes esperando a que les practicaran una PCR, enfermeros que salían llorando de una habitación, intensivistas corriendo hacia la sala de cuidados intensivos. David pensó en Julen, aquel niño de diez años al que acababa de enviar a la UCI pediátrica. «Tendría que haber esperado —se dijo—. No era el momento de arriesgarse con una operación así, en plena pandemia».

Llegaron hasta una puerta que tenía un letrero que rezaba MARTA MUNTANER, GINECÓLOGA. David llamó con los nudillos y pasó seguido por los agentes. Encontraron a una mujer sentada en su escritorio. La médica, ya entrada en años, vestía una bata blanca abierta por encima de un jersey beis. El estetoscopio colgaba del cuello como si fuera un accesorio más de su indumentaria. Sobre su mesa tenía un tomo abierto por una página que contenía ilustraciones de un útero.

—Hola, Marta. ¿Cómo te va? —saludó David.

—Pues mira, aquí ando actualizándome un poco, que los residentes ahora vienen de listillos y te quieren adelantar por la derecha. ¿Qué

puedo hacer por ti? —dijo mirando de reojo a Lucía y a Manu.

—No te robaremos mucho tiempo. Ellos son la inspectora Fernández y el agente Grandizo, de la Policía Nacional. Les gustaría hacerte unas preguntas sobre una paciente tuya que ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —preguntó extrañada—. ¿Aquí, en Cáceres? ¿Quién?

—La chica se llama Adriana Martín; tiene veintisiete años. Está embarazada de nueve semanas y desapareció el sábado por la tarde —intervino Lucía omitiendo la parte en la que explicaba que había sido secuestrada—. ¿Tiene su historial clínico? Quizá nos ayude a esclarecer lo que ha podido pasarle.

—¿Adriana? Una chica guapísima. Lástima que tenga esa cara de tristeza. Siempre afecta no poder tener hijos…

—¿Qué quiere decir? —preguntó Manu—. La mujer está embarazada.

—Me refiero a que esa pareja tuvo muchos problemas para quedarse encinta. Ella era infértil debido a una oclusión en las trompas de Falopio. Se sometió a una microcirugía en una clínica privada, pero, aun así, no consiguieron que se quedara embarazada de forma natural. En su caso, tuvo que realizar tres procesos de fecundación *in vitro*. Menos mal que los padres de la chica tienen dinero. Puedes preguntarle a Luis Ayala sobre ella: él realizó el análisis genético de los dos.

—¿Un análisis genético? ¿Para qué? —preguntó Lucía.

—¡Pobre pareja! —se lamentó la doctora—. Resulta que también tenían antecedentes de fibrosis quística en sus familias. No sé nada sobre los resultados, pero sí sé que hace poco les han hecho otra prueba genética, esta vez al feto. Podéis hablar con el doctor Ayala mejor. Creo que ahora está en su despacho.

—Eso haremos. Muchas gracias por atendernos —se despidió Lucía.

En cuanto salieron, Lucía se volvió hacia David.

—¿Es normal esto de las pruebas genéticas a los bebés?

—Cada vez es más normal, sobre todo si existen antecedentes de enfermedades genéticas y hereditarias, como es el caso —le explicó el médico.

—¿Y si tiene la enfermedad? ¿Pueden quitársela?

El neurocirujano rio ante la ocurrencia de su amiga.

—No funciona así. No pueden quitarle la enfermedad porque no la tiene todavía. Lo que ven con estos estudios es un gen alterado que en el futuro es muy probable que origine la enfermedad.

—Entonces ¿para qué tanta prueba?

—Muchas veces los padres solo quieren saberlo, Lucía.

—Algo me huele raro en todo esto, David, y quiero saber qué es.

Capítulo 20

Un nuevo humano

El acertijo golpeó el ego del doctor Hooker tan fuerte que se sintió mareado. Esperaba otro tipo de prueba para aquel proyecto, teniendo en cuenta que era el más importante de la organización, donde habían ido a parar los miles de millones de los inversores. ¿Era posible que Rebeca hubiera elegido aquel test inicial solo para reírse de él? Un científico y una infidelidad, muchas casualidades. Optó por quitarse la idea de la cabeza. Rebeca podía ser muchas cosas, pero sobre todo era una mujer madura y racional. Hooker se centró en la adivinanza, intentando sacar partido de una situación ya vivida.

«Me ofrecen un trabajo en Moscú para una investigación con células madre y, cuando vuelvo, pillo a Rebeca con otro hombre en la cama. Y empiezo a llorar de alegría. ¿Por qué haría eso? ¿Acaso quiero que la relación se termine? En ese caso me quemaría el orgullo, no lloraría de alegría. Sentiría rabia, ira, tristeza, pero alegría… nunca. No entiendo nada».

Hooker miró el reloj de la pantalla; solo había consumido noventa segundos.

Leyó el enunciado una vez más: «Encuentra a su mujer con un desconocido en la cama».

Se dio cuenta de que no decía que estuvieran haciendo algo sexual. ¿Quién podía ser ese desconocido y por qué estaría en la cama con su mujer? ¿Un médico? ¿Un fisioterapeuta? Sí, pero ninguno de ellos la haría llorar de alegría.

Tic, tac… tic, tac…

Los segundos pasaban y Hooker no era capaz de dar con la solución. «Qué ironía perderse el evento inaugural del Proyecto Zero por una mierda de adivinanza», se dijo. ¿Sería capaz Rebeca de dejarlo fuera siendo uno de los científicos que lo había liderado? No quería tener que

poner a prueba su férreo carácter. Debía buscar el desbloqueo, pensar diferente. Había dado por hecho que el desconocido era un hombre. Pero ¿y si fuera una mujer? No, eso no era posible porque el enunciado diría «desconocida». Pero ¿y si…? La idea aterrizó en su mente como un Boeing 747: rápida, fiable y a tiempo. Hooker reconoció el ingenio de Rebeca. Activó el teclado en la pantalla y escribió: «Su mujer estaba embarazada cuando se fue. Al volver, el desconocido era su hijo».

La respuesta se evaporó en la pantalla y el avatar de Rebeca apareció de nuevo.

—Ha superado la prueba, doctor Hooker. Bienvenido al momento cero de una nueva especie de seres humanos.

La pared donde estaba instalada la pantalla se desplazó hacia atrás para, más tarde, deslizarse a la derecha. Hooker se levantó del taburete y miró a través de la apertura rectangular. Un gran anfiteatro semicircular recibió su expresión de sorpresa. Justo enfrente, sobresaliendo por encima de las hileras de butacas, había una plataforma suspendida a unos dos metros del suelo que coincidía en altura con la primera fila de asientos. Tras el escenario, sobre la pared del fondo, se proyectaba imponente el logotipo del Núcleo:



A izquierda y derecha del tablado se encontraban dos figuras humanas a escala real, iluminadas con dos haces de luz. El hombre era de etnia subsahariana; pelo negro, pómulos marcados, mentón definido y recto. Tenía una hermosa simetría facial y un torso definido y musculoso que acomplejaría a cualquier típica barriguita cervecera. La chica, a la izquierda del escenario, no se quedaba atrás. Su rostro era muy atractivo, con grandes ojos verdes, pómulos bien definidos, labios sensuales, pelo negro azabache y piel blanca, como una perla. Las proporciones áureas de su rostro también se trasladaban al resto del cuerpo, con unas curvas acordes a los cánones de belleza actuales. Mientras Hooker admiraba el cuerpo de la mujer, el cual parecía real,

se le acercó una azafata.

—Buenos días, doctor Hooker. ¿Me permite acompañarlo a su asiento?

La siguió mientras recorría con la mirada la sala. Allí ya había varias decenas de personas; conocía a casi todas. Muchas conferencias del Núcleo las había dado él mismo. Saludó con la cabeza a un par de compañeros conforme se dirigía a su butaca. Los miembros de aquella organización eran individuos muy influyentes de la sociedad: CEO de grandes empresas tecnológicas, presidentes de partidos políticos, reputados cirujanos, científicos de primer nivel, directores de agencias de inteligencia… Cada una de las personas presentes en la sala había sido seleccionada personalmente por Rebeca Hopkins en su arca de Noé particular. Aquella selección variopinta iba a decidir el curso de la especie humana.

El doctor Hooker tomó asiento en primera fila y esperó a que el resto de asistentes se sentaran también. Se fijó en que los participantes guardaban más distancia que en anteriores eventos, en los que siempre se formaban corrillos antes de empezar. El doctor aprovechó para hacer una llamada a su equipo médico. El tema del embarazo de la paciente le preocupaba mucho. Si al final resultaba que el bebé había desarrollado la alteración del gen CFTR a pesar de haber borrado la mutación en el óvulo y en el espermatozoide…, significaría retroceder años en su investigación. ¿Cómo le diría a Rebeca eso después de lo que iban a presentar hoy?

—Barneda, ¿qué puede decirme del feto?

La doctora Inés Barneda suspiró al otro lado del teléfono.

—Buenos días a usted también, doctor, espero que haya pasado bien estos días. Yo no he dormido mucho, pero gracias por preguntar —respondió ella con sorna.

—No tengo tiempo para esto. Estoy ocupado.

—Falsa alarma: el feto no presenta la enfermedad.

—¿Seguro?

—Completamente. Hemos analizado las mil quinientas mutaciones posibles en el gen CFTR, no se da ninguna de ellas. El informe de Ayala

era erróneo. La cagó en la prueba.

Hooker inhaló todo el aire que pudo guardar en sus pulmones antes de decir:

—Gracias, doctora. Hable con Silva, que prepare todo para liberar a la paciente. Buen trabajo.

—Gracias a usted, ¡que tenga un buen día!

Apenas colgó se apagaron las luces del anfiteatro y todo se quedó en silencio durante unos segundos. De repente, miles de estrellas luminosas iluminaron la pantalla con un espectacular juego de luces. Una voz en *off* llenó la sala:

—La materia no ha dejado de cambiar y evolucionar desde su nacimiento en la Gran Explosión, hace trece mil ochocientos millones de años. Varios cientos de siglos después, se formó el Sistema Solar a partir de un disco de polvo y gas en rotación y, con él, nuestra amada Tierra.

La pared del fondo resultó ser una inmensa pantalla en la que se proyectaron imágenes de aquel planeta primigenio de hacía cuatro mil quinientos millones de años. La voz en *off* siguió hablando:

—Poco sabemos de ese primer periodo Hadeico de la Tierra más allá de que era una esfera hostil y ardiente cubierta por ríos de magma. Se intuye que, en dicho eón, podrían haberse comenzado a gestar ya las primeras condiciones para el desarrollo de la vida…

La imagen de la Tierra ardiendo giró sobre sí misma muy rápido hasta convertirse en una esfera llena de agua.

—Nadie sabe explicar muy bien cómo comenzaron aquellas primeras formas de vida. El caso es que las sustancias orgánicas simples formaron moléculas más avanzadas, las cuales, sucesivamente, se copiaron y crecieron.

Se sucedieron imágenes de células juntándose entre sí. Aparecieron fotografías de bacterias.

—Esas primeras moléculas ya poseían la clave de la evolución: contenían información genética, es probable que fuera ARN, que más tarde daría lugar a las proteínas y al ADN.

Miles de motitas luminosas se unieron formando una gran cadena de

ácido desoxirribonucleico que ocupaba toda la parte superior de la pantalla.

—El ADN es la clave de la evolución de todas las especies que han poblado y viven a día de hoy en nuestro planeta.

La pantalla se encendió y mostró una secuencia de imágenes que cambiaba a toda velocidad. Las primeras esponjas de mar, ballenas enormes, grandes anfibios, dinosaurios, meteoritos, Pangea separándose y dando lugar a los continentes, plantas creciendo, el *Homo erectus* descubriendo el fuego, el *Homo sapiens* y los inicios de la agricultura, un león comiéndose una gacela…

—En el genoma de cada uno de los presentes está escrita la historia evolutiva de nuestra especie. No solo en los humanos, sino también en nuestro perro o en una jirafa de la sabana africana.

Emergió la imagen de una pequeña criatura que parecía un ciervo en miniatura, la cual fue creciendo y desarrollándose hasta convertirse en un vigoroso caballo. A continuación, se mostró otro animal, parecido a un pequeño hipopótamo peludo, que fue aumentando de tamaño: le crecieron las orejas, la cabeza y los colmillos y le salió una enorme trompa. El majestuoso elefante inclinó la cabeza, saludando. La imagen se sustituyó por lo que parecía ser una nutria con patas de roedor, hocico muy alargado y una cola más gruesa. Correteaba alegre alrededor del agua. De repente, se zambulló en el mar y fue transformándose poco a poco, perdiendo el pelaje, alargando la cola, acortando las patitas hasta que fueron aletas, agrandando el torso y la cabeza para convertirse en un precioso delfín. A Hooker, esta última metamorfosis lo dejó con la boca abierta.

El tono de la música cambió y los asistentes intuyeron qué animal venía ahora. En la pantalla apareció un primate caminando sobre sus cuatro patas, el cual se fue irguiendo poco a poco, perdiendo vello corporal y ganando musculatura y altura hasta convertirse en el *Homo sapiens* actual.

La música paró, las luces se apagaron y se produjo un efecto de sonido ensordecedor, como si perteneciera a una guitarra eléctrica. Sobre el escenario, tras la oscuridad, emergió Rebeca Hopkins. Los más

de cien asistentes que se encontraban en el anfiteatro rompieron a aplaudir.

—¡¿Cómo estáis?! —preguntó a la multitud—. Por los huecos que veo en las butacas, o la pandemia nos ha dejado diezmados, o la prueba inicial era más difícil de lo que me pensaba.

Se escuchó una carcajada general entre el público.

—Me alegro de estar aquí con todos vosotros. Hoy es un día muy especial para mí. Desde que fundé el Núcleo, hace ya tantos años, mi objetivo ha sido siempre el de mejorar nuestra especie, prepararnos para afrontar la degradación ambiental y propia que nos acecha. Todas las investigaciones realizadas hasta ahora nos han permitido estar aquí, ante el proyecto más ambicioso llevado a cabo por ninguna organización —hizo una pausa dramática—: el Proyecto Zero.

Hooker y el resto de los asistentes aplaudieron al unísono al escuchar el nombre de la investigación que les iba a permitir sobrevivir como especie en los próximos miles de años.

Rebeca continuó hablando:

—Como sabéis, la evolución ha permitido que los seres humanos nos hayamos adaptado mejor al entorno que cualquier otra especie. Pasamos de estar en el medio de la cadena alimentaria a ser el mayor depredador que alguna vez haya existido, extinguiendo por nuestra obra directa o indirecta a miles de especies.

Se mantuvo en silencio un instante mientras recorría la sala con la mirada. Después, siguió andando con gracilidad por el escenario.

—Esta evolución, durante millones de años, nos ha dotado de capacidades para sobrevivir. Hoy en día no somos más fuertes físicamente que los neandertales, sin embargo, disponemos de las herramientas necesarias para vencerlo con facilidad en un duelo.

En la pantalla apareció una imagen cruzada de un neandertal con lo que parecía un marine del Ejército americano sobre una ametralladora automática.

—Hay estudios que señalan que tampoco somos más inteligentes que los *sapiens* de hace diez mil años y, sin embargo, si comparamos al más inteligente de aquella época con un humano medio de nuestra sociedad

actual, parecería más inteligente nuestro humano medio. ¿Por qué?

En la imagen de la pantalla surgió un *Homo sapiens* recolectando frutos de un árbol y, a su derecha, un hípster actual tecleando en su MacBook Pro.

—Hoy en día tenemos acceso a toda la información que queramos a través de internet; la información es conocimiento y el conocimiento es inteligencia. Posiblemente, en un momento determinado, aquel *sapiens* supiera más sobre la naturaleza, los árboles, las frutas, los caminos y los ríos. Pero nuestro humano medio podría buscar toda esa información en internet y la búsqueda no le llevaría más de cinco segundos.

Hizo otra pausa para tomar aire.

—Sí, somos más inteligentes porque tenemos más conocimientos y porque la revolución científica nos ha llevado a tener más herramientas para avanzar en campos como la medicina, la física, las matemáticas, la industria… Pero la pregunta es: ¿realmente hemos evolucionado con respecto a nuestros antecesores? ¿Estamos alcanzando todo nuestro potencial?

El proyector de luces exhibió las palabras PROYECTO ZERO sobre el fondo.

—La respuesta es no. Hace miles de años que el *Homo sapiens* no evoluciona. Es más, no solo se ha detenido dicha evolución, sino que corremos el riesgo de involucionar. En la sociedad actual, los seres humanos más sanos y con mayores capacidades están más preocupados por mejorar su estatus y destacar en su profesión que por procrear y perpetuar la especie. A menudo son los individuos con menos talento y peores condiciones genéticas los más propensos a tener varios hijos.

En la pantalla se iban sucediendo imágenes de famosos científicos, deportistas de élite, empresarios de éxito; todos sin descendencia.

—Eso nos plantea un problema: ¿acaso los genes que estamos transmitiendo a las siguientes generaciones son los mejores? Yo creo que no. En la sociedad actual, los eslabones más débiles de la cadena no perecen, sino que viven hasta los noventa años y tienen descendencia —explicó Rebeca.

Se oyeron ligeros murmullos en la sala. Era la primera vez que

Hooker la escuchaba exponer sus opiniones más controvertidas a los protectores. Se estaba dejando llevar y el doctor no sabía si eso era bueno o malo. En aquella estancia había gente que había invertido muchísimo dinero en la organización por un objetivo común, pero quizá no todos estarían de acuerdo con los entresijos más oscuros del Proyecto Zero.

—Ahora estamos obsesionados con salvar el planeta. Se crean organizaciones. Se plantean objetivos. Se ejecutan acciones. Muy bien. Todo eso es genial. Pero ¿y si primero nos salvamos como especie?

A la espalda de Rebeca se mostraron vídeos de los polos derritiéndose, de conferencias de Naciones Unidas, de Greta Thunberg dando un discurso.

—Nuestra casa está ardiendo, sí, y nuestros Gobiernos, nuestra sociedad, intentan apagar el fuego como mejor pueden. Nuestro cuerpo también arde… ¿Por qué no hacen nada para apagarlo?

La sala le respondió con un silencio incómodo.

—Hoy en día, una de cada tres personas tendrá cáncer a lo largo de su vida —sentenció Rebeca—. Puede que incluso más. Y en generaciones futuras será todavía peor.

En la pantalla brotaron titulares de periódicos que relacionaban las principales enfermedades con errores en el ADN.

—No podemos permitirlo.

Tomó un poco de aire.

—Hace diez años que fundé esta organización. El Núcleo me dio un objetivo, un propósito. Me devolvió las ganas de seguir viviendo después de que mi hija falleciera —confesó la doctora Hopkins—. A ella le prometí que en el futuro ningún niño moriría de cáncer. Hoy estamos en disposición de cumplir esa promesa.

Una secuencia genética apareció a su espalda y dos haces de luz iluminaron las figuras humanas situadas a cada lado del escenario.

—Queridos protectores, es muy emocionante para mí presentarles a los descendientes de nuestra especie, el siguiente humano: ¡*PLENUS*!

Capítulo 21

Una fuerte discusión

Encontraron al doctor Ayala en su laboratorio revisando unas muestras en el microscopio. David tocó con los nudillos la puerta, que ya estaba abierta, y entraron.

—Hola, Luis. Estos son la inspectora Fernández y el agente Grandizo; les gustaría hacerte unas preguntas.

El efecto que pretendía causar con aquella presentación quedó eclipsado por la fría indiferencia que mostró Ayala al recibirlos. El doctor siguió mirando a través del microscopio como si nadie hubiera requerido su atención. Lucía perdió la calma y fue hacia él para separarle de la lente tirando de su bata. La paciencia no estaba entre sus principales virtudes.

El aludido se dio la vuelta.

—¿En qué puedo ayudarlos, agentes? —preguntó mientras se quitaba las gafas para limpiarlas.

—Buenos días. Estamos aquí porque una paciente suya ha desaparecido. Adriana Martín, de veintisiete años. La doctora Muntaner nos ha dicho que usted lleva su caso y que le ha realizado unos análisis genéticos a ella y al feto. ¿Puede hablarnos del tema?

—¿Tiene una orden judicial?

Lucía miró a Manu extrañada y después de nuevo al médico, sin entender.

—No, pero es un ca…

—Sin una orden judicial no puedo compartir detalles confidenciales de la historia clínica de una paciente —dijo el genetista cruzándose de brazos.

—Entiendo su punto de vista, doctor, pero es un caso de secuestro. Cualquier información que nos proporcione puede llevarnos a dar con su paradero —replicó Manu.

—No creo que sus análisis genéticos arrojen luz sobre su paradero y como médico de la señorita Martín me debo a la confidencialidad de los datos referentes a la salud de mi paciente.

—Deje que seamos nosotros los que decidamos si esos análisis son útiles para encontrar a Adriana o no —espetó la inspectora.

—Lo siento; no puedo ayudarlos.

Lucía bufó visiblemente enfadada.

—Volveremos a vernos, doctor Ayala. Le traeré su maldita orden judicial, que no le quepa duda.

Salió de la habitación como un ciclón seguida de su compañero. David permaneció en el laboratorio.

—Haciendo amigos, como siempre. ¿Disfrutas puteando a la gente?

—No sé de qué me hablas —contestó Luis sin mirarlo a los ojos.

—¿Sabes qué? Ahora entiendo por qué te odia todo el mundo en este hospital —le espetó el joven cirujano con rabia.

Hubo un silencio tan tenso entre ellos que a David le dio la impresión de que podía cortarse con un bisturí. Estaba a punto de girarse para marcharse cuando Ayala soltó su veneno:

—La has cagado, David.

—¿De qué me hablas?

—La has cagado tanto que un niño de diez años va a morir o le quedarán secuelas de por vida —dijo Luis encogiéndose de hombros con indiferencia—. Todo por no hacerme caso.

—¡Lo que ha pasado no tiene nada que ver con los embolizantes! ¡Lo he hecho miles de veces! —se defendió, a punto de perder los nervios.

—¿No lo ves? Tu ineptitud y tu soberbia han marcado de por vida a esa familia.

—¡Cállate! —advirtió el joven médico.

—Has conseguido que en estos años te vieran como a un héroe, pero ahora todos van a ver la clase de fraude que eres…, incluso Alma.

—¡Hijo de puta! —gritó David antes de abalanzarse sobre él.

Los dos cayeron al suelo arrastrando una ristra de objetos que Ayala tenía sobre la encimera de trabajo. Sus gafas salieron volando y aterrizaron en la pila de desechos. Los dos forcejearon. David se colocó

sobre Ayala a horcajadas y le propinó un fuerte puñetazo en la cara.

—¡Te echarán por esto! —logró decir Luis a la vez que tanteaba el suelo en busca de un objeto con el que poder golpear a David, quien parecía fuera de sí.

Al fin consiguió encontrar algo: empuñó un matraz de Erlenmeyer y le golpeó con él en la cabeza. El neurocirujano, que no se esperaba el golpe, retrocedió mareado. Deslizó los dedos por su melena, no había sangre. Miró a Luis, quien empuñaba todavía el matraz de cristal templado, que no tenía ni un rasguño. David percibió un brillo de maldad en sus ojos, el reflejo de la determinación de alguien que no pararía hasta destruirlo. Se abalanzó de nuevo sobre él, consiguió arrebatarle el frasco de vidrio y lo tiró a un lado. Acto seguido descargó su puño derecho una y otra vez ante la impotencia de un Ayala que solo podía poner los brazos para protegerse. De repente, notó cómo su cuerpo se elevaba del suelo y una voz serena le indicaba que se tranquilizase.

Manuel Grandizo sacó a David del laboratorio mientras Lucía atendía al doctor Ayala. Al pasar junto a la puerta, el joven observó con bochorno que la pelea y los gritos habían atraído a un montón de curiosos, la mayoría compañeros del hospital y, entre ellos, Alma. Lo miraba inexpresiva sin moverse del sitio. Ni siquiera se acercó para ver cómo estaba. David trató de pedirle perdón sin palabras; se sentía avergonzado. ¿Cómo había perdido los papeles de esa manera? Pudo ver cómo su novia se daba la vuelta y se marchaba de allí.

En ese momento, Lucía salió del laboratorio y pidió a su compañero que dispersara el corrillo de espectadores. Indicó a su amigo que la siguiera y echó a andar por el pasillo. David la siguió, sumiso. Una vez se habían alejado lo suficiente del lugar, Lucía se dio la vuelta y se encaró con él.

—¿Se te ha ido la pinza?

—No sé qué decirte, Luci. He perdido los nervios, ha tocado un tema que… hoy no era el día.

—Espero que no ponga una denuncia —dijo Lucía suavizando el tono —. Alma hablará con él, ¿no?

—Espero que sí —suspiró David con preocupación. «Aunque por su reacción no tiene mucha pinta de querer ayudarme».

—Le diste con ganas. —Lucía le tiró un gancho de broma—. No te hacía yo con ese *jab* de derechas.

Al cabo de un rato, Luis se encontraba de nuevo solo en el laboratorio. Analizaba unas muestras extraídas de la médula ósea de un enfermo de cáncer, pero casi no podía regular el microscopio debido al temblor en sus manos. No participaba en una pelea desde el colegio, normalmente sus compañeros aguantaban estoicos sus comentarios mordaces. Estaba claro que el doctor Peña había perdido el norte, no entendía cómo alguien tan mediocre podía estar con una persona tan talentosa como Alma. La había mandado a casa; tendría que hablar muchas cosas con David. Se tocó el pómulo que comenzaba a inflamarse. «Voy a acabar con tu carrera», pensó.

Tan absorto estaba en sus pensamientos que no vio aparecer al exteniente Javier Silva justo detrás de él.

Capítulo 22

Un *Homo plenus*

La sala entera se levantó con una ovación. Hooker también se incorporó, aplaudiendo con ambas manos por encima de la cabeza. No cabía en sí de orgullo.

—¡El *Homo plenus* es ya una realidad HOY! —continuó Rebeca—. La nueva especie de humano se adapta mejor al entorno; es más fuerte, más inteligente, más atractiva… —Le guiñó el ojo a una mujer sentada en la primera fila—. Las investigaciones en edición genética de la línea germinal nos han permitido identificar aquellas mutaciones que son perjudiciales para la especie y que causan enfermedades como el cáncer, el alzhéimer, la fibrosis quística, el colesterol, la diabetes, la hipertensión y muchas más. Actuando sobre la línea germinal podemos crear óvulos y espermatozoides sanos que, al unirse, dan lugar a un cigoto sin errores genéticos que desarrolla un embrión con un ADN puro.

En la pantalla aparecieron ilustraciones de largas cadenas de ácido desoxirribonucleico en las que se extraían fragmentos mediante unas tijeras moleculares llamadas CRISPR; más tarde, aquellos pedazos eran devueltos a la secuencia, aunque con un color diferente.

Los asistentes empezaron a aplaudir de nuevo. La voz de Rebeca se alzó por encima de los aplausos:

—Pero nuestra investigación no se ha detenido en que nazcan niños genéticamente sanos. Hemos ido más allá. Queríamos niños que no solo fueran sanos, sino también más fuertes, atléticos, inteligentes y resistentes. ¿Alguien piensa que Usain Bolt hubiera batido tantos récords si no estuviera predispuesto genéticamente para hacerlo? —preguntó.

Se oyeron tímidos noes al fondo de la sala y el resto permaneció en silencio.

—¡Exacto! No, Usain Bolt lleva en los genes ser un deportista de élite. Sus músculos son más resistentes, su capacidad pulmonar mayor, sintetiza más rápido el colágeno y varios factores más que lo convierten en un campeón —explicó la doctora haciendo una pausa—. Y nosotros podemos conseguir todo esto en el laboratorio. Podemos desactivar genes que produzcan lesiones en ligamentos y en músculos y podemos activar otros que produzcan una mayor circulación sanguínea o capacidad pulmonar.

En la pantalla se sucedieron imágenes de deportistas de primer nivel como Cristiano Ronaldo, Michael Phelps, Serena Williams, Michael Jordan…

—No solo físicamente; más de mil genes están asociados a la inteligencia y también influyen en la longevidad y en la salud mental. Nosotros tenemos la tecnología para activar y desactivar genes que hagan a nuestros hijos mucho más inteligentes.

Las imágenes cambiaron a grandes genios de la historia, desde Albert Einstein a Leonardo da Vinci. Rebeca detuvo su recorrido por el escenario para enfatizar su siguiente explicación:

—Aquí viene lo más interesante para algunas personas de esta sala… no quiero mirar a nadie en especial —añadió, divertida—. Con nuestra tecnología, estamos en disposición de detener el envejecimiento. Nuestro nuevo humano podrá alcanzar hasta los ciento treinta años…

Los asistentes del evento, anonadados, comenzaron a intercambiar comentarios en voz alta. «¿Cómo es posible?». «¿Puede hacerse en adultos?». «¿Nunca envejeces?». Rebeca extendió los brazos hacia delante para pedir calma.

—Por favor, señoras y señores, contestaré a todas las preguntas que tengan después de la exposición. —Sonrió antes de añadir—: He hablado de erradicar enfermedades y de crear seres humanos superinteligentes, pero he perdido el control de la ponencia hablando de eterna juventud…

La sala entera rio la gracia de la doctora.

—En el fondo, lo sabía cuando preparé el discurso. Bien, amigos, cuando hablo de detener el envejecimiento no me refiero a frenarlo de

forma permanente. No hemos logrado la inmortalidad, todavía. Lo que hemos conseguido es identificar cuáles son los genes que prologan la vida útil de nuestros cuerpos y los hemos potenciado para obtener más protección frente al daño oxidativo del ADN mitocondrial.

Los asistentes escuchaban admirados las palabras de Rebeca.

—No quiero que os equivoquéis. No tratamos de crear un ejército de superhombres y supermujeres a imagen y semejanza de un dios griego. Ni una raza aria superior, como querían crear los nazis —aclaró Rebeca bajando a un tono de voz casi de confidencia—. Lo que queremos es usar la biotecnología existente para salvar a nuestra especie. Ayudar a nuestra evolución a tomar el mejor camino. Crear una base de seres inteligentes y fuertes capaces de sobrevivir a los cambios del entorno que están por llegar.

La sala entera se puso en pie y ovacionó. Hooker miró el móvil un segundo: tres llamadas perdidas de Silva.

—No quiero engañaros. No todos nuestros hijos serán Rafael Nadal o Barack Obama, individuos casi perfectos.

Los asistentes se echaron a reír.

—Las personas extraordinarias no son solo genética. Hay otros aspectos que influyen. Y nosotros no podemos controlar eso, de momento. Lo que sí podemos hacer es que la base de la especie sea mejor: más inteligente, más fuerte y más longeva. Consiguiendo eso, estoy segura de que el número de personas extraordinarias se multiplicará de forma exponencial.

Rebeca se plantó en medio del escenario para hacer el anuncio que tenía preparado para el final de la ponencia:

—Como os decía antes, esto es una realidad hoy. Decenas de miles de niños nacerán el próximo año en todo el mundo a partir de óvulos y espermatozoides editados genéticamente por nosotros.

Los murmullos fueron ensordecedores: «¿De qué está hablando?». «¿En qué países?». «¿Es un ensayo controlado?». «¿En Rusia también?».

—Amigos, cálmense, por favor. Resolveré sus dudas una vez termine la disertación —repitió la doctora intentando apaciguarlos—. Estos niños nacerán gracias a las clínicas de fertilidad que estamos abriendo

en los cinco continentes. Mujeres y hombres de todas las razas vendrán a pedirnos ayuda para ser padres y nosotros les ofreceremos el mejor bebé, uno con el que nunca habrían soñado. Por supuesto, estas personas nunca sabrán nada de los «retoques» genéticos. Pero esto no quiere decir que los niños del Proyecto Zero no vayan a ser vigilados. Cada sujeto tendrá un estricto control por parte de la organización desde su nacimiento.

De nuevo, se elevaron murmullos por la sala.

—Para terminar, solo quiero agradeceros haber podido asistir a esta jornada a pesar de la situación. Ahora pasaremos a un salón donde nos han preparado un pequeño tentempié y donde contestaré a todas las preguntas que tengan. ¡Hasta la próxima!

Los focos siguieron a Rebeca mientras abandonaba el escenario, arropada por los más de cien asistentes que aplaudían a rabiar. «Lo ha hecho genial», pensó Hooker. Los había dejado boquiabiertos.

Salió al salón de los primeros porque quería saber por qué Silva lo llamaba con tanta insistencia. Escuchó dos tonos y al tercero oyó por fin la voz del exteniente, quien no se anduvo con rodeos.

—Doctor Hooker, tenemos un problema. La policía ha seguido la pista hasta Luis Ayala.

—Silva, hay que soltar a la chica cuanto antes. Ya hemos hecho las pruebas necesarias. Déjela en su coche hoy mismo y arrégleselas para que la policía o su novio la encuentren.

—De acuerdo. Pero ¿ha oído lo que le he dicho del doctor Ayala?

—Sí. Yo me encargaré de ese asunto.

Capítulo 23

Un allanamiento

La bestia ya había estado en aquella casa antes. El propietario tenía su piso igual que los informes genéticos que enviaba para el Proyecto Zero: ordenados, pulcros y minimalistas. El salón se componía de un único sofá, una lámpara, una mesa baja y una televisión de ochenta y cinco pulgadas que ocupaba media pared. Sobre la mesa, el mando a distancia y dos ejemplares de revistas: uno de *Nature* y el otro de *Science*.

Las dos portadas mostraban imágenes diferentes, pero con el mismo título: «El Genoma Humano». Posiblemente, estos ejemplares de 2001 habían sido dos de las portadas más famosas de ambas revistas en toda su historia. La de *Nature* formaba una cadena de ADN con cientos de fotografías de personas. La de *Science*, en cambio, mostraba una fila ascendente de hombres y mujeres de diversas etnias raciales y edades. Las dos recogían una de las investigaciones más importantes del siglo: la secuenciación definitiva del genoma humano con una fiabilidad del 99,9 por ciento

Mientras recorría el piso, le llegó el sonido de una llave introduciéndose en la cerradura de la puerta principal.

Luis Ayala entró en su casa; se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero de la entrada. Sin encender la luz del salón, se dirigió a la cocina y abrió el frigorífico. Se paseó por la estancia comiendo una manzana a mordiscos y con un paquete de guisantes congelados apoyado en el pómulo.

Desde su escondite, la bestia oyó el sonido del teclado de su teléfono y un tono de llamada. A través del altavoz surgió una voz de mujer:

—Hijo, has tardado mucho en llamarme hoy. Me tenías preocupada.

—Lo siento mucho, madre; he tenido lío en el hospital. Acabo de llegar a casa —respondió él.

—¿Has comido bien? —preguntó.

—Sí, me he llevado el táper de carne con patatas que me diste el domingo.

—Así me gusta. ¿Vendrás mañana? Me faltan las pastillas del riñón —le apremió.

—Sí, claro, no te preocupes que mañana me paso por la farmacia y te las llevo —la tranquilizó Luis—. Te dejo, mamá, que tengo que trabajar un poco más.

—Ay, hijo, no trabajes tanto que te va a dar algo.

—Solo un rato más. ¡Hasta mañana, madre!

—Hasta mañana.

Luis colgó el teléfono y se dirigió al salón para encender la televisión. Al coger el mando, la vista se le fue hacia las dos revistas que tenía sobre la mesa. Enseguida se puso tenso; algo no iba bien, nada bien. La voz de la bestia desde el pasillo terminó por confirmar sus sospechas. Del susto, se le cayeron la manzana y el paquete de guisantes congelados al suelo. Le había dejado todo un lado de la cara colorado del frío.

—Hola, Luis.

—¿Qué haces tú en mi casa? Ya le he dicho a Silva que no he hablado con la policía.

Se levantó del sofá.

—Le hemos hecho todas las pruebas posibles al feto, Luis, y no tiene la enfermedad. Te equivocaste en tu último informe y has puesto a Hooker y al laboratorio en una posición complicada —le explicó la bestia.

—Pero encontré la alteración del gen… Los resultados eran concluyentes… —balbuceó Luis.

—Es evidente que no.

El doctor tragó saliva, procurando que no se notara su nerviosismo.

—Pero no pasa nada, la chica aparecerá sin acordarse de nada y sin poder reconocer a nadie…, ya lo hemos hecho otras…

—¿Dónde tienes los informes genéticos del resto de pacientes del Proyecto Zero, Luis? —lo interrumpió la bestia.

—Aquí, en la caja fuerte que me instalaron, tal y como me pidió Hooker —le indicó con rapidez.

—Entrégamelos, por favor.

El doctor Ayala se dio la vuelta y caminó hacia el televisor colgado de la pared. En cuanto le dio la espalda, la bestia sacó la jeringuilla y la ocultó en la mano mientras se acercaba a él. Luis deslizó el televisor hacia la derecha y dejó al descubierto una caja fuerte empotrada que disponía de un teclado numérico y de una pequeña pantalla. Empezó a teclear la contraseña:

—Cuatro… ocho… quince… dieciséis… veintitrés… cuarenta y dos.

La puerta de la caja fuerte se abrió. En ese momento, el doctor cayó desplomado al suelo, paralizado por el efecto del veneno que acababa de inyectarle en el cuello. Todavía estaba consciente mientras la bestia preparaba la inyección de cloruro potásico que acabaría con su vida en aproximadamente media hora.

Los ojos de Ayala reflejaban absoluto pavor.

—No me mires así, Luis. Tú mejor que nadie tienes que entenderlo. Sin este sacrificio, el trabajo del doctor Hooker y la doctora Hopkins se vería en riesgo. Avanzar implica asumir pérdidas.

Una silenciosa lágrima recorrió el rostro de Luis al darse cuenta de que dejaría sola a su madre. La pobre no duraría mucho sin él.

Capítulo 24

Un día de locos

Todas las mañanas del inspector jefe Gonzalo Beltrán eran prácticamente iguales: lanzaba el despertador contra la pared a las siete y media, se tomaba su café solo a las ocho menos veinte e iniciaba su rutina de ejercicios a las ocho menos cuarto. Ese día le tocaban abdominales; ya empezaba mal. Más tarde, se daba una ducha rápida y, después, se tomaba los cinco minutos más importantes de cada día de su vida desde hacía varios años.

Alcanzaba un cofre de color negro que estaba sobre el estante del salón, encima de la televisión. Se lo llevaba a la mesa y lo abría con cuidado. Dentro había varias cosas: una medalla de oro, cuatro fotografías, una cartera, un DNI caducado, un libro, un DVD. Y, por último, un folio doblado.

Beltrán cogió el papel y lo desdobló para leerlo:

> Querido papá:
>
> Aquí tengo mucho tiempo para pensar. Últimamente me acuerdo de cuando era un adolescente y me llevabas contigo de caza. ¿Te acuerdas de cómo lo odiaba? No soportaba ver la sangre en un pobre animal y ahora veo a personas desangrarse hasta morir y no siento nada.
>
> Ya ni me acuerdo de la última vez que dormí del tirón. Puede que fuera antes de venirme, antes de lo de Yolanda…

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

El sonido insistente del teléfono lo interrumpió. Guardó la carta en el bolsillo del pantalón vaquero.

—Gonzalo Beltrán al habla —contestó.

La voz del agente Quintanilla llegó desde el otro lado de la línea telefónica.

—Jefe, ¿lo he despertado? —preguntó—. La chica está en comisaría; ha venido a declarar por lo del secuestro.

—¿Ya ha salido del hospital? —Beltrán se puso la chaqueta.

—Sí, jefe, pero… hay malas noticias —titubeó el agente.

—¿Cuáles?

—No recuerda nada: tiene los últimos días completamente en blanco.

—¿Cómo? ¡Eso no puede ser!

—Sí, el caso es que los médicos han encontrado restos de escopolamina en su sangre —le explicó Quintanilla.

Beltrán suspiró mientras entraba en el ascensor. A saber qué habrían hecho con esa pobre chica.

—¿Hay indicios de que haya sido…? —preguntó el inspector.

—No, los mé… dicen… sido violada.

—¿Puede repetirlo?

—No la han violado, jefe.

—¿Y el bebé?

Beltrán salió del ascensor en dirección al aparcamiento, donde sus problemas de cobertura se solucionaron.

—El bebé está en perfectas condiciones.

El Espalda Plateada suspiró de alivio.

—Encárguese usted de la declaración.

—¿Está seguro, jefe?

—Sí, por supuesto. Yo tengo otros asuntos de los que ocuparme.

—Muy bien.

—Una cosa más, Quintanilla. Averigüe cómo rescatar esos recuerdos. Quiero saber lo que le ha pasado a esa chica, ¿entendido?

—Sí, jefe.

El inspector terminó la llamada, se montó en el coche y arrancó.

—Oye, Siri, llama a Marina Parra.

—Llamando a «Mamá casa» —respondió el asistente virtual.

—¡No! ¡Maldito trasto! —gritó el inspector mientras agarraba su iPhone y buscaba a Marina en su lista de contactos.

—¿Sí?

—Doctora Parra, soy Gonzalo Beltrán. Me gustaría hablar con usted

sobre el informe forense que me envió ayer por la noche.

—Sí, Luis Ayala. El médico asesinado hace dos días. ¿Qué quiere saber?

—Usted redactó en su informe que la causa de la muerte fue un paro cardiaco producido por un envenenamiento con cloruro potásico.

—Sí, así es.

—Este compuesto es prácticamente indetectable *post morten*… —El inspector jefe alargó el silencio—. Solo se puede descubrir practicando una concienzuda autopsia. Me preguntaba qué le llevó a realizar la práctica forense, teniendo en cuenta cómo están las cosas…

La sobrecarga en los hospitales de Cáceres era cada vez mayor, con varios brotes de coronavirus, uno muy numeroso procedente de un viaje organizado a Italia y otro en una residencia; este último el más preocupante ya que estaba provocando muchas defunciones. Ante este panorama, los médicos forenses se encontraban desbordados, teniendo en ocasiones que asumir funciones que no eran propiamente suyas.

La doctora se puso a la defensiva.

—Inspector, si insinúa que no hacemos bien nuestro traba…

—No, no, por favor. Solo intento discernir qué indicios de muerte violenta encontró para proceder con una autopsia. Puede ser importante para la investigación.

Marina decidió pasar por alto el comentario del inspector.

—En el examen visual vi tres orificios casi imperceptibles en el lateral del cuello. Me pareció raro, no es un sitio para extraer nada ni tampoco para inocular vacunas o medicamentos, así que le practiqué la autopsia.

—Entonces, encontró el veneno en su cuerpo.

—En el interior de su globo ocular, para ser más exactos —respondió la médico forense—. En casos sospechosos como este se analiza el humor vítreo porque es la manera más precisa de determinar qué concentración de sustancias tenía en sangre circulante antes de la muerte, ya que la degradación de estos elementos en el ojo es mucho más lenta.

—Entiendo… Una cosa más, doctora. ¿Está segura de que el cuerpo

no muestra ningún signo de lucha?

—Totalmente —sentenció la doctora—. Aparte de un hematoma en el pómulo y otro en la mandíbula, que por su coloración he podido concluir que se produjeron bastantes horas antes de la muerte, lo único destacable son los tres puntitos en el cuello. Como los que hace una aguja en un brazo al sacar sangre.

—Gracias por su ayuda, doctora, estaremos en contacto.

«Mierda», maldijo el inspector para sus adentros. Era evidente lo difícil que le resultaría a un desconocido acercarse a alguien en su propia casa como para además inocularle un veneno. Luis Ayala conocía a su asesino.

Solo le quedaba una llamada más por hacer. Esperó tres tonos antes de oír la voz dulce de Lucía.

—¿Sí, jefe?

—Inspectora Fernández, estoy llegando a la comisaría. Necesito que venga a mi despacho en quince minutos.

—¿Pasa algo?

—Vamos a preparar una detención.

—¿A quién vamos a detener?

—Al presunto asesino de Luis Ayala —respondió Beltrán.

—¿Tenemos un sospechoso? —preguntó ella, excitada.

—Sí, pero, Fernández, no te va a gustar.

Capítulo 25

Un encuentro inesperado

David llevaba dos días sin pisar la calle. Fuera, la pandemia golpeaba con crudeza dejando cientos de muertos cada día. La guerra contra el coronavirus se libraba en los hospitales y la primera línea la formaban médicos y enfermeros sobrepasados, colapsados, agonizantes; que asistían a un desfile de enfermos muy por encima de lo que eran capaces de soportar. También se luchaba en las casas, pero con diferentes armas. La televisión y el sofá actuaban de escuderos en una batalla contra los propios miedos que sucedía en la mente.

En la de David especialmente, sus temores se habían hecho tan grandes que inundaban cada rincón de su cerebro. Desde la muerte repentina de Ayala, los pensamientos más extraños y amenazantes lo invadían y desestabilizaban. El neurocirujano no sabía cómo sentirse: por un lado, detestaba a aquel hombre; por otro, no podía evitar pensar que había tenido algo que ver con su muerte. La pelea que habían tenido aquel día… ¿acaso le habría provocado un estado de estrés que había desembocado en un infarto? No podía permitirse sentirse culpable, ya tenía bastante carga sobre sus hombros. El desconocido que había intentado matarle, la chica secuestrada, el niño del aneurisma que había entrado en parada… Al menos eso último había tenido un buen final. El día anterior había hablado con su equipo: al parecer, Julen tenía todas las funciones cognitivas en orden y había respondido bien a los estímulos. David era incapaz de describir la sensación de alivio que había sentido. También lo había llamado su jefa, en el comité del hospital se había valorado su inhabilitación temporal, a causa de la pelea con el doctor Ayala, pero, tras escuchar varios testimonios de otros médicos y tras la noticia de que el doctor Ayala había fallecido (y no podría poner denuncia alguna), habían optado por tapar la situación. No habría consecuencias para David, al

menos de momento.

Aunque no podía relajarse: el hombre del tatuaje seguía ahí fuera, en paradero desconocido y, seguramente, vigilándolo. Lucía decía que, al haber aparecido la joven secuestrada, había pocas posibilidades de que aquel hombre intentara matarlo de nuevo. Algo muy positivo para sus intenciones de seguir viviendo.

Justo en ese momento escuchó cerrarse la puerta de la entrada; Alma se marchaba a trabajar sin despedirse, otra vez. En los últimos días habían discutido más veces que en los nueve años anteriores. La muerte de Ayala y las posteriores habladurías en el hospital habían hecho mella en su ánimo. Alma le había achacado que el caso del secuestro lo estaba volviendo loco. En su opinión, todo lo de Ayala había pasado por involucrarse demasiado. Tenía que dejar de inmiscuirse en la investigación de Lucía y su equipo, dejarlos hacer. Pero David no podía alejarse del caso sin más. Se trataba de su vida, y no en sentido figurado. «Deja de darle vueltas al caso y céntrate en tus compañeros, en que dejen de hablar de ti a tus espaldas», le había dicho Alma. «¡No tengo que demostrar nada! Que piensen lo que quieran», había sido la última frase de David. Después de eso, silencio absoluto. Ninguno de los dos se había dirigido la palabra en el desayuno.

Tras un rato mirando a las musarañas en silencio, compadeciéndose de sí mismo, el joven decidió arreglarse e ir al súper a comprar un par de cosas. Cogió las bolsas de tela y salió a ese territorio inhóspito en el que se habían convertido las ciudades.

Cáceres siempre había sido una urbe con aires de pueblo grande en la que la gente era abierta. Cuando los cacereños se cruzaban con alguien por la calle decían mínimo «Hasta luego» y, si la otra persona daba algo de cuerda, le acababan contando hasta en qué colegio estudiaban sus hijos. Ahora, en cambio, David solo se encontró con dos personas de camino al supermercado, las cuales evitaron cualquier contacto, incluido el visual, como si el SARS-CoV-2 fuera un basilisco que matara con la mirada.

Nunca antes había sido tan consciente del entorno que lo rodeaba. Normalmente hubiera ido con la cabeza fija en el móvil, pasando las

historias de Instagram. En ese momento, en cambio, lo percibía todo: los pájaros ajenos a los problemas humanos sobre las copas de los árboles, la ausencia de ruido en las calles desiertas, un hombre corriendo de un lado a otro en una terraza que no tendría más de seis metros de largo, los carteles de los negocios cerrados… Al ver eso último, se le encogió el corazón pensando en esos autónomos, esas pequeñas empresas, que lo tendrían muy difícil para sobrevivir a la situación. La frutería de sus tíos, la pequeña tienda *boutique* de su amiga Andrea, incluso el hotel de su suegra Montaña iban a pasar dificultades.

Llegó a la puerta del supermercado. La cola de personas separadas por unos dos metros casi daba la vuelta a la manzana. Se puso detrás del último de la fila, que resultó ser un hombre ataviado con unos guantes de látex, una mascarilla de quirófano, un gorro de lana, unas gafas de sol y, lo más llamativo, una bolsa de basura recortada a modo de abrigo. David sonrió ante la ocurrencia del desconocido: «Cómo están las cabezas».

Después de una espera razonablemente larga, le llegó el turno de entrar al supermercado. Uno de los trabajadores, que se encontraba en la puerta con la función de ordenar el acceso a la tienda, lo reconoció de inmediato.

—¡Doctor Peña! —exclamó el reponedor con una sonrisa de oreja a oreja—. Me alegra mucho verlo después de tanto tiempo. Mi madre ya está completamente recuperada del aneurisma, incluso anda sin apenas cojear. ¡Verá cuando le diga que lo he visto!

Contempló al hombre, de unos cuarenta años, cara redonda, bastante calvo. Hizo un rápido recorrido por todas las operaciones que había llevado a cabo, pero se dio cuenta de que era imposible hacerlo en tan poco tiempo. Lo que más rabia le daba era que, si ese caso hubiera salido mal, tendría esa cara amable grabada a fuego en su cerebro; sin embargo, estaba en blanco.

—¡Hombre, pero cuánto tiempo! Me alegro mucho de verlo. No sabía que trabajaba en el súper —exclamó David, que iba a ese supermercado todas las semanas y nunca lo había visto.

—Pues ya sabe, doctor, con esto del coronavirus los supermercados están ampliando plantilla porque no dan abasto —le sonrió, irónico—. Tiene cojones que toda España esté en el paro y yo encuentre trabajo ahora.

—Me alegro de que haya sido así. Por favor, dele recuerdos a su madre de mi parte.

«Sea quien sea su madre», pensó David.

—De su parte, doctor Peña, y cuídese mucho, que necesitamos que la gente como usted siga cuidando del resto.

Salió del supermercado todavía dándole vueltas a la identidad de aquel hombre. Entonces cayó en la cuenta de que había olvidado comprar aguacates para Alma, lo que seguramente le iba a poner las cosas más difíciles en la reconciliación. Fue a atravesar un paso de cebra cuando, de repente, algo llamó su atención.

«Pero qué cojones…».

Las bolsas cayeron al suelo. Un Hyundai I30 de color gris marengo derrapó en la curva, deteniéndose justo en el paso de cebra e interponiéndose en el camino de David. Del coche se bajaron dos hombres. Uno de ellos, un policía con una chaqueta de cuero negra, sacó una pistola y le apuntó con ella. El otro hizo lo propio.

David se tiró de rodillas al suelo, asustado, con las manos en alto, pero, cuando vio salir a una mujer del vehículo, respiró algo más tranquilo.

—¿David Peña? —preguntó el agente de la chaqueta de cuero—. Queda usted detenido.

—¡¿Qué?! ¿Qué se supone que he hecho? —respondió David mientras interrogaba a su amiga con la mirada y forcejeaba con el segundo hombre, que le estaba poniendo las esposas.

—Tiene derecho a no declararse culpable, a no declarar contra sí mismo. Tiene derecho a un abogado; si no puede costearse uno… —recitó el agente.

—¡¿Qué abogado?! ¡Yo no he hecho nada! —gritó David.

—David…, por favor, vamos a aclarar esto en la comisaría, pero no te resistas —le dijo una Lucía muy apesadumbrada.

Un grupo de personas se empezó a arremolinar alrededor del paso de cebra y el joven hizo lo único que podía hacer en esa situación: claudicar y meterse en la parte de atrás del vehículo policial.

Una vez en el interior del coche, observaba los rostros curiosos de la gente que se agolpaba para tratar de verlo. A David nunca le había gustado ser el centro de atención, ni siquiera por algo bueno, prefería pasar desapercibido. Ya era la segunda vez en pocos días que se encontraba en el foco de una multitud.

Los policías se subieron al vehículo, los dos hombres delante. Lucía se subió con él en la parte de atrás. David miró a su amiga implorando una respuesta, pero ella no giró la vista hacia su amigo.

David cogió su mano sin saber a qué atenerse.

—Luci, ¿qué está pasando?

Ella retiró la mano con suavidad, aunque esta vez sí se giró para mirar a los ojos de su mejor amigo. Los suyos estaban vidriosos.

—Prepárate, David, porque las siguientes horas van a ser muy duras.

Capítulo 26

Un objetivo

Afganistán, 2007

—¿Crees que es él? —preguntó el teniente Silva.

—Tiene que ser él. Coincide con la descripción física que tenemos —respondió la subteniente Ramos.

—¿Distancia al objetivo?

—Ochocientos veintiséis metros.

—Debemos estar seguros, Ana —le recordó Silva mirando a través del visor de su fusil Barrett M82.

—¿Qué más necesitas? —le preguntó ella—. Este es el pueblo. Ahí están los yihadistas y tenemos su descripción física.

—Repíteme la descripción.

Ana exhaló un fuerte suspiro y sacó un informe que portaba el logo del CIFAS.

—Varón, de cincuenta y ocho años. Metro setenta y siete de estatura. Sirio. Barba blanca. Pelo ralo y canoso. Nariz prominente. Ojos marrones. Lesión en una rótula producida por un disparo de largo alcance, es probable que necesite un bastón para caminar. Es probable que tenga sobrepeso. Su vestimenta habitual es una…

—Enséñame la foto de nuevo —la interrumpió Silva.

—Tiene más de quince años, Javi —replicó la subteniente—. No te hace falta; mira su cojera, mira la barba, la nariz…

—Dame la foto, Ana, por favor —le pidió Javier estirando la mano hacia ella.

Ana, que estaba tumbada boca abajo sobre la tierra al igual que Silva, alargó el brazo para colocar la foto entre los dedos del boina verde. El teniente orientó el papel para poder ver la imagen sin retirar la mano del arma.

—Bahir Hamad —recitó Ana—: yihadista radical de origen sirio, fue líder espiritual de la mezquita de Sabadell y perpetró el mayor atentado de la historia de España, el 11M.

Hacía tres años que el CNI, el CIFAS y en general toda la inteligencia española buscaban a ese hombre. Era el cerebro del atentado que se había llevado por delante la vida de ciento noventa y tres personas y había dejado más de dos mil heridos. Aquel demonio se encontraba en un pueblo perdido de Afganistán con otros cien radicales dispuestos a morir por él. Por una guerra contra los infieles occidentales que parecía no tener fin.

Silva miró la imagen. En ella aparecía un Bahir mucho más joven; a pesar de eso, su barba ya lucía canas. Posaba en la puerta de una mezquita, sonriente. Levantaba la mano derecha con la palma abierta a modo de saludo. Entonces fue cuando Silva se fijó en un detalle insignificante pero clave para su identificación. En la foto, Bahir tenía cuatro de sus dedos totalmente rectos hacia arriba. El meñique, por el contrario, lo tenía agarrotado hacia delante formando una curva en la que su falange tocaba con la palma de la mano.

«¿Será algún tipo de saludo árabe?», se preguntó.

Silva miró a través del visor del fusil de alta precisión.

El líder radical, quince años más viejo, surgió a través de la mira dando instrucciones a un chaval que no debía de haber cumplido los dieciséis. Le enseñaba cómo apuntar con un AK-47.

«Hijo de puta».

Silva buscó su mano derecha. La tenía oculta por la chilaba. Esperó unos segundos hasta que Bahir la movió para enseñarle al discípulo cómo cargar el arma.

«Es él, no hay duda».

Su dedo meñique estaba inconfundiblemente atrofiado. Era la única pieza que le faltaba a Javier Silva para encajar el puzle. Un elemento físico diferenciador. La cojera no era suficiente, cualquier guerrillero de sesenta años podría cojear, pero aquello era diferente.

Era él, tenían al monstruo.

—Llama a base por radio —pidió Silva.

—¿Cómo?

—Es él, ¿has visto su dedo? —le explicó Javier extendiéndole la foto —. Está atrofiado, no puede poner el meñique recto.

Ana lo confirmó a través de su mira óptica.

—¡Eres un genio! —dijo cogiendo la radio—. Alkazar cero, aquí Alba cuatro transmitiendo desde el punto Charlie. Respondan. Alba cuatro retransmitiendo…

—Aquí Alkazar cero, al habla el comandante Gutiérrez —la interrumpió la voz de la radio—. Han pasado seis horas desde la última conexión, subteniente. ¿Me puede explicar dónde demonios se habían metido?

—Asegurando la zona, comandante. Es difícil conseguir un buen punto de control en estas montañas —explicó Ana—. ¿Tiene nuestra posición?

La radio crepitó.

—Tengo su posición, Alba cuatro —le confirmó Gutiérrez—. ¿Han podido identificar al objetivo?

—¡Lo tenemos, comandante! Hemos identificado a la sabandija.

Silencio al otro lado.

—¿Puede repetir, Alba cuatro?

—¡Identificación positiva! —repitió Ana—. Tenemos al objetivo en visual.

—¿Distancia?

—Ochocientos treinta metros en este momento, comandante.

—Un tiro muy difícil, subteniente Ramos. Debo consultar con el mando estratégico. Espere mi señal.

Ana y Javier se miraron agitados, impacientes por recibir la orden que pondría fin a tres años de larga búsqueda del enemigo público más buscado de España. Aquel ser despreciable había manipulado y enviado a otros a matar por él; había sumido a un país entero en la tristeza. En la Operación Sabandija habían colaborado más de un centenar de personas, incluyendo a agentes extranjeros. Ana estaba muy orgullosa de estar allí con Javi para terminar la misión, para que las familias de las víctimas pudieran dormir en paz. Contempló a su tirador, quien

permanecía impasible; apenas se había movido en las cinco horas que llevaban allí tumbados. Pensó en lo enamorada que estaba de aquel hombre. En lo mucho que se había hecho de rogar al principio, pero al final había logrado romper todas sus defensas y llegar a su corazón. El día más feliz de su vida había sido cuando aquel soldado, de gesto serio y temple de acero, hincó la rodilla después de un salto en paracaídas para pedirle que estuvieran juntos para siempre.

—Alkazar cero para Alba cuatro. Respondan —sonó la voz del comandante a través de la radio.

—Aquí Alba cuatro esperando instrucciones.

—Subteniente, el mando ha solicitado colaboración a los americanos. Ve más prudente arrasar el poblado con un ataque aéreo.

Ana miró a Silva, confundida. El teniente se revolvió incómodo a un par de metros de distancia.

—Comandante, ¿cuánto van a tardar esos pájaros americanos?

Silencio.

—¿Alkazar cero?

—Unos cuarenta minutos —contestó Gutiérrez.

—¡No! —exclamó Silva—. Están recogiendo para irse.

—Comandante, los insurgentes están cargando los vehículos —continuó Ana—. No llegarán a tiempo.

Silencio al otro lado.

—Solicitamos permiso para disparar —reclamó Ana.

La radio crepitó.

—Subteniente, no tienen luz verde para disparar; órdenes de arriba —respondió el comandante—. Confirmado apoyo aéreo. Dos Warthogs americanos van a despegar de la base aérea de Bagram. Les aconsejo que se pongan a cubierto, no querrán estar allí cuando lleguen. Corto y cierro.

—¡Joder! —exclamó ella apagando la radio.

—No tenemos cuarenta minutos, Ana. Este hijo de puta se va a escapar… —dijo Silva sin quitar la vista del objetivo—, y yo no sé si tengo estómago para permitirlo.

Dejaron pasar unos minutos que se hicieron tan interminables como

largas horas. Ana observó a través de su visor óptico. Bahir Hamad iba de un lado a otro ordenando que cargaran cajas en los todoterrenos. Soltó la mira.

—¡A la mierda! —exclamó la subteniente—. ¿Vamos a hacerlo?

Silva asintió con la cabeza.

—¿Sabes lo que significa? —le preguntó Javier.

—Expulsados del Ejército.

—Y puede que algo peor.

—Aumentemos nuestras posibilidades —dijo Ana con una sonrisa.

Encendió la radio.

—Alkazar cero, aquí Alba cuatro transmitiendo desde el punto Charlie. Respondan.

—¿Qué haces? —le susurró Javier.

—Alkazar cero, aquí Alba cuatro. El objetivo ha descubierto nuestra posición —continuó Ana—. Necesitamos extracción inmediata.

Javier la observó como si estuviera perdiendo el juicio.

—Aquí Alkazar cero. Repita, subteniente Ramos —respondió la radio.

—Nos han descubierto, comandante, solicito extracción inmediata en el punto delta —transmitió Ana fingiendo estar alarmada.

—Recibido, Alba cuatro, extracción en veinte minutos en el punto delta —le confirmó Gutiérrez—. Por lo que más quieran, aguanten con todo hasta entonces, subteniente.

—Recibido, comandante.

Ana apagó la radio y sonrió a Javi.

—Igual del consejo de guerra nos libramos —dijo.

—Correcciones, ¡rápido! —le pidió Silva.

Ana manipuló el visor hasta tener al objetivo de nuevo en la mira.

—Corrige cuatro arriba, dos a la derecha.

—Listo, ¿distancia?

—Ochocientos catorce metros.

—De acuerdo.

—Espera, corrige dos clics más arriba.

—Hecho.

Javier respiró hondo. Dejó salir todo el aire de sus pulmones

liberando la tensión. Colocó el dedo en el gatillo. A través de la mira veía la cabeza de aquel demonio de barba blanca. Donde convergían las líneas de la mira se situaba su prominente nariz. Lo tenía.

—Allá vamos —dijo Ana.

El teniente tensó el dedo índice que tenía colocado sobre el gatillo.

—Disparo en tres… dos… un… —continuó Ana.

De repente, el sonido de unos pasos justo detrás de ellos los alarmó. Ana se revolvió ágil sacando la pistola. Se dispuso con ambas manos sujetando el arma.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Silva, quien no se había movido un ápice de su posición para mantener el objetivo en la mira. Con la mano derecha, retiró la cincha de seguridad de la pistola por si fuera necesaria una maniobra rápida.

—De momento, no— respondió ella con el corazón a mil por hora. Su pecho subía y bajaba a toda velocidad.

Los pasos cada vez estaban más cerca. A unos veinte metros de su posición. Los matorrales que los protegían comenzaron a moverse violentamente. Silva cogió su pistola y apuntó también hacia los arbustos.

Esperaron.

Uno, dos segundos.

El movimiento de los arbustos cesó. Javier y Ana se miraron. ¿Qué estaba pasando? De repente, las ramas más próximas a ellos volvieron a moverse y esta vez apareció el motivo de semejante alboroto. Dos cabras montesas se acercaron a ellos sin miedo alguno. Ana soltó una risa nerviosa mientras las espantaba.

Silva se dispuso de nuevo sobre la mira. De pronto, sintió pánico.

«¿Dónde demonios está Bahir?».

Movió el visor desesperado, buscándolo mientras Ana Ramos se tumbaba a su lado.

—¿Dónde está? —preguntó ella.

—No tengo ni idea. Los coches… se marchan, Ana —anunció Silva, angustiado.

Fue la subteniente la que lo encontró, subido a la parte de atrás de

un todoterreno junto con otros tres insurgentes.

—Malas noticias. Está fuera de alcance —le comunicó.

—¿Dónde? —susurró Silva.

—A novecientos setenta y cuatro metros. Sobre el Land Rover rojo.

—Lo tengo —celebró él.

—No lo vas a alcanzar a esa distancia. Nos delatarás sin cumplir la misión.

—Correcciones.

Ana suspiró resignada. Observó a través del visor.

—¡Espera! Se mueven.

El todoterreno estaba dando la vuelta y se acercaba a las montañas donde se escondían los boinas verdes.

—Novecientos veinte… ochocientos noventa… ochocientos cuarenta… —recitaba Ana—. Un segundo, ¡se para!

El terrorista se bajó del vehículo y caminó unos metros mientras daba órdenes a otros yihadistas para que recogieran unos morteros que habían dejado abandonados en el suelo.

Era el momento. Estaba solo. A buena distancia. Un tiro despejado.

—¡Correcciones! —gritó Silva.

—Tres arriba, uno a la izquierda. Distancia: ochocientos treinta y cuatro metros.

—Lo tengo.

Javier respiró hondo. Se tocó el chaleco por fuera de uno de los bolsillos, donde guardaba su talismán. Una herradura fabricada a partir de un casco militar, el de un compañero que cayó en combate. Silva lo llevaba desde entonces, sentía que lo protegía. Le daba buena suerte. Acarició de nuevo el gatillo con su dedo índice. Ana sonrió. Sabía que no fallaría.

—Disparo en tres… dos… uno…

El disparo alcanzó a Bahir Hamad y le reventó el cráneo. Su masa encefálica se esparció en un radio de tres metros.

—¡Impacto! —gritó Ana—. Objetivo abatido.

Capítulo 27

Un interrogatorio

—No ha sido él, lo conozco desde que éramos pequeños. David salva vidas, ¡no es un asesino!

David estaba sentado en la sala de interrogatorios sin saber que, al otro lado del espejo situado frente a él, estaban la inspectora Lucía Fernández y el jefe de la Policía judicial, Gonzalo Beltrán.

—Solo estamos siguiendo el procedimiento, inspectora. Sabe que, con las pruebas en la mano, al menos debemos interrogarlo —le explicó Gonzalo.

—Pero…

—Pero nada, Fernández. Está demasiado involucrada. Prefiero entrar solo en la sala.

—¿No debería estar un abogado presente?

Gonzalo Beltrán, que ya estaba a punto de abrir la puerta, la observó con curiosidad crítica.

—¿Ahora le preocupa que no tenga abogado? Cuando detenemos camellos de poca monta, le trae sin cuidado que nadie guarde sus derechos durante el interrogatorio.

Puso la mano en el pomo, dispuesto a abrir, pero se detuvo, flemático.

—Y, Fernández, no se olvide de en qué bando está o yo también lo haré.

No supo si había sido la amenaza o su forma de mirarla, pero estaba acojonada. La expresión de aquel tipo le helaba la sangre, con su densa barba llena de canas y sus cejas demasiado pobladas que dotaban a sus ojos de una expresión todavía más oscura. Beltrán le daba miedo. Pero no era únicamente su cara lo que la amedrentaba, sino su total falta de empatía hacia el equipo.

Lucía activó el botón del micrófono y enseguida le llegó la voz de su

amigo.

—No entiendo nada. ¿Puede explicarme qué hago aquí? ¿Por qué estoy detenido?

Beltrán dejó la carpeta que portaba sobre la mesa, pero no se sentó en la silla. Apoyó sus nudillos sobre la superficie y lo observó con aparente calma.

—Soy el inspector jefe, Gonzalo Beltrán. No se preocupe, solo vamos a tener una simple charla. ¿Se encuentra bien? ¿Quiere algo? ¿Un café, un agua, una tila?

David enarcó las cejas, sorprendido, mientras se recostaba en el asiento.

—¿Perdón?

—Digo que si le apetece tomar algo. Lleva aquí ya una media hora y me atrevería a suponer que nadie le ha ofrecido nada; se lo estoy ofreciendo yo…

—Eh, sí. Si pueden traerme un vaso de agua, se lo agradecería.

Gonzalo se giró hacia el espejo y le hizo una seña a Lucía con la cabeza.

«Hijo de puta», pensó Lucía, quien salió de la habitación camino a la cafetería.

—Bien, si le parece, vamos a tener una breve charla —continuó el inspector mientras se sentaba—. Me decía que no sabe qué hace aquí, ¿de verdad no se hace ni una remota idea?

David se tomó unos segundos para analizar la pregunta antes de responder. ¿Estaría relacionado con el secuestro de la chica? Igual la policía, ante la falta de pistas, había decidido que no existía el tipo que había descrito y que era él quien había secuestrado a la joven. ¿Estaba en un lío? ¿Era mejor decir lo que pensaba o quedarse callado? Mierda. Estaba tardando mucho en contestar. Iba a parecer sospechoso. «Maldita sea, di algo».

—Puede contarme lo que piensa, doctor. Cuanto antes resolvamos esto, antes podrá irse a casa —le dijo Beltrán.

El inspector usaba un tono amigable, pero David era muy consciente de que no buscaba su amistad, sino sacarle información. O quizá

incluso alguna confesión.

—Supongo que está relacionado con el secuestro de la chica que trabaja en el restaurante del mirador; la embarazada —contestó el médico—. Yo no tengo nada que ver, se lo juro. Esa misma noche vine a comisaría a poner la denuncia y he hecho todo lo posible por ayudar en la investigación a pesar de que ese tipo me ha amenazado de muerte.

Su tono era casi un ruego. No estaba esposado ni lo estaban tratando mal, pero se sentía ahogado en aquella habitación. No era un delincuente; no estaba acostumbrado a ser interrogado. Sus pulsaciones iban a mil por hora. Si lo conectaran al polígrafo en ese momento, seguramente explotaría.

El inspector jefe negó con la cabeza.

—No está aquí por ese tema, doctor Peña.

David se quedó de piedra. Beltrán abrió la carpeta que traía consigo y extrajo unas fotografías. Las deslizó hacia el otro lado de la mesa para que David pudiera verlas. En ellas, aparecía el jefe de Alma muerto sobre el parqué del salón; sus ciento veinte kilos descansaban boca arriba y sus gafas, las mismas que habían salido por los aires durante el forcejeo con David, estaban rotas junto al cuerpo.

David había visto bastantes cadáveres a lo largo de su carrera, incluyendo el de su padre. Pero aquellas fotografías lo afectaron de un modo que no se esperaba. El nudo permanente que se le había formado en el estómago desde que se había encontrado con el desconocido de la cantera se hizo más fuerte, apretando sus intestinos. Y una pregunta inquietante comenzó a formarse en su cabeza: «¿Por qué aquel policía le mostraba fotografías de Ayala si había sido una muerte natural?».

La voz de Beltrán le sacó de sus elucubraciones.

—¿Qué piensa, doctor?

David empezaba a estar harto del tono y de los silencios de aquel inspector.

En ese momento entró Lucía con dos botellas de agua y sus correspondientes vasos. Le sonrió, intentando tranquilizarlo. Dejó una botella y un vaso delante de Beltrán sin decir nada. Cuando fue a poner

la otra al lado del cirujano le rozó la mano; fue tan solo un segundo, una leve caricia que había sido lo más reconfortante que David había tenido en todo el día.

«Todo va a salir bien», se dijo el joven.

Una vez Lucía se marchó de la sala de interrogatorios, David se enfrentó de nuevo con la mirada inerte de Gonzalo Beltrán, quien por un momento se había trasladado a otra tierra, a otro país, a otro lugar muy lejos de aquella estancia.

—No sé qué quiere que piense, inspector. Por supuesto conozco a este hombre, es el jefe de mi pareja y un compañero del hospital. Hace dos días sufrió un paro cardiaco en su casa. No entiendo qué tiene que ver conmigo, así que en vez de sentarse ahí a mirarme podría ofrecerme una explicación —le exigió David.

El inspector se removió en su sitio; abrió la carpeta y fingió consultar sus papeles.

Tras dos larguísimos minutos en silencio, que llegaron a desesperar hasta a Lucía, quien seguía escuchando al otro lado del espejo, Beltrán al fin habló.

—¿Tiene usted acceso libre a todo tipo de medicamentos en el hospital?

David lo observó extrañado ante la pregunta. El inspector Beltrán lo animó a hablar con un gesto.

—Bueno, hay ciertos opioides que hay que registrarlos para poder emplearlos, luego también hay medicamentos tan caros que son nominales; es decir, solo se pueden usar con un paciente concreto y tienen que pasar por Sanidad previamente; el resto sí, supongo que tengo acceso a todo tipo de medicamentos. ¿Por qué lo pregunta?

—¿El cloruro de potasio se encuentra entre esas sustancias a las que tiene acceso? —preguntó Beltrán ignorando a David.

—Supongo que sí, es una sustancia común. Aunque yo soy neurocirujano, el cloruro potásico se emplea más en pacientes con déficit de potasio o quizá en situaciones de emergencia, en caso de arritmias graves se podría administrar cloruro de potasio intravenoso para restablecer rápidamente los niveles adecuados de potasio en el

cuerpo. Pero esto es algo que haría el anestesista.

Gonzalo Beltrán apuntó algo en los folios que tenía delante.

—Entonces ¿quién más tiene acceso a ese tipo de medicamentos de alto riesgo? ¿Anestesistas, cirujanos, digestivos…?

—¿Alto riesgo? —preguntó David confundido.

—¿Me va a decir que no sabe lo que puede provocar una sobredosis de cloruro potásico siendo cirujano?

La cara de David se estaba poniendo roja de la rabia, empezaba a intuir a dónde quería llegar el inspector con sus preguntas.

—Por supuesto que sí, puede provocar desde un cuadro más leve con trastornos digestivos a otros más graves como daños renales o incluso arritmias cardiacas potencialmente peligrosas que podrían acabar en un paro cardiaco.

Beltrán lo miró sereno, esperando que él mismo hiciera la reflexión.

—Eso no quiere decir que sea una sustancia de alto riesgo —espetó David—, en ese caso, la mayoría de los medicamentos lo serían, ya que en exceso cualquiera podría suponer un peligro para la salud.

—Sí, pero el cloruro potásico es uno de los compuestos presentes en la inyección letal que ha acabado con la vida de miles de presos. No creo que podamos decir lo mismo de otros medicamentos, ¿verdad, doctor?

David guardó silencio.

—¿No dice nada? —insistió Beltrán.

—No sé qué decirle, puede ser que en ciertas dosis o mezclado con otras sustancias sea mortal, pero en el hospital es un medicamento común.

No le gustaba el cariz que estaba tomando el interrogatorio. «¿Acaso era posible que el doctor Ayala hubiera sido asesinado con cloruro potásico y la policía lo estuviera acusando a él?». Se sentía en un mal sueño.

—Entonces, según me ha comentado —dijo Beltrán recapitulando—, cualquiera que trabaje en el hospital podría haber tenido acceso al cloruro potásico, ¿no es así, doctor Peña?

—¿Me puede decir a qué viene todo ese interés por los protocolos del

hospital? —preguntó David perdiendo la paciencia.

El inspector suspiró y decidió revelar sus cartas.

—Su muerte no ha sido fortuita —afirmó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó David, que vio refrendado su pensamiento anterior.

El inspector jefe cogió un papel y empezó a leer:

—«Remitiéndome a los hallazgos anteriores, cabe concluir que el director médico, Luis Ayala, murió a causa de un paro cardiaco producido por una solución de cloruro potásico que fue inoculada mediante una inyección en el cuello unos minutos antes de su fallecimiento».

El inspector levantó la vista del papel.

—¿Qué le parece ahora, doctor?

David lo miraba alucinado, sin mover ni un músculo. Su parálisis no impedía que los goterones de sudor le recorrieran la frente perdiéndose en sus cejas.

—Pero ¿quién iba a hacer una cosa así?

—Eso es lo que quiero que me diga, doctor Peña —le respondió Gonzalo.

—Piensa que fui yo…

—Pienso que debió de ser alguien con los conocimientos apropiados y la templanza suficiente como para no vacilar en un momento así… Como la de un cirujano.

—Pero ¿qué se cree que soy?, ¿un asesino en serie o algo así? ¡Salvo vidas! —David se levantó indignado.

Durante un instante los ojos del inspector refulgieron con el brillo que solo ofrecen las nuevas ideas formándose en la mente.

—Siéntese, por favor —le indicó Beltrán—. Yo no he dicho que haya sido usted. Si me permite un segundo…

El inspector se dirigió a la puerta mientras David lo miraba fijamente con cara de circunstancias. Beltrán acababa de concebir una hipótesis y esperaba no estar en lo cierto.

—¿Lo ha oído? —le dijo a Lucía nada más cerrar la puerta de la sala de interrogatorios.

—¿Oír qué? —respondió ella, confusa.

—Ha dicho «un asesino en serie» —le aclaró Beltrán.

—¿Y qué? No estará pensando…

—Tiene que reconocer que la forma de matarlo es peculiar, con una inyección letal que provoca un paro cardiaco, prácticamente indetectable si no se hace autopsia.

—¿A dónde quiere llegar, jefe?

—Quiero que comprueben todos los muertos por paro cardiaco del Hospital General de Cáceres de los últimos siete días —ordenó el inspector—. Revisen centímetro a centímetro de piel en busca de algún pinchazo. A la menor duda quiero que le hagan la autopsia para detectar si han sido envenenados con cloruro potásico.

—Pero, jefe, con la pandemia habrá unos cuantos…

—¡Pues les hacéis la prueba a todos! ¡Me da igual!

—Sí, jefe —aceptó Lucía dirigiéndose a la puerta.

—Una cosa más, Fernández.

—¿Sí?

—También los del Hospital San Blas, los de los centros de salud y los de las residencias. Cualquier paro cardiaco de los últimos siete días. En marcha.

—Inspector —dudó ella—, ¿de verdad piensa que puede haber un asesino en serie? ¿En Cáceres?

Beltrán no le contestó. Volvió a entrar en la sala donde David bebía un poco de agua.

—El delito del que se me acusa es muy grave y me gustaría llamar a un abogado —dijo David en cuanto lo vio aparecer.

Beltrán lo apaciguó con un gesto.

—Relájese, por favor. Nadie le está acusando todavía. Solo me gustaría saber qué piensa usted de todo esto. ¿Quién tenía motivos en el hospital para verlo muerto?

—¿Motivos? ¿Qué motivos puede haber para matar a alguien? —preguntó el neurocirujano—. Además, si no me está acusando, ¿por qué estoy detenido?

Beltrán ignoró la última pregunta.

—Quizá un descrédito ante sus jefes y un niño con secuelas podrían ser un motivo —elucubró fingiendo indiferencia.

David soltó una risa nerviosa.

—¿Es por eso por lo que estoy detenido? ¿Un puto informe que no va a ir a ningún lado y un niño que se ha recuperado completamente sin ninguna secuela? ¿Es ese mi motivo, inspector? Una teoría un poco floja.

—Fue suficiente motivo para pegarle una paliza según los testigos del hospital y mis propios agentes.

—¡Esto es increíble! —explotó David, enfadado—. Hay un abismo entre pegarle a alguien por un comentario desafortunado y matarlo a sangre fría en su propia casa. Usted es policía, debería saberlo.

—Luis conocía al asesino; no hay signos de lucha ni se forzó la puerta ni las ventanas. No sé si lo sabe, pero ese hombre no tenía muchos amigos. Solo conocía a sus compañeros del hospital.

—¡En ese hospital trabajan más de cuatrocientas personas! Es suficiente, me voy de aquí.

David se levantó con la intención de salir.

—Doctor Peña —dijo Beltrán, sereno—, hay más indicios que le incriminan.

David se quedó paralizado. El inspector se llevó la mano al bolsillo y, de él, extrajo una bolsa de plástico transparente que contenía un teléfono móvil.

—¿Puede sentarse de nuevo? Hay algo aquí que seguro que querrá ver.

Capítulo 28

Una extracción
Afganistán, 2007

Todo sucedió muy rápido: la bala que impactó contra la cara de Bahir Hamad a ochocientos cincuenta y tres metros; el cuerpo del terrorista que cayó al suelo con sendos agujeros en el cráneo; la masa encefálica que salía por el orificio posterior en forma de cráter; el sonido del disparo, casi dos segundos después del impacto, que alertó al resto de insurgentes; los disparos al aire de los AK-47 de los yihadistas enfurecidos; y la bujía, dentro del motor de los todoterrenos, haciendo explotar la gasolina y el aire y provocando el movimiento del pistón, que a su vez originaría el desplazamiento de los vehículos, cuyos ocupantes buscarían sin descanso a los asesinos de su líder.

Javier Silva se incorporó a toda prisa del suelo sobre el que llevaba recostado más de cinco horas. El teniente recogió la mochila, el arma y se preparó para echar a correr, apremiando a su observadora para que se incorporara. Solo que su compañera ya no podía oírlo.

—¡Vamos, Ana! Tenemos que irnos, ¿qué haces ahí? —Silva se dio la vuelta y se acercó a su mujer—. Se acabó, vamos; está muerto.

Javier le dio un suave toque en la espalda. La subteniente Ramos estaba inmóvil, boca abajo.

—Ana… —susurró—. ¿Estás bien?

Silva giró su cuerpo con toda la delicadeza que fue capaz de reunir en aquellos momentos. Antes de tocarla estaba muy asustado, pero cuando vio su cara se quedó helado: Ana tenía el labio caído, casi como esbozando una sonrisa macabra, la mejilla descolgada y el párpado derecho casi cerrado. Intentaba articular palabras, aunque parecía que le costaba horrores:

—Colegio… tu calle… vas trotando…

—¿Qué? —le preguntó Silva—. No hables, cariño; te vas a poner bien.

Javier dejó su mochila y su fusil en el suelo. Ana intentaba levantarse, pero el lado derecho de su cuerpo estaba completamente paralizado. Silva la cargó sobre sus hombros en una maniobra que habían entrenado cientos de veces para el transporte de heridos, aunque nunca pensó que la utilizaría con ella. El brazo y la pierna de Ana rodeaban su cuello por la parte delantera, inmovilizando uno de los brazos de Silva, pero dejando libre su mano diestra para portar la pistola. Ante un enfrentamiento tendrían una mínima posibilidad.

Bajó la ladera a toda velocidad; más bien, a la rapidez que le permitían las piernas, ya que debía andar sobre guijarros sueltos mientras portaba el cuerpo prácticamente inerte de su mujer. Consultó el reloj; habían pasado nueve minutos desde la llamada por radio, así que tenía once para llegar hasta el punto delta, situado en un descampado abierto, rodeado de una arboleda, en un valle que se encontraba aproximadamente a un kilómetro de su posición. Para llegar hasta él, primero tenía que cruzar el desfiladero. Silva no sabía en qué dirección habían ido los insurgentes. Les llevaba ventaja, pero, una vez llegaran al desfiladero, quedaría expuesto.

—Ja… vo… volarte… contento… —dijo Ana.

—Tranquila, ya queda poco —la tranquilizó Javier—. Te van a ayudar, te pondrás bien.

Su cabeza no podía ni considerar que Ana no saliera de esta. No sabía lo que le estaba pasando. Lo único que sabía era que estaban en medio de Afganistán, a muchos kilómetros de un hospital en condiciones.

«Aguanta, pequeña».

De pronto, justo cuando sus botas acababan de aterrizar en el desfiladero, se detuvo en seco. El sonido inconfundible de un todoterreno derrapando sobre la gravilla llegó a sus oídos. Buscó una roca grande para esconder a Ana. La dejó en el suelo con suavidad; su cara cada vez estaba más torcida.

—La… ta… re… or…

—Sí, sí, pequeña, enseguida vuelvo. Te pondrás bien.

El vehículo se había detenido a unos cien metros de su posición. De él habían salido tres jóvenes. Ninguno de ellos parecía haber alcanzado la veintena. Un tres contra uno que no beneficiaba nada a los terroristas. Javier zigzagueó entre los matorrales hasta llegar al vehículo. Dos de los muchachos se habían alejado subiendo por la ladera para intentar ampliar su campo de visión. El otro, un chaval al que todavía no le había salido la barba, se encontraba justo enfrente del todoterreno con su AK-47 colgando del cuello mediante una cinta. Intentaba encenderse un cigarrillo. Su cuerpo escuálido se intuía a través del jersey Rottweiler a rayas blancas y azules. En la parte de abajo vestía un pantalón gris oscuro de camuflaje sobre el que había dispuesto un par de pistolas automáticas. No ocultaba su pelo bajo ningún pañuelo o boina, lo que sorprendió a Silva.

El teniente se deslizó por el capó del Toyota Land Cruiser y se colocó a la espalda del joven. Le asestó un fuerte golpe en la nuca, el cual le habría causado lesiones severas de por sí, aunque se hubiera detenido en ese punto. No paró. Se situó a centímetros de su espalda. Agarró con su mano derecha la boca del terrorista y con su mano izquierda sujetó la parte trasera del cráneo. Entonces giró su cabeza a la derecha con un movimiento repentino y brusco que destrozó al instante sus vértebras; la violencia del golpe le causó la muerte antes de que su cuerpo tocara el suelo. El teniente recogió el AK-47 del cadáver del terrorista. Tenía el seguro puesto.

«Aficionados», pensó Javier.

Silva dio una zancada por encima del chico. Se fijó en que el cigarro se había quedado encendido. De repente, una ráfaga de disparos impactó contra el cuerpo del muchacho, provocando que Silva tuviera que protegerse detrás del Land Cruiser. A través de la ventanilla del coche, el teniente pudo ver como uno de ellos hablaba por un walkie-talkie.

«Vaya, parece que la cosa se va a complicar».

Los disparos pasaban por encima de su cabeza o impactaban contra la dura chapa del automóvil. No tenía mucho tiempo para pensar; si dejaba que llegara la caballería, estarían muertos. Desarmó el espejo

retrovisor y lo usó para determinar la posición de los dos atacantes. Calculó que los separaban unos treinta metros. Volvió a sacar su pistola; a esa distancia se fiaba más de su 9 milímetros que de un AK-47 mal mantenido. Disparó una ráfaga sobre su cabeza con el fusil por la parte delantera del vehículo. Dejó el arma en el suelo mientras recibía la agresiva respuesta de sus atacantes, la cual destrozó el capó. Se movió con agilidad hasta el maletero. Respiró hondo y abandonó la protección del coche realizando dos disparos seguidos; uno de los terroristas, el que tenía más cerca, cayó al suelo con un disparo sobre su ceja izquierda y otro en el cuello. Silva se tiró al suelo dando volteretas laterales sobre su propio cuerpo mientras recibía una lluvia de balas del compañero, una de las cuales sintió en forma de potente ardor en su muslo. La ráfaga se detuvo y, en ese instante, Javier paró de dar vueltas. Tumbado boca arriba sobre la fría tierra, disparó una sola vez.

El tercer terrorista se venció sobre sus rodillas con una bala alojada en el pecho, la cual había cercenado su arteria aorta. El teniente comprobó su pierna. Había tenido suerte, solo le había rozado. Se incorporó y se dirigió hacia el vehículo, pero no le dio tiempo a llegar. Escuchó el rugido de otros coches acercándose a gran velocidad por el desfiladero. Abandonó la idea de coger el todoterreno y corrió hasta la roca donde había dejado a Ana. De camino recogió el AK-47 de uno de los terroristas.

Llegó hasta su mujer, su cara había perdido toda la belleza. Tenía la mirada perdida, el gesto torcido. Su vitalidad, simplemente, había desaparecido.

—Ya estoy aquí —le dijo acariciando su rostro con las dos manos—. Pronto estarás bien.

Ana ya no era capaz de articular palabra. Silva no sabía cómo iban a salir de aquella. Lo que sí sabía es que lucharía hasta el final por que su mujer llegara a un hospital. Los vio llegar, agazapado tras la roca. Eran tres todoterrenos; esta vez venían cargados de insurgentes. Algunos incluso estaban colocados por fuera de los vehículos, agarrados como podían a la baca y con los pies en un asidero metálico. Al menos contó

veinte yihadistas. Hacía cuatro minutos que su helicóptero había aterrizado en el punto delta, pero para llegar a él tendrían que pasar por en medio del desfiladero y los verían. Por otro lado, si permanecían allí más tiempo, los terroristas los iban a encontrar. Silva estaba acostumbrado a analizar con rapidez las diferentes opciones para salir con éxito de una misión; en aquel momento solo veía una posibilidad y no era para los dos. Únicamente uno de ellos saldría con vida. Debía intentarlo al menos, lo habría hecho por cualquier compañero, pero, sobre todo, lo haría porque se trataba de Ana. La besó con ternura.

—Te quiero —le susurró.

A continuación, tiró la pistola al suelo y salió de detrás de la roca con las manos en alto. Los rebeldes afganos lo apuntaron con sus fusiles de asalto soviéticos y empezaron a gritarle palabras ininteligibles.

Era el fin. Silva lo supo en ese mismo momento. Su último pensamiento fue para Ana: «Ojalá lo consigas».

Capítulo 29

Una abogada

Lucía daba golpecitos con los nudillos sobre el mostrador mientras miraba a su compañero, poniendo cara de exasperación.

—Recuérdame por qué estamos aquí, Grandizo —le pidió mientras miraba hacia la puerta desde detrás del mueble, esperando ver aparecer a alguien.

—Nunca me llamas Grandizo.

—Nunca me haces perder el tiempo de esta manera.

Manu le puso las dos manos sobre los hombros agitándola con suavidad.

—¡Jefa! El Espalda Plateada nos ha pedido que investiguemos los muertos de todos los hospitales y residencias de Cáceres, ¿qué más da que empecemos por esta que está al lado de la comisaría y de paso vea a mi abuela? —expuso Manu esbozando una sonrisa pícara en su cara.

Lucía estaba a punto de hacerle a su compañero una caricia a nudillo cerrado cuando, de pronto, se abrió la puerta integrada en la pared de madera que había tras el mostrador. Por ella apareció una chica de unos treinta años, morena, con el pelo recogido en una cola de caballo. Vestía un pijama de hospital rosa palo, el cual hacía juego con las paredes.

—Buenos días. Lamento decirles que ahora mismo no se permiten las visitas en la residencia. Debo pedirles…

Lucía tiró su placa sobre el mostrador, no estaba para tonterías. La chica interrumpió su discurso y realizó una mueca de desagrado imperceptible para los policías a través de la mascarilla quirúrgica antes de añadir:

—¿En qué puedo ayudarlos, agentes?

—Nos gustaría hablar con el director del centro si es posible —intervino Manu.

—O directora —repuso Lucía.

—Un momento. Avisaré a la directora —dijo la enfermera.

Lucía se giró hacia su compañero haciendo volar sus tirabuzones rubios y arqueó las cejas mientras esbozaba una media sonrisa.

—¿Qué? —espetó Manu sin saber a qué venía tanto aspaviento.

Lucía resopló.

—Has supuesto que el director era un hombre —le explicó.

—¿Y?

—Que era una mujer.

Manu la miró sin entender.

—¿Y? —volvió a preguntar mientras ponía sus manos en jarras.

—Que, si hubiéramos venido a hablar con la persona encargada de la limpieza, habrías supuesto que se trataba de una mujer y eso está mal. —Lucía se encogió de hombros.

Manu abrió la boca para replicar, pero no le dio tiempo. La puerta se abrió de nuevo y por ella apareció una mujer rubia, ya entrada en años. Llevaba una carpeta abultada bajo el brazo. Atravesó el mostrador y siguió andando hacia la escalera. Cuando llegó al primer escalón, se dio la vuelta y se dirigió a ellos.

—¿Van a acompañarme, agentes? Soy una mujer muy ocupada, no tengo todo el día para atenderlos.

Lucía estuvo a punto de contestar una insolencia. Manu la detuvo pellizcándole el lumbar y provocándole un grito ahogado.

El policía adelantó a su compañera.

—Sí, señora, con gusto la acompañamos.

Subieron la desvencijada escalera y siguieron a la directora a través de un corredor sacado de otro tiempo, que contaba con innumerables cuadros en las paredes. Manu se detuvo delante de uno de ellos, de tonos oscuros. El retrato mostraba la imagen de un hombre con un denso pelo negro y rizado que brotaba rebelde hacia los lados; exhibía un bigote extravagante acabado en punta hacia las mejillas.

—Un tipo peculiar este Dalí —comentó.

—Sí que lo era —dijo Lucía pasando por delante de él—, pero ese es Velázquez.

Manu la siguió, poniéndose a su altura.

—Me ha confundido el bigote —musitó para sus adentros, avergonzado.

Lucía sonrió mientras seguían a la Dama de Hierro hasta su despacho, un habitáculo que no tenía ningún tipo de decoración en las paredes. Solo contaba con un gran ventanal que derramaba luz sobre un escritorio abarrotado de papeles y un ordenador que, por la pinta, no soportaba un sistema más actual que Windows 7. La mujer se sentó detrás de su mesa sin ofrecerles asiento.

—Agentes, ¿qué puedo hacer por ustedes? —dijo mientras encendía el ordenador.

Lucía hizo caso omiso de su actitud y se sentó. Su compañero hizo lo propio.

—Señora… —empezó a decir Lucía.

—Blasco —respondió ella.

—Señora Blasco, mi compañero es el agente Grandizo y yo soy la inspectora Fernández. Estamos en medio de una investigación y necesitamos saber si ha habido algún caso de muerte por paro cardiaco en los últimos días en la residencia.

La señora Blasco se los quedó mirando sin articular palabra durante un largo periodo de tiempo, tan largo que los agentes empezaron a revolverse incómodos en sus asientos. De repente habló y lo hizo con un tono que rozaba la exasperación:

—¿Tienen idea de cuántos ancianos mueren en residencias de un paro cardiaco?

Manu fue a replicar, pero Lucía le puso una mano en la rodilla.

—Señora, ¿ha pasado algo en los últimos días que quizá le haya llamado la atención? —se interesó la inspectora.

La directora frunció el ceño.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

Lucía estaba segura de que Blasco ocultaba algo. Lo había visto en sus ojos.

—Directora Blasco, entendemos que todas las muertes derivan en que el corazón deja de latir. Queremos saber si han tenido algún caso no

esperado, repentino; alguna muerte que los haya sorprendido. Cualquier cosa que se le ocurra puede sernos de ayuda.

La directora dejó de revisar su ordenador; juntó las manos entrecruzando los dedos con nerviosismo. Miró directamente a la inspectora Fernández y exhaló un profundo suspiro.

—Sí que ha habido algo que me ha llamado la atención. Uno de los enfermeros sufrió un paro cardiaco mientras estaba en el baño. Ya saben, una situación embarazosa…

Lucía se acomodó en la silla, satisfecha.

—¿Se le ha practicado autopsia? ¿Ha habido algún tipo de investigación?

La señora Blasco soltó un respingo.

—¿Investigación? ¿Qué investigación va a haber? El hombre era diabético y, además, fumaba y bebía como un carretero. Blanco y en botella.

Manu, a quien no le había sentado nada bien que su jefa le mandara callar, intervino en la conversación, solo para que la directora se diera cuenta de que él también estaba allí:

—¿A dónde se han llevado el cuerpo?

—El cadáver no se ha trasladado a ningún sitio todavía. Lo estamos guardando aquí, en la morgue. Debido a la pandemia no quieren que transportemos a ningún muerto.

—Necesitamos verlo, por favor —pidió la inspectora.

A pesar de que media cara quedaba cubierta por la mascarilla, los agentes casi pudieron ver sus labios fruncidos y su nariz hinchada a través del tejido.

—Les enseñaré el cuerpo, pero no quiero un circo en la residencia con la que está cayendo. Les pido discreción.

—Le doy mi palabra —le prometió Lucía.

Mientras los agentes acompañaban a la directora hasta la morgue de la residencia, David seguía solo en la sala de interrogatorios. Le habían ofrecido un sándwich de pavo y queso que había rechazado y también

una Coca-Cola que sí había aceptado. Se empezaba a arrepentir de haberse bebido la lata entera, ya que su vejiga parecía a punto de reventar.

El inspector Gonzalo Beltrán volvió a entrar en aquel cuarto sin ventanas.

—Necesito ir al servicio.

Beltrán pasó por su lado sin siquiera mirarlo y se sentó frente a él.

—En cuanto terminemos podrá ir.

David no pudo ocultar su crispación mientras su pierna izquierda parecía sufrir el baile de San Vito. Gonzalo Beltrán extrajo la bolsa que contenía el móvil de Luis Ayala, lo encendió y presionó un par de teclas. Tras ello, deslizó el móvil sobre la mesa y se detuvo justo antes de llegar a las manos de David.

—¿Puede leer el e-mail, doctor Peña?

El joven leyó en voz alta:

> Estimado, doctor Cuéllar:

Levantó la vista hacia el inspector, sorprendido.

—Está dirigido al director de mi hospital.

—Siga leyendo —lo animó Beltrán.

> Estimado doctor Cuéllar:
>
> Espero que este mensaje lo encuentre bien.
> Me dirijo a usted para informarle de un incidente grave acaecido hoy en el hospital y que considero necesario abordar de forma inmediata.
> Por desgracia me he visto involucrado en una agresión
> física por parte de un compañero de trabajo, el doctor David Peña. Considero que la conducta de este individuo
> es del todo inaceptable y va en contra de los principios morales y éticos que rigen el hospital.
> Este incidente ha tenido un impacto significativo en mi bienestar físico y emocional. Temo por mi integridad si acudo al centro. Como profesionales de la salud, es fundamental que podamos trabajar en un entorno seguro
> y respetuoso, tanto para nosotros como para nuestros pacientes.

Dado el incidente y la naturaleza de la agresión, solicito respetuosamente una investigación exhaustiva de este asunto y que se tomen las medidas disciplinarias pertinentes. Coincidirá conmigo en que es importante enviar un mensaje claro de que el comportamiento inadecuado y la violencia no serán tolerados en ninguna circunstancia.

Quedo a su disposición para brindar cualquier información adicional o testimonio que pueda ser requerido. Agradezco con toda sinceridad su atención y su apoyo en este asunto.

Atentamente,

Dr. Luis Ayala

«Hijo de puta», pensó David nada más terminar de leer el mensaje.

Gonzalo no dijo nada, solo lo observó en silencio. David volvió a mirar la pantalla.

—¡Un momento! Este mensaje está en borradores, nunca se envió.

Beltrán levantó la cabeza.

—Yo no he dicho que ese e-mail se enviara. Simplemente he dicho que me lo leyera —dijo—. ¿Qué le sugiere este mensaje, doctor?

—Que Ayala quería que me despidieran —respondió David sin titubear.

—Exacto. El doctor Ayala tenía pensado enviar ese comunicado al director del hospital solicitando su despido inmediato, pero, antes de que pudiera hacerlo, alguien lo asesinó. ¿Empieza a ver más motivos?

—¡Pero yo ni siquiera sabía que iba a enviar ese correo!

—¿Nunca se le pasó por la cabeza que después de agredirle Ayala intentaría que lo despidieran? Vamos, doctor, que usted es inteligente.

David estaba contra las cuerdas, el nudo en el estómago había subido hasta la garganta impidiéndole respirar. Negó con la cabeza. Gonzalo Beltrán sonrió comprensivo, se levantó de su silla, fue hasta David y le colocó la mano en el hombro.

—Lo entiendo, de verdad, David —le dijo sentándose en la mesa a su lado—, ese tipo desquicia a cualquiera. Todos los colegas del hospital con los que hemos hablado nos han dicho lo mismo: siempre iba solo, había tenido varios roces con compañeros, ese tono suyo tan altivo como si fuera el más listo de la clase. Estaba claro que le tenía envidia.

Usted, tan querido por sus compañeros, con tanta proyección en el hospital. Seguramente incluso sentía algo por su novia. Trabajaba con él, ¿verdad? ¿Cómo se llama?

—Alma.

—Era un envidioso, David —susurró el inspector Beltrán—, un acomplejado que ambicionaba todo lo que tenía usted: amigos, reputación profesional y amor. Entiendo que lo matara…

—¡Yo no lo maté! —gritó David—. Oiga, ya me he cansado, quiero un abogado ahora mismo.

Gonzalo Beltrán se levantó alejándose del cirujano y volvió a sentarse al otro lado de la mesa dispuesto a probar otro ángulo.

—¿Alguna vez ha estado en la casa del doctor Ayala?

—Nunca —respondió David, y un segundo después se dio cuenta de algo—. ¡Un momento! Pueden comprobar el GPS de mi móvil y verán que aquella tarde no me acerqué a la casa de Luis.

—Lo hemos hecho. Aquella noche no se movió de su casa, pero eso no significa nada, ¿verdad? Siempre podría haber dejado el móvil en casa si ya hubiera planeado hacerle algo al doctor.

David se removió inquieto en su silla, que chirrió al deslizarse por el suelo de mármol.

—Yo no he matado a nadie. Por favor, tiene que creerme —suplicó.

Gonzalo Beltrán asintió con la cabeza.

—Y yo lo creo, pero tiene que ayudarme a entender qué ha pasado. ¿Nunca ha estado en su casa? Es el jefe de su novia, ¿nunca los invitó a una cena informal?

A David no le dio tiempo a responder, ya que una mujer abrió la puerta de la sala con tanta fuerza que el pomo se quedó grabado en la pared para siempre.

—*Bloody hell!* —blasfemó en un perfecto inglés, para luego acto seguido cambiar al castellano—: ¿Qué está haciendo, inspector? ¡No puede interrogar a este hombre sin la presencia de un abogado!

La señora introdujo su voluminoso cuerpo en la sala. Estaba embarazada. A juzgar por el tamaño de su tripa, debía de estar a punto de salir de cuentas. El inspector Gonzalo Beltrán no se molestó en

disimular su cara de disgusto.

—¡Llévese a esta mujer fuera de mi sala de interrogatorios! —gritó al joven que entró tras la susodicha.

El agente Quintanilla, que venía sin aliento, se dispuso a hablar, pero la mujer, de al menos un metro ochenta, colocó el dedo índice sobre los labios del policía mientras elevaba el tono.

—Inspector Beltrán, no creo que sean maneras de dirigirse a la abogada del doctor Peña —dijo con un marcado acento extranjero.

—¿Abogada? —preguntó Beltrán confundido—. ¿Quién ha pedido una abogada aquí?

Beltrán miró a David, quien se encogió de hombros, también desconcertado. Llevaba en aquella habitación más de tres horas sin moverse ni siquiera para ir al baño. ¿Cómo podía pensar el inspector que él había llamado a una abogada? Ni siquiera tenía; no conocía a aquella mujer.

—Mis honorarios son lo bastante altos como para que mi cliente no necesite llamarme cuando requiera mi ayuda.

—Su cliente no parece conocerla —soltó Beltrán, quien se había percatado de la cara de póquer de David.

La mujer fingió no haberlo oído. Se apartó el pelo rizado de la cara y avanzó hacia la mesa dejando su maletín encima.

—Me parece que hemos empezado con mal pie usted y yo. Me voy a presentar a ver si podemos romper este muro invisible que se ha creado entre nosotros —dijo mientras dibujaba un cuadrado en el aire—. Me llamo Sophie Jansen, del bufete Miller & Darrow. Número de colegiada setenta y ocho mil cuatrocientos sesenta y siete. Represento al doctor David Peña, al cual me gustaría que usted pusiera en libertad inmediatamente ante la absoluta falta de pruebas incriminatorias. Su detención se basa en indicios circunstanciales que en ningún caso lo faculta para llevar a cabo un interrogatorio sin la presencia de un abogado.

Sophie le regaló una sonrisa radiante al inspector y este, a su vez, fulminó a Quintanilla, que seguía en la puerta. El policía tragó saliva con dificultad, sabedor de la bronca que se le vendría encima en cuanto

la abogada saliera por la puerta con su cliente.

—Entiendo que mi equipo le ha facilitado el atestado de la detención.

El agente no sabía dónde meterse.

—No se enfade con el pobre Quintanilla, solo hacía su trabajo. —Sophie sacó un papel del maletín y se lo tendió a Beltrán—. Le resumo la situación: esta es la demanda que podría interponer contra esta comisaría por detención ilegal sin pruebas de cargo. Detención que ha provocado un daño moral irreparable a mi cliente, sin hablar del deterioro que ha ocasionado a su imagen: primero de su promoción, uno de los cirujanos más prestigiosos de Europa en el campo de la neurocirugía… ahora envuelto en un caso de asesinato. ¿No le parece que ya le ha causado bastantes problemas?

El inspector estaba furioso. Su mirada iba de la denuncia a la abogada y de la abogada al doctor Peña. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Por qué un médico de Cáceres tenía una abogada de un bufete internacional? ¿Por qué ni siquiera parecía conocerla?

La abogada aprovechó su silencio para dar por hecho que el inspector había claudicado.

—Me alegra que lo entienda —afirmó girándose hacia David—. Levántese, nos vamos.

En ese momento, el inspector Gonzalo Beltrán golpeó la mesa con las palmas de las manos, provocando que David se sobresaltara y que la abogada volviera a girar el cuello para mirarlo.

—¡Nadie va a irse de esta comisaría! —gritó.

—Inspector Beltrán, me gustaría hablar con el comisario —exigió Sophie, altiva, como si la escena no fuera con ella.

Justo en el instante en que el inspector jefe se disponía a perder los nervios por completo, sonó su teléfono. Gonzalo suspiró y lo cogió:

—Beltrán al habla.

Tras asentir un par de veces, su rostro se tornó sombrío.

—¿Qué? —preguntó apesadumbrado—. Repita eso, inspectora Fernández.

Tras escuchar atentamente un par de minutos la explicación de Lucía, colgó. Levantó la cabeza y miró a los ojos a David.

—Doctor Peña, ¿dónde estaba el pasado lunes entre las diez y las doce de la mañana?

El joven miró a su nueva abogada, confuso. Ella fue a responder, pero el inspector volvió a insistir:

—Vamos, doctor, trato de ayudarlo. Es una pregunta sencilla.

David se exprimió el cerebro tratando de recordar mientras se abría paso a través de la supernova de pensamientos y emociones que era su mente.

—Estaba operando. Intervine una malformación arteriovenosa a un niño de diez años, como bien me ha recordado antes usted mismo.

El inspector asintió en silencio.

—Eso tenía entendido, sí. Muy bien, puede usted irse.

La frase dejó congelados a abogada y cliente.

—¿Cómo? —preguntó David sin creérselo.

Beltrán avanzó hacia él. Se paró a mitad de la mesa para echarse gel hidroalcohólico en las manos. Tras eso, y contra todo pronóstico, le tendió la mano.

—Disculpe que lo hayamos tenido aquí tanto tiempo, doctor Peña, pero ha sido usted de gran ayuda. No se imagina cuánto —le dijo.

David estrechó la mano del inspector.

Tras devolverle sus enseres personales, Beltrán y Quintanilla observaron desde la puerta cómo David se marchaba de la comisaría junto con su abogada.

—Necesito que haga algo por mí —pidió Gonzalo mientras observaba cómo se subían al coche.

—Lo que sea, jefe —respondió el agente, deseoso de resarcirse.

—Quiero *hackear* un móvil para tener acceso a la información de su GPS. Pídale el requerimiento al juez.

—¿De quién es el móvil?

Beltrán levantó sus pobladas cejas.

—Se lo diré cuando necesite saberlo.

Una vez sobre los asientos de cuero calefactables del Audi de la

abogada, la presión en su estómago y el nudo en la garganta fueron disminuyendo, pero seguía confuso, sin saber quién era aquella mujer y por qué lo había ayudado. Casi como si quisiera responder a los pensamientos de David, Sophie Jansen se dirigió a él.

—Antes de que me lo pregunte, he de decirle que me han hecho llegar su caso, un buen cliente me ha pedido que lo saque inmediatamente de la comisaría —explicó Sophie poniendo en marcha el motor.

—¿Quién es su cliente?

Ella sonrió sin apartar la vista de la calzada.

—Todo queda en familia, doctor Peña.

David no tuvo dudas, en su entorno había pocas personas con capacidad para pagar una abogada de renombre.

—¿A dónde vamos? —preguntó David.

—Creo que va a tener que trabajar hoy —dijo ella misteriosa.

Capítulo 30

Un imposible

Afganistán, 2007

De rodillas, en aquella tierra árida, en la que la arena lo cubría todo, se notaba la boca pastosa. Tenía sed, pero, si le hubieran preguntado por una última petición, habría pedido un cigarro. Solo podía pensar en Ana, escondida tras la roca a la cual no podía mirar por miedo a que aquellos malnacidos la descubrieran. Cinco yihadistas lo rodeaban, gritaban y levantaban sus fusiles al cielo. De pronto, uno de ellos se acercó a Silva y le puso el cañón en la frente. Javier gritó con rabia. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso.

—¡Vamos, hazlo! ¡Hazlo ya porque te juro que si no lo haces clavaré mi cuchillo en tu garganta! —lo amenazó echando fuego por la boca.

El joven debía de tener unos veinticinco años; se rio a carcajadas ante los gritos del español. Dos más se acercaron hasta el militar. Silva cerró los ojos. Durante un momento pudo ver el mar mientras abrazaba a Ana por la espalda: presenciaban un precioso atardecer en una playa desierta de Filipinas. La imagen cambió y se vio a sí mismo de pequeño; su madre le agarraba la mano y él llevaba un balón de futbol pegado al pie. Otra imagen: Silva portando un rifle de caza. Su padre a su lado le corregía el tiro, sonriendo.

De pronto sonó un disparo. Al primer sonido le siguieron muchos más.

Bang.

Bang.

Bang.

Bang.

Los disparos se sucedieron. El boina verde ya no notaba el cañón del fusil ruso sobre su frente. Abrió los ojos. Lo primero que vio fueron dos

cadáveres de yihadistas que yacían junto a él con varios orificios en el pecho. El joven al que Silva había amenazado se defendía a duras penas de una ráfaga de disparos procedente del otro lado del desfiladero. Javier miró hacia allí. Al menos una veintena de hombres armados con el uniforme del Ejército español bajaban la ladera contraria, avanzando hacia la posición de Silva. El teniente se incorporó a la vez que extrajo el cuchillo que portaba en el chaleco. El yihadista lo oyó, pero demasiado tarde, demasiado lento. Con la mano izquierda, Silva apartó el arma y, con la derecha, clavó su machete en la garganta del chico, quien abrió mucho los ojos de la sorpresa mientras un reguero de sangre se le escapaba por la comisura de los labios. Intentó decir algo, pero Silva empujó su cara hacia el suelo con la palma de la mano mientras le arrebataba el fusil.

Bang. Bang. Bang.

Disparos a su espalda. Se dio la vuelta y vació el cargador sobre el insurgente que se encontraba a unos cinco metros de su posición. El yihadista cayó, golpeándose violentamente la cabeza con un guijarro puntiagudo. Silva soltó el arma. Sentía cansancio. «Oh, mierda», pensó.

Se desplomó. El olor a hierro de su propio cuerpo lo agobió, era muy intenso. Se levantó el chaleco como pudo y vio cómo la sangre profusa manchaba su camiseta blanca a la altura del abdomen. Se dejó vencer para quedar de costado mientras intentaba luchar contra la somnolencia que le embriagaba. En su campo de visión no estaba la roca donde se escondía Ana, así que se arrastró con sus últimas fuerzas. Si era el fin, quería sentirla cerca. Después de un rato la encontró. Solo podía ver el peñasco, no a ella, pero le daba igual. Sabía que su mujer estaba al otro lado, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Sintió unas manos fuertes que tiraban de él y lo colocaban boca arriba. Un militar español con un cuello que parecía el de un toro de lidia intentaba mantenerlo despierto.

—¡Teniente! ¿Se encuentra bien? —le preguntó mientras lo examinaba.

Silva intentaba encontrar las palabras, pero se sentía mareado y tenía la boca llena de polvo y arena.

—Allí —murmuró.

—¿Qué?

El militar se agachó aún más para intentar escuchar a Silva, quien levantó su brazo y señaló al agujero negro por el que se iban todos sus planes de futuro.

—Mi compañera. Ayúdenla, por favor…, traslado urgente —dijo.

El soldado activó el walkie-talkie que tenía adherido al chaleco.

—Necesitamos una unidad médica inmediatamente. Traigan dos camillas —solicitó.

El militar se incorporó y dio instrucciones al resto del grupo para que fueran a evaluar el estado de Ana tras la roca. Luego, se identificó como el sargento Espino. Extrajo una botella de agua de medio litro de uno de los bolsillos del chaleco.

—Aquí tiene, beba con cuidado. —Le tendió la botella, la cual solo estaba llena hasta la mitad.

Javier se abalanzó sobre ella y se bebió el contenido antes de que el sargento pudiera acabar de decirle «cuidado». Musitó un «gracias» y volvió a apoyar la cabeza sobre la tierra, soltando un alarido de dolor. El sargento Espino le desabrochó el chaleco y le remangó la camiseta para poder examinar la herida.

—Tiene suerte, teniente, la bala ha salido. Se pondrá bien.

La respiración entrecortada del teniente se hacía cada vez más débil. El sargento apremió a sus compañeros, quienes bajaban con dificultad las dos camillas hasta el desfiladero. Javier sentía los párpados pesados; cada bocanada de aire le costaba un mundo. El militar intentaba darle conversación, pero era inútil, iba a perder la consciencia y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Cogió la mano del sargento, quien lo miró alarmado, y, con la otra mano, rebuscó en uno de los bolsillos del chaleco.

—Tenga —le dijo con solemnidad—. Entréguesela a ella.

Espino abrió la palma de su mano: en ella halló una herradura de metal. Lo miró confuso.

—Suerte, sargento. Ella la necesita más que yo.

Fue todo lo que Silva logró decir antes de que su mundo se fundiera a

negro.

Capítulo 31

Un centro de innovación quirúrgica

Muchos años después, el recuerdo de la misión en Afganistán se mantenía nítido en su memoria. Silva contempló una escultura de bronce de un corazón humano, de unos tres metros de altura, en el que se podían distinguir perfectamente los ventrículos izquierdo y derecho. Aquella figura presidía un bonito jardín rectangular cubierto de césped. Javier observó el imponente órgano humano mientras empujaba la silla de ruedas donde descansaba Ana.

—Te vas a poner bien —dijo en voz alta, reafirmando así sus pensamientos.

Se agachó y sacó un pañuelo de tela de su chaqueta. El pañuelo era verde claro con las iniciales A. R. bordadas en una esquina. Limpió la comisura de los labios de su mujer, por donde caía un reguero de saliva. La miró a los ojos, pero ella no le devolvió la mirada. A pesar de su inexpresividad, Silva quería pensar que seguía allí dentro, en alguna parte; que todavía no se había cansado de luchar. Habían pasado ya trece años desde que sufrió el ictus. Trece largos años de rehabilitación muscular y lingüística, de visitas a neurocirujanos, a logopedas, a fisioterapeutas. Nada había surtido efecto. Ana no había vuelto a hablar desde aquel día; tampoco comprendía lo que le decían. Javier ya había perdido la esperanza cuando se presentó en el hospital de Sevilla aquel hombre de aspecto cortés y modales refinados. El mismo individuo que en ese momento se acercaba a ellos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Querido Silva, hoy vamos a hacer historia.

Javier soltó un gruñido.

—A mí solo me preocupa la salud de mi esposa.

—Por supuesto, teniente, y a mí —le aseguró Hooker dándole unas palmaditas en la espalda—. Acompáñenme, ya está todo preparado.

Silva fue a empujar la silla, pero Hooker se interpuso, agarrando los

asideros.

—Permítame. Yo la llevaré.

Avanzaron juntos en silencio hasta la entrada de un edificio que tenía varias puertas de cristal.

—¿Alguna vez ha usado la entrada principal?

El teniente Silva negó con la cabeza.

—En ese caso, hemos elegido el día perfecto para hacerlo, ¿no le parece? — preguntó sonriendo—. Bienvenidos al Centro de Innovación Quirúrgica Internacional.

Hooker continuó hablando mientras empujaba la silla al interior de un vestíbulo gigantesco:

—Señora Ramos, está a punto de cambiar el paradigma de las operaciones cerebrales. El paso que vamos a dar hoy, gracias a usted, ayudará a miles de personas en unos pocos meses.

Javier Silva ya no escuchaba a Hooker, sino que admiraba las ilustraciones que descansaban sobre la pared lateral. Eran lienzos en blanco y negro, donde la única nota de color la daba el órgano en primer plano: corazón, pulmón, cerebro, hígado… estaban todos, resaltados en rojo sangre. Aquel contraste brutal ejercía un poder atrayente sobre el teniente, cuya vista, siguiendo las ilustraciones, llegó a la pared de enfrente, donde había decenas de fotografías de médicos. Las imágenes estaban presentadas con el título «Colaboradores científicos del centro». Allí, entre los cuadros destacados, encontró al doctor Hooker; debajo de la foto aparecía su nombre real.

—Silva, ¿nos acompaña?

Siguió a Hooker y a su mujer por un amplio corredor mientras su cabeza no paraba de dar vueltas. ¿Estaría haciendo lo correcto? ¿Y si Ana moría en la operación? Su mente era una centrifugadora de posibilidades lanzando desenlaces en todas direcciones. ¿Era la muerte una opción mejor que su estado? De inmediato se sintió culpable por pensar que sí.

Hacía ya tres años desde que Hooker se había presentado con un maletín lleno de investigaciones y estudios confidenciales. Recordaba la sensación que tuvo al verlo entrar en la habitación del hospital. Era un

hombre importante, sabía distinguirlos: su ropa, su reloj, su forma de moverse. Aquel día, desde una butaca de hospital, le había hecho una promesa y Silva lo había creído. Su mujer iba a recuperarse. Repasó mentalmente todos los estudios que Hooker le había enseñado: aquellas fotografías de cerebros de ratones, los informes de otras operaciones que habían hecho en humanos en China y Vietnam, las explicaciones sobre la tecnología. Sonaba increíble, pero Silva ya no tenía nada que perder.

Llegaron a una puerta con un cartel que rezaba ZONA RESTRINGIDA. El doctor Hooker la cruzó sin dudar.

—Esta es el área que sí conoce, teniente.

La primera vez que Javier Silva había pisado aquella área restringida fue el día que se puso al servicio de la organización. Ahora no había vuelta atrás; solo esperaba que el doctor Hooker cumpliera su promesa… o todo lo que había hecho por el Núcleo caería sobre su conciencia como una losa. No era un ingenuo; desde el primer encargo tuvo claro que aquellas investigaciones escapaban al control de cualquier organismo oficial. Aun así, ni una sola vez se le ocurrió preguntar si alguien en aquel centro de última generación estaba al corriente del proyecto que el doctor Hooker y su equipo llevaban a cabo en las instalaciones. No supo por qué la pregunta surgió de su boca en aquel momento, cuando estaban a punto de operar a su mujer, de conseguir un imposible, de traer a Ana de vuelta. Quizá fue porque su mente trataba de evadir los pensamientos inquietantes que lo acechaban.

El gesto de Hooker se tornó de inexpresivo a enfadado. Los orificios de la nariz se le fueron agrandando bajo la mascarilla cada vez más mientras que sus cejas y sus labios se fruncían. Dio un profundo suspiro antes de hablar, casi como si estuviera decepcionado.

—Silva, ¿cree que soy una mala persona?

La pregunta desconcertó por completo al teniente. Fue como un misil lanzado por un caza sobre territorio enemigo: implacable, desolador, incontestable.

—Responda. Me gustaría saberlo.

—Por supuesto que no —dijo al fin.

La contundente afirmación solo perseguía un objetivo: no cabrear al hombre que representaba la única esperanza de salvarle la vida a su mujer. ¿Pensaba que era una buena persona? Rotundamente no. A lo largo de su vida, Silva había tenido que lidiar con individuos cuyos conceptos del bien y del mal estaban difuminados. Hooker era ese prototipo de hombre: no le importan los medios, solo el fin. Y el fin, para el doctor, lo justificaba todo.

—No soy mala persona. Hago cosas que se pueden tachar de reprochables, pero las hago por un bien mayor para la humanidad —le explicó el médico—. ¿Acaso cree que su mujer tendría alguna posibilidad de curarse si no hubiéramos realizado investigaciones ilegales en una veintena de países? Las teorías de Galileo ahora son consideradas verdades irrefutables, pero no siempre fue así.

Silva asentía en silencio.

—Los proyectos que llevamos a cabo en el Núcleo pueden plantear ciertos dilemas éticos, pero su fin es bueno. Todas nuestras investigaciones se basan en crear una sociedad más fuerte, más inteligente y más justa. Que sepa adaptarse a la época de cambios que está por llegar. Lo entiende, ¿verdad?

Javier asintió con una media sonrisa, a pesar de que internamente no estaba convencido. Conocía lo suficiente del Núcleo para saber que «los dilemas éticos», como así los había llamado el doctor, en ocasiones habían supuesto accidentes, secuestros e incluso asesinatos, todo con sus respectivas secuelas. Tenía sus dudas de si eso desembocaría en una sociedad más justa y mejor. Pero al exmilitar lo único que le importaba es que Ana estuviera en ella.

Llegaron hasta un corredor amplio donde los estaban esperando dos mujeres con bata blanca y mascarilla. Una de ellas, de rasgos asiáticos, se dirigió a Hooker:

—Si quiere puede dejarnos aquí a la paciente.

—Es la hora de despedirse —le anunció el doctor a Silva.

El exmilitar fulminó a Hooker con la mirada.

—De ninguna manera, yo voy a estar con ella.

—No puede estar en el quirófano —dijo la mujer asiática—, solo el personal médico tiene acceso para mantener la sala estéril, podría ser peligroso para su mujer.

—No es negociable —sentenció agarrando de nuevo la silla de Ana—. Yo voy con ella.

Hooker le dio unas palmaditas en la espalda.

—Relájese, Silva. Queremos ayudar a su mujer, está en buenas manos. Solo tiene que esperar en una sala aquí al lado, lo avisaremos tan pronto hayamos acabado y podrá verla.

Él negó con la cabeza.

—Quiero verla —respondió escueto—, quiero ver la operación.

Silva estaba decidido, no quería perder de vista a su mujer. No se fiaba un pelo del Núcleo ni del doctor Hooker ni de todas aquellas doctoras.

La mirada de Hooker iba de Silva al interior del quirófano cuya puerta todavía permanecía cerrada.

—Está bien, Silva —claudicó—, podrá ver la operación conmigo desde la sala contigua, pero le advierto que será dura. ¿Seguro que quiere ver cómo le abrimos el cerebro a Ana?

Este asintió enérgico.

—Muy bien, entonces despídase de su mujer y acompáñeme —dijo dándose la vuelta y dirigiéndose a una escalera cercana a la puerta del quirófano.

Javier se agachó junto a Ana; acarició su cara, su pelo. La miró a los ojos de nuevo.

—Todo va a salir bien. Estaré aquí mismo, no tengas miedo.

El teniente se incorporó y le hizo un gesto de asentimiento a Hooker. Este le indicó a la doctora Sawn que podía llevarse a Ana. De pronto, Silva se interpuso entre la mujer y la puerta del quirófano.

—¡Espere!

Se agachó y besó a Ana en los labios. Unos labios que no le devolvieron ni un ápice de ternura. «Te quiero», musitó casi para sus adentros.

Siguió a Hooker escalera arriba hasta llegar a una puerta gris. La

abrieron y entraron en una sala que solo disponía de unas diez butacas, orientadas hacia un gran cristal. A través de él se podía ver la sala de quirófano desde una perspectiva casi aérea.

—Será mejor que se siente. La operación llevará su tiempo —le indicó Hooker—. Tranquilo, está en las mejores manos.

Silva no se sentó. Observó cómo las dos mujeres que se habían encontrado fuera llevaban la silla de Ana hasta la camilla. Un hombre, al que le brillaba la calva, las ayudó a tumbarla. La anestesista se acercó a ella para cogerle una vía. Los ojos de Javier se detuvieron sin poder evitarlo en todo el instrumental quirúrgico dispuesto sobre una mesa metálica. Hooker debió de adivinar lo que estaba pensando.

—Le insisto que quizá sería mejor que no viera la intervención. Puede ser —hizo una larga pausa— desagradable.

—Lo resistiré —afirmó el teniente sin mostrar atisbo de duda.

Siguió escudriñando la sala. Había más personas deambulando de un lado a otro. Al fondo distinguió a un chico sentado frente a un ordenador. En la pantalla aparecían miles de palabras, todas seguidas, y el joven de la cresta no paraba de teclear a toda velocidad. Junto a él vio algo que no debería estar allí.

—¡NO! ¡No puede ser! —gritó Silva abalanzándose sobre el cristal.

Capítulo 32

Una aparición

El ojo humano es uno de los órganos más complejos, capaz de procesar diez millones de datos en un segundo. Y, a pesar de ello, Silva fue incapaz de descifrar la imagen que acababa de aterrizar en su cerebro proveniente del nervio óptico.

Al otro lado del cristal, David Peña se lavaba las manos. Uno, dos y tres toques al dispensador de jabón; su característico TOC. Eso solía calmarlo antes de una operación; no funcionó en aquella, desde luego. La abogada lo había arrancado de la comisaría y lo había escupido en su casa con una instrucción clara: «preséntese en el CIQI inmediatamente. Le esperan para una intervención».

Una operación que no estaba planificada hasta dentro de un mes. «Se ha adelantado; cuestión de vida o muerte», había sido toda la explicación ofrecida por la abogada de camino a su piso. David no sabía qué cuestión de vida o muerte podría haber para adelantar una intervención a una mujer que llevaba trece años en el mismo estado. Lo que más le molestaba era que Juan Maldonado no lo había avisado de aquel cambio repentino en la comida del sábado. A pesar de llevar casi cuatro años liderando aquella investigación, en ocasiones Juan lo trataba como si fuera un crío que debe obedecer sin ninguna explicación. Era la primera vez en la historia que se iba a intentar reconstruir un cerebro con nanotecnología. Había esperado recordar aquel día como uno de los más importantes de su vida; ahora, gracias a Juan, solo lo recordaría como un día de mierda. Tan solo deseaba que, encima, no se le muriera aquella mujer. Ese miedo lo acompañaba en cada operación. Siempre se había considerado débil para su profesión. Prácticamente cada vez que iba a trabajar alguien vivía o moría. Su marcador era abrumador a favor de la vida, pero, aun así, él solo pensaba en las muertes. Los otros cirujanos de su departamento se

habían acostumbrado a trabajar con la presencia de la parca. Él no; nunca había conseguido habituarse a ello. Cada paciente que se iba era una losa más que colocaba sobre sus hombros.

Aún recordaba la primera vez que tuvo la culpa de la muerte de un paciente. Se trataba de una operación programada. El hombre, de cuarenta y siete años, tenía dos hijas. Se le intervino por un aneurisma cerebral. La intervención iba bien, pero, de repente, en una milésima de segundo, todo se torció. David perforó una arteria cuando trataba de desplazar el instrumental a través del conducto circulatorio. Aquella noche fue incapaz de regresar a casa. Se quedó allí, sentado en el suelo del quirófano. No pudo llorar. El sentimiento de rabia se había apoderado de su pecho y sabía que no lo iba a sacar con llanto. Juan Maldonado se presentó en el hospital entonces.

—¿Puedo sentarme?

Con la palma de su mano, David le señaló el suelo a su lado. Juan, ni corto ni perezoso, posó su traje de tres mil quinientos euros en la fría superficie.

—Alma me ha contado lo que ha pasado. Es normal que te sientas así, pero solo voy a darte un día, muchacho, un día de autocompasión —le dijo—. Mañana te necesito.

David lo miró confundido.

—¿Para qué?

Juan rebuscó en su bolsillo y extrajo una pequeña caja metálica.

—Extiende la mano —le pidió.

Arrojó el contenido de la caja en la palma de David. Este notó cómo decenas de granos de arena muy fríos entraron en contacto con su piel.

—¿Qué es? —preguntó.

—El futuro —respondió Juan con una sonrisa misteriosa.

David colocó algunas de aquellas motas metálicas en la yema de su dedo índice para observarlas mejor. Pudo ver un cuadrado plateado del que salía un filamento color ámbar.

—¿Son microchips?

—Es polvo neuronal. ¿Quieres saber qué puede hacer? —Maldonado sonrió.

La consecuencia de aquella conversación había sido una investigación de más de tres años y muchos ensayos clínicos para tratar de implantar el polvo neuronal en un cerebro dañado. David tenía a su disposición una treintena de ingenieros y otra decena de reputados neurocientíficos. Con Juan Maldonado, los fondos no eran un problema. Sabía que aquel proyecto era una carrera: otros equipos en América habían obtenido resultados prometedores al recuperar las funciones neurológicas dañadas en el cerebro de un ratón mediante la implantación de microchips. Juan incluso le había llegado a mostrar alguna intervención en humanos que se había llevado a cabo en China. Pudieron recuperar algunas funciones motoras; sin embargo, no consiguieron dotar a los chips de información y capacidades más complejas como comprender y hablar.

David y su equipo creían haber dado con la solución; estaban, ahora, a punto de averiguar si funcionaba. Observó a la mujer. Se notaba que había sido muy guapa, pero aquellos años sin mover la parte derecha del cuerpo le habían pasado factura. Su cara torcida, su cuerpo lánguido… Su mirada se posó en su antebrazo y algo le llamó la atención. Algo que ya había visto antes. Algo que hizo que todo su cuerpo se estremeciera de miedo.

Capítulo 33

Un asesinato frustrado

La bestia observaba los nubarrones cernirse sobre la cima de la montaña. Pensaba en cómo se habían complicado las cosas con la investigación policial. Apartó la vista de la ventana y la centró en la habitación donde se encontraba; en las paredes blancas, asépticas, sin apenas decoración. El mobiliario era pobre: una butaca que tenía pinta de haber provocado algunas hernias lumbares, una televisión plana de treinta y dos pulgadas colgada de un soporte en la pared, una mesa auxiliar con las sobras del desayuno; un sobre de ColaCao abierto, un botecito de mermelada, las migas de un cruasán y el envoltorio de un paquete de galletas María. Además de eso, había una mesilla de noche sobre la que crecía orgullosa una orquídea blanca, llena de vida. Aquella flor yacía ajena a la decadencia que la rodeaba. Junto a ella, sobre una cama individual de hospital, descansaba un paciente: Andrés López, varón de raza blanca. Cuarenta y cuatro años. Cuadro clínico: hipertensión; cirrosis, originada por una hepatitis B que contrajo compartiendo agujas de heroína; también sufrió un infarto de miocardio en 2018. Ingresado por neumonía bilateral grave producida por la COVID-19.

La bestia se acercó hasta el cabecero, procurando no tocar nada. Llevaba el EPI, pero había tenido que ponérselo sin ayuda.

—¿Cómo se encuentra, Andrés? —preguntó fingiendo interés mientras observaba la ficha del paciente que había encontrado en una ranura a los pies de la cama.

—Bien, hoy respiro un poco mejor; además, esta noche no he tenido fiebre. ¿Dónde está el doctor Torres? —preguntó confuso.

Andrés respiraba con dificultad y la bestia podía oír el ligero silbido de sus pulmones a un metro de distancia.

—Está mejorando, Andrés. Pronto podrá volver a su trabajo, no se

preocupe.

La bestia introdujo la mano en el bolsillo de su bata y extrajo el frasco de cloruro potásico.

—Eso espero, salir de aquí. Pero al trabajo no quiero volver. Soy camionero. La mayor parte del tiempo me lo paso en la carretera —le explicó el paciente, torciendo el gesto.

La bestia no se inmutó. Ya conocía su profesión, pero no era su trabajo lo que lo había condenado, sino sus vicios.

—Entiendo; debe de ser duro.

El transportista continuó hablando pese al esfuerzo que tenía que hacer:

—Pero tengo otras motivaciones para ponerme bien.

—Ah, ¿sí? ¿Cuáles son?

—La cerveza, el fútbol, el sofá, el bar… —Sonrió—. Pero, sobre todo, mi hija.

La bestia se quedó petrificada. Había estudiado al sujeto: su historial médico, su vida laboral, su casa, sus amistades, sus redes sociales…, y en ningún caso aparecía una hija. Dejó el frasco y la jeringuilla sobre la mesa y se giró para observar a Andrés.

—¿Tiene familia? —le preguntó.

—Ajá —contestó—. Es lo que más me importa en el mundo.

La bestia estaba deseando conocer cómo se le había pasado ese detalle.

—¿Vive con usted?

La cara de Andrés se ensombreció.

—No, vive con la madre en Badajoz. Pasé por algunos problemas en el pasado, mi mujer me pidió el divorcio y me quitó la custodia de la niña. —Hizo una pausa y agachó la cabeza avergonzado—. Ahora me deja verla de nuevo, solo de vez en cuando, pero ya es algo. Se llama Alicia; tiene siete años. ¿Podría acercarme mi cartera? Estará en el pantalón colgado del armario.

La bestia asintió en silencio.

Cuando se la entregó, el enfermo rebuscó en su interior y sacó una foto tamaño polaroid; estaba arrugada y amarillenta. En ella, aparecía

Andrés cogiendo en brazos a una niña de unos tres años que sonreía abiertamente con dos bonitos hoyuelos en sus mofletes. Era morena y le habían hecho unas coletas a los lados para recogerle el pelo. Estaban subidos a lo que parecía ser una roca y, detrás de ellos, en la cima de la peña, había un gran nido donde una cigüeña colocaba un palito. La bestia reconoció el terreno: eran Los Barruecos, un entorno natural a pocos kilómetros de la ciudad de Cáceres, el cual contenía pinturas rupestres y restos de un poblado neolítico, pero la gente lo conocía más por ser escenario de una de las batallas más épicas de la serie *Juego de tronos*.

—Es guapa, ¿verdad? Mi hija. Menos mal que salió a la madre —dijo riendo.

Las carcajadas le provocaron un ataque de tos que sacó a la bestia de su aturdimiento. Se apresuró a acercarle un vaso de agua.

—Gracias —musitó Andrés mientras se bebía el líquido hasta la última gota—. Es muy lista, ¿sabe? La última vez que hablé con ella por teléfono me preguntó si me iba a morir. La pobre está muy asustada…

La bestia ya no escuchaba nada de lo que Andrés le contaba. Su mente había regresado a la sala de espera de una consulta psiquiátrica muchos años atrás. Dibujaba un precioso camaleón multicolor en su cuaderno con una caja de Plastidecor al lado. Levantó la vista al notar la mirada de alguien por el rabillo del ojo. La sala de espera estaba vacía, pero había una puerta entreabierta por la que pudo ver al hombre de mirada afable y gesto severo. No sonreía, casi nunca lo hacía. El pelo canoso peinado recto y las patillas largas, aunque perfectamente recortadas, acentuaban aquel semblante serio.

En ese momento, sonó el timbre. El recepcionista abrió la puerta, se oyeron voces apagadas procedentes de la entrada, le siguieron unos pasos por el corredor y, a continuación, se abrió la puerta de la sala de espera, y por ella apareció un hombre desconocido. El primero de los sentidos que reaccionó ante el sujeto fue el olfato: el olor a sudor que desprendía enseguida despertó sus receptores olfativos; el segundo, la vista: el hombre vestía una camisa a rayas que pedía a gritos una plancha. Su pelo lucía despeinado y sucio, y los zapatos, llenos de

barro. Le siguió con la mirada hasta el otro extremo de la habitación donde caminó nervioso de lado a lado. Los gestos de la mandíbula, las manos temblorosas y las pupilas extrañamente grandes le provocaban auténtico pavor, tanto que sus pequeños dedos rompieron la cera de color naranja que sujetaba entre las manos. No tuvo que permanecer mucho tiempo en la misma habitación que aquel demonio ya que el hombre de mirada afable elevó la voz desde la otra sala: «¿Tomás Blanco? Pase, por favor». La puerta se cerró tras él dejando a la bestia sumida en sus miedos que no mucho tiempo después se verían refrendados.

—… ¿usted tiene hijos?

La bestia fue consciente de nuevo de que Andrés le estaba hablando. No contestó a su pregunta. Recogió el frasco y la jeringuilla y abandonó la habitación sin mediar palabra. Recorrió los pasillos como un zombi hasta su vehículo, situado en el aparcamiento del hospital.

Una vez en su coche, se dio cuenta de que no podía marcharse.

Capítulo 34

Un tatuaje

Un colosal tiburón le devolvió la mirada desde el antebrazo de la mujer; la cabeza emergía del agua feroz enseñando sus afilados dientes. El contraste lo ponía la graciosa chapela verde que llevaba sobre la testa. Ya había visto antes ese tatuaje: el hombre que había intentado matarlo hacía unos días llevaba uno idéntico. Además, en el mismo sitio. ¿Qué relación los unía? La anestesia había hecho su efecto; ella estaba profundamente dormida. David levantó la vista hasta el espejo que custodiaba la sala desde la que estudiantes y otros médicos veían las operaciones. Aunque no podía comprobarlo, estaba seguro de que Juan Maldonado estaba ahí detrás viendo la intervención. ¿Conocía a su agresor? David estuvo tentado de salir del quirófano y pedirle explicaciones, pero, en ese momento, la doctora Sawn se acercó y le dio una palmada muy suave en la espalda.

—La paciente está preparada. ¿Hacemos historia juntos?

El doctor Peña suspiró mientras se ajustaba la mascarilla y se colocaba los guantes de látex.

—Sí, vamos allá.

David se acercó a la paciente. Alargó la mano con la palma hacia arriba. Un enfermero le puso en ella un bisturí. Al mirarlo de reojo casi se le cae el escalpelo. Marco le dirigió una reconfortante sonrisa. Casi había olvidado que había involucrado a su amigo en el proyecto. «Necesitamos enfermeros de total confianza», había dicho Juan. No había visto a Marco desde la operación del niño, ni siquiera habían hablado de todo el asunto de Ayala. Él lo había llamado un par de veces y también le había quemado el chat de WhatsApp, pero David no estaba preparado para verbalizar todo lo que le había pasado en los últimos días. Ni siquiera sabía describir cómo se sentía. A pesar de todo, Marco lo miraba como si entre ellos no hicieran falta las

explicaciones y David agradeció tenerlo a su lado en aquel momento. Echó un último vistazo a la mujer antes de realizarle una incisión de unos cuatro centímetros en el área frontoparietal, por encima de la sien izquierda. Cortó el cuero cabelludo como si se tratase de un trozo de pastel y procedió a separar la hendidura con pinzas para ver el cráneo. La doctora Sawn se acercó con la sierra eléctrica para perforar el duro hueso mientras David preparaba su material.

Se fijó de nuevo en la cara de la mujer: parecía buena persona. ¿Tenía algo que ver con el desequilibrado que había intentado matarlo? ¿Sabría algo Juan de todo aquello? Apartó los pensamientos de la cabeza al mismo tiempo que la doctora Sawn extraía un pequeño pedazo de cráneo y se lo daba a Marco para que lo conservara en suero. Acto seguido diseccionó la meninge, levantando las capas a la vez que cortaba con el bisturí eléctrico los elementos adheridos. Se apartó para dejarle espacio a David. A través de la ventana ovoidea abierta quedaba al descubierto una cavidad llena de líquido transparente. Las diferentes luces del quirófano hacían brillar el interior. En el fondo de la cavidad se podía observar la masa encefálica.

—Marco, necesito el implantador y el polvo neuronal.

El enfermero le extendió un instrumento similar a un bolígrafo, pero más alargado. Después se retiró y volvió al minuto trayendo un recipiente de cristal lleno de un líquido viscoso.

—¿Qué es esa sustancia? —preguntó una de las enfermeras.

—Magma refrigerado. Mantiene las propiedades biocompatibles de los microchips —respondió la doctora Sawn.

—Hana, ¿puedes iluminar la cavidad por dentro? —solicitó David.

La doctora Sawn introdujo un tubo endoscópico con una linterna y una pequeña cámara en la punta para poder ver el interior de la hendidura en el monitor.

—Listo.

David utilizó unas pinzas para colocar con sumo cuidado los microchips en el implantador. A continuación, introdujo de nuevo el aparato en la abertura. Atravesó el líquido transparente, que en otro tiempo había sido cerebro sano, pero que se había deshecho tras el

ictus, y llegó hasta el fondo, donde podían apreciarse los surcos cerebrales gracias a la luz del tubo endoscópico. David dirigió el implantador hasta la zona superior y allí perforó lo suficiente como para incrustar la neurona artificial y dejarla en contacto con las fibras nerviosas.

Realizó aquel proceso doscientas veces más. Cuando hubo colocado el último de los chips, suspiró aliviado. La doctora Sawn lo felicitó con una amplia sonrisa. Su parte ya estaba terminada, el polvo neuronal estaba correctamente implantado en el cerebro. Ahora quedaba lo más difícil.

—Hana, ¿puedes cerrar a la paciente?

La doctora Sawn asintió mientras él se acercaba hasta el chico de la cresta.

—Erik, procede al mapeo, por favor.

El joven afirmó con la cabeza y en el ordenador apareció la imagen de un cerebro en 3D; sobre la imagen de color azul iban surgiendo pequeñas motas de color amarillo.

Al cabo de unos minutos, David se atrevió a formular la pregunta que le estaba quemando la garganta.

—¿Están todos conectados?

—Así es —respondió Erik.

David sonrió y el resto de profesionales presentes en el quirófano comenzó a aplaudir.

—Bien, Erik, dotemos de información a las nuevas neuronas.

—¿Ya está? —preguntó Silva al otro lado del cristal.

Había observado con mucha atención toda la operación, pegado a la ventana, junto al doctor Hooker.

—Ahora tienen que indicarle a cada microchip cuáles son sus funciones dependiendo del área donde lo hayan injertado. Algunos recibirán órdenes para movilizar el lado derecho, otros para tener la capacidad de comprender y algunos la de hablar —le explicó el doctor mirando fijamente a David. Agradeció que el joven no pudiera verlo a

través del espejo.

—¿Podrá volver a hablar?

—No solo eso. Hará mucho más. Pero llevará tiempo; tiene una atrofia muscular severa. El cerebro le funcionará bien, pero los músculos del cuerpo, la cara y la boca tienen que volver a movilizarse.

Javier guardó silencio mientras observaba cómo le volvían a recolocar el fragmento de cráneo a su mujer.

—Silva, me gustaría que retomáramos el tema de mi médico.

—Ya se lo he dicho, el doctor Peña fue el que nos delató a la policía, pero eso usted ya lo sabía desde que averiguamos su nombre. Lo que no entiendo es por qué no me dijo que trabajaba para usted. ¿No podría haber hablado con él?

Hooker soltó un bufido.

—Demasiados remilgos —murmuró—. David trabaja para mí en este proyecto que va a permitirle a usted recuperar a su esposa, pero no tiene ni idea de la organización que hay detrás ni del resto de investigaciones; es más, lo escandalizarían.

A Silva no se le pasó por alto que usara el nombre propio del cirujano. Hooker nunca hacía eso con sus trabajadores.

—¿Tiene alguna relación personal con ese hombre?

El doctor negó con la cabeza.

—Eso no le concierne. Le contratamos por sus buenas dotes como soldado. Sin embargo, nos está…

No pudo acabar la frase ya que, en ese momento, Silva le cogió del cuello con sus vigorosos dedos y lo estampó contra la pared. Los zapatos de Hooker, unos Edward Green cuyo cuero había sido cortado a mano, apenas rozaban el suelo. El doctor intentó decir algo, sin éxito, mientras su cerebro se quedaba sin oxígeno. Silva le susurró algo al oído.

—Ya me he cansado de su soberbia, doctor Hooker…, ¿o debería llamarlo doctor Maldonado? Ahora mismo va a decirme por qué el hombre que me ha denunciado está operando a mi mujer.

El médico le hizo un gesto con los ojos para que lo soltara. Silva liberó al hombre, quien no pudo evitar caer con todo su peso. Juan

Maldonado levantó la mirada y lo observó desde el suelo.

—¿Desde cuándo lo sabe? —preguntó sin aliento.

—¿El qué?

—Que Hooker no es mi nombre real.

El ex boina verde sonrió amargamente.

—Debe creer de verdad que contrató a un orangután con mucho músculo y poco cerebro.

—Lamento haberlo ofendido, Silva —dijo Juan poniéndose en pie y anudándose la corbata—. Necesito su ayuda.

—¿Qué hace aquí el doctor Peña? —le preguntó Javier señalando a David a través del cristal.

Maldonado suspiró, derrotado.

—Es uno de los mejores neurocirujanos de España y, además, el novio de mi sobrina Alma —le explicó.

—Debería habérmelo dicho en cuanto supo que él era el testigo, ahora lo entiendo todo.

Juan se había quedado totalmente absorto mirando a través del cristal. Susurró algo casi para sí mismo:

—Está mirando el tatuaje…

—¿Qué? —preguntó Silva.

—¡Mire! —gritó Maldonado señalando el cristal—, mire cómo le examina el brazo a su mujer.

Silva se acercó al cristal.

—Lo sabe, ha reconocido el tatuaje, le dije que se quedó observándolo cuando nos encontramos.

—Lo sabe… —repitió Maldonado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Javier.

Maldonado lo observó como ausente, con la mirada perdida.

—El proyecto está por encima de todos nosotros, Silva. David sabe cosas de la investigación, incluso de la organización, aunque no se dé cuenta. Cuando ate cabos de vosotros dos, llegará hasta mí, y, cuando lo haga, el proyecto se verá comprometido. Tiene que… hacerlo desaparecer.

Silva se echó hacia atrás.

—¡No pienso hacerlo! Acaba de curar a mi mujer.

Juan asintió; sacó una chequera del bolsillo. Apuntó una cifra en el cheque y lo firmó. Se lo tendió al exmilitar.

—Después de este trabajo, estaremos en paz. Usted y su mujer podrán empezar de nuevo.

Silva miró a Hooker, luego al cheque y después a su mujer. Finalmente, habló:

—Será la última vez.

—Por supuesto.

Juan Maldonado le tendió la mano. Javier Silva salió de la sala sin estrechársela.

Capítulo 35

Una enfermedad

Aquella tarde iba a ser especialmente difícil. Alma se había ofrecido como voluntaria para trabajar en la planta covid. No era su trabajo, pero sus compañeros, desbordados, agradecían cualquier ayuda que pudiera llegar. El turno no había empezado bien: un hombre, a las puertas de la muerte, se despedía de su familia. José Antonio tenía cuarenta y cinco años y era bombero. Lo iban a intubar por una neumonía que le había provocado una fibrosis pulmonar. El resto de órganos, como el corazón y los riñones, le estaban comenzando a fallar. Le habían dado un teléfono para despedirse de su familia, por si acaso.

Alma asistió estoica a aquella trágica llamada.

—No llores, osita —dijo José Antonio con apenas un hilo de voz—. Todo va a estar bien.

La joven podía oír a la mujer a través del altavoz del teléfono que sostenía el enfermero.

—¡Cómo va a estar bien, José! ¡Quiero hablar con el médico!

La señora no paraba de sollozar.

—Osita, han hecho todo lo posible —insistió José Antonio.

—¡Siempre se puede hacer algo! ¡Eres muy joven, por Dios! —exclamó ella—. ¿Cómo que no saben si vas a volver a despertarte?

Alma se acercó al teléfono.

—Señora, soy la doctora Maldonado. Créame, hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano para ayudarlo.

—¡Pues hagan más! —gritó la mujer.

—La neumonía de su marido es demasiado fuerte, no hemos logrado contenerla. Ya no puede respirar sin la ayuda de una máquina y no podemos predecir cómo va a avanzar la enfermedad —continuó Alma.

—¡Hagan algo, por favor, lo que sea! Debe de haber otros tratamientos —rogó la señora, desesperada.

—Haremos lo que podamos. Pero debe entender que el estado de su marido es muy grave.

—¿Qué me quiere decir? —La mujer se negaba a asumir la inminente muerte de su esposo.

José Antonio cogió el brazo de la doctora Maldonado muy suavemente, casi rozándolo, y se acercó el teléfono. Abrió la boca para hablar, pero no pudo. Lo intentó de nuevo.

—Osita. Pásame a Sheila.

Alma no supo si fue la debilidad en su voz o qué, por fin, la mujer comprendió la situación. Hubo un ruido al otro lado del auricular. De pronto sonó una voz distinta, más inocente, más de niña.

—¿Papá?

—Tesoro…

La adolescente comenzó a sollozar.

—¡Papá, no puedo vivir sin ti! ¡No puedes dejarme! ¡Por favor, lucha más!

José Antonio no podía hablar. Las lágrimas recorrían su rostro. Al esfuerzo que tenía que hacer para hablar había que sumarle su empeño por contener el llanto.

—Sheila, corazón —habló la enfermera—. Tu padre ha luchado como un guerrero, y lo va a seguir haciendo, pero no depende solo de él.

Sheila se desmoronaba como un juguete roto.

—Tesoro —continuó José Antonio—, yo siempre estaré contigo, hija.

Alma se alejó de la cama un par de metros; se había sentido mareada de repente. Abrió las puertas de la UCI de par en par y salió al pasillo. Se cruzó con varios de sus compañeros, quienes le preguntaron si estaba bien. No contestó. Continuó su camino. Vio el pictograma del baño de mujeres y corrió a refugiarse en su interior. Por suerte, no había nadie. Abrió el grifo y dejó correr el agua. Miró su reflejo en el espejo, pero lo veía borroso. «Una bajada de tensión», se dijo. Se metió en la boca un caramelo que tenía guardado en la bata. A continuación, se lavó la cara para tratar de recomponerse. Cogió papel del dispensador y se secó. Al hacerlo, una tos seca se apoderó de su garganta. Se concentró en respirar profundamente, pero notaba un

pequeño silbido en sus pulmones al coger aire. Decidió ignorarlo. Una vez se hubo serenado, salió del baño.

Se dirigió a la sección que le habían asignado en planta. Una vez llegó allí, vio un gran revuelo en una habitación. Varias compañeras se habían congregado en torno a la puerta. Se fijó en que dos de ellas estaban llorando. Conchi, una de las enfermeras con las que tomaba café con frecuencia, la vio acercarse y salió a su encuentro. En ese momento, Alma le hizo una señal para que no se acercara más. Había notado un nuevo picor en la garganta. Después vino la tos, seca y desgarrada. Aquel ataque la dejó un minuto sin poder articular palabra. Conchi la observó preocupada. Quizá en otro momento se hubiera acercado a darle un golpecito en la espalda. En ese instante, prefirió mantener la distancia.

—Cariño, ¿te encuentras bien? ¿Tienes fiebre? —le preguntó Conchi.

Alma reflexionó un instante; sí, había tenido contacto directo con pacientes con el virus, pero siempre con mascarilla. ¿Era posible cogerlo aun así? Seguramente sí, de lo contrario no estarían cayendo sanitarios como moscas. Pero ahora no podía ponerse enferma… tenía tanto por hacer. ¿Cuántos días iba a tener que estar en cuarentena?

Conchi interrumpió sus pensamientos.

—Alma, vas a tener que hacerte la prueba para descartar que tengas el virus —le dijo con voz firme.

Alma no contestó nada. Solo calló mientras trataba de asimilar sus síntomas.

—No te preocupes —continuó la enfermera recuperando su tono cariñoso—, yo te acompañaré.

Conchi le puso la mano en la espalda y la empujó suavemente para que empezara a caminar. Alma se dejó llevar. Pasaron junto a la habitación donde estaban las otras enfermeras. A través de la puerta, Alma pudo ver el origen del revuelo: dos ancianos yacían, uno junto al otro. Las camas estaban lo bastante cerca como para permitir que tuvieran las manos firmemente agarradas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ay, cariño, una historia que parece sacada de una novela —le

explicó Conchi—. Se ve que los abuelitos llevaban casados setenta y dos años, ¿te imaginas? Resulta que él ingresó hace unos quince días; le costaba respirar. Le hicieron la prueba y dio positivo. Así que lo aislamos en planta.

Conchi se dio cuenta de que la mascarilla se le había resbalado por debajo de la nariz y se apresuró a subírsela.

—La mujer venía con él. Erre que erre que ella se quedaba con su marido. Noventa y cinco años la señora. Eso sí, muy bien puestos. Que de allí no se movía sin ver a su Eustaquio. Las enfermeras, como es normal, pues que los pacientes de covid están aislados por seguridad y que no podía verlo salvo que ella también diera positivo en la prueba. Le hicieron el test, por supuesto, pero dio negativo. Bueno, pues se presenta aquí la señora al tercer día diciendo que le cuesta respirar, que se cansa mucho. Pero vino ella sola, no te pienses. Se ve que sus hijos viven fuera. La hija es científica, como tú. Al parecer, está en un laboratorio investigando algo del cáncer. El hijo es político. Este debe de ser un buen pieza. Llamó para decir que no podía venir, que estaba muy ocupado con la pandemia. Pues a ver si es verdad que hacen algo, que estamos reutilizando el EPI cada día. El caso, que vino ella sola y, adivina qué, ¡positivo en la prueba!

Conchi, que cuando se ponía a hablar parecía un taladro percutor, se detuvo un momento para coger aire.

—La pusimos en la misma habitación que al marido. Mira, Alma, tenías que verlos. Ella quería ayudarlo a ir al baño. ¡Pero si no podía ni con su propio peso! Se hacían carantoñas, se abrazaban, se besaban. Imagínate, ¡con noventa y cinco años! Mi Antonio hará meses que no me da un abrazo. Y un beso ya ni te cuento. Que una se cree que es lo normal después de tanto tiempo juntos, pero luego ves estas cosas y coges a Antonio y lo pones de vuelta y media, pobrecito mío…

Llegaron a la sala donde se practicaban las PCR. Alma solo había escuchado parte de la historia; primero, porque estaba pensando en su drama particular y, segundo, porque la velocidad de Conchi la hacía desconectar. Ante la cola que había para hacerse la prueba, la joven doctora le preguntó a la enfermera por el final de la historia.

—Pues, cariño, un drama. Él empeoró esta mañana y sabes que quedan pocos respiradores. Además, no nos dejan usarlos para alguien… —Conchi dudó—, ya sabes…, tan mayor.

—Pero ¿y ella? —insistió Alma.

—Eso es lo más curioso de todo. Ella estaba bien. Pero, cuando su marido se fue…, es que no te lo vas a creer —dijo Conchi.

Alma guardó silencio, esperando el desenlace.

—Simplemente se durmió y no se despertó —dijo Conchi—. En la planta creemos que se murió de pena.

—¡No existe la muerte por pena, Conchi! —exclamó Alma.

—Ya lo creo que sí. Hay un montón de casos documentados. Además, que la mujer estaba perfecta esta mañana. Explícame de qué ha muerto si no.

—¡Pues de COVID-19!

Tres horas después, mientras esperaba los resultados de la PCR en su despacho, intentaba concentrarse en lo que veía a través del microscopio, pero la historia de los ancianos andaba rebotando por su mente de un lado a otro. ¿Cómo se iba a morir una persona de pena? Eso no tenía ningún fundamento científico. Por un momento se vio en esa situación con su novio. «¿Preferiría David morir a vivir sin mí? Claro que no», pensó apenada. De una forma extraña, sintió envidia de aquellos ancianos. Alma no quería a mucha gente; tenía amigas con las que compartía aficiones, compañeros que la estimulaban intelectualmente, pero querer era algo diferente. Querer era hacerse vulnerable ante alguien. Y Alma, desde que era una niña, solo se había sentido así con David. Y ni siquiera con él se había abierto por completo. Consultó su móvil: tres wasaps de David, uno de su tío, dos llamadas perdidas del hospital y un mensaje.

Ya tienes disponible el resultado
de tu analítica. Número de
muestra 2343545985. Utiliza
tu acceso rápido aquí.

«Qué velocidad. Ventajas de trabajar en el hospital», pensó Alma.

Hizo clic en el link. Leyó todo lo rápido que pudo: «Biología molecular. PCR para la detección del coronavirus SARS-CoV-2… bla, bla, bla… Origen de la muestra… bla, bla, bla… conclusión del estudio…».

Su corazón le dio un vuelco.

La verdad se reveló en aquel PDF, resaltada con letras mayúsculas:

«POSITIVO EN SARS-CoV-2».

«¿Qué demonios hago ahora?», pensó.

Capítulo 36

Un secretario de Estados Unidos

Era la segunda vez en su vida que Rebeca Hopkins visitaba la Casa Blanca. La vez anterior la había recibido el presidente George W. Bush en persona tras ganar el Nobel de Medicina en 2007 junto a otros dos colegas estadounidenses por sus trabajos sobre células madre y manipulación genética en modelos animales. Estaba segura de que el Proyecto Zero la llevaría a ganar su segundo Nobel algún día. Aunque para eso faltaba mucho tiempo; primero, la sociedad debía de ser consciente de la absoluta decadencia hacia la que se dirigía; y, segundo, las personas tenían que estar dispuestas a romper esas barreras moralistas que les impedían avanzar como especie, evolucionar. Rebeca estaba segura de que sería el personaje más famoso del siglo XXI, puede que incluso del milenio. Lo único que no sabía a ciencia cierta era si viviría para verlo.

Sentada en aquel despacho de moqueta azul y zócalos dorados no se sentía intimidada. Esperaba con paciencia mientras observaba los cuadros de las paredes, los cuales mostraban a presidentes estadounidenses tan renombrados como Abraham Lincoln o Thomas Jefferson. El chico, quien le había pedido amablemente que esperara mientras el secretario de Salud terminaba una llamada, la avisó por encima de su ordenador.

—Ya puede usted pasar, doctora Hopkins.

Rebeca se estiró la falda de tubo de su traje gris que había combinado con una blusa blanca y un bolso negro de Loewe.

«No todos los días va una a pedir mil doscientos millones a la Casa Blanca».

Nada más entrar en el despacho se dio cuenta del daño que hacía Hollywood con sus películas. Se había imaginado el despacho del secretario de Salud con un ventanal enorme con deliciosas vistas del

jardín de la Casa Blanca y una gran alfombra con el águila calva, símbolo de la nación. En lugar de eso, se encontró con un despacho pequeño que parecía más el de un administrativo que el de un miembro del gabinete. El hombre que la esperaba tras el escritorio sí era como se había imaginado. Alto y de complexión fuerte, vestía un bonito traje azul marino rematado con el pin de la bandera estadounidense en la solapa. La evaluó a través de sus gafas y a Rebeca le dio la impresión de que aquellos ojos ambarinos escudriñaban su cerebro.

—Bienvenida, doctora Hopkins. Por favor, tome asiento —le indicó señalando una de las dos butacas que había al otro lado de su escritorio —. Robert me ha comentado que hay algo urgente que tiene que plantearme.

La doctora sonrió para sus adentros. Robert, además de ser secretario de Energía de Estados Unidos, era amigo personal de Rebeca y uno de los miembros de mayor rango del Núcleo. Gracias a él, había podido entrar en Estados Unidos procedente de Europa sin una sola pregunta.

—Señor secretario, en primer lugar, le agradezco que haya podido recibirme en estas circunstancias —dijo Rebeca—. Su departamento tiene que estar haciendo verdaderos esfuerzos en este momento.

Rick Lawry era un tipo inteligente. Doctor en Medicina por la Universidad de Stanford, se había labrado una carrera política fuerte de la mano del Partido Republicano. Fue gobernador de Kansas entre 2003 y 2009. En 2011, fue nombrado representante de Estados Unidos en el Congreso por el distrito quince de California. En 2017, el vicepresidente en persona lo había designado secretario de Salud y Servicios Sociales ante el recelo de Donald Trump, quien quería optar por alguien más conservador para el cargo.

El secretario esbozó una sonrisa cansada.

—Ni se imagina, pero creo que ha venido usted a ayudarme con ese tema. ¿Me equivoco?

«Me había dicho Robert que era directo, pero no pensé que tanto», se dijo Rebeca.

—Iré al grano, señor secretario. Como ya sabrá, represento a la empresa Gencore Biologics. Estamos en fase II del ensayo de una

vacuna contra la COVID-19.

—¿Fase II? Eso es imposible.

Rebeca asintió en silencio.

—Es posible, señor. A finales de diciembre, un equipo de nuestros mejores científicos consiguió aislar la secuencia completa del nuevo coronavirus.

El secretario Lawry se quitó las gafas con incredulidad. Como si limpiarlas le ayudara a entender mejor el asunto.

—¿Cómo lo hicieron? No había casos en Estados Unidos. ¡Ni siquiera se conocía la enfermedad, por el amor de Dios!

—Disponemos de un laboratorio y un equipo de científicos en Wuhan.

Rick Lawry estaba atónito ante aquella mujer de aire noble que se había presentado en su despacho.

—¡Deberían haberlo anunciado! Podrían haber salvado miles de vidas.

Rebeca Hopkins se cruzó de piernas, indiferente.

—Ambos sabemos que el Gobierno chino habría desmentido nuestras investigaciones. Además, de haberlo conocido habrían destruido nuestro laboratorio. Nos habrían hecho perder la ventaja competitiva.

—¿Ventaja competitiva? Están muriendo miles de personas, doctora Hopkins.

—No podríamos haberlo evitado. Ocultándolo, en cambio, ahora tenemos la posibilidad de salvar vidas. Pero necesitamos la ayuda del Gobierno.

El secretario Lawry intentaba procesar toda la información mientras le daba vueltas al bolígrafo que tenía sobre la mesa. Una y otra vez se lo pasaba de un nudillo a otro. Al final habló:

—¿Cuánto necesitan?

—Mil doscientos millones.

A Lawry se le resbaló el bolígrafo de entre los dedos.

—Esa es una cifra mayor de la que esperaba.

—Señor secretario, con todo el respeto, esto se va a complicar mucho más de lo que se imagina. Nuestras estimaciones son que, antes de fin

de año, solo nuestro país tendrá veinte millones de casos y más de trescientos mil muertos. Si no recibimos financiación para fabricar la vacuna, el año que viene podría ser peor.

Lawry recogió el bolígrafo y escribió algo en su agenda.

—Hay otras empresas que están trabajando en la vacuna. ¿Por qué apostar por la suya?

—Ninguna está tan avanzada como Gencore. Nuestra vacuna utiliza un nuevo sistema que es más rápido de producir. No usaremos el virus atenuado o inactivo como se haría en una vacuna convencional, ya que requiere más tiempo para su producción. Nuestra tecnología está basada en introducir en el cuerpo un pequeño segmento del código genético del virus para entrenar a nuestro sistema inmune y que genere así una respuesta fuerte cuando entre en contacto con él.

El secretario de Salud, que había estado escribiendo en su libreta, se detuvo repentinamente y levantó la vista con una idea en la cabeza.

—Doctora Hopkins, si lo que introducimos es material genético, ¿no corremos el riesgo de modificar el ADN de nuestras células?

Rebeca se echó hacia atrás en la butaca, sorprendida. Desde luego era cierta la información que su equipo había recopilado sobre aquel hombre: era un tipo inteligente.

—La diferencia es que el ADN se encuentra en el núcleo de nuestras células. El ARN mensajero se encarga de llevar las instrucciones a la maquinaria celular que está fuera del núcleo y luego desaparece. No necesita entrar en el núcleo durante el proceso y, por eso, no hay riesgo de que se integre en el genoma.

Lawry pareció convencido con la explicación.

—Necesitaremos acceso a toda su investigación. Estudios, ensayos, datos… todo.

—La tendrá —contestó Rebeca, satisfecha.

—¿Cuántas dosis serán capaces de producir este año?

—Cuatrocientos millones de dosis, siendo optimistas. Estarán preparadas para finales de noviembre si todo el proceso va bien y los organismos competentes aprueban la vacuna.

—¿Y el año que viene?

—Tres mil quinientos millones.

Lawry dejó escapar un silbido de asombro.

—¿Dosis por paciente?

—Por el momento creemos que una será suficiente.

—Bien, tendrá la financiación. A cambio necesitaremos que publiquen sus avances con el ARN mensajero. Otros laboratorios podrán utilizar la tecnología para fabricar vacunas.

Rebeca fingió molestarse ante el argumento del secretario. En realidad, ya esperaba tener que ceder sus investigaciones a cambio de los millones del Gobierno.

—¿Es estrictamente necesario?

Lawry asintió.

—En ese caso aceptamos —dijo Rebeca levantándose de la silla—. No le hago perder más tiempo, señor secretario. Mi equipo se pondrá en contacto con el suyo para enviarle la documentación relacionada con la investigación.

—De acuerdo, manténgame informado —le pidió Lawry.

La doctora se paró en el quicio de la puerta.

—Señor secretario, le recomiendo que hable con el gobernador del estado de Nueva York. Es imperativo declarar un confinamiento general. De lo contrario, las repercusiones serán desastrosas.

—Gracias, doctora Hopkins. Tendremos en cuenta su sugerencia —respondió Lawry dando por terminada la conversación.

Rebeca Hopkins salió triunfal del despacho. Acababa de obtener mil doscientos millones para fabricar una vacuna con la que curar un virus que habían desarrollado ellos mismos en un laboratorio.

Había sido una jugada maestra, pero todavía quedaba mucha partida.

Capítulo 37

Una persecución

La cabeza le daba vueltas mientras permanecía sentado en el asiento del piloto de su Toyota Corolla. David se sujetó la frente como si temiera que, de lo contrario, su cabeza fuera a golpearse violentamente con el salpicadero. Buscó en la guantera los ibuprofenos de las emergencias. Se tomó uno a palo seco. Su vista se perdió en el interior de las ventanas del edificio. Juan Maldonado lo miraba desde uno de los ventanales de la segunda planta. Desde su coche, todavía podía ver su cabello canoso peinado hacia a un lado. Su traje sin una sola arruga. Lo saludó con la mano, serio; incluso denotaba cierta tristeza. David no lo supo entonces, pero ese gesto era una despedida. Ya había dictado su sentencia de muerte.

Mientras observaba cómo el tío de Alma se alejaba de la ventana, trató de ordenar las piezas en su cabeza. La conversación con Juan no le había resuelto las dudas. Negó toda relación con el hombre del tatuaje, como no podía ser de otra manera. Intentó restarle importancia al diseño: «Hay millones de tatuajes de tiburón», le había dicho.

«Sí, pero ninguno como ese», se dijo ahora David al rememorar las palabras de su padrino de boda. Desbloqueó su teléfono. Abrió el navegador. Se quedó pensando un segundo y escribió: «Tatuaje tiburón sombrero verde».

Hizo clic sobre la pestaña de «imágenes». Deslizó con el dedo índice hacia abajo la pantalla, visualizando imágenes de tiburones cada vez más horribles, ninguno parecido al que acababa de ver en el antebrazo de la mujer. Volvió al navegador y escribió: «tatuajes militares tiburón con sombrero verde».

La segunda imagen reveló lo que estaba buscando: la misma boina verde que coronaba la cabeza del tiburón se presentaba atravesada por una espada y envuelta en hojas de roble. Siguió el enlace de la

fotografía, el cual le llevó a Pinterest. Junto a la foto, dos palabras: Boinas Verdes.

Volvió a Google: «Boinas Verdes».

Mientras leía la descripción que le ofrecía Wikipedia sobre el Grupo de Operaciones Especiales del Ejército español, entró un mensaje de Lucía.

> Reúnete conmigo en media hora en la plaza, junto a las escaleras del ayuntamiento. Tengo algo que contarte.

Le contestó con un conciso «Ok». Arrancó el coche y la radio se conectó automáticamente. En la emisora estaba sonando la canción «Goodbye My Lover», de James Blunt. No había ni metido primera cuando se puso a llover. David maldijo para sus adentros, no había traído paraguas. A continuación, pensó que era lógico no tener uno en el coche, sería como si un londinense llevara unas gafas de sol en la guantera. Al salir del aparcamiento, no vio los faros de un Mercedes encendiéndose al fondo. Ni vio al hombre en su interior, colocando un silenciador a su pistola semiautomática. Tampoco lo vio tirar el cigarrillo ni salir del aparcamiento detrás de él.

Camino del centro, David se embelesó mirando por la ventana. Al cabo de unos minutos, cayó en la cuenta de que las calles, las carreteras, estaban vacías. Tan solo se cruzó con cuatro coches que venían en la otra dirección. El confinamiento había dejado las ciudades desiertas. Nadie había salido de casa desde que se había decretado el estado de alarma. «Al menos yo puedo trabajar», pensó.

Mientras callejeaba por las estrechas travesías de la ciudad antigua, solo vio a un par de transeúntes: a una mujer tirando la basura al contenedor con su bata rosa, su moño y su paraguas; y a un hombre, vestido con un chándal, que llevaba una bolsa del Mercadona bajo el brazo y un periódico sobre la cabeza con el que intentaba protegerse de la lluvia. David había visto en el telediario la noticia de personas que habían salido a pasear con las bolsas del supermercado y fueron paradas por la policía a cinco kilómetros de su casa. Se preguntó si era el caso de aquel viandante al que la tormenta había cogido de

improviso.

Llegó a la plaza Obispo Galarza, donde se encontraba el aparcamiento público más cercano al ayuntamiento. De repente, los faros de un vehículo lo cegaron durante un instante; un coche acababa de llegar a la plaza al mismo tiempo que él. Llovía a rabiar y ya estaba bastante oscuro, así que no pudo identificar de qué marca era. Recogió el ticket y atravesó la barrera al pasar. Saludó al guarda de la garita con la mano. Aparcó junto a la escalera que daba acceso a la calle y apagó el coche. A lo lejos, oyó el rugido de un motor de cuatrocientos caballos que se desplazaba por la rampa de acceso a la segunda planta.

Se bajó del vehículo y cerró la cremallera de su parka impermeable. Al menos se había traído un anorak en condiciones. Salió al exterior y consultó su reloj: aún faltaban quince minutos para su cita con Lucía. Echó a andar bajo la lluvia por uno de los estrechos callejones que daban acceso a la plaza Mayor de Cáceres. No había ni un alma alrededor; el silencio solo era perturbado por el sonido de las gotas de lluvia al impactar contra el pavimento. Sin embargo, David tenía una extraña sensación. Se sentía inseguro.

En ese momento, a cierta distancia, Silva le apuntaba con su 9 milímetros desde detrás de un contenedor. Sería un tiro limpio. Sabía que no fallaría. Sin embargo, los segundos pasaban y su dedo seguía acariciando el gatillo sin presionarlo. Dudó lo justo para que David se perdiera a través de los soportales que rodeaban la plaza Mayor.

Bajó la pistola y observó la calle para cerciorarse de que no había nadie. Corrió hasta la esquina por la que se había perdido David, con la pistola escondida en la cazadora. Llegó hasta los soportales y se sacudió el pelo mojado. Contempló la majestuosa torre de Bujaco, que se erigía, imponente, para proteger el flanco noroeste de la ciudad monumental cacereña. Delante de ella, unas esculturas tridimensionales formaban la palabra «Cáceres». Los turistas solían subirse encima de aquellas letras, buscando la foto perfecta. En ese momento, sin embargo, lucían vacías y mojadas.

Al otro lado de la plaza pudo ver a David, quien subía las escaleras del ayuntamiento. Comprobó el seguro de la pistola. Se dispuso a seguirlo. De pronto, le sonó el teléfono.

—¿Sí? —contestó.

—Señor Silva, soy la doctora Sawn —le anunció una voz femenina—. Esta tarde he operado a su mujer junto con el doctor Peña.

—Sí, ¿qué ocurre? ¿Le ha sucedido algo a mi mujer? —preguntó Silva con el corazón en un puño.

—No —negó la doctora—. No se preocupe, todo ha salido estupendamente. Entiendo que el doctor Hooker ya le ha puesto al corriente. Solo quería comunicarle que su mujer se ha despertado de la anestesia.

Javier no sabía qué decirle a la doctora. Su cabeza se llenó de imágenes de Ana, de la persona que era antes de su accidente. Las risas en el campo de tiro, los domingos cocinando en casa, su viaje de mochileros por Filipinas, sus misiones juntos. Sonrió pensando en aquella vez que su mujer había tumbado a Corrales, apodado el Oso por su apariencia. ¿Volvería a ser ella misma? ¿Recuperaría su fortaleza?

—¿Señor Silva?

Javier volvió en sí.

—¿Ha dicho algo? —preguntó.

La doctora Sawn carraspeó al otro lado de la línea.

—La mente de su mujer todavía se está habituando a su nuevo funcionamiento. Hay que ver cómo responde el cerebro sano a las nuevas capacidades y órdenes transmitidas por los microchips. Además, sus músculos faciales están atrofiados. La recuperación no va a ser inmediata, necesitará mucha rehabilitación, pero tenemos razones de sobra para ser optimistas. Mi compañero, el doctor Peña, ha hecho un minucioso trabajo de implantación.

—Se va a recuperar, estoy seguro —contestó Silva.

—Yo también estoy segu…

La llamada se cortó.

—¿Doctora?

Silva maldijo el dichoso aparato y se dio la vuelta, pensando en la

frase de Sawn: «El doctor Peña ha hecho un minucioso trabajo».

De repente, vio algo que lo dejó helado. Al otro lado de la plaza, David corría a grandes zancadas escaleras abajo.

Guardó el teléfono y echó a correr tras él.

«Lo siento, doctor Peña, es usted o nosotros».

Capítulo 38

Una técnica poco habitual

El agente Quintanilla caminaba nervioso por el interior de una habitación desangelada, con los muebles apilados al fondo cubiertos por sábanas blancas. El policía consultaba su reloj continuamente; una vez, otra… Hasta cinco veces hizo el gesto. Los goterones de sudor le bajaban por la frente. Sus pasos recorrían sin parar las baldosas de mármol.

Su nerviosismo se hizo evidente también para el resto de personas presentes en la sala. Sentados a un par de metros del agente Quintanilla, sobre dos sillas de madera blanca, se encontraban un hombre y una mujer, ambos muy jóvenes, los dos muy guapos. Él llevaba el pelo largo peinado hacia atrás en una coleta, barba hípster, pómulos simétricos, espalda ancha y brazos musculosos. A ella, la melena le llegaba a la cintura. Su pelo negro hacía juego con sus ojos. El bronceado de su piel resaltaba su belleza. Tímida en sus gestos. Apretaba sus nudillos en un gesto de nerviosismo.

—¿Tardará mucho en llegar? —preguntó el hombre.

—Podemos volver otro día —dijo ella.

—No se preocupen, estará al llegar —contestó Quintanilla.

En ese preciso instante, se abrió la puerta de aquella sala de interrogatorios improvisada. Aparecieron dos policías jóvenes de uniforme seguidos por un hombre mayor, de unos cincuenta años. Vestía un traje gris que denotaba bastante uso, lucía una frente ancha y una melena canosa y larga peinada hacia atrás. Había algo místico en su aspecto. «Quizá es la sugestión», pensó Quintanilla.

—Nos ha costado encontrar a un profesional —dijo la policía.

—Y más cuando les hemos dicho para qué era —añadió su compañero.

La preciosa chica morena se removió un poco en su silla. Quintanilla

se adelantó unos pasos para recibir al recién llegado.

—Encantado, señor…

—Doctor Dubois —respondió él mientras observaba con recelo a su alrededor.

—Disculpe el desorden, doctor. Hemos tenido que trasladarnos a este cuarto porque al ser un procedimiento… bueno, ya sabe, no habitual en las pesquisas policiales… —intentó explicar Quintanilla, algo avergonzado.

El reputado profesional dio unos pasos con aire altivo, como si aquel lugar no estuviera a su altura.

—¿Cuál de los dos va a ser tratado? —preguntó.

La chica levantó la mano un poco asustada. Dubois avanzó hacia ella con naturalidad.

—Me gustaría que todo aquel que no sea indispensable salga, por favor —ordenó el doctor mirando directamente al apuesto hombre sentado junto a la que iba a ser su paciente.

Quintanilla le hizo un gesto a los agentes que habían venido con el psicólogo. La chica hizo lo mismo con su pareja. El agente Quintanilla se sentó en una silla al fondo. Tan pronto como la puerta se hubo cerrado, el doctor cogió la silla que había dejado vacía el novio y la colocó frente a la chica. Sacó un pañuelo de la americana de su traje y limpió el asiento tan bien como pudo. A continuación, se sentó. Sonrió por primera vez desde que había entrado en la habitación. Sus dientes tenían el típico tono amarillento de fumador empedernido, pero su sonrisa no parecía forzada.

—¿Cómo te llamas?

—Adriana, Adriana Martín —respondió ella.

—Bien, Adriana, ¿estás relajada?

—Bueno, lo estoy intentando.

—¿Te importa? —preguntó él estirando sus manos hacia la cara de ella.

—No —dijo ella, algo confundida.

Dubois le tocó levemente la cabeza. Luego, sus hombros y, para terminar, dio unos leves golpecitos en sus brazos.

—Bien, bien —susurró el doctor.

—¿Todo en orden? —preguntó Quintanilla desde el fondo.

—¿Sabes lo que va a pasar, Adriana? ¿Te gustaría que comenzáramos ahora? —preguntó Dubois, ignorando al agente.

—Sí, necesito hacerlo.

—Es posible que no podamos descubrir nada. Este procedimiento sobre todo se usa para tratar la ansiedad y el estrés. Pocas veces se usa para desenterrar recuerdos.

—Pero usted puede hacerlo, ¿verdad? —intervino Quintanilla.

El doctor se giró para mirarlo directamente.

—Le voy a pedir que no interrumpa más o tendrá que abandonar la sala.

El agente se echó hacia atrás, avergonzado. Dubois volvió a fijar sus ojos, negros como el carbón, en la chica.

—Adriana, vamos a comenzar. Quiero que cierres los ojos.

Ella obedeció al momento.

—Respira hondo, relajando poco a poco tu cuerpo. —El doctor Dubois cambió su tono hasta convertirlo casi en un susurro—. Siente los brazos pesados; las piernas también. Ahora quiero que pongas atención en tus ojos; tus párpados, déjalos relajados. Quiero que todos los músculos de alrededor del ojo queden relajados. Mientras mantengas esta relajación, los músculos van a estar completamente inmóviles.

Quintanilla miraba desde su rincón, fascinado. El móvil no paraba de vibrar en silencio en su bolsillo. Lo miró con disimulo: cinco llamadas perdidas del Espalda Plateada. Como aquello no saliera bien se iba a meter en un buen lío.

—Escúchame, Adriana, quiero que pruebes a abrir los párpados. Haz la prueba.

Adriana intentó abrirlos, pero no fue capaz. Solo conseguía mover las cejas.

—Eso es, muy bien —confirmó Dubois—. Aprovecha toda esa relajación y envía una ola cálida desde tu cabeza hasta los dedos de los pies. Esa ola se lleva toda la tensión y relaja todo tu cuerpo.

Quintanilla estaba sintiendo como él mismo se iba relajando con la voz monótona del doctor. Se concentró en permanecer alerta.

—Simplemente sigue escuchando mi voz —susurró el doctor—. Dentro de un momento te voy a pedir que abras los ojos. Te va a costar mucho, pero lo conseguirás. Una vez los abras, verás mi mano frente a ellos. Cuando la veas caer, cierra tus ojos. Una vez estén cerrados, lo considerarás una señal para que tu subconsciente doble la relajación.

El doctor contó hasta cinco y le pidió que abriera los ojos. Bajó su mano y Adriana bajó los párpados. Repitieron el proceso unas siete u ocho veces.

—Ahora voy a levantar poco a poco tu mano izquierda y la voy a dejar caer sobre tu muslo. Cuando sientas que esa mano cae sobre tu pierna, esa relajación va a ser diez veces más profunda.

El doctor cogió su muñeca y la movió de izquierda a derecha para que Adriana viera que todo el peso de su brazo lo dirigía Dubois.

De repente, dejó caer su mano.

—Muy bien, eso es una relajación completa. Ahora quiero que cuentes desde el número cien hacia atrás. Con cada número que digas, dobla la relajación. Consigue que esos números desaparezcan de tu mente. Ahora empieza a contar en voz alta —le ordenó el doctor.

—Cien, noventa y nueve, noventa y ocho… —susurró Adriana.

—Eso es, muy despacio. Siente que los números se relajan y se van fuera de tu mente, desaparecen.

—Noventa y siete, noventa y seis…

—¿Qué sucede, Adriana?

Silencio.

—¿Se han ido los números?

Adriana emitió un gruñido que el doctor consideró como una afirmación. Dubois se giró hacia Quintanilla.

—Estamos listos.

Se volvió hacia la chica.

—Muy bien, ahora vas a permitir a tu subconsciente hacer los cambios pertinentes para dejarnos acceder a esos recuerdos que tienes escondidos en alguna parte de tu mente.

Quintanilla se levantó y se colocó junto a Dubois, quien se incorporó para decirle algo al oído.

—Sitúela primero en una fecha, un lugar, y luego haga preguntas concretas —le susurró.

El agente asintió en silencio y se dirigió hacia ella.

—Adriana —dijo tímidamente—, el sábado, 14 de marzo, al cerrar el restaurante. ¿Qué está sucediendo?

La chica movió la cabeza hacia los lados con gestos violentos, sin abrir los ojos. De repente, comenzó a responder, con un hilo de voz:

—Hablo por teléfono —acertó a decir.

—¿Con quién hablas? —preguntó Quintanilla sacando la libreta y un bolígrafo.

—Con Joaquín —hizo una pausa—, el aparejador que lleva la reforma de mi casa.

—Y, entonces ¿qué sucede? ¿Por qué no llegas al coche? —continuó el agente.

Dubois le hizo un aspaviento con la mano para que fuera más lento.

De pronto, Adriana se llevó las manos al cuello de forma brusca y comenzó a ahogarse a sí misma.

—Me quedo sin respiración —dijo sin aliento.

—¿Ves a alguien, Adriana? —intervino el doctor Dubois.

—No. ¡Está detrás de mí! —gritó Adriana, asustada.

—Tranquila. No puede hacerte daño.

Adriana retiró las manos de su cuello y se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Quintanilla.

—Nada, está oscuro.

—¿No ves nada?

—No.

Los dos hombres se miraron.

—Adriana, necesito que te concentres y pases a través de la oscuridad. ¿Recuerdas algo más? —insistió Dubois.

Adriana se puso a tiritar de repente.

—Hace frío.

—¿Dónde estás?

—En una sala de hospital, tumbada en una camilla. Todo está muy blanco.

—¿Hay alguien en la habitación?

—No. —Se detuvo para pensar—. Bueno, sí, hay una mujer. Está de espaldas.

—¿Cómo es? —preguntó Quintanilla, ávido de información.

—Es muy alta. Está manipulando una pantalla…

En ese momento, la puerta se abrió de un portazo.

—¿QUÉ COJONES ESTÁ PASANDO AQUÍ?

El inspector jefe, Gonzalo Beltrán, apareció con cara de pocos amigos.

—¡QUINTANILLA, LE VOY A MATAR! —dijo a gritos—. Ya me han contado sus compañeros la…

—¡Por favor, guarde silencio! Es un estado delicado para la paciente, podría sufrir un shock —exclamó el doctor Dubois.

—A mí no me manda callar ni…

De repente, Adriana comenzó a convulsionar violentamente. Beltrán se quedó callado y su rostro se puso pálido. Dubois se volvió rápido hacia ella.

—Adriana, escúchame, escucha mi voz. Ahora voy a contar hasta tres. Cuando llegue al tres, vas a despertar y ya nada podrá hacerte daño. ¿Me oyes? Uno, dos…

Capítulo 39

Un forcejeo

David caminaba en círculos entre las grandes columnas que daban acceso a la entrada principal del ayuntamiento. El reloj de la fachada marcaba las siete menos cinco. Había anochecido, aunque la claridad se resistía a irse sin pelear. La muralla, ya iluminada, mostraba orgullosa sus torres. No había ni rastro de Lucía; todavía quedaban cinco minutos para la hora indicada. Echó un vistazo a la plaza. Estaba solo en aquel lugar a menudo rebosante de actividad que ahora se presentaba tristemente vacío.

Tras pasear la mirada por media plaza, un hombre llamó su atención, más allá de las letras tridimensionales, entre las columnas de los soportales por las que había aparecido él mismo unos minutos antes. Al principio no pudo reconocerlo. La luz de una farola incidía sobre su cuerpo, pero estaba de espaldas. Hablaba por teléfono con la cabeza gacha. A pesar de tener cierta edad, su pelo, aunque corto, estaba muy tupido y tenía una gran envergadura, unos hombros fuertes. De pronto, un inesperado escalofrío recorrió el cuerpo de David. El leve temblor se convirtió en una descarga eléctrica que atravesó sus nervios cuando el desconocido se giró un poco y pudo ver su perfil. Ese mentón pronunciado, esos ojos fríos carentes de expresión, sus enormes brazos… Lo habría reconocido hasta con la plaza atestada de gente.

David sintió pánico, pero eso no le impidió hacer lo único que podía salvarle la vida: echó a correr. Bajó las escaleras del ayuntamiento de tres en tres, rezando por no caerse al suelo. Si se resbalaba, estaba muerto; si corría lento, estaba muerto; si decidía tarde…

Dos segundos. Fue el tiempo que tardó en decidir su camino. No tenía muchas opciones, pero, a decir verdad, ese tiempo mínimo dio para mucho en su cabeza, preparada para pensar muy rápido bajo presión.

Opción 1. Plaza de San Juan: Bajar las escaleras, girar a la izquierda y subir por la calle Gran Vía. Había más posibilidades de que se cruzara con alguien; quizá habría un coche de policía apostado en la plaza. A menudo estaban allí. Solo eran quinientos metros. Lo malo de aquella opción era que tenía que avanzar hacia donde se encontraba aquel demente. Pasar tan cerca era una locura. La descartó.

Opción 2. Casa: A pocos minutos de la plaza. Solo tenía que llegar hasta el Arco de la Estrella y recorrer una recta hasta su casa. El problema era que, para llegar, tenía que cruzar media plaza al descubierto. Sería como una liebre cuando el perro la ha sacado de su madriguera; una presa fácil. Descartó también el segundo plan.

Solo quedaba la última. La más viable.

Opción 3. Hotel Emperador: Bajar las escaleras, girar a la derecha, hacia el foro de los Balbos. Subir las escaleras que lo conectaban con el interior de la muralla. Una vez dentro del casco histórico, callejear hasta el hotel Emperador; el lujoso hotel que gestionaba Montaña, la madre de Alma. Sabía que ella se encontraba allí porque le había enviado un mensaje para que fuera a recoger unos libros de su novia. Sin duda, era la mejor opción.

Viró a la derecha. Su zancada era potente, pero lamentó haberse puesto unas zapatillas de tela. Seguía con el mismo calzado con el que había ido al supermercado. No pensó en cambiárselo para ir al CIQI. Todo aquello parecía lejano ahora y, sin embargo, había pasado en ese mismo día: lo habían detenido, interrogado, una abogada desconocida lo había rescatado, había operado a una mujer con éxito en una intervención que jamás se había intentado y, ahora, estaban a punto de matarlo. No estaba preparado para morir. Lo que más miedo le dio fue no creer en nada. «Solo pasto de los gusanos», pensó.

Subió las escaleras del foro de dos en dos. No se permitió mirar atrás ni una vez, solo cuando llegó a la apertura en la pared que conectaba la plaza con el casco histórico. Lo deseó. Deseó no ver a aquel desconocido con el que había convivido los últimos días en sus sueños. Sus anhelos no tuvieron piedad con él. Abajo, en el foso, el hombre avanzaba presuroso entre los charcos que se habían formado en el

adoquinado. De repente, desvió la vista hacia arriba y sus miradas se cruzaron. En un abrir y cerrar de ojos, levantó la pistola con ambas manos y disparó. David, inconscientemente, se agachó. Oyó el silbido de la bala y el estallido del impacto contra la piedra, justo encima de su cabeza, donde hacía un segundo se encontraba su propia cara. Corrió con el corazón en un puño y las pulsaciones a mil por hora. Corrió por su vida. Sabía que aquel hombre no se detendría, no dudaría.

Atravesó la plaza de los Calderos que desembocaba en la calle del Mono: un callejón estrecho como casi todos los que componían la parte antigua. Pensó en gritar; lo hizo:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —exclamó como pudo, ahogado por la carrera.

No tardó ni un segundo en lamentarse. Acababa de indicarle a su perseguidor qué camino había escogido. A medida que corría, su esperanza de salir vivo de la persecución iba disminuyendo. Pero no pensaba abandonar, no iba a ponérselo tan fácil. La lluvia golpeaba su cara descubierta.

Llegó a la plaza de San Jorge, exhausto y empapado. Se encontraba desierta, tan solo la escultura del patrón de Cáceres acabando con la vida del dragón.

Gritó de nuevo con fuerza, pero sin esperanza.

—¡Ayuda! ¡Alguien quiere matarme!

Silencio.

Y, de repente, el sonido de pisadas sobre los charcos.

«Ya está aquí», pensó.

Se dirigió a la calle Cuesta del Marqués, donde se situaba la entrada del hotel Emperador. El principio del callejón no tenía más de dos metros de ancho. El agua salía despedida en todas direcciones cuando sus zancadas aterrizaban sobre los enormes charcos.

Levantó la cabeza y, a unos cuantos pasos de distancia, vio algo que lo dejó sin aliento. Frente a él, cruzaba de pared a pared una valla de obra. Tras la barrera, un socavón enorme en el suelo.

Pasar por allí era imposible. Se dio la vuelta, intentando desandar el camino.

Demasiado tarde.

Silva ya había doblado el recodo y se encontraba en el interior del callejón. La persecución había concluido. No levantó la pistola. Tampoco avanzó hacia David. Tan solo se le quedó mirando, de pie, bajo la lluvia. El agua no hacía sino ensalzar su aterrador aspecto: su pelo corto estilo militar seguía perfectamente peinado; su barba, arreglada; sus ojos azules, fríos y calculadores, que le provocaban un absoluto terror.

«Es el final. Estoy muerto», fue lo único que David atinó a pensar.

Se apartó los mechones mojados de la cara para poder verlo con claridad. En ese momento, una luz blanca iluminó toda la calle enalteciendo la sobrecogedora figura de su asesino.

Cuatro segundos. Un trueno resonó a lo lejos.

Se encontraban a un par de metros el uno del otro. La expresión de Silva era impasible. David dio un paso más hacia él. De repente, sin saber cómo había pasado, se encontró con un silenciador apuntándole a unos milímetros del entrecejo. Pudo verlo más de cerca. Aquellos ojos inexpresivos carentes de emoción… solo quería saber.

—¿Por qué? —acertó a preguntar.

Las manos del neurocirujano temblaban como un flan. Silva se tomó su tiempo en contestar:

—No es personal.

David sintió el metal del silenciador en su frente.

—¡Un momento! —gritó cerrando los ojos—. Necesito saber por qué.

—Por estar en el momento y lugar equivocados, doc.

—Pero no tiene por qué ser así. No hablaré, ¡se lo juro!

Silva suspiró. Fue la primera vez que David vio un atisbo de debilidad en su rostro.

—Ya no depende de mí, doctor Peña. No quieren que siga vivo. Sabe demasiado.

—¿Quién? ¿Quién quiere matarme? ¿Es por la chica del mirador?

El joven médico fusilaba a su interlocutor con preguntas. Solo buscaba una cosa: seguir vivo un poco más. Unas bocanadas más de aire. Unas gotas más recorriendo su cara.

—¿No lo sabe? —preguntó Silva, extrañado—. ¿De verdad no sabe

quién está detrás de todo esto?

David lo miró confuso; ¿a qué se refería?

—Si le consuela, la chica está bien. Ya está en casa con su novio.

—Eso ya lo sé. ¿Qué le hicieron? —preguntó David.

Silva negó con la cabeza.

—Se acabó el interrogatorio, doctor.

—¡Espere! Quiero saber, necesito saber… ¿quién es la mujer?

—¿Qué mujer? —preguntó el exteniente, aunque sabía perfectamente a quién se refería.

—La mujer del tatuaje. —David señaló con la cabeza el antebrazo del hombre—. No es una casualidad.

Silva tragó saliva con dificultad.

—No es nadie.

—Es algo suyo, algo importante —razonó David a toda prisa. Cayó en la cuenta—: ¡es su mujer!

Javier Silva cogió a David del cuello y lo empotró contra la pared, clavándole aún más el silenciador entre las cejas.

— Sí, es mi mujer, pero esto tiene que hacerse o no seremos libres — le dijo.

David se supo derrotado y cerró los ojos. Se acordó de su afable padre; pronto se reuniría con él. De su madre, de lo solitaria que se iba a volver su existencia. La pobre se iba a morir de pena: primero su marido y ahora su hijo. Al menos, la muerte de David no sería un proceso largo y lleno de dolor y sufrimiento. También se acordó de Alma, el amor de su vida. Todavía era muy joven, le costaría tiempo, pero seguro que reharía su vida. Tendría hijos monísimos que irían vestidos igual. Sería feliz. Le dio tiempo a imaginarse su funeral: su madre llorando, Alma con la mirada clavada al frente; no habría lágrimas en sus ojos, pocas veces la había visto llorar. Sus amigos sí lo harían. Se los imaginó enfundados en sus trajes. Un día es un día. Habrían pedido consejo a sus novias para el estilismo, porque ninguno sabría cómo vestirse para una ocasión así.

De repente, notó cómo el metal se despegaba muy poco a poco de su entrecejo. Abrió los ojos y observó a Silva como no lo había hecho

antes. En aquel rostro había remordimiento; podía intuir su lucha interna.

—No tiene por qué hacerlo —dijo David—. Puedo ayudarla a ella.

—Usted ya ha cumplido con su trabajo. No se imagina las cosas que he tenido que hacer para que mi mujer vuelva a… vuelva a ser ella —le confesó Javier alejando un poco más la pistola, a unos cuantos centímetros de la cara de David.

—Desapareceré, no sabrán que sigo vivo. Los que le han encargado matarme no lo sabrán.

Silva sonrió amargamente.

—Lo sabrán, doc —dijo.

Javier seguía bajando su pistola, muy despacio.

—¿A qué se refiere? —preguntó David.

De repente, ambos escucharon el inconfundible sonido de unas zapatillas chapoteando en los charcos del adoquinado. Silva giró su cabeza hacia la entrada del callejón. David aprovechó la ocasión y agarró la muñeca donde tenía la pistola con fuerza y se abalanzó sobre el exteniente. Este, ante la sorpresa por el ataque, trastabilló y cayó hacia atrás. Los dos rodaron sobre las piedras de la callejuela. Una. Dos. Tres vueltas. La mala suerte y su experiencia en el cuerpo a cuerpo le dio a Silva la ventaja. Su cuerpo quedó sobre el de David. Le apuntó con la pistola.

—¡BANG!

El disparo resonó en el callejón.

Capítulo 40

Una esperada aparición

La pistola de Lucía siguió humeando unos segundos después del disparo. Silva y David habían dejado de forcejear.

El exteniente tenía la mano izquierda apoyada sobre el pecho del cirujano mientras con la derecha le apuntaba a la cabeza con su pistola.

—¡Tire el arma! —gritó Lucía—. ¡Le juro que no habrá más avisos!

Silva sonrió a David, con sangre fría. Acercó su cara a la del médico, poco a poco.

—¡Quieto! —le ordenó Lucía apuntándole.

Javier Silva se situó en la oreja del cirujano y le susurró al oído:

—Pase lo que pase ahora, quiero que sepa que no iba a disparar.

Con gran agilidad, movió el cuerpo del médico para situarlo entre la policía y él.

—¡Arriba, doctor! —le dijo Silva.

El exmilitar se incorporó, protegiéndose con el cuerpo de David.

—No quiero que haya heridos, inspectora Fernández. Solo irme de aquí sin hacer daño a nadie. Todos contentos —dijo mientras ponía la pistola en la sien de David.

Lucía evaluó la escena: su amigo de la infancia se tambaleaba hacia atrás debido a la fuerza que aquel individuo ejercía para atraerlo hacia él mientras ella le apuntaba con el arma. Era la primera vez que la inspectora sacaba la pistola de la funda. Aquel desconocido rezumaba formación militar por todos los poros de su piel. La situación tenía mala pinta.

—Esto no tiene por qué acabar mal, Lucía —le propuso Silva leyéndole la mente.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Silva y David avanzaron hacia la inspectora, hacia la salida del callejón.

—No le hagas nada, por favor —suplicó David.

Por encima del estruendo de la tormenta se escucharon a lo lejos las sirenas de coches de policía.

—¡Llega la caballería! —exclamó Lucía, sonriendo.

Sus mechones de pelo rubio le caían empapados por la cara. Tiritaba debido al frío, al miedo, al agua, que le había calado la ropa. Las piernas le temblaban de forma incontrolable. Se lamentó de su estado; aquel hombre la miraba de una manera… casi como si se compadeciera de ella.

—No llegarán a tiempo, guapa —afirmó Silva acercándose más a ella —. Para cuando aparezcan, tú estarás muerta y yo ya me habré ido.

—Es mi amiga, te lo suplico, no lo hagas —dijo David—. ¡Salvé a tu mujer! ¡Me debes su vida!

—Pues dile a tu querida amiga que se aparte —le pidió Silva.

—¡NO! —gritó Lucía—. No voy a moverme a ningún sitio. Tira la pistola y suelta a David.

—Por favor, Lucía… —suplicó David.

—Voy a contar hasta tres —anunció Silva—: uno…

—¡No! —gritó David removiéndose.

—Quieto, doc, o el primero será usted. Dos… —siguió Silva.

A Lucía le seguían temblando las rodillas.

—¡Quieto o disparo! —gritó.

Era la mejor en las prácticas de tiro, pero esto era la vida real y era a su amigo al que estaban apuntando con una 9 milímetros. Estaban jodidos.

Silva suspiró como si le pesara tener que hacer lo que se disponía a hacer.

—Siento mucho esto, doctor Peña —susurró—. Tr…

De repente, el tono de una llamada entrante le llegó nítido desde el interior del bolsillo del pantalón. Silva iba a ignorarlo, pero pensó que sería de nuevo la doctora Sawn, ¿le habría pasado algo a su mujer? Tenía que saberlo.

—No te muevas —le ordenó a David.

Agarró el teléfono con la mano izquierda mientras se protegía tras el

cuerpo del neurocirujano.

—¿Sí?

—Jjjjjjaaa…

—¿Hola?

—Jjjjjjaaa… Jjjaaa.

—¿Pequeña, eres tú? —preguntó Silva notando su corazón palpitar en el pecho a toda velocidad.

—Jjjjaaavvv… Jjjjaaaavvv

De pronto, sin que nadie pudiera haberlo predicho, Silva cayó de rodillas, machacándose las rótulas contra las duras piedras de la parte antigua de la ciudad. La pistola cayó de su mano mientras Javier lloraba a lágrima viva. Lucía y David se miraron sin entender.

—Ana, ¿estás bien? ¿Eres tú? —sollozó Javier Silva sin dar crédito a lo que oía.

—Jjjjjjaaa… Jjjaaavvvvii.

—Te quiero. Pronto estaremos juntos, te lo prometo.

Lucía se acercó a él despacio, apuntándole con la pistola. Al otro lado del teléfono, Silva oyó como la doctora Sawn felicitaba a su mujer por el esfuerzo. Inmediatamente después, Lucía le arrebató el teléfono y tumbó al exmilitar en el suelo hundiendo su cara en un enorme charco. A Silva no pareció importarle; se sacudió el agua de la cara como pudo, feliz. Su sonrisa, de oreja a oreja, no se podía borrar con unas esposas ni con un charco ni con una detención. Contempló la cara asustada del doctor Peña, quien había conseguido un imposible. Se arrepintió por todo lo que le había hecho pasar; era al joven médico a quien debía lealtad. Había llegado la hora de cambiar de bando, de estar de nuevo del lado de los buenos.

—Queda usted detenido —dijo Lucía mientras le ponía las esposas—. Tiene derecho a guardar silencio; tiene derecho a un abogado…

—Quiero hablar con el doctor Peña —le interrumpió Silva.

—Ahora no es momento —replicó la inspectora.

—Sospecho que le interesará saber lo que tengo que decirle.

Capítulo 41

Una conocida doctora

Gonzalo Beltrán y el agente Quintanilla se arremolinaban en torno a unos cuantos folios tendidos sobre la mesa del inspector. Aquellas hojas contenían el informe de posición de un móvil en los últimos días, ordenado por horas. Cada una tenía su localización. También había un mapa con la ruta que había seguido. Los informes de geolocalizaciones cada vez eran más exhaustivos.

El agente Quintanilla señaló un punto con el dedo.

—¡Jefe, mire esto! —exclamó—. ¡La hora!

Beltrán asintió en silencio.

—¡Dios mío! También estuvo en la residencia por la mañana —exclamó el agente. Se volvió hacia su superior—. ¿Cómo pudo saberlo?

Beltrán lo observaba pensativo.

—¿Jefe?

—No lo sabía, Quintanilla. Fue… puro instinto.

—Ojalá algún día logre tener esa intuición.

—Quiero ver al doctor Peña en la comisaría. ¿Se encarga usted?

—¿Peña? Pero, jefe, el móvil…

—No he descartado su participación —expuso conciso.

—Pero él no pudo ser. Tiene coartada para la mañana del lunes —replicó el agente.

—Eso no significa que no estuviera involucrado en el asesinato del doctor Ayala.

—¿No sería más productivo traer directamente a…?

La voz de Quintanilla se fue apagando ante la mirada de Beltrán que echaba chispas bajo el bosque que eran sus cejas.

—Quiero verlo en la comisaría hoy mismo.

—Claro que sí, jefe. Me pongo en marcha.

El agente salió del despacho. Beltrán dio la vuelta a la mesa y se

sentó en su silla. La prensa se iba a volver loca con ese caso. Se desplazarían hasta Cáceres medios de todos los rincones de España buscando carnaza. Y él quedaría como el inspector que resolvió los asesinatos en serie y devolvió la paz a la ciudad. Solo le faltaba una incógnita por despejar: ¿estaba involucrado David Peña?

Mientras esperaba a que su agente cumpliera con el cometido asignado, extrajo del bolsillo la carta gastada de su hijo. La leyó una vez más, notando cómo el nudo de siempre se formaba de nuevo en su garganta.

Alguien llamó a la puerta, un chico joven al que habían trasladado desde la comisaría de Badajoz. No recordaba su nombre.

—Perdone que lo moleste, inspector. La señorita Adriana Martín desea hablar con usted.

—Que pase —respondió guardándose la carta en el bolsillo.

El joven policía se apartó y Adriana entró en el despacho. Aquella muchacha tenía algo que dejaba embelesado a quien la mirara: su pelo negro largo hasta la cintura; su piel bronceada y brillante; su cara simétrica de nariz fina y labios carnosos. Su cuerpo, trabajado en el gimnasio, exhibía unas curvas proporcionadas y una tripa plana, en la cual todavía no se intuía el bebé que se gestaba en su interior. Entró en el despacho algo asustada. Quizá temerosa de aquel hombre, al que había conocido gritando a los cuatro vientos. O quizá fuera el despacho, con la foto del rey, la bandera de España en la esquina, los diplomas enmarcados colgados en la pared.

—Tome asiento, señorita Martín —le ofreció Beltrán amablemente extendiendo su mano hacia la silla situada enfrente del escritorio.

—Gracias —musitó ella—. He venido a verlo porque quiero… quiero saber qué me hicieron.

—Deme un segundo.

El inspector revolvió en su cajón y encontró la carpeta del caso. Extrajo los informes y fotografías de su interior y los extendió sobre la mesa.

—Antes de nada, ¿me permite una pregunta? —dijo Beltrán mientras recolocaba los papeles—: ¿Por qué ahora? Cuando el agente Quintanilla

la interrogó, apenas contó nada, solo quería irse a casa y…

—¡Porque ahora lo recuerdo! —exclamó Adriana.

La joven se echó las manos a la cara mientras sollozaba y Beltrán le tendió un pañuelo de papel.

—Tenga. ¿Qué es lo que recuerda? —le preguntó Gonzalo mientras abría una libreta y cogía un bolígrafo.

Adriana cada vez lloraba con más fuerza y casi no podía articular una frase completa.

—Era una sala… ¡hip!… y yo estaba tumbada en una camilla… ¡hip!… había otras personas…

—¿Qué personas? ¿Pudo reconocerlas? —la apremió el inspector, ávido de descubrir más información sobre el caso.

—No —respondió Adriana—. Bueno, había una mujer… ¡hip!… una doctora muy alta… ella…

La chica no podía seguir hablando debido a su llanto.

—¿Qué sucedió? —insistió Beltrán, quien se levantó para acercarse a ella—. No tenga miedo, ya está a salvo. Dígame qué le hicieron.

Adriana solo hipaba, desconsolada. El inspector le pidió a un agente que fuera a por un vaso de agua mientras él salía del despacho para atender una llamada.

Unos minutos después, el jefe de la judicial se sentó de nuevo junto a la chica, que ya estaba más tranquila.

—¿Está mejor? —le preguntó Beltrán.

Ella asintió con la cabeza.

—Quiero que encuentren a esa mujer, a todos ellos.

—¿Qué pasó en esa habitación? —El inspector jefe repitió la pregunta.

—Le hicieron algo a mi bebé.

—¿Cómo? —Gonzalo arqueó la selva amazónica que tenía sobre los ojos.

—Ella introdujo algo en mi vagina. Me dijo… Me dijo… —Adriana hacía esfuerzos para no derrumbarse de nuevo—. Me dijo que a mi bebé le pasaba algo, que en el hospital no me ayudarían…, que solo ellos podían…

—¿Qué le pasaba al bebé? ¿Quiénes eran ellos? —preguntó Beltrán, ansioso.

—No lo sé, lo tengo todo borroso. Pero me dijo una cosa más…

—¿Qué?

—Que, si no fuera por ellos, mi bebé no existiría; que los necesitaba.

Beltrán se recostó en su asiento, con los ojos como platos, sin entender nada.

—Señorita Martín, ¿había visto a esa mujer antes? —preguntó por fin.

Adriana negó con la cabeza:

—Nunca.

El inspector se incorporó de nuevo para consultar sus papeles, confuso.

—Lo mejor, cuando se llega a un punto muerto, es empezar desde el principio de nuevo. Señorita Martín, leo en su informe que se quedó embarazada a través de una fecundación *in vitro*, ¿es eso cierto?

La chica asintió en silencio.

—Sí, Álvaro y yo no podíamos tener hijos y la doctora nos recomendó una clínica privada.

—¿Qué clínica? —preguntó Beltrán mientras apuntaba mentalmente la bronca que se iba a llevar la inspectora Fernández por no ser minuciosa en los informes.

—Se llama Biocrea. Tengo los análisis y la documentación en casa; puedo traérselos si quiere.

—Sí, por favor. Tendremos que hacer una visita a esa clínica de fertilidad.

—¿Cree que puede estar relacionado con lo que me ha pasado?

—Ahora mismo no descarto nada —contestó Gonzalo sin levantar la vista de sus papeles—. Una pregunta más: ¿fue la doctora… Muntaner la que le recomendó la clínica?

Adriana puso cara de sorpresa.

—¿Muntaner? No, ella es mi ginecóloga, pero la doctora que se encargó de mi embarazo se llama Maldonado, Alma Maldonado.

Beltrán se quedó pálido como la leche.

—¿Me puede repetir el nombre? —preguntó mientras buscaba un informe sobre la mesa.

—La doctora Alma Maldonado —repitió Adriana enfatizando cada sílaba—, ella nos puso en contacto con la clínica y se encargó de acompañarnos durante el proceso.

El inspector encontró por fin la documentación que buscaba.

—Tengo aquí apuntado que fue el doctor Luis Ayala quien realizó los análisis genéticos a usted y a su bebé.

Adriana asintió.

—Sí, pero la doctora Maldonado fue quien se lo solicitó. Esa mujer se portó muy bien con nosotros. Incluso venía a la clínica cuando teníamos alguna prueba.

La mente del inspector echaba humo.

—Me gustaría saber por qué una genetista llevó su embarazo y qué relación había entre Alma Maldonado, Luis Ayala y la clínica de fertilidad donde se hizo la fecundación *in vitro*. Además…, espere un momento. —Beltrán agarró el teléfono y marcó una extensión—: Álvarez, averíguame todo lo que puedas sobre la empresa Biocrea.

Colgó el teléfono; anotó algo en el documento que tenía sobre su mesa.

—Señorita Martín, puede empezar cuando quiera. La escucho atentamente.

Veinte minutos más tarde, el inspector salió de su despacho con una sensación de satisfacción: las piezas del rompecabezas acababan de ordenarse en su mente. Ahora solo faltaba unirlas y había una persona que podía ayudarlo a hacerlo: Lucía Fernández.

Capítulo 42

Una revelación

David Peña y Javier Silva se encontraban, uno junto al otro, en el asiento trasero de uno de los coches patrulla que había llegado a la plaza de Santa María. Un grupo de policías, vestidos de uniforme, hablaban fuera, a unos cuantos metros. Lucía acababa de salir del vehículo para atender una llamada de su jefe que no podía esperar. De nuevo, estaban solos. Con la gran diferencia de que Silva iba esposado, con las manos a la espalda, y David lo miraba desafiante esta vez. Necesitaba respuestas.

—Entonces, dime —le pidió mirándolo a los ojos—. ¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme?

Le tuteó como si fuera un conocido. Al fin y al cabo, en cierta forma, lo era. La cara de Silva había cambiado por completo: su mandíbula no estaba tensa; sus ojos, por primera vez, reflejaban algo del júbilo que sentía; su cabeza gacha, sus hombros relajados. Se había quitado un peso de encima.

—Quería darle las gracias, doctor. —Hizo una pausa—. No sabe lo que significa para mí lo que ha hecho por mi mujer.

—Bonita forma de demostrarlo —respondió el joven médico.

El exteniente esbozó una sonrisa amarga.

—No lo habría hecho, doc. No soy un monstruo, aunque lo crea.

David lo observó, atónito.

—¡Secuestraste a una chica! ¡Intentaste matarme! ¿¡Qué quieres que piense!?

Javier lo contempló en silencio unos segundos, entristecido. Después, desvió la mirada hacia el grupo de policías que hablaban en corrillo fuera del vehículo.

—David, ¿puedo tutearte?

—Haz lo que quieras.

—¿Alguna vez has deseado algo con tanta fuerza que hubieras hecho lo que fuera por conseguirlo?

David no contestó enseguida; se quedó mirando cómo su amiga caminaba de un lado a otro, teléfono en mano. No sabía qué estaba sucediendo, pero la cara de Lucía indicaba que algo malo había pasado.

—Nunca habría matado, no habría secuestrado a nadie —respondió David, finalmente, girándose hacia el militar.

—Eso es porque nunca te has visto obligado a hacerlo —le espetó Silva—. ¿Qué harías si alguien te dijera que podría devolverte a la mujer que amas?

David calló.

—Se había ido. Ana ya no era ella. No hablaba, no comía, no reía. Su cuerpo deteriorado seguía aquí, pero no su mente; su alma ya estaba en otra parte. Ellos me dijeron que podían traerla de vuelta, que podían curarla…

—¿Quiénes? ¿Quiénes son ellos?

Javier suspiró. Se recolocó en el asiento mientras intentaba ponerse en una posición más cómoda, ya que las esposas en la espalda lo obligaban a estar incorporado hacia delante.

—Fue hace tres años. Se presentó en el hospital de Sevilla donde estaban tratando a mi mujer. Había perdido las funciones lingüísticas y motoras, pero seguía en rehabilitación para que no se degeneraran los músculos y articulaciones.

Silva continuó hablando con la mirada perdida en el pasado.

—Apareció con su traje caro, unos Tanino Crisci en los pies y un Rolex en la muñeca. Su pelo canoso bien peinado hacia un lado —describió Silva— y ese aire de superioridad que ya conoces.

David lo miraba desconcertado, pero esperó a que terminara.

—Me llamó por mi cargo militar —afirmó Javier—. Aún recuerdo sus palabras exactas: teniente Silva, soy el doctor Hooker y estoy aquí para curar a su mujer.

—¿Así que te llamas Silva? —lo interrumpió David.

Javier asintió.

—¿Y quién es ese Hooker?

—No es su nombre real —respondió.

—¿Y cuál es? —le apremió el joven médico.

—Necesito que hagas algo por mí antes de darte el nombre que buscas.

—No pienso hacer nada por ti, ¡has intentado matarme!

—Por favor, escúchame. Ella no tiene la culpa —le suplicó Silva—. Solo te pido que la saques de allí, que hagas unas llamadas y que la traslades a tu hospital.

—Pero yo… no puedo —murmuró David.

—Sí que puedes, doc. Ella corre peligro en esas instalaciones, estando tan cerca de Hooker. No te pido nada para mí, solo que salves a una buena persona.

David soltó un largo suspiro.

—Está bien. La sacaré del CIQI y la llevaré a mi hospital. Le diré a Juan que tengo que hacerle algunas pruebas esta semana.

—A Juan Maldonado no. Habla con tu compañera, la doctora Sawn.

—¿Por qué no puedo ha…?

—¿Tengo tu palabra, David? —le preguntó Silva mirándolo fijamente a los ojos.

David lo observó, resignado.

—La tienes. Ahora, dame un nombre.

Javier se tomó su tiempo en continuar. Sabía que, cuando lo hiciera, el mundo del doctor Peña no volvería a ser igual que antes.

—No puedes hablar con Juan Maldonado porque ha sido él quien me ha ordenado venir a por ti.

David lo miró perplejo.

—¿¡Qué estás diciendo!? Eso es imposible.

—Vamos, doc, sé que lo sabes desde que has visto el tatuaje, pero te niegas a creerlo. ¿Quién te ha pedido que salves a mi mujer?

David se enfrentó por fin a las preguntas que había estado evitando hacerse desde que había visto el tiburón en el antebrazo de la mujer en aquella mesa de operaciones.

—¿Juan organizó el secuestro de la chica?

El teniente Silva asintió en silencio mientras observaba las gotas de

lluvia deslizarse por las ventanas traseras del coche patrulla.

—No tiene sentido… Él es médico, científico…, ¡no es ningún delincuente! ¡Mientes! —lo acusó señalándolo.

—No tengo por qué mentir; mira dónde estoy. No tengo nada que sacar. Estoy en deuda contigo. Te debía la verdad.

—Pero ¿por qué? ¿Él te ha ordenado que me mataras? —preguntó tratando de asimilarlo.

El tono de David era casi una súplica. La persona que más lo había apoyado profesionalmente en los últimos años, alguien a quien consideraba familia, había intentado quitarle la vida. Se negaba a asumirlo y, sin embargo, había algo dentro de él que le empujaba a creer que era cierto. Su investigación, el secretismo con el que se había gestionado todo, los fondos ilimitados, la cláusula de confidencialidad, el secuestro, la abogada, el tatuaje, Silva, su mujer… demasiadas coincidencias. Había vivido muchas situaciones extrañas con su tío adoptivo.

David levantó su frente del reposacabezas del asiento delantero donde se había apoyado. Volvió la vista hacia Javier Silva, quien lo miraba apenado.

—¿Por qué lo llaman doctor Hooker?

—Eso no lo sé.

—¿Por qué te envió a matarme? —le preguntó David insistiendo—. Yo no sé nada de la chica ni de los proyectos que os traéis entre manos.

Silva se encogió de hombros.

—Era cuestión de tiempo que te hicieras más preguntas. Todas sus investigaciones se podrían ver en peligro si fueras a la policía. Son millones en juego, años de experimentación, corporaciones enteras. No estamos hablando de curar cerebros, sino de mucho más.

—¿Qué tipo de investigaciones?

—De las que no salen en las revistas especializadas.

—¿Qué quieres decir?

—Como puedes suponer, no me ponían al corriente de ellas. Lo que sí sé es lo que he tenido que hacer para ellos.

—¿Qué has hecho, Silva? —lo presionó David impacientándose.

Javier desvió la mirada hacia sus pies.

—Cosas de las que no me siento orgulloso.

—¿Has matado para ellos? —De repente, a David se le ocurrió una idea—: ¿Fuiste tú el que asesinaste al doctor Ayala para incriminarme?

—Yo no lo maté.

—¡Pero sabes quién lo hizo!

Silva guardó silencio, sin atreverse a mirar al neurocirujano.

—Ayala trabajaba para nosotros —confesó Silva al fin.

—¿De qué manera?

—Nos conseguía expedientes, casos muy particulares. Chicas que querían quedarse embarazadas o que ya estaban en sus primeras semanas de embarazo.

David se quedó perplejo.

—¿Para qué?

Silva lo miró como si fuera un niño inocente.

—No lo sé, nunca me lo dijeron.

—Algo tienes que saber.

—Lo que pude averiguar por mi cuenta es que, de alguna manera, manipulan el ADN de esos fetos.

—¡Eso no es posible! ¡No se puede hacer!

El militar se encogió de hombros.

—Tampoco se puede reconstruir parte de un cerebro muerto y tú lo has hecho —dijo con una sonrisa triste, guiñándole un ojo.

David evitó mirarlo a la cara. No quería crear ningún tipo de complicidad con aquel asesino.

—¿Quién mató a Ayala? —volvió a insistir.

Silva se puso serio.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?

En ese momento, se abrió la puerta del conductor y, por ella, asomó la cabeza de Lucía.

—Necesito que salgas —le dijo a David.

—Estoy ocupado —respondió este sin ni siquiera mirarla.

Lucía cerró la puerta del coche de un portazo. Abrió la de David.

—¡Ahora!

El neurocirujano golpeó el reposacabezas del conductor con el puño y salió al exterior. La rabia inundaba su cuerpo de la cabeza a los pies.

—¿¡Qué demonios estás haciendo, Lucía!? —exclamó.

—Aquí no —masculló ella mientras observaba al grupo de agentes de refuerzo que se habían girado en su dirección para estudiar la escena—. Sígueme.

Cruzó la plaza de Santa María con paso firme y rápido, sin siquiera comprobar si David la seguía. Dobló la esquina junto a la que se erguía la escultura de San Pedro de Alcántara, al pie de la Concatedral. La talla de bronce exhibía al fraile franciscano vestido únicamente con el hábito y portando una cruz en el pecho. Lucía siguió caminando unos pasos más hasta descubrir un poyo de piedra incrustado en la pared de la iglesia, entre dos colosales columnas.

—Siéntate —ordenó.

—¿Qué te pasa? —respondió, enfadado, David—. Estaba a punto de sacarle quién mató a Luis, ¿es que no te importa saberlo?

Lucía era una olla a presión. Su nariz arrugada, sus labios tensos, su pelo recogido en una coleta de la que se desprendían mechones rebeldes que parecían querer escapar de la tensión que había dentro de aquella cabeza… Lo miró con sus cautivadores ojos verdes.

—¿Fuiste tú? ¿Tienes algo que ver? —preguntó.

—¿¡Qué!? ¿De qué me hablas?

—¡Dime la verdad! ¡Yo estaba allí! ¡Vi cómo le pegabas!

David se quedó perplejo.

—Un momento, Lucía, ¿crees que fui yo quien mató a Luis? ¿¡Acaso has perdido el juicio!?

La inspectora agachó la cabeza y se llevó las manos a la cara, en silencio. Cuando levantó su rostro, varias lágrimas lo recorrían.

—Lo siento, debía estar segura. Antes de decirte… de decirte…

Dejó inacabada la frase porque en ese momento apareció en la plaza de Santa María un coche de alta gama con la sirena azul de policía en el techo.

—Mi jefe —se alertó la agente—. Tenemos que irnos ya.

—¿Qué?

—¡QUE CORRAS, DAVID!

Lucía tiró de él para levantarlo y ambos echaron a correr.

Capítulo 43

Un hotel de lujo

Lucía jugueteaba con el llavero entre sus dedos, con la figurita de una vespa azul que colgaba de él; hacía mucho que quería quitar aquella cosa revienta bolsillos. Pero no lo había hecho; jamás habría tirado nada que le hubiera regalado David, ni siquiera un adorno incómodo. Lo quería como si fuera su hermano. De hecho, estaba más unida a él que a su hermana pequeña, Claudia. Todavía vivía en casa de sus padres, se pasaba el día encerrada en su habitación pasando vídeos de TikTok. En cambio, con David podía hablar durante horas, incluso compartían los mismos gustos: el *running*, los libros, las películas, las chicas… Lucía sonrió amargamente ante este último pensamiento. En los próximos minutos pondría su vida patas arriba. Lo observó mientras caminaba de un lado a otro con el teléfono en la oreja. No sabía cómo demonios iba a decirle lo que había descubierto. ¿La creería? Ni siquiera ella misma lo hacía. Todavía estaba esperando una explicación plausible que justificara todas las evidencias. Consultó su teléfono: siete llamadas perdidas del inspector jefe Beltrán. No estaba segura de si los había visto salir de la plaza corriendo. De todas maneras, estaba en un buen lío: desaparecida y con el principal sospechoso de una investigación. No le importaba; por David haría esto y mucho más. Además, cuando se demostrara su inocencia no podrían acusarlo de nada.

Mientras reflexionaba sobre cómo salir de aquel embrollo algo llamó su atención arriba, en la torre principal del hotel Emperador. A través de una de las ventanas más altas, una mujer miraba hacia la entrada principal, donde se encontraban ellos. La sombra sonrió y saludó a la agente con la mano. Lucía le devolvió el saludo. En ese momento, David se sentó junto a ella.

—Ya está. He trasladado a la mujer de… Silva. —David se dio cuenta

en ese momento de que le costaba pronunciar ese nombre—. Me encargaré de su evolución en persona.

—No sé por qué tienes que hacer eso —le espetó Lucía incorporándose, visiblemente enfadada—. ¡Que le jodan!

—Le he dado mi palabra —dijo David encogiéndose de hombros y siguiendo a su amiga.

Accedieron al hotel Emperador a través de un portón de madera caoba del siglo XV con tallas en relieve que mostraban una majestuosa encina. Bajo aquel árbol singular, se encontraban dos figuras. Una de ellas estaba de espaldas; le colocaba una corona a un hombre que la recibía con los brazos abiertos. Montaña se había encaprichado de aquella puerta en un retiro espiritual que realizó en un monasterio en el norte de Extremadura. Los monjes no quisieron vendérsela, por supuesto. Pero, años más tarde, Montaña se enteró de que necesitaban una reforma de las vigas que sustentaban el tejado principal de la capilla. Se ofreció a pagar el arreglo con la condición de que le regalaran aquella puerta. Decía que era la guinda perfecta para su nuevo hotel.

El Emperador era una obra moderna que había suscitado ciertas críticas entre los ciudadanos que temían por la integridad del casco histórico. Muchas de las reticencias habían provocado retrasos en la inauguración del hotel y numerosas preocupaciones en Montaña, quien había tenido que lidiar con funcionarios del ayuntamiento que según se acercaban las elecciones más trabas le ponían. Aquellas dudas de los cacereños se disiparon con la apertura. Todos pudieron corroborar que la fachada había recuperado la estética medieval de la piedra vista, siguiendo la misma línea arquitectónica de los edificios colindantes.

La entrada daba acceso a un coqueto jardín que se componía de dos impresionantes palmeras a ambos lados, las cuales custodiaban una hermosa vista de la montaña de Cáceres, donde hacía tan solo unos días David había tenido su primera conversación con Silva. Toda la zona exterior estaba cubierta de un césped pulcramente cortado y cuidado. La fachada de la torre principal del hotel estaba cubierta por rosales de diferentes tonalidades en su parte inferior. En el centro del jardín,

descansaba una higuera centenaria; el tronco, lleno de nudos, debía de medir al menos dos metros. Al otro lado del árbol, vieron aparecer a Montaña, quien se dirigía apresurada hacia ellos con cara de preocupación.

—¿Ya lo sabes? —le preguntó sin reparar siquiera en la presencia de Lucía.

—¿Saber qué? —contestó David.

—Qué raro. ¿No te ha llamado?

—¿Quién, Montaña? ¿De qué hablas? —insistió perdiendo la paciencia.

—Es Alma.

—¿Qué le ha pasado?

—Estaba trabajando en el hospital; se encontraba bien, pero de repente comenzó a sentirse indispuesta y ahora…

David sujetó a su suegra por los hombros con firmeza y la obligó a levantar la vista para mirarlo directamente a los ojos.

—¿Qué le ha sucedido a Alma?

—Ha dado positivo en COVID-19. Está aislada en el hospital.

David no pudo evitar abrir la boca por la sorpresa.

—¿Qué? ¿En el suyo o en San Blas?

—En el suyo. —Montaña se frotó las manos con nerviosismo—. ¿Qué va a pasar con nosotros, David? ¿Tendremos que hacer cuarentena? ¿Y mis empleados? No podremos seguir albergando a enfermos… —se lamentó.

—No lo sé, Montaña. La verdad es que no tengo ni la menor idea.

La cabeza le iba a estallar. Ahora Alma estaba enferma y él ni se había enterado. Comprobó las llamadas perdidas de su móvil: había algunas del hospital. También dos de Alma. Entró en la aplicación de WhatsApp y vio que le había dejado un mensaje.

> Cielo, siento lo de hoy. No quiero que nos enfademos más.
> Tengo algo que contarte: he dado positivo en
> COVID-19. No te preocupes, me encuentro bien, solo tengo tos y estoy algo cansada. No puedes venir aquí, pero me dejan tener móvil. Llámame cuando puedas. Te quiero.

Abrió la aplicación de contactos decidido a llamarla cuando la mano de Lucía se interpuso entre él y la pantalla.

—¡No! —exclamó la inspectora.

—¿¡Cómo que no!?

—Antes tenemos que hablar.

—Pero, Lucía, ¿qué te pasa? —la increpó David zafándose de su mano de un tirón—. ¿Es que no has escuchado a Montaña? Está enferma y ni siquiera le he contestado al mensaje.

—Puede esperar —repuso su amiga.

David la miraba como si hubiera perdido el juicio y Montaña parecía que se acababa de dar cuenta de la presencia de Lucía en aquella conversación.

—Pero, niña, ¿qué estás diciendo? —intervino.

Lucía simplemente la ignoró.

—David, confía en mí. Escucha lo que tengo que contarte… y luego podrás llamar a Alma. Solo serán cinco minutos, a solas —aclaró mirando a Montaña, quien se quedó planchada.

—Muy bien, cinco minutos —aceptó David guardando el teléfono—. Montaña, ¿hay algún sitio donde podamos hablar?

Las flores del jarrón situado junto a la cama de Alma exhibían su viveza. Lo más seguro es que fueran las únicas flores frescas en todas las habitaciones con pacientes con COVID-19. Algo bueno debía tener trabajar en ese hospital. Sus compañeras estaban cien por cien pendientes de ella. Era la tercera vez que Conchi entraba para acomodarle la almohada. Teniendo en cuenta que cada vez que pasaba a la habitación tenía que montar un circo para vestirse, el gesto implicaba bastante mérito. Cuando la afable enfermera salió del cuarto, Alma se giró hacia el otro lado. El pequeño esfuerzo le arrancó un ataque de tos seca que solventó bebiendo del vaso de agua que tenía junto a la cama. Desenchufó el móvil del cargador y lo encendió. Esperaba encontrarse con las llamadas perdidas de David. Sabía que no

podía visitarla; aun así, había guardado la esperanza de que fuera a verla igualmente. Esa confianza se había ido disipando con el paso de las horas. Su desconcierto aumentó cuando revisó su *smartphone*.

Cero llamadas perdidas. Abrió su aplicación de WhatsApp: trescientos ochenta mensajes del grupo del hospital, veinte de su madre, cero de David.

«¿Qué está pasando?».

De repente, un globo rojo con el número «uno» apareció en la aplicación de mensajes. Deslizó el dedo y pulsó sobre el icono con el pulgar. El texto que leyó a continuación la dejó sin respiración.

> Sal del hospital, AHORA. La policía va a por ti. Saben lo de Biocrea. No hables con ellos.

Según estaba leyendo aquel mensaje, entró el siguiente:

> No vayas a ver a David. Él también lo sabe. Reúnete conmigo en el hotel Extremadura; nos vamos de la ciudad.

El teléfono resbaló de las manos temblorosas de Alma. La pantalla crujió de arriba abajo al impactar contra el suelo, al igual que la máscara que había construido, que al romperse, reveló los demonios que habitaban en ella.

Capítulo 44

Un detonante

Cáceres, 1998

Una niña de siete años caminaba de la mano de su padre por el paseo de Cánovas. La niña vestía una camiseta blanca con el muñeco de Pikachu en el centro. A la espalda llevaba una mochila celeste con un estampado de fresitas. Él, en cambio, vestía un sobrio chaleco de punto verde pino sobre una camisa blanca y unos pantalones de pinza beis. El vestuario iba en consonancia con su pelo canoso pulcramente peinado y las patillas largas y bien recortadas. La pequeña tiraba de la mano de su padre para llevarlo hasta las casetas donde se vendían libros, artesanía y golosinas.

—¡Alma! Ya te he dicho que no podemos pararnos, llego tarde a la consulta —la apremió el padre.

—Jolín, papá, me prometiste ir a ver los puestos —se quejó Alma.

—Se nos ha hecho tarde, hija, te prometo que cuando salgamos vendremos. ¿Quieres?

—Habrán cerrado, ¡como siempre! —exclamó Alma soltándose de su padre.

Lázaro Maldonado estuvo rápido agarrando a su hija del brazo antes de que se escabullera entre la gente.

—No te vuelvas a escapar como el otro día o no vendrás más conmigo, te quedarás con mamá en el hotel —le regañó Lázaro.

—Al hotel no, ¡es un rollo! —exclamó Alma.

Entraron en un portal señorial de baldosa fina y barandillas de madera noble. Habían instalado una silla para personas con movilidad reducida que salvaba los cinco escalones que separaban el rellano de la zona de ascensores, donde también había una portería. Enseguida salió a saludarlos Paca, la portera.

—Pero bueno, doctor Maldonado, si esta tarde viene con esta preciosidad. ¿Qué tal, señorita? —dijo agachándose para besar a la niña.

Alma no contestó, seguía enfurruñada.

—Saluda a Paca, hija —la animó el doctor.

La niña continuó de brazos cruzados hasta que la portera se rebuscó en los bolsillos de su rebeca y extrajo un puñado de caramelos. La cara de Alma se iluminó y se abrazó al pecho de la mujer, que le acarició la cabeza cariñosa.

—Vaya trenza más bonita, ¿quién te la hizo? ¿Tu padre? —le preguntó Paca con picardía.

—No, mi mamá —respondió la niña que ya se había llevado un caramelo a la boca.

—Vamos, Alma, que me están esperando. —El doctor Maldonado tiró de su mano con suavidad—. Que pase buena tarde, Paca.

—Igualmente, doctor.

Cuando llegaron al tercer piso, Borja, el único empleado de Maldonado, esperaba en el rellano con la puerta entreabierta, el ceño fruncido y los labios apretados. No tardó en soltar un suspiro de alivio.

—Doctor, menos mal, tengo ya cuatro pacientes esperándolo en la sala de espera.

—¿Cuatro? —se extrañó Lázaro.

—Sí, dos se han adelantado a su hora y, bueno, como ya son las cuatro y media…

—Ya sé que llego tarde, Borja, gracias por la observación —respondió molesto y se fue directo hacia su despacho—. Búscale un sitio a Alma donde esté cómoda.

Borja sentó a la niña en la recepción junto a él, le hizo un par de preguntas sobre el colegio que ella contestó con evasivas.

—Ya sé a qué has venido tú —dijo Borja riendo—. Tú quieres jugar a la *Jenga*.

—¡Sí! —exclamó ella.

—Vale, pero aquí detrás que no se vea.

Pasaron la tarde entre partida y partida. Solo aparecieron un par de

personas más por allí. Luego Alma sacó su cuaderno y comenzó a dibujar sobre el mostrador de la recepción mientras Borja jugaba una partida de solitario en el ordenador. Una vez salió el último de los pacientes, el recepcionista cerró su partida y se dispuso a realizar la ronda de llamadas para confirmar las citas del día siguiente. En ese momento, apareció Lázaro que ya aparentaba cansancio.

—¿Cómo estás, hija?

—Bien, papi.

—¿Qué dibujas?

—Un camaleón, nos lo enseñaron en el cole el otro día.

—Muy bonito. Por qué no vienes a la sala de espera y te sientas en una silla, que estarás más cómoda.

La niña asintió y se bajó del mueble de la recepción.

—¿Cuántos quedan? —preguntó el doctor.

Borja le levantó el dedo índice mientras hablaba con una señora.

—¿Quién es?

—El esquizofrénico —susurró Borja tapando el micrófono del teléfono.

El doctor Maldonado esgrimió una mueca de enfado ante el poco tacto de su recepcionista.

—Está bien, vamos, Alma, que pronto nos vamos a casa —la animó su padre.

Una vez en la sala de espera, la niña puso su caja de ceras de colores al lado y continuó con el dibujo mientras su padre la miraba desde la sala contigua. Al poco rato, llegó el último paciente. Nada más verlo la niña sintió miedo: el pelo sucio, los zapatos llenos de barro, las pupilas enormes, la mandíbula desencajada, los movimientos nerviosos, aquel olor a sudor…, aunque lo peor vino después, una vez cerró la puerta del despacho de su padre. No podía escuchar las voces ya que la consulta estaba bien aislada, sin embargo, no continuó dibujando. Se quedó muy quieta, intentando oír algo. A los dos minutos apareció Borja.

—Vaya gente rara que trata tu padre —dijo señalando con la cabeza la puerta cerrada —, ¿todo bien?

La niña asintió en silencio y el recepcionista se volvió a su sitio.

Al cabo de unos minutos se oyeron algunos ruidos en el interior del despacho y el murmullo de voces subió de tono. Al que más se oía era al otro hombre, parecía que gritaba, pero Alma no fue capaz de entender lo que decía. La niña se incorporó de la silla, pero se quedó quieta sin atreverse a mover un solo músculo. De repente, se oyó un gran estruendo en el despacho que le hizo cerrar los ojos de miedo. Sus párpados subían con cautela al mismo tiempo que se abría la puerta. Por ella salía el hombre de mirada siniestra, se llevaba las manos a la cabeza mientras decía cosas ininteligibles. Pasó corriendo junto a la niña sin apenas reparar en ella. Alma apretaba los puños con fuerza debido a los nervios.

—¿Papá? —preguntó sin moverse.

No hubo respuesta.

Desde su posición veía el escritorio de su padre, sin embargo, Lázaro no estaba detrás. Había varios objetos tirados por el suelo: un par de libros, la lámpara, el móvil, también el teclado colgaba de la mesa. La niña avanzó hasta el quicio de la puerta y pudo vislumbrar la imagen que se quedaría grabada a fuego en su memoria. Su padre yacía sentado en el suelo con la espalda apoyada sobre una estantería. La cabeza ligeramente ladeada a la derecha y los ojos muy abiertos pero inexpresivos. La sangre salía a borbotones de su cuello manchando su chaleco de punto y tiñendo la manga de su camisa de un rojo intenso.

En ese momento, llegó Borja a su altura.

—¡Dios mío! ¡No! —gritó.

Sus dedos taparon los ojos azules de Alma que acababan de perder la inocencia para siempre.

CAPÍTULO 45

Un hallazgo importante

Lucía estaba sentada en el borde de la cama mientras observaba cómo David deambulaba nervioso de un lado a otro de la estancia. Montaña les había dejado hablar en la suite presidencial del hotel Emperador, en la parte superior de la torre. Una habitación que, en la práctica, usaba Alma para trabajar en su tesis sobre detección de mutaciones en enfermedades congénitas. Casi nunca se alojaban clientes allí, ya que su precio oscilaba entre mil y mil quinientos euros la noche. David se detuvo junto a la televisión de setenta y cinco pulgadas, mirando a Lucía como si fuera una demente.

—Pero… ¿qué estás diciendo, Luci? ¡Eso es imposible!

—Lo hemos comprobado tres veces, no hay errores. El informe del GPS que obtuvo Beltrán no miente —le aseguró.

David la miró, incrédulo.

—Pudo visitarlo antes por cualquier otra cosa.

—Estuvo en su piso en el momento de su muerte o cerca de ese momento. De eso no hay duda.

—¡Eso no significa que lo matara! Hablamos de Alma…, tú la conoces, Lucía.

La inspectora se encogió de hombros.

—Yo no digo que lo hiciera, David. Digo que la policía va a hablar con ella.

—¿Por qué revisó la localización de su móvil? Alma no era sospechosa… ¡ese inspector está obsesionado con nosotros!

—A decir verdad, está obsesionado contigo. Que tú no llevaras el móvil encima no quiere decir que no estuvieras allí, buscaba algo para incriminarte, lo que fuera…, quizá a través del móvil de tu novia podía comprobar que en algún momento os habíais acercado a casa de Ayala.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos? ¿Cuántos que conoces a

Alma? —David la señaló—. ¿Ahora dudas de que hayamos matado a alguien? Joder, Lucía, ya te vale.

La agente, enfadada, se incorporó de la cama para poder hablar al mismo nivel.

—Ya sé que es difícil de digerir lo que te estoy contando. Yo no digo que Alma sea una asesina; simplemente te he relatado los hechos. ¡Ni siquiera debería haber hablado! —gritó—. Te lo cuento porque confío en ti y porque esto…

Hizo una pausa y fijó la vista en el suelo.

—¿Esto qué? —preguntó David, que había iniciado de nuevo su paseo nervioso por la habitación.

—Va mucho más allá de Ayala —masculló ella—, pero no debo comentarlo.

El joven se detuvo y se quedó de pie, junto a la ventana. Había dejado de llover. Sin embargo, las gotitas de lluvia todavía abarrotaban el cristal. Centró la vista en el camino iluminado por farolas que subía hasta el santuario de la montaña. Solo hacía unos días que había recorrido aquella carretera, antes de encontrarse con Silva. Antes de que su vida le pareciera extraña, casi como si la estuviera viviendo otro.

—Dime qué más sabes, Luci —pidió girándose hacia la inspectora.

Su amiga negaba con la cabeza, en silencio.

—No puedo, David. Se trata de una investigación en curso.

Por las mejillas del médico resbalaron lágrimas mudas que anticipaban un desenlace inimaginable.

—Lucía, es mi novia. Me voy a casar con ella. Tienes que decírmelo —le rogó.

La inspectora se dejó caer de nuevo en la cama, enterrando la cara entre las palmas de sus manos. Dio un profundo suspiro antes de continuar:

—Ha habido otro asesinato.

—¿Quién ha muerto? —preguntó el joven incorporándose asustado.

Parecía que las sorpresas desagradables se sucedían como lágrimas de San Lorenzo en agosto.

—Un enfermero de una residencia de ancianos, lo descubrimos casi por casualidad. Se había empleado la misma técnica que con Ayala.

—¿El cloruro potásico?

—Eso es —dijo ella asintiendo—. Ayala y el enfermero presentaban la misma concentración de cloruro potásico en sangre, unos niveles muy elevados, suficientes para provocarles el paro cardiaco que les causó la muerte

—Un momento, ¿me estás diciendo que por haberse acercado a casa de su jefe ahora le vais a imputar dos asesinatos? ¡Pero es que no ves la locura que estás planteando! —exclamó David.

Lucía frunció los labios con pesar.

—David… es que el informe del GPS también indica que estuvo en la residencia la mañana del lunes, justo en las horas en las que se estima la muerte de ese hombre.

El neurocirujano aguantó firme el jarro de agua fría.

—¿Qué residencia es?

—Los Álamos.

El médico exhaló un suspiro de alivio agarrándose a aquel destello de esperanza.

—¿Sabías que el tío materno de Alma está en Los Álamos? Sufre un trastorno bipolar que le hace tener brotes agresivos muy fuertes. Montaña tuvo que buscarle un lugar seguro donde no pudiera hacer daño a nadie, ni siquiera a sí mismo.

—¿Alma iba a visitarle con frecuencia? —preguntó Lucía incisiva.

David negó.

—No, que yo sepa, pero quizá quiso verlo antes de que lo trasladaran al hospital. Al pobre lo intubaron ayer por complicaciones originadas por la COVID-19 que padece.

Lucía lo observó con pesar tratando de buscar las palabras más adecuadas para continuar.

—La forma en la que se ha usado el cloruro potásico en ambos casos nos hace pensar que podría haber más víctimas…

—¿Estáis buscando un asesino en serie y creéis que es Alma? —Los ojos castaños de David reflejaban su profunda tristeza.

Lucía se encogió de hombros.

—Al menos tendrá que dar algunas explicaciones —hizo una pausa antes de romper el corazón de David en mil pedazos—. El informe del GPS no es la única prueba en su contra…

El médico se alejó de la ventana y se sentó en la cama junto a su amiga, Lucía le colocó la mano en el hombro.

—¿Qué más tenéis?

A Lucía los acontecimientos le habían pasado por encima como una apisonadora. Ella, que siempre había sido profesional y metódica en sus casos, allí estaba, en la suite del hotel que pertenecía a la principal sospechosa de dos asesinatos, con el otro involucrado, que a la vez era su mejor amigo, y al que estaba poniendo al día de las pesquisas policiales. Decidió que la cosa no podía empeorar para ella, así que al menos ayudaría a David a abrir los ojos.

—La chica a la que secuestró Silva…

—¿La camarera del restaurante?

—Sí, Adriana Martín. Identificó a Alma como su médica. Ella fue quien le recomendó la clínica de fertilidad en la que se quedó embarazada. Ayala realizó los análisis genéticos, pero era Alma quien llevaba el caso. La muerte de Ayala está relacionada con el secuestro y la clínica, y todo apunta a Alma.

—Pero no fue ella, ¡fue su tío! Él fue el que lo ordenó todo. ¡Silva estaba a punto de contármelo!

Lucía abrió los ojos como platos.

—¿Juan? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

David asintió en silencio. Se sentía incapaz de hablar, el sentimiento que lo inundaba era abrumador. Alma acusada de ser una asesina en serie, y Juan, había ordenado que lo mataran.

—Explícate, David.

—¡No sé más! Solo que todo estaba organizado por Juan: el secuestro de la chica, mi intento de asesinato y el de Ayala… Si no hubieras aparecido, ¡me habría contado quién lo mató!

—¿Qué interés puede tener Juan en todo esto? —preguntó Lucía, que se acariciaba la barbilla pensativa—. ¿Qué es lo que hace exactamente

el tío de Alma en su laboratorio?

David se dejó vencer hacia el lado, apoyando la cabeza sobre sus piernas.

—Estoy jodido, Luci, era como un padre para mí. ¿Y ahora me dices que Alma puede estar involucrada? No quiero creerte.

—Lo sé —asintió ella acariciándole el cabello—. Pero tienes que escucharme. Alma enviaba los informes sobre Adriana a la empresa de fertilidad llamada Biocrea. Hemos investigado la compañía: no hay ni rastro. Es como si nunca hubiera existido: ni web ni teléfonos ni datos fiscales; y, por supuesto, no hay nombres asociados. Mis colegas están yendo ahora mismo a la dirección de la clínica, pero me temo que no encontrarán nada. Alguien ha borrado muy bien sus huellas. Lo único que tenemos es la documentación que posee Adriana Martín con el sello de la empresa.

—¿Cómo sabéis entonces que Alma le enviaba informes a esta empresa?

—Adriana Martín nos lo ha contado. Tiene los análisis que tu novia presentaba en Biocrea, firmados por la propia Alma.

—Pero todavía no habéis visto esos documentos, solo tenéis la palabra de esa chica.

—David, por favor…

El cirujano apartó la vista de su amiga y la posó en el escritorio de caoba que había junto a la ventana. Estaba abarrotado de papeles. También disponía de un microscopio, varias probetas y un ordenador portátil. David se acercó hasta la mesa y empezó a rebuscar entre los papeles.

—Si Alma está metida en algún rollo con esa empresa, quizá encontremos algo aquí.

Lucía lo observó con ternura.

—David, no puedes tocar nada de eso. Son pruebas. Necesitamos una orden para investigar sus cosas.

—¡Qué orden! ¡Es mi novia! —gritó él.

Examinó una a una todas las hojas esparcidas por la madera; analizó también las etiquetas de las muestras, el contenido de las probetas.

Luego accedió a su portátil. Agradeció que fuera tan confiada con las contraseñas, pero, aparte de su tesis, no encontró nada. Tras quince minutos de búsqueda, se dio por vencido y se sentó en la silla del escritorio, pensativo.

—Vamos, David. Tenemos que irnos. Mis compañeros no tardarán en encontrarnos aquí y no quiero que vayas a comisaría hasta que no sepamos qué diablos está pasando.

David se levantó de forma abrupta, golpeándose la rodilla contra la parte de abajo de la mesa.

¡Clac!

De repente, un trozo de madera se desprendió del escritorio, revelando los secretos más oscuros de Alma.

Capítulo 46

Un funeral

Cáceres, 1998

Alma se encontraba sentada en una escalinata de piedra que daba acceso a un mausoleo, sus pies casi no alcanzaban al siguiente escalón. Sobre los peldaños había crecido el musgo. En algún lugar, no muy lejano, sonaba «My Way» de Frank Sinatra. La niña, ataviada con un vestido azul marino con lunares blancos, dibujaba en un cuaderno sin reparar en su entorno. La caja de Plastidecor yacía junto a ella. El dibujo mostraba a un hombre y una niña cogidos de la mano. Tras el hombre, Alma había dibujado una sombra negra gigantesca, con la forma de un fantasma, tenía una gran boca en forma de «o» y unos dientes afilados que estaban a punto de devorar el cuello de su padre. La pequeña acababa de coger la cera de color rojo cuando llegó el cortejo fúnebre. Decenas de personas atravesaban un arco de hierro forjado, coronado con una cruz. Alma intentó distinguir a alguien conocido. Lo primero en llegarle fue el llanto de su madre: desgarrador, descarnado; imposible no identificarlo. En medio de aquel gentío vio a algunos hombres que portaban un ataúd de madera sobre los hombros. Al ver aquella imagen, la niña comenzó a rayar el cuaderno con la cera roja dibujando una equis sobre la sombra que se cernía sobre su padre. Al principio, deslizándola por el papel con suavidad. Al cabo de unos segundos, lo hacía con tanta fuerza que la hoja estaba completamente rota y arrugada. Un hombre se acercó hasta ella, le arrebató el cuaderno y observó el dibujo con preocupación. Arrancó el papel y se lo guardó en el bolsillo. Después, cogió a la niña en brazos y se la llevó de allí dejando el cuaderno y las ceras en el suelo. El hombre susurraba palabras tranquilizadoras en el oído de la pequeña mientras le daba palmaditas en la espalda.

Alma casi había dejado de oír el resto de los desagradables lamentos cuando el hombre detuvo su marcha y la bajó al suelo.

—¿Quieres sentarte aquí? —le preguntó.

La niña asintió en silencio. Se sentó sobre el césped, junto a un parterre de flores rojas y blancas. El hombre se ajustó el nudo de la corbata y se atusó el cabello con las manos. En aquellos tiempos, su pelo era negro como el carbón. Llevaba un prominente bigote y ya había emergido en él su gusto por los trajes caros. Buscó alguna piedra donde apoyarse, pero no la encontró. A continuación, extrajo un pañuelo de seda azul de la americana y lo extendió sobre la hierba. Se sentó sobre él junto a la niña. El doctor Juan Maldonado colocó la mano sobre su hombro con cariño.

—¿Estás triste?

—No —respondió la niña, serena.

—¿Estás enfadada?

—Sí, mucho —respondió ella.

Juan Maldonado suspiró con pesadumbre; le había tocado a él tener aquella conversación. Al fin y al cabo, era el padrino de la niña. Él nunca pensó en tener hijos. No le gustaban los críos, no entendía cómo actuaban ni cómo pensaban y eso le ponía de los nervios. Tenía un objetivo en la vida y era su carrera, sus logros profesionales. Cuando su hermano Lázaro le dijo que Montaña y él iban a tener una hija, se sorprendió de su propia reacción. Abrazó a su hermano mayor emocionado. Más que contento por él, estaba encantado de que los genes excepcionales de los Maldonado pasaran a una nueva generación. Aunque fueran los de su hermano, que siempre había sido un segundón. Si Lázaro sacaba un diez en matemáticas, Juan conseguía matrícula de honor; si a Lázaro le ofrecían una beca para ir a Madrid a estudiar, Juan conseguía una para ir a Londres; si él se hacía psiquiatra, entonces Juan sería cirujano e inmunólogo. A pesar de ir siempre un paso por detrás, Lázaro lo había protegido y cuidado. Solo se llevaban un par de años, pero la lengua viperina de Juan le había metido en más de un lío del que su hermano mayor se había tenido que hacer cargo. Lo iba a echar de menos.

Juan soltó un largo suspiro.

—Papá era una persona maravillosa y te quería muchísimo, ¿sabes? —dijo.

—¡Me ha dejado aquí sola! —exclamó Alma entrecerrando los ojos con rabia.

Su tío trató de calmarla dándole unas palmaditas en la espalda, inquieto por aquella situación en la que no se sentía cómodo.

—Tú no estás sola. Tienes a mamá. Y me tienes a mí, que soy tu tío favorito, ¿o no?

La niña no respondió.

Desde donde estaban, Juan vislumbró entre los cipreses a dos señoras que colocaban flores junto a un memorial de cobre donde se podían leer cientos de nombres.

Juan se volvió hacia su sobrina.

—Que papá se haya ido no significa que lo hayas perdido para siempre.

—¿Va a volver? —La cara de la niña se relajó y Juan pudo distinguir un brillo de ilusión en sus ojos azules.

—No, pequeña, no va a volver —le aclaró Juan—. Papá vivirá a través de ti a partir de ahora.

Alma lo miró confundida.

—No lo entiendo.

—Aquí. —Juan tocó su corazón con el dedo índice. Luego, le señaló la cabeza—: Y también aquí.

Alma frunció el entrecejo.

—¿Vivirá en mi cabeza?

—Siempre que te acuerdes de él, su recuerdo estará vivo.

La niña se quedó un minuto callada.

—Siempre me voy a acordar de él —dijo, al fin, la pequeña.

—Así me gusta —afirmó el tío Juan atrayéndola hacia él para darle un abrazo.

Se quedaron en silencio un tiempo, observando a hombres y mujeres dejar flores aquí y allá. De repente, Juan vio aparecer a su cuñada con el aspecto clásico de una viuda: vestido negro, gafas de sol y pelo

recogido.

Le hizo un gesto con la mano para que no se acercara. Estaba consiguiendo calmar a la niña y no quería darle más emociones fuertes. De repente, Alma levantó la cabeza para mirar a su tío a los ojos.

—Tito, ¿papá ha hecho algo malo?

El doctor Maldonado la miró extrañado.

—Claro que no. ¿Por qué dices eso?

—Si era bueno, ¿por qué… por qué…?

La niña no era capaz de verbalizar la imagen de su padre agonizando en el despacho, luchando por respirar mientras su vida se apagaba en un suspiro y su propia sangre lo envolvía todo en su líquido abrazo de muerte.

La cara de Juan Maldonado se había tensado ante la pregunta de la niña y se había ido tornando bermellón viendo como la pequeña trataba de preguntarse por qué su padre había sido brutalmente asesinado. Toda su rabia pugnaba por salir al exterior, casi incapaz de controlarse. Él no iba a permitir que la hija de su hermano pensara que había muerto por ser malo. Cuando la verdadera razón de que estuviera muerto es que ayudaba a personas que no lo merecían, a seres humanos que se hacían daño a sí mismos, y también a otros, que, en opinión de Juan, ni siquiera eran merecedores del regalo de la vida.

—Alma, tu papá era muy bueno, y también muy listo. Trabajaba curando enfermedades mentales; quería conseguir que las personas dejaran de sufrir. Pero hay gente que no quiere recibir ayuda, y hacen daño a los demás…

—¿El hombre de los ojos de loco? —preguntó ella.

Juan asintió en silencio.

—¿Era malo?

Una mueca imperceptible en los labios y una leve apertura de los orificios de la nariz fueron las únicas señales previas a que Juan Maldonado explotara delante de su sobrina.

—¡Era un puto yonki! Un enfermo mental, que ni siquiera podía dejar de drogarse un solo día a pesar de que la cocaína acentuaba su esquizofrenia. Un hombre al que sus propios padres habían repudiado

por miedo. No tenía familia ni amigos ni estudios, un ser que vagaba por este mundo esperando aparecer muerto en cualquier cuneta, y ahora mi hermano, un hombre brillante, está muerto y él sigue vivo… ¿Acaso eso es justo? —preguntó sin aliento.

Cuando terminó la frase, Juan notó sus puños apretados y la vena del cuello palpitante. La niña lo miraba asustada, pero no rompió a llorar.

—Lo siento, cariño, no debí haber dicho eso —se disculpó con rapidez avergonzado por dejarse llevar delante de su sobrina de siete años.

Alma se tiró a sus brazos de nuevo.

—¡Lo odio! —exclamó.

—Sí, yo también —respondió Juan mientras le acariciaba el pelo con sumo cuidado.

Capítulo 47

Una orden de busca y captura

Silva aguardaba en la parte de atrás del coche patrulla mientras los agentes dialogaban a unos cuantos metros del vehículo. Había llegado un nuevo policía vestido de paisano. Por sus gestos, suponía que era el jefe. A Javier le resultaba familiar, pero no supo identificar por qué. No podía escuchar lo que decía; hablaba y gesticulaba mientras el resto de agentes atendían con la cabeza gacha. Uno de los cuatro policías se giró hacia Silva y le señaló con el dedo. El inspector se dirigió hacia el coche y abrió la puerta.

—Buenas noches. Soy el inspector Beltrán, jefe de la Policía judicial. ¿Podría decirme su nombre? —dijo mirándolo por debajo de la selva amazónica que eran sus cejas.

Silva permaneció impasible ante la pregunta, sin quitar la vista de los ojos del inspector.

—¿No quiere decirme su nombre? Los agentes me han comentado que no lleva usted la documentación encima. ¿Es de aquí?

Silencio de nuevo.

—No importa que no quiera hablar. Me da la impresión de que sus huellas van a estar en nuestra base de datos.

Silva esbozó una sonrisa tan leve que podría haber sido un movimiento espasmódico del labio.

Beltrán prosiguió:

—De todas maneras, eso no es lo importante. Sí que me gustaría que me respondiera a algo ahora mismo: ¿por qué esa inquina con quitarse de en medio al doctor Peña? Está claro que usted trabaja para su novia, ¿no es así?

Esta vez, Silva no pudo evitar el gesto de sorpresa. ¿Cómo había llegado la policía hasta ese punto? Si tenían a Alma, era cuestión de tiempo que llegaran hasta Hooker. Esperaba que David cumpliera su

palabra y sacara a su mujer del centro; las cosas se iban a complicar mucho, y Hooker no era de dejar cabos sueltos. Tras unos segundos más de mutismo, decidió entrar al trapo para averiguar qué sabía la policía.

—¿Cómo dice?

Beltrán abrió la puerta del coche de par en par y metió aún más la cabeza.

—Parece que he llamado su atención. Le voy a contar lo que sabemos y usted me va a completar la parte que desconocemos. Le conviene, hágame caso.

Silva se mantuvo a la expectativa.

—Los nombres de Luis Ayala y Alma Maldonado están relacionados con la desaparición de Adriana Martín —afirmó Beltrán—. Ambos están vinculados con una clínica de fertilidad, Biocrea. La empresa ha sido desmantelada. Lo único que queda de ella son los documentos que tiene la señorita Martín. Mis hombres acaban de decirme que en el piso donde estaba la clínica no queda nada, ni siquiera muebles. Están buscando huellas, pero me temo que no van a encontrar ni una, ¿verdad?

Silva no respondió.

—También sabemos que la doctora estuvo en casa de Ayala la misma noche que lo asesinaron. ¿Quisieron quitárselo de en medio?

Silencio.

—¿Qué le hicisteis a esa pobre chica?

No hubo respuesta.

—¿Es Alma Maldonado quien está detrás de todo? De la clínica, del secuestro, de los asesinatos…

—¿Asesinatos? —preguntó Silva.

Beltrán rio, sarcástico.

—Esa historia se la contaré en comisaría. Tengo la impresión de que usted tiene bastante que ver con todo el tema.

—No sé de qué me habla —dijo Javier—. Tan solo soy culpable de portar un arma de fuego no registrada.

—Secuestro, dos intentos de asesinato, amenazas, tenencia ilícita de armas… ¿Sigo?

Silva se encogió de hombros.

—Tendremos que esperar a que el doctor Peña corrobore los hechos —suspiró Gonzalo.

—No lo veo por aquí. Igual ni aparece —añadió Javier, quien ya comenzaba a divertirse con el inspector.

Beltrán estaba a punto de perder los nervios; agarró a Silva de la pechera.

—Solo quiero saber por qué: ¿por qué David Peña? ¿Por qué secuestrasteis a esa chica? ¿Por qué Alma Maldonado querría deshacerse de su novio?

El exteniente guardó silencio. Beltrán suspiró, hastiado, y se retiró al exterior. Silva le escuchó dirigirse a los agentes:

—Llévenselo a comisaría y avísenme inmediatamente si aparece la doctora Maldonado. —Fue hacia su coche, pero a medio camino se dio la vuelta—. Y averigüen dónde coño se han metido David Peña y la inspectora Fernández. ¡En marcha!

Capítulo 48

Una fuga

Silva trataba de alcanzar el clip metálico que llevaba adherido en la parte interior de su cinturón cuando dos agentes entraron en el coche patrulla. El policía que se sentó delante de Silva era corpulento, aunque su incipiente barriga empezaba a notarse bajo el uniforme. Debía rondar los cincuenta y largos. A pesar de que no hacía calor, aquel hombre sudaba a chorros. El otro agente, quien estaba poniendo en marcha el vehículo, era más joven, con muchas tablas de gimnasio a sus espaldas y un tupé que había desgastado varios peines.

Ambos lo observaron en silencio.

—¿Con que tú eres el que ha revolucionado media comisaría en los últimos días? ¿No sabes que hay una pandemia? —le preguntó el agente más joven.

—Estos delincuentes ya no respetan nada —dijo el agente más grueso echándose a reír ante su propia broma.

El vehículo salió de la plaza de Santa María a la vez que la atención de los agentes se desvió hacia otro tema.

—Mecha, ¿has visto a la nueva del equipo de Morales? —preguntó el copiloto.

—Me la he tirado —respondió el joven conduciendo.

—¡Anda ya, fantasma!

—Te aseguro que sí, Papi —confirmó el tal Mecha.

—¿Y cómo lo has hecho? ¡No lleva aquí ni una semana! —se interesó Papi, al que habían apodado así por ser el mayor de su unidad.

—Tinder. Mano de santo.

—¿Qué es eso del Tinder?

El Mecha bufó.

—Déjalo.

Alargó la mano para conectar la radio. Enseguida comenzó a sonar «I

Want to Break Free», de Queen.

«Qué apropiado», pensó Silva.

Los agentes no parecieron darse cuenta de la coincidencia.

—Vuelven a poner esta… Hace ya dos años que la ponen en bucle, desde que sacaron la película —comentó Papi.

—Será porque es buenísima —dijo el Mecha mientras giraba a la derecha en una bocacalle—. Voy a salir por la plaza de toros y luego iré por fuera hasta el centro comercial Ruta de la Plata y, después, hasta Renfe. Habrá menos coches.

A Silva no se le escapó la mirada que intercambiaron. Tampoco el gesto inconsciente de Papi de llevarse la mano a la funda de la pistola. Y por último y no menos importante: ¿coches? Estaban en pleno estado de alarma. No había nadie en la calle. Estaba pasando algo muy raro.

Silva alcanzó por fin el clip que siempre llevaba en la parte de atrás del cinturón para situaciones de emergencia como aquella. Aseguró el centro del utensilio con una mano y con la otra lo abrió para obtener así un pedazo de alambre recto. En ese momento, los ojos del conductor se desviaron hacia él a través del espejo retrovisor interior.

—Y tú, ¿qué?, ¿no has podido con un médico y con una tía? —le preguntó el Mecha, al que apodaban así por su temperamento incontrolable.

Su compañero rio a carcajadas a su lado.

«Esa tía podría romperte las pelotas en dos segundos», se dijo Silva.

El teniente no contestó.

—¿Qué pasa?, ¿te ha comido la lengua el gato? —insistió Papi.

El coche avanzaba por la carretera. Ya era noche cerrada. Todavía no se habían encontrado con ningún otro vehículo. Silva dobló con cuidado la punta del alambre en un ángulo de noventa grados. Palpó con los dedos hasta encontrar el ojo de la cerradura. Orientó la llave improvisada hacia dentro y manipuló el orificio, como tantas veces había hecho durante la instrucción previa a incorporarse a las fuerzas especiales. En aquellos entrenamientos, los ponían en situaciones límite en las que habían sido capturados y necesitaban liberarse; a veces era de una cuerda o de bridas, en otras ocasiones, de esposas. Silva siempre

fue habilidoso abriendo esposas. Una vez, tras beberse unas cervezas en un pub de mala muerte junto a sus compañeros, incluso había conseguido liberarse con el papel de un chicle. Esa hazaña no había vuelto a repetirse ni sobrio ni ebrio.

Al cabo de un rato en silencio, tan solo roto por la música del programa de radio, el Mecha volvió a la carga.

—Tuviste que abrir la bocaza con el doctor, ¿verdad, Silva? —dijo clavando su mirada en Javier.

Silva se quedó petrificado justo en el momento en el que el dispositivo de cierre de las esposas se abrió y se liberó de los grilletes.

—¿Cómo? —preguntó.

Justo entonces, el conductor comenzó a acelerar el coche patrulla, provocando el pánico en su compañero.

—¿¡Qué diablos haces, Mecha!? ¡La rotonda!

A unos cien metros se encontraba una enorme rotonda. Entraron en ella a gran velocidad y, a mitad de la curva, el agente tiró del freno de mano y giró el volante haciendo que el coche derrapara para salir por un camino prohibido, dejando su huella sobre el asfalto. Accedieron, a través de una verja con la puerta abierta, a un camino asfaltado destinado a los trabajadores de las vías del tren. De pronto, el coche dio un frenazo brusco y detuvo en seco su marcha. Silva se golpeó la cabeza con el asiento delantero y se quedó ligeramente aturdido.

—¿Es que te falta un tornillo? —le espetó Papi, con el miedo todavía en el cuerpo.

—¿Cómo querías simular una fuga de un coche en marcha, estúpido? —respondió el Mecha—. Vamos, acabemos esto.

Se quitó el cinturón y se bajó del vehículo. Papi hizo lo propio, aunque con algo más de esfuerzo. El Mecha abrió la puerta donde se encontraba Silva.

—¡Sal! ¡Ahora! —gritó el agente, quien había desenfundado la pistola y le apuntaba con el arma a la cabeza.

Javier no se movió. Así que el agente metió medio cuerpo en el coche para sacarlo. Le agarró de la cazadora con la mano izquierda, mientras que con la derecha sostenía la pistola.

Silva, ya liberado de sus esposas, aprovechó la proximidad con su enemigo para golpear su muñeca derecha con fuerza. El violento gesto y la sorpresa hicieron que la pistola cayera al suelo del vehículo. A continuación, el puño izquierdo del exteniente impactó en la nariz del Mecha, fracturándole el tabique. La parte posterior de su cabeza chocó contra el techo del coche patrulla con un ruido sordo. Javier le propinó otro puñetazo con la misma intensidad, directo al mentón, y el agente soltó un alarido de dolor. Su cuerpo cayó mareado sobre el regazo de Silva, quien rodeó su cuello con el brazo derecho para asfixiarlo, mientras que con la otra mano buscaba la pistola por el suelo. Al fin, la encontró. Apuntó con ella a la parte frontal del cráneo del Mecha y disparó dos veces. El agente dejó de moverse al instante; yacía inerte sobre las piernas del exmilitar.

De repente, sonó otro disparo. ¡Bang! Los cristales de la ventanilla del copiloto saltaron en mil pedazos. Un segundo disparo. ¡Bang! La carrocería amortiguó este último. Silva se arrastró hacia la puerta, la abrió y salió gateando por el otro lado del coche. Mientras, los disparos se iban sucediendo.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

—¡No se mueva! —gritó Papi—. ¿¡Está loco!? Ha asesinado a un agente de policía, está en un serio problema. No añada más sangre a su condena.

Silva, en cuclillas, escondido tras la rueda trasera del vehículo, escuchaba como el agente caminaba, acercándose al coche.

—¿QUIÉN? —rugió Javier—. ¿Quién os lo ha ordenado?

¡Bang!

El disparo rozó la oreja izquierda del exteniente.

¡Bang!

Y, entonces, ¡clic! El sonido inconfundible de una Glock quedándose sin balas. Silva reapareció tras el vehículo. El agente se encontraba a unos cinco metros de distancia. Piernas separadas. Manos extendidas hacia delante. La pistola todavía apuntando a Javier.

—¡NO! —gritó Papi—. ¡No puedes hacerlo! ¡Te matarán! Yo puedo ayudarte, puedo decir que te he matado —suplicó mientras bajaba el

arma.

Javier hizo caso omiso de su ruego. Avanzó hacia él con paso firme mientras se guardaba su propia pistola en la parte de atrás del pantalón. Cuando llegó a su posición, sin mediar una palabra, retorció la muñeca en la que el agente todavía conservaba la Glock y le propinó una patada en la rodilla, rompiendo sus ligamentos internos. El tipo se venció sobre sus piernas, aullando de dolor. Silva, quien todavía agarraba su muñeca, la hizo crujir y el agente soltó por fin la pistola, que cayó al suelo con un inconfundible ruido metálico.

—¿QUIÉN? —volvió a repetir.

El agente, que no paraba de sollozar de dolor, extrajo el móvil de su bolsillo y lo tiró sobre el asfalto.

—Última llamada —dijo sin aliento.

Silva le soltó la mano; el policía la dirigió instintivamente hacia su rodilla. Gimió de dolor, sentándose en el asfalto. Javier cogió el móvil del agente.

—Código —espetó.

—Uno, tres, cuatro, seis, cuatro y seis.

Silva buscó las últimas llamadas mientras el agente se retorcía a sus pies. De pronto, tuvo la certeza que esperaba. La última llamada le reveló el pseudónimo que ya intuía que encontraría: «Doctor Hooker».

La rabia le cegó. Después de todo lo que había hecho por aquella gente, habían decidido quitárselo de en medio.

—Se llama Hooker. El tipo es… —comenzó a explicarle el malherido agente.

No pudo continuar. Silva se llevó la mano al cinturón y extrajo la pistola de nuevo. Sin dudar ni un segundo, le pegó un tiro en mitad de la frente. El cuerpo del policía cayó hacia atrás, dando un golpe seco contra el suelo.

A continuación, pulsó la tecla de llamar en el móvil de Papi.

—¿Está hecho? —La voz de Juan Maldonado le llegó cristalina desde el otro lado de la línea.

—Estás muerto, Hooker. Da igual lo que hagas o a dónde vayas, te encontraré.

Javier Silva tiró el teléfono al suelo y lo pisó, rompiéndolo en mil pedazos.

Capítulo 49

Una conversación sincera

Los frascos de cristal cayeron desperdigados por el suelo. Junto a aquellos pequeños recipientes había aparecido una hoja arrugada, arrancada de un cuaderno y doblada en cuatro y un pequeño trozo de cartulina en blanco. Se agachó para coger uno de los frascos, pero Lucía, quien se encontraba detrás de él y había visto el contenido del cajón desparramado por el suelo, posó la mano en su hombro.

—¿Qué? —exclamó el joven, ansioso por averiguar qué era todo aquello.

—Son pruebas, no puedes tocarlas —le dijo ella con toda la calma que fue capaz de reunir.

David se zafó de su amiga y cogió uno de los botes de cristal. Examinó el líquido transparente; no tenía ninguna etiqueta, nada escrito. Lo dejó sobre la mesa y volvió a asomarse debajo de ella. Estiró el brazo para hacerse con la hoja doblada. Mientras tanto, Lucía había sacado su móvil y hablaba con alguien con cara de pocos amigos. El médico intuyó que apenas tenía tiempo.

La desdobló con rapidez y se encontró con un dibujo. Era muy simple, en él se veía a un hombre y una niña de la mano, ambos sonreían. Tras el hombre había una gran sombra negra con ojos grandes y dientes afilados. La sombra estaba tachada con una equis roja que había sido repasada a conciencia, tanto que había traspasado el papel. David dejó la hoja sobre la mesa y volvió a agacharse para recoger el pedazo de cartulina, que, para su sorpresa, resultó ser una fotografía a tamaño reducido. Enseguida recordó la impresora digital a color que le había regalado a Alma hacía dos navidades para imprimir sus fotos del móvil. En la instantánea aparecía un hombre de aspecto desmejorado sobre la cama de un hospital, tenía los ojos cerrados y respiraba a través de una máscara de oxígeno. Sobre la cara del

individuo había una equis dibujada en rojo.

—Vaya —exclamó Lucía apenada—. Más indicios que la incriminan —afirmó mirando por encima del hombro de su amigo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó David, quien aún no estaba preparado para creer.

Lucía le cogió la cara entre las manos y se puso tan cerca que pudo sentir su aliento.

—¿Es que no te das cuenta? Tu novia es una asesina. Ya no es solo el GPS y la clínica: mira estos frascos, mira esa foto con la cara tachada —dijo señalándola.

—Te lo explicaré todo. —La voz llegó desde la puerta, que estaba ahora abierta de par en par.

Alma se encontraba al otro lado del marco. Estaba pálida, el brillo de su piel había desaparecido, su pelo estaba lacio y sus labios morados. Tosió fuerte, profundo, debido a la infección que inundaba sus pulmones. David la observó perplejo.

—¿Qué haces aquí? Y sin mascarilla… ¡Estás contagiada! No puedes salir del hospital.

Alma caminó un par de pasos en su dirección.

—Tenía que hablar contigo, David. Eso es lo más importante.

Lucía se interpuso entre los dos, llevándose la mano a la funda de la pistola.

—¡Quieta! No des un solo paso más, Alma. Lo siento mucho, pero quedas detenida. Quizá en comisaría puedas aclararlo todo —la informó sacando las esposas.

David la agarró de la muñeca antes de que pudiera acercarse a su novia.

—Déjame a solas con ella, Luci, por favor.

—¿Estás loco, David? ¡Ni de coña!

—Hazlo por mí, Luci. Me lo debes.

Aquellos ojos castaños fulminaron su determinación. La inspectora se perdió en ellos un instante: no contenían lágrimas, pero sí mucha tristeza. La fuerza de su mano se aflojó y colocó las esposas de nuevo en su cinturón.

—Tenéis diez minutos, David. He llamado a mis compañeros.

Acto seguido, echó a andar hacia la puerta sin dirigirle ni una mirada a Alma. No soportaría ver esos ojos azules preciosos, que la habían mantenido en la inopia y habían ocultado la maldad en su interior.

—¡Diez minutos! —repitió dando un portazo.

El silencio se apoderó del dormitorio sin que ambos se creyeran dueños de él para romperlo. Al fin, David alzó la fotografía.

—¿Puedes explicarme esto? —Su tono era suplicante, propio del que desea creerse una mentira.

Alma esquivó aquellos ojos tristes y se dirigió a la ventana.

—Sabes que nunca he querido hablar de mi padre, de cómo murió, de cómo era…

El joven la observó confundido.

—¿Qué tiene que ver eso ahora, Alma?

—Era un psiquiatra brillante —continuó, ignorando su pregunta—. Sus teorías sobre el funcionamiento de la mente han servido de punto de partida para avances actuales en neurocirugía. Los científicos y neurólogos más brillantes del Núcleo se han basado en sus premisas de hace veinte años para desarrollar el Proyecto Overmind.

—¿El Núcleo? ¿Proyecto Overmind? ¿De qué estás hablando?

Ella sonrió con suficiencia.

—Tú mismo has trabajado en el proyecto, David. Solo que conoces una mínima parte.

El neurocirujano la miró sin entender.

—La operación que has realizado hoy junto a la doctora Sawn es un avance que llevábamos esperando años, pero hay más ramas de la investigación. Otras alternativas más potentes que el polvo neuronal. Sin embargo, no están tan avanzadas, pero, con tu ayuda, podría ser cuestión de meses. El Núcleo te necesita, yo te necesito, David.

Alzó la mano hacia él para acariciarle la mejilla, pero el médico se apartó.

—¿Qué es el Núcleo? —preguntó confuso.

—La pregunta no es qué, sino quién —dijo enigmática—. Y la respuesta es las personas más extraordinarias del planeta. Llevo años

queriendo que te reclutemos, fui yo la que le dije a mi tío que podrías ser útil en este proyecto.

—¿Tu tío es el jefe de ese Núcleo?

—No. No lo es, la organización es mucho más grande que nosotros.

Hubo una pausa mientras observaban las gotas abandonadas tras la lluvia deslizarse por fuera del cristal.

—¿Tú sabías que ha intentado matarme? ¿Lo sabías, Alma? —La cara de David, totalmente desencajada, reflejaba el desconsuelo ante unos pilares de vida que se desmoronaban.

Ella negó con la cabeza.

—Él desconocía que eras tú el testigo cuando ese hombre fue a por ti en la cantera. Sigues vivo porque Juan lo ha requerido una vez ha averiguado la verdad.

—¡Qué generoso! —exclamó David irónico—. Pero no hablo de eso, he hablado con Silva…

Pudo ver un destello de extrañeza en los ojos azules de Alma.

—Juan Maldonado le ha ordenado eliminarme tras la operación.

—Eso no puede ser cierto —negó ella.

—¿Y por qué no? Si sois todos unos asesinos, al parecer… ¡Explícame qué hacen esos frascos junto a esta foto en un compartimento secreto de tu escritorio! —exclamó sujetando la instantánea a unos centímetros de sus ojos.

Ella cogió la fotografía de las manos de David y la observó impertérrita.

—La muerte de mi padre es un tema tabú en mi familia. Murió brutalmente asesinado en su propio despacho.

David abrió un poco la boca, con asombro. Alma continuó hablando.

—Yo estaba aquella tarde con él en la consulta. Me divertía más con Borja, el recepcionista de mi padre, que en el hotel con mi madre. No me acuerdo de todo, tan solo tenía siete años cuando pasó. Sin embargo, hay dos imágenes que no he conseguido borrar de mi memoria. La primera es el recuerdo de este hombre entrando en la consulta —dijo levantando la fotografía del muerto—, la segunda es la de mi padre tirado en el suelo como un perro con la sangre brotando de

su cuello a borbotones.

Después de la confidencia, la chica se quedó absorta en sus pensamientos mientras David daba dos pasos para acercarse a ella.

—Lo siento mucho, ya sabes que yo también perdí a mi padre, pero…

—Eso no tiene nada que ver —le interrumpió ella—, yo no perdí a mi padre, ¡este monstruo lo asesinó a sangre fría!

—Alma, ¿qué has hecho? —preguntó David tratando de disimular el quiebre de su voz.

—¿Acaso no lo entiendes? —Su novia se giró hacia él y lo miró a los ojos por primera vez desde que había entrado en la estancia—. Me destrozó por dentro. Nunca sabré qué tipo de persona podría haber sido de no ser por él. Porque desde ese día vivo obsesionada con la muerte. Con su muerte. No aguantaba que él siguiera respirando, hablando, riendo… mientras mi padre era pasto para los gusanos. Cuando salió del psiquiátrico fue insoportable saber que estaba libre. Planeé su asesinato muchas veces, ninguna me convenció. Entonces el destino me lo brindó en bandeja de plata, lo trajo al hospital muy enfermo. Solo le di el empujón definitivo.

David se echó las manos a la cabeza.

—Pero ¿qué has hecho, Alma? ¿¡Estás loca!?

Alma intentó de nuevo buscar el contacto con su novio, pero él le apartó la mano bruscamente.

—¡No me toques! ¿Cómo has podido hacerlo?

Ella negaba con la cabeza.

—Era una persona horrible, no merecía seguir vivo.

—¿Y quién decide quién vive o quién muere? ¿Tú? ¿Por eso mataste a ese enfermero? ¿También merecía morir?

—Eres un ingenuo, David —se lamentó Alma con una sonrisa triste —. Te creía capaz de ver más allá. Esos sujetos no aportaban nada a la sociedad, dos yonkis que ya se estaban matando ellos mismos. ¿De verdad importaban sus vidas? ¿Aportaban algo más que oscuridad y decadencia? El asesino de mi padre ni siquiera tuvo el pudor de dejar la droga después de haber matado a una persona por un brote psicótico.

—¡No eran sujetos, Alma, eran personas! —gritó David sin poder

contener su rabia.

Las lágrimas caían por el rostro del médico incapaz de controlarlas.

—No merecen tus lágrimas, mi amor —dijo ella.

—No lloro por ellos, lo hago por ti…

—¿Crees que yo no me he considerado a mí misma una bestia, un monstruo? No lo soy, David. No soy una bestia. Cumplo una función necesaria, y también desagradecida; la gente se alegrará de que ya no estén, pero nadie me felicitará por ello.

David no podía dar crédito a lo que estaba escuchando, en aquel momento se acordó de algo y su labio comenzó a temblar con violencia.

—¿A cuánta gente has matado?

Su mirada cristalina permaneció fija en el médico, pero sus labios no se movieron.

—Necesito que me lo cuentes todo, Alma. Háblame de Ayala.

Ella suspiró con impaciencia, harta de explicaciones que no encontraban el apoyo deseado.

—Luis tenía mucha información que podía hacer daño al Núcleo. También te estaba perjudicando a ti, su muerte nos ha beneficiado a todos…

—Ni se te ocurra… —la interrumpió David—. Ni se te ocurra utilizarme para justificar lo que has hecho.

Allí de pie, completamente desbordado por los sentimientos, David pudo confirmar que no conocía a la persona con la que llevaba nueve años de relación. El silencio volvió a apoderarse de la estancia como si fuera niebla en un pantano. Tras un minuto que se hizo eterno, Alma habló. Lo hizo acercando su mano para retirar el pelo de la cara de David, quien había enterrado de nuevo sus ojos entre los dedos.

—Aunque no entiendas lo que he hecho, sigo siendo la misma. Yo… yo te quiero. Lo sabes —le dijo.

David sentía un nudo en la garganta del que no era capaz de deshacerse. Su voz salió ronca, como si no fuera suya.

—Yo no… yo no te quiero. ¿Cómo te voy a querer? ¡Eres un monstruo!

Alma recibió la puñalada, inexpresiva, con una fina lágrima recorriéndole el rostro.

—¿Eso piensas? ¿Que soy un monstruo? ¿Te importa más esa gente que la persona con la que te vas a casar?

Se giró hacia ella, derrotado.

—¿Cómo puedes saberlo?

—David, guardas todo lo importante en el cajón de los calzoncillos.

Se acercó a él con delicadeza, como si fuera un jarrón de cristal.

—Todavía hay una oportunidad para nosotros. Solo tenemos que salir de aquí; mi tío nos sacará del país. Te lo contaremos todo. Nos entenderás, ya verás.

—No pienso ir con vosotros a ningún lado —le espetó David apartándose.

En ese momento, Lucía entró en la habitación seguida de dos agentes.

—Alma Maldonado, quedas detenida por el asesinato de Luis Ayala y Enrique Pozo. Pónganle las esposas —ordenó a los agentes—. Y una mascarilla, joder, está contagiada.

—¡Espera! —gritó David—. Hay más muertos, Lucía. Debemos averiguar quiénes son. Necesito saberlo.

Se volvió hacia Alma, ella se dio cuenta de que no había vuelta atrás. Había perdido a David para siempre. Nunca se hubiera imaginado que él podría mirarla de esa manera, con tanto odio.

—Solo hay dos más: uno te lo acabo de contar, el hombre de la fotografía, que se llama Tomás Blanco y asesinó a mi padre, y el otro… —dijo con pesar agachando la cabeza—. Creo que Lucía estará de acuerdo conmigo en que se lo merecía…

Todos miraron a la inspectora Fernández que no tenía ni idea de a qué se refería.

—Aitor Redondo. —Solo pronunciar aquel nombre ya causó un efecto en Lucía, que se echó hacia atrás escandalizada—. Te escuché hablando de él con tus compañeros.

—El día que viniste a preguntarme por el regalo de… —Echó un vistazo de reojo a David y calló.

—¿Qué? —preguntó este.

La que contestó fue Alma.

—Cuando descubrí el anillo de compromiso decidí que yo también te quería hacer un regalo, así que pedí ayuda a Lucía, te compré un reloj.

David la miraba con los ojos enrojecidos incapaz de sentir nada más que repulsión.

—¿Crees que eso cambia algo? —dijo con rabia—. No puedo ni mirarte a la cara. Me das asco.

—No —respondió ella, serena—. Sé que ya nunca podrás quererme.

Se hizo el silencio mientras intentaban asimilar lo que habían oído. La primera en romperlo fue Lucía.

—¿Por qué lo mataste, Alma? Si escuchaste la conversación, sabrías que lo teníamos, iba a entrar en la cárcel unos cuantos años.

Ella negó.

—La cárcel no es suficiente castigo, Luci. Arruinar la vida a un niño no tiene perdón —Alma se vio a sí misma con siete añitos vislumbrando la escena de su padre—. Esta gente no merece una segunda oportunidad. ¡Le iban a poner un respirador! ¿Lo entendéis? Le iba a quitar la posibilidad de vivir a otra persona. No podía permitirlo.

El neurocirujano no aguantó más aquel discurso y se dio la vuelta para marcharse, antes de llegar al umbral oyó la voz de Alma.

—¡David!

El médico se giró para mirar esos ojos azules por última vez.

—Pienses lo que pienses de mí, yo siempre te he querido… y siempre te voy a querer.

David Peña se perdió tras la puerta sin decir ni una palabra.

Los policías le colocaron las esposas mientras leían sus derechos, en la mente de Alma un único pensamiento.

«No tiene arreglo —aceptó—. Se ha acabado».

Capítulo 50

Un último asesinato

Llevaba horas aislada, se había hecho de día. La soledad era una gran losa martilleante que amenazaba con atenazarla por dentro. La conversación con David le había provocado un nudo en el estómago del que no era capaz de liberarse. No eran remordimientos. Ni por un momento se le había pasado por la cabeza que sus víctimas hubieran merecido otro final. Su desazón la había producido el odio que David le había profesado. No iba a entenderla, no iba a perdonarla. Por más que tratara de explicárselo, él nunca se pondría en su lugar porque no era capaz de entender el daño que hacían esas personas. Solo alguien como ella, que había experimentado un dolor inimaginable como consecuencia de sus excesos, sería capaz de tomar cartas en el asunto o de, al menos, comprender la magnitud del problema.

En aquella cama, en aquel momento de debilidad, entendió que nunca volverían a estar juntos. Una silenciosa lágrima recorrió su rostro bordeando la mascarilla quirúrgica que la habían obligado a ponerse. La embriagó el deseo de que la muerte cogiera su mano y se la llevara en paz. Tal como ella había hecho con sus víctimas. La tos profunda, que la había mantenido en duermevela toda la noche, volvió con fuerza, enfrentándola con la neumonía bilateral que avanzaba sin descanso.

«Quizá al final tendré lo que deseo», pensó.

No podía ver el exterior de la habitación. La habían aislado de otros pacientes covid. No había flores en un jarrón y nadie había entrado a acomodarle la almohada. En aquel hospital no estaban sus compañeros. Suponía que los dos agentes que custodiaban su puerta habían disuadido al personal del hospital de ofrecerle atenciones.

Había pedido confesar hacía ya una hora larga, pero solo lo haría si venía la inspectora Fernández. Necesitaba hablar con ella. Estar con

Lucía sería como volver a tener a David cerca. Aunque solo fuera un rato. Aunque solo fuera para condenarse treinta años. De momento no había aparecido; ni siquiera le habían confirmado si vendría, pero ella intuía que lo haría. Siempre había sabido que Lucía sentía algo por ella. Sus ojos verdes escurridizos, incapaces de aguantar una mirada cuando estaban a solas, el color en sus mejillas cuando Alma aparecía, el evadir el contacto físico. La genetista siempre había pensado que algún día vomitaría todos esos sentimientos. Sin embargo, nunca pasó. Quería tanto a David que estaba dispuesta a sacrificar su propia felicidad. A Alma le parecía fascinante el amor altruista de Lucía. Ella también necesitaba una explicación, estaba segura.

De repente, mientras observaba la puerta, esta se abrió y entró una figura ataviada con una bata impermeable de plástico, unas gafas protectoras, unos guantes de látex, una mascarilla FFP2 y un gorro de quirófano azul oscuro. Portaba una bandeja metálica de comida que contenía un cuenco de sopa, un filete, seco como una suela de zapato, y una manzana.

El hombre dejó la bandeja sobre la mesa auxiliar y se acercó hasta la cama. Alma sonrió, por debajo de la mascarilla, al reconocerlo.

—Nunca te había visto con semejantes pintas —dijo.

—Yo nunca te había visto con tan mal aspecto, sobrina —le respondió Juan Maldonado.

—¿Ahora tienes los ojos verdes?

—Lentillas de colores. Estoy en busca y captura gracias a tu novio. —Su tío se encogió de hombros.

—No es culpa suya. Nunca debimos inmiscuirle en los asuntos del Núcleo.

—Tampoco a ti, sobrina —se arrepintió mientras le acariciaba el pelo con delicadeza.

Juan revisó los monitores, comprobó los niveles de medicamento en suero y, por último, le acomodó las almohadas.

—Todo lo que ha pasado es por mi culpa —continuó—. Eras solo una cría cuando entraste en el Núcleo. Te llenamos la cabeza de ideas, y tú eras solo una niña que se había quedado sin padre… No entendiste lo

que tratábamos de hacer.

Alma lo miró hecha una fiera mientras Juan bajaba la cabeza, apesadumbrado.

—¿Que no entendí lo que hacíais? Tengo un CI de ciento treinta y ocho. Entendía perfectamente vuestro propósito —afirmó, furiosa—. ¿Qué pasa, tío? ¿Que no te sientes cómodo con la obra de tu sobrina? Tú no eres diferente. ¡Tú has matado a personas igual que yo!

Juan se apartó de la cama y le hizo un gesto con las manos para que guardara silencio. Miró a la puerta por si los agentes habían oído el grito y decidían entrar. Después de esperar unos segundos sin que sucediera nada, se dirigió hacia ella de nuevo.

—Alma…, no estoy aquí para juzgarte. Solo digo que lo hice mal.

Ella no pareció conforme e insistió en el tema.

—Dime, ¿qué nos diferencia, querido tío? Ambos somos bestias. Ambos asesinamos por un propósito. —Utilizó un tono más apaciguado, pero igual de feroz.

Juan negó con la cabeza.

—Yo no asesino a personas, Alma. Puede haber ocurrido algún accidente durante mis investigaciones, pero…

—¿Accidentes los llamas? Y aquella embarazada, en el laboratorio de Milán… Te dijeron que no debías operarla. ¡Lo hiciste igual! ¡Esa clase de persona eres! ¿Accidente? No me hagas reír.

—No puedes comparar que muera alguien en un quirófano a matarlo a sang…

—¡Tenía un hijo! —gritó ella.

—¡Vas a hacer que me detengan! —le susurró Juan mirando hacia la puerta de reojo.

Alma trató de serenarse.

—Yo no mato a padres y madres, solo a personas que lo merecen. Precisamente, al tipo de humano al que os referís en el Proyecto Zero, al que decís que habría que erradicar; eslabones débiles que hacen perecer toda la cadena.

—No es necesario asesinar a sangre fría para que se produzca el cambio —respondió su tío.

—¡No seas cínico! ¿Cuánta gente va a morir por un virus que habéis creado vosotros en un laboratorio? —preguntó la joven echando fuego a través de sus pupilas.

Maldonado miró intranquilo la puerta antes de responder.

—Sabes que el SARS-CoV-2 era necesario para controlar la población —explicó en un tono casi imperceptible—. Tú también viste las estimaciones de Frederik: agotamiento de los recursos energéticos, contaminación, esperanza de vi…

—Entonces, matar a cientos de miles está bien porque lo hacéis vosotros, pero matar a unos pocos no porque lo hago yo. ¿Es eso?

Juan parecía desesperado. Se frotó el gorro quirúrgico tratando de encontrar una explicación que convenciera a su sobrina.

—Los desastres naturales provocan la muerte de personas, pero no se culpa a la naturaleza. Nosotros solo hemos provocado la tormenta… No es lo mismo que quitar la vida a alguien usando esto —dijo sacando un frasco transparente— para vengar a tu pobre padre muerto.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿Crees que no sé que me robabas el cloruro potásico? ¿Y las muestras del virus?

Alma no dijo nada.

—Tengo que reconocer que es una forma brillante de matar a alguien —expresó su tío con una sonrisa triste—. Estilo Maldonado.

—¿Te enteraste de la muerte de Tomás?

Juan asintió.

—Yo también le seguía la pista, Alma. Me enteré de que le había dado un infarto, después mi personal te vio robando las muestras de cloruro potásico y de SARS-CoV-2 por las cámaras de seguridad. Sumé dos más dos.

—Por eso me pediste que me ocupara de que Ayala no hablara con la policía. Sabías que lo mataría.

—Me pareció una solución más limpia que pedírselo a Silva.

Juan Maldonado continuaba sujetando el frasco entre los dedos. De repente, el rostro de Alma palideció, una idea había cruzado su mente como una estrella fugaz.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Juan.

—Hazlo.

—¿Que haga qué?

—Hay una jeringuilla en el cajón, debajo de la mesita donde has dejado la comida —le explicó Alma, serena.

—Pero ¿¡qué dices!? —exclamó Juan, indignado.

—La policía me tiene retenida. Esta mañana he pedido confesar y sé que tienes contactos en el cuerpo. Te has colado aquí, a pesar de estar siendo buscado por la justicia, y has traído eso. —Señaló el frasco—. Te pido que no me trates de idiota.

Su tío suspiró mientras se guardaba el frasco de nuevo en la bata.

—Solo he venido a convencerte de que no confieses, sobrina. Te lo juro —susurró Juan—. El Núcleo, el Proyecto Zero… son mucho más importantes que tú y que yo. Lo que hemos logrado… no habría podido hacerse con procedimientos legales. Y ahora necesitamos protegerlo. Estamos tan cerca.

—No vas a conseguir convencerme. La única manera de que evites que cuente todo lo que sé es que uses ese frasco que llevas en el bolsillo. No me engañes; sé que lo traes como último recurso. Te pido que lo utilices, tío. Es lo que deseo.

—Alma…, no. No podría vivir conmigo mismo, eres… eres como mi hija.

—El proyecto es más importante. Tú lo has dicho.

—¡Te he dicho que no voy a hacerlo! —dijo Juan apartándose aún más de su cama.

—¡Aaargh! —Alma gritó como si estuviera poseída—. ¡Aaargh!

Maldonado se apartó hasta la mesa, asustado, a la vez que se abría la puerta y entraba un agente. El policía observó la habitación con la mano en la funda de la pistola, la cual llevaba sujeta al cinturón. No vestía uniforme. Su prominente bigote recordaba más a un detective del FBI estadounidense que a un policía nacional. Le faltaban las gafas de sol oscuras.

—¿Qué está pasando? —preguntó mirando a ambos.

Juan la observó sin saber qué responder mientras Alma sufría un

ataque de tos. Tras unos segundos, la joven habló con un hilo de voz:

—Tan solo he gritado por el dolor, agente. Estoy tan malita…

El policía se quedó mirando a Juan unos segundos y luego le habló enfadado:

—Bueno, haga algo, ¿no?

—Sí, enseguida —se apresuró a contestar él mientras revolvía el cajón de la mesita, extraía la jeringuilla y la llenaba con el contenido del frasco transparente que llevaba en el bolsillo.

El policía salió de la habitación sin decir nada más.

—¿Estás loca? —le recriminó Juan.

—La próxima vez le diré quién eres y después contaré todo lo que sé del Núcleo y tu adorada Rebeca —le confesó Alma con contundencia.

Juan suspiró.

—¿Por qué, hija? —le preguntó con un hilo de voz acercándose a ella.

Alma lo observó impasible, como si su decisión siguiera una lógica aplastante.

—¿Por qué seguir viviendo si la gente que quiero no me entiende? ¿Si me ven como un monstruo? ¿Crees que mamá pensará diferente? —Hizo una pausa y se quitó la mascarilla—. Quiero irme con papá. Me lo debes, Juan. Hazme este favor.

—Pero no puedo hacerlo, Almita, no puedo… —respondió Maldonado, al que le brotaban lágrimas de sus falsos ojos verdes.

—Está bien, tío; todo estará bien —le aseguró ella cogiendo la mano donde Juan tenía la jeringuilla y acercándola hasta la vía que le habían puesto los enfermeros para inocularle las medicinas—. Hazlo, tío, por favor. Solo quiero irme con papá.

Casi como si se tratara de un pesado bloque de hormigón, Juan llevó la jeringuilla hasta la vía y, con los ojos llenos de lágrimas, se dirigió a ella por última vez.

—Te quiero, ahijada.

—Yo también te quiero, tío Juan.

El doctor Maldonado presionó el émbolo de la jeringuilla, introduciendo el compuesto letal en el torrente sanguíneo de Alma.

Capítulo 51

Una orden

—¿Qué ha pasado?

—Que ha muerto.

—Lo siento muchísimo. ¿No había ninguna posibilidad de que entrara en razón?

—No, ya conocías su trastorno…

—Sí. Aun así, ella era única, imprevisible.

Juan se mantuvo en silencio con el teléfono pegado a la oreja.

—Y tú, ¿estás bien? —le preguntó Rebeca.

—No. Era mi sobrina, la hija de mi hermano. ¿Cómo voy a estar bien? —respondió él con la voz tomada.

—Lo estarás, Juan. Estoy segura de ello.

Al escuchar su nombre de la boca de Rebeca, sintió una sensación cálida. Hacía años que no lo llamaba por su nombre real. Por un momento, soñó con que las cosas se arreglaban entre ellos y volvían a estar juntos. Lo necesitaba.

—Juan —continuó Rebeca—, tienes que venir inmediatamente a Londres. Necesito que me ayudes con un tema crucial para la organización.

—El Proyecto Overmind —susurró Juan.

—Exacto.

—¿Y qué pasa con el Proyecto Zero?

—Está a punto de entrar en una nueva fase en la que ya no eres tan necesario. Estamos formando a los equipos de las clínicas de fertilidad.

Juan guardó silencio y Rebeca entendió que lo había ofendido.

—No es que no seas necesario, es que tu talento es imprescindible en Overmind.

—Muy bien. Hoy mismo salgo para allá —respondió Juan, cuyo ego se había reestablecido—. Tardaré; prefiero no coger avión, ni siquiera

privado.

—Opino lo mismo.

—Por cierto, ¿cómo van las cifras del número de infectados?

—Según lo previsto. Varios Gobiernos nos han ofrecido financiación para la creación de las vacunas —respondió Rebeca.

—¿En serio?

—Ocho mil millones.

Abrió la boca, asombrado.

—¿Qué Gobiernos?

—Estados Unidos, Canadá, India, Francia, Italia; incluso algo hemos sacado de la Unión Europea.

—No creía que fuéramos capaces de llevar a cabo esa parte del plan.

—Me subestimas, doctor Hooker. —Rebeca volvía a llamarlo por su apodo—. Esa parte es fundamental: si no logramos reducir la natalidad de los eslabones más débiles de la especie, ¿de qué serviría que introdujéramos nuestro *Homo plenus* en el sistema?

—¿Será indiscriminado? ¿La esterilización afectará a un tanto por ciento de las personas que se vacunen?

—No, no lo será; no sería justo. Nuestro personal tendrá acceso a los datos médicos de los pacientes y un algoritmo decidirá quién debe tener hijos y quién no.

—Así que está en marcha.

—Lo está —afirmó Rebeca.

—Hay una cosa más que quería comentarte —titubeó Juan.

—¿De qué se trata?

—Ya que voy a meterme de lleno en el Proyecto Overmind, me gustaría pedirte algo.

La doctora enarcó las cejas.

—Quiero que reclutemos oficialmente a David Peña para este proyecto.

—¿El novio de Alma? —preguntó ella, escéptica—. ¿De verdad te parece prudente?

—Es el mejor neurocirujano de Europa. Te lo garantizo, Rebeca. ¡Reconstruyó el cerebro de una mujer que llevaba sin hablar trece años!

—Entiendo, Hooker. Pero lo metiste en el proyecto sin reclutarlo porque no te fiabas de él. No sé qué ha cambiado para que ahora sí te fíes…

Juan guardó silencio un instante, midiendo sus palabras.

—Ha cambiado que ya no tiene nada que perder; es un desahuciado. Investigado por la policía, desacreditado en su hospital, su novia muerta…

—Nunca te perdonará por eso —replicó Rebeca.

—Lo sé, pero su profesión es lo único que le queda y sé que, para él, lo más importante son sus pacientes. Si puedo hacerle ver lo que el Proyecto Overmind significaría para la sociedad…

La doctora suspiró, exhausta.

—Tengo muchas cosas encima, Hooker. Confío en ti. Si tú crees que el joven cirujano debe entrar, entrará.

Capítulo 52

Un fatal desenlace

David llevaba cuarenta minutos deambulando sin rumbo por el centro de la ciudad. La imagen de Alma, inmóvil, fría como el hielo sobre la camilla de la morgue, le había descolocado los intestinos. Sentía náuseas. Ni el aire fresco del atardecer era capaz de disiparlas. No se le iban de la cabeza las últimas palabras que le había dicho a su novia: «No puedo ni mirarte a la cara. Me das asco».

Ahora estaba muerta y se había ido pensando que la odiaba. No la odiaba. ¿Cómo podría? La había querido más que a nada durante años. La había querido tanto que ahora no sabía cómo vivir sin ella. Pero lo que había hecho era imperdonable… No la conocía. En todo ese tiempo viviendo juntos, no se había dado cuenta de quién era ella, de sus pensamientos más oscuros. Le había ocultado aquella parte de su mente, ese resentimiento, la historia de su padre, la organización a la que pertenecía junto a su tío… Se sentía engañado.

Inconscientemente, acarició el tubo que contenía el humor vítreo que había obtenido atravesando el cristalino de su novia muerta con una aguja, y la imagen de Juan Maldonado se le vino a la cabeza tan nítida como si lo tuviera delante. «¿Has sido capaz de asesinar a tu propia sobrina como querías hacer conmigo?». Debía llevarlo a su hospital para analizarlo. Fue consciente de sus pasos por primera vez desde hacía un buen rato. Vio que sus piernas le habían conducido hasta la avenida Hernán Cortés, junto al Parque del Príncipe. Ya que estaba allí, decidió seguir la marcha hasta su hospital a pie.

No se sacaba a Juan de la cabeza. Una persona a la que él consideraba como un padre, con la que comía cada domingo, que los había ayudado en todo, que le había dado la oportunidad de su vida al proporcionarle los medios para reconstruir un cerebro con polvo neuronal… ¿En qué más estaría metido? ¿Qué alcance tenía la

organización? Según Silva, estaba formada por corporaciones millonarias, pero ¿cuál sería su tamaño real?

De repente, mientras divagaba, localizó algo a unos metros de distancia: una persona que no podía estar allí. Por un momento, creyó que la obsesión lo estaba volviendo loco. Tenía que tratarse de una visión. Sin embargo, lo veía tan claro como si se mirase sus propias manos. Juan Maldonado se encontraba a tan solo unos metros de él. Tenía el gesto serio, el traje sobado y el pelo extrañamente desaliñado. David quiso gritar. Lo intentó, pero de su boca solo salió un sonido ahogado. La descarga eléctrica que sintió en el costado le hizo doblarse por la mitad y caer al suelo. Experimentó el dolor más intenso que había sentido en toda su vida. Y los músculos de todo el cuerpo se contrajeron involuntariamente sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue la cara del asesino de Alma a unos centímetros de sus ojos.

Después de la oscuridad, lo primero que le llegó fue el olor a salitre. Lo siguiente, el sonido de las olas. El mar golpeando contra las rocas con fuerza. La brisa marina rozando sus mejillas, trayendo consigo pequeñas gotas de agua salada. Decidió permanecer con los ojos cerrados. Se llenó de esa sensación de paz durante solo unos segundos. Sabía que, cuando abriera los ojos, todo sería diferente. Se dio cuenta de que la superficie en la que estaba se movía arriba y abajo, con un dulce balanceo. Respiró con fuerza por los orificios de la nariz llenando los pulmones de aire limpio. Antes de expulsar la bocanada, alguien habló a su espalda por encima del sonido de las olas.

—Jefe, está consciente.

David abrió los ojos.

Se encontraba a bordo de un lujoso yate, tumbado sobre un sillón de media luna azul adornado con cojines amarillos. Se incorporó a duras penas, con todos sus músculos gritando de dolor. Trató de estirar brazos y piernas para evitar los calambres. Escuchó el ruido de una silla arrastrándose a su espalda. De pronto, el doctor Maldonado apareció en

su campo de visión y se sentó frente a él. Lucía unas ojeras importantes; sus ojos rojos evidenciaban que había estado llorando; su pelo canoso estaba despeinado, sucio. Su traje no parecía de su talla.

David nunca había visto a Juan con aquel aspecto. Él iba siempre impoluto, elegante hasta para jugar al pádel. Cuando por fin habló, lo hizo con la voz ronca, apagada:

—Lo siento mucho, hijo.

Le llamó «hijo», como siempre hacía. A David aquella palabra le quemó en la boca. Ese hombre había traicionado su confianza; era un asesino. No tenía derecho a dirigirse a él con afecto. En ese momento, recordó lo que estaba haciendo cuando se desvaneció y se llevó la mano al bolsillo de la sudadera.

—No te molestes, ya no está ahí —dijo el doctor Maldonado.

—¿La mataste? —preguntó furioso.

Juan bajó la vista, apesadumbrado, y asintió en silencio.

David se levantó como un resorte, lleno de rabia, para estrangularlo, pero dos brazos vigorosos aparecieron sobre sus hombros y le mantuvieron sentado.

—¿POR QUÉ? ¿¡POR QUÉ LA MATASTE!? —gritó intentando zafarse de su captor.

Juan suspiró y se levantó de la silla. Fue a buscar algo que tenía sobre la mesa de comedor de la cubierta. Mientras lo hacía, David echó un vistazo alrededor. Por encima de la popa del barco, pudo distinguir a lo lejos una península acantilada sobre la que reposaba un imponente palacio de tejados negros y fachada de tonos claros. Lo reconoció al instante: el palacio de la Magdalena de Santander. Por sus jardines había paseado con Alma el verano pasado, antes del coronavirus, antes de que sus vidas se truncaran.

Maldonado volvió con una carpeta morada bajo el brazo. En la portada se podía leer con letras grandes PROYECTO PSICO.

David obvió el portafolios por un instante.

—Estamos en Santander. ¿A dónde me lleváis?

—Nos vamos de España.

—¿A dónde?

El doctor no contestó. Se limitó a mirarlo a los ojos.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —insistió David.

Juan tampoco contestó a su segunda pregunta. En lugar de eso, abrió la carpeta que tenía entre las manos y empezó a pasar páginas con toda la parsimonia que fue capaz de reunir. De repente, sus ojos dieron con lo que buscaba.

—Aquí está. Quiero que le eches un vistazo a esto y me digas qué te parece —dijo tendiéndole unos papeles.

David los observó, confundido. Ante él tenía las imágenes de una resonancia magnética cerebral.

—¿Qué es lo que quieres que te diga?

—Quiero que me digas qué ves en esta resonancia.

El joven resopló con resignación mientras aceptaba el juego de Maldonado, al menos hasta que supiera qué pensaban hacer con él.

—Este cerebro presenta amplias lesiones en las regiones del lóbulo temporal y frontal. Además de una evidente atrofia de sustancia gris. La maduración acelerada de estas regiones produce con total seguridad diferencias en el procesamiento emocional y cognitivo del sujeto —explicó David devolviendo las imágenes a Maldonado.

—¿Entonces? ¿Cuál es el diagnóstico, doctor?

—Está muy claro. Tú sabes muy bien que estamos ante el cerebro de un psicópata.

—De una psicópata —lo corrigió Juan—. Estamos hablando del cerebro de mi sobrina.

David se quedó mudo de la sorpresa.

—¿Cuánto tiempo tiene esta resonancia?

—Se la hice cuando era una adolescente. En aquel momento estaba involucrado en otro proyecto, el Proyecto Psico. Tratábamos de dilucidar qué porcentaje de la población general tenía algún grado de psicopatía. Una vez identificados los sujetos, estudiábamos la diferencia entre estos cerebros y los…

—No es posible —lo interrumpió David—. Los psicópatas son fríos, les cuesta llevar relaciones interpersonales, no tienen empatía, no saben gestionar sus emociones… ¡Ella me quería! De eso estoy seguro.

Juan asintió en silencio.

—Por supuesto que te quería. —Hizo una pausa para extraer un puro del bolsillo interior de su americana—. El proyecto concluyó que no es cierta la creencia popular sobre que los psicópatas no sienten, no tienen emociones. La verdad es que sus emociones son más intensas que las de una persona normal en muchos de los casos. Lo que no tienen son remordimientos, como creo que has podido comprobar.

David agachó la cabeza y Juan aprovechó para encenderse el puro.

—Pero ella te quería, David —continuó el doctor—. Te quería tanto que no quiso seguir viviendo cuando entendió que nunca la perdonarías por lo que había hecho.

El joven levantó los ojos y cerró los puños al oír aquello. A su espalda, el gorila de Juan Maldonado tensó los músculos.

—¿Qué quieres decir?

—Ella me pidió que lo hiciera, David. No podía seguir viviendo sin ti.

—¿¡Y por qué lo hiciste, hijo de puta!? Te convenía, ¿verdad? —David se puso de pie.

El guardaespaldas volvió a sujetarlo de los hombros para impedirle que se acercara al científico. Juan se levantó también.

—Mat… hacerle eso a mi sobrina es lo más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida. Lo creas o no, ella lo quería… Y había perdido el juicio, ¡estaba descontrolada!

—¡Tú la volviste así! —gritó el joven señalándolo.

Maldonado tensó los músculos de la cara, reprimiendo sus emociones.

—Llevo todo el día pensando lo mismo —le confesó al fin mientras daba una larga calada a su puro—, pero tendré que aprender a vivir con ello. Soy demasiado importante para los acontecimientos que están por venir. Este siglo va a ser el más crucial de la historia de la humanidad y tú puedes ser parte de él —dijo mirándolo directamente a los ojos.

—¿Crees que trabajaré para ti después de lo que has hecho?

En ese momento, David creó saliva con su garganta y expulsó un esputo que impactó de lleno contra la nariz de Maldonado, quien se

apresuró a limpiarse. Mientras, su guardaespaldas aplicaba un correctivo ejerciendo una fuerza de tres mil ochocientos newtons sobre el costado del joven, cuyo cuerpo cayó al suelo soltando un alarido. El escolta, que parecía sacado de *Rocky*, se dispuso a pegarle una patada en el vientre, pero Juan levantó la mano para ordenarle a su mercenario que no lo golpeara más.

—Supongo que me lo merezco. Me equivoqué, David. No tienes por qué ser un problema para el Núcleo si te unes a nosotros. Eres el neurocirujano más brillante de Europa, y eso que conozco a muchos. Después de que la policía entre en nuestro laboratorio, cerrarán el CIQI. ¿Qué vas a hacer en Cáceres? ¿Sin Alma? Con nosotros trabajarías en un proyecto que salvará a miles de personas, una investigación que conoces muy bien, pero nunca llegaste a saber el alcan…

—También mataremos a cientos. ¿Acaso no es lo que hacéis? —lo interrumpió David desde el suelo.

—Los grandes avances exigen sacrificios. Yo mismo me sacrificaría con gusto a cambio de la supervivencia de la especie. Si tan solo me dejaras explicarte el Proyecto Overmind…

—Pues hazlo: ¡sacrifícate y hazle un bien a la humanidad que dices querer salvar!

—Todavía no ha llegado mi momento; tengo cosas importantes que hacer. Y tú también, si quieres. ¿Qué me dices?

—¡JAMÁS! —gritó David.

Se levantó veloz, pillando por sorpresa al guardaespaldas, y se abalanzó sobre Juan, al que derribó hacia atrás, lanzando el puro por los aires y partiendo por la mitad la silla donde se había sentado el científico. Ambos rodaron por el suelo un par de metros, forcejeando. David, más joven y atlético, logró sobreponerse y le propinó dos derechazos al pómulo de Maldonado. El tercero se perdió en el aire, ya que lo levantaron del suelo como si fuera un muñeco de trapo. Dos armarios empotrados lo tenían sujeto de brazos y piernas.

Juan se levantó a duras penas, ayudado por otro hombre al que el joven no había visto.

—Cómo siento que pienses así, David.

Acto seguido, les hizo una seña con la cabeza a los gorilas que lo custodiaban. Estos comenzaron a arrastrarlo por la cubierta del barco mientras él se revolvía como podía. De repente, le dieron la vuelta y pudo ver hacia donde lo llevaban. Un cubículo de acero inoxidable con forma de ataúd le esperaba a estribor. Peleó con más fuerza; tanto que, al intentar introducirle en la caja, consiguió morder el bíceps de uno de sus captores. El escolta soltó un alarido de dolor y propinó un puñetazo en la cara de David. El joven se desvaneció.

No pudo ver cómo los guardaespaldas metían su cuerpo en la estructura rectangular. Tampoco cómo deslizaban la tapa metálica hasta quedar sellada. Ni cómo tumbaban el cubículo y lo arrastraban hasta el borde del barco. Sus ojos permanecían en la oscuridad cuando Juan se acercó tambaleándose hasta la caja. Se puso los dedos en los labios y los posó suavemente en la superficie.

—Nos vemos en otra vida —dijo soltando una lágrima.

Los gorilas empujaron la urna de metal al mar y esta desapareció en cuestión de segundos.

Epílogo

La oscuridad era total en el interior de la cabina de acero cuando David recobró la consciencia. El pánico se apoderó enseguida de sus músculos agarrotados y comenzó a aporrear las paredes de la rígida estructura con todas sus fuerzas. No consiguió nada; no escuchó ningún sonido en el exterior y tampoco parecía que la tapa se hubiera movido. Razonó, aterrado, que podían haberlo lanzado al mar. ¿A cuántos metros estaría de la superficie? Comprobó con cierto alivio que, al menos, no estaba entrando agua en el interior de la caja metálica. Lo supo gracias al tacto, ya que ni siquiera podía verse las manos. «Siempre hay una salida», se recordó.

Se dispuso a hacer lo único que podía en aquella situación: palpar las superficies internas de aquella estructura con la esperanza de hallar alguna cerradura o botón que le permitiera abrirla. Comenzó por el vértice superior. Fue deslizando los dedos por la superficie lisa del interior, poco a poco, trazando líneas invisibles para tratar de descubrir algún pequeño elemento al tacto. Llegó abajo del todo sin tener suerte. Sin desesperarse, giró sobre sí mismo y comprobó la superficie que estaba apoyada en el fondo marino. Tampoco tuvo suerte con este lado. Se orientó hacia su perfil izquierdo. Enseguida pudo notar algo que sobresalía a la altura de sus ojos: la superficie era igual de lisa, pero el tacto no era el mismo. Al llegar a uno de los extremos, notó un pequeño círculo que tenía un relieve diferente. Decidió presionarlo. El material cedió, permitiendo que David hundiera su dedo corazón en la silueta. En ese momento, el interior del cubículo resplandeció por completo, iluminado por una pantalla. La cara de David se reflejó en ella y una figura geométrica emergió, uniendo todos los puntos de su rostro. De repente, su imagen se desvaneció. En su lugar, apareció el avatar de una mujer afroamericana. Aquel dibujo animado era similar a los emojis personalizados de Apple, pero hiperrealista. Cada detalle de

los rasgos de la mujer estaba cuidado.

El avatar comenzó a hablar:

—Bienvenido, doctor Peña, al Proyecto Overmind, el cual explora el potencial del cerebro humano.

El avatar hizo una pausa mientras sonreía.

—Para formar parte de nuestra organización antes tiene que demostrar ser un humano apto. Alguien capaz de aportar soluciones a casos complicados, de abrir su mente y ser creativo. —Hizo una pausa —. Doctor Peña, ¿es usted un protector? Para poner a prueba su razonamiento, vamos a proponerle un ejercicio interesante. Estoy segura de que valorará el ingenio del enunciado, ya que se trata de un problema planteado por el gran Sherlock Holmes, una de las mentes más brillantes de la literatura y de la que yo me declaro fiel seguidora. Tendrá cinco minutos para resolverlo. Cuando tenga la respuesta, por favor introdúzcala a través del teclado en la pantalla.

«En un tren, el cobrador, el conductor y el revisor se llaman, en ningún orden particular, Smith, Jones y Robinson. Afortunadamente, o no, hay también tres pasajeros con los mismos apellidos, a los que me referiré como el señor Smith, el señor Jones y el señor Robinson, con el fin de distinguirlos del personal del tren».

El avatar se detuvo.

—¿Hasta aquí vamos bien, doctor Peña? —preguntó con esa sonrisa eterna—. No se preocupe, hay más información que voy a facilitarle. Además, podrá leer el enunciado todas las veces que quiera en la pantalla.

La mujer continuó recitando el problema:

—La primera aclaración es que el señor Robinson vive en Brixton y el cobrador vive en Chelsea. La segunda, que el señor Jones no sabe álgebra. Tercera: Smith normalmente gana al revisor al billar. Cuarta: el pasajero que comparte el nombre del cobrador vive en Tottenham. Y, por último, la quinta es que el cobrador comparte su local con el pasajero que enseña física matemática en el University College de Londres.

Hizo una pausa ante la estupefacción de David.

—¿Sabría decirme el nombre del conductor? Le advierto, doctor Peña, que no tiene información suficiente para descubrir el nombre de todos los hombres, pero sí la hay para averiguar el del conductor.

El enunciado apareció en la pantalla y, debajo, un teclado táctil. En la esquina superior derecha se mostraba una cuenta atrás que había empezado en cinco minutos. ¿Qué era todo aquello? ¿Una broma? ¿Acaso no estaba en el fondo del mar?

Decidió apartar todas esas preguntas de su mente y resolver el problema. Había leído alguna novela de Sherlock Holmes en el pasado, cuando era adolescente, pero no recordaba aquel ejercicio. Eso no lo ayudaría.

Volvió a leer el enigma una vez más. Tras hacerlo, decidió que lo mejor era crear una cuadrícula de asociaciones posibles e imposibles. Tendría que hacerla de cabeza, ya que no disponía de papel y bolígrafo. Fue leyendo una a una las informaciones. De esa manera, pudo establecer, vinculando la primera con la quinta, que el señor Robinson no podía ser el profesor porque vivía en Brixton. El señor Jones tampoco, porque no sabía álgebra. Por ende, el profesor tenía que ser el señor Smith.

La satisfacción embriagó a David por un instante. Estaba lejos de la solución, pero ya tenía algo. Miró la cuenta atrás: solo había consumido dos minutos y medio. Aún le quedaba la mitad.

«Si el señor Smith es el profesor —se dijo—, entonces vive cerca del cobrador, ya que comparten local. Es decir, el señor Smith vive en Chelsea. Vale, ¿pero de qué me sirve eso?».

David releyó de nuevo todas las aclaraciones, buscando cómo seguir. La cuenta atrás le estaba poniendo nervioso, aunque ni siquiera sabía si pasaría algo al resolver el acertijo o si simplemente se quedaría allí encerrado hasta quedarse sin aire.

Al repasar la cuarta aclaración se dio cuenta de que sabía dónde vivían dos de los pasajeros, por lo que el que vivía en Tottenham debía ser el señor Jones; por tanto, el cobrador se llamaba Jones.

La cuenta atrás entró en el último minuto.

«Si el cobrador se llama Jones y, según la tercera aclaración, Smith

gana al revisor al billar… —pensó con rapidez—. Entonces el revisor solo puede ser Robinson, por lo que el conductor se llama… Smith».

Se apresuró a introducir el nombre en la pantalla. Los enunciados, el teclado, la cuenta atrás…, todo desapareció de la imagen. En su lugar, se originaron unos fuegos artificiales sobre un cielo estrellado. De pronto, la superficie de acero se deslizó hacia arriba, dejando entrar el agua, la cual golpeó a David con fuerza. Cuando el mar inundó el cubículo completamente, nadó al exterior. Una vez fuera, se giró para contemplar la cabina que había funcionado a modo de prisión durante los últimos minutos. La sensación de agobio no era mejor allí afuera: la visibilidad era nula sin gafas de bucear y no sabía a cuántos metros estaba de la superficie; en cualquier caso, demasiado lejos para ascender sin equipo de buceo. Aunque lograra aguantar en apnea hasta llegar arriba, si no hacía paradas de descompresión, el nitrógeno que tenía en sangre le produciría una embolia de gas que le causaría la muerte. Iba a morir allí abajo. Juan lo había metido en una cabina sellada sabiendo que, aunque resolviera la prueba, no podría subir a la superficie a pulmón.

Se estaba quedando sin aire rápidamente debido al pánico. En medio de la desesperación, un haz de luz atravesó la oscuridad hasta alcanzarlo. Aquella luminiscencia se acercaba tan rápido como sus pulmones se vaciaban de oxígeno. Cuando estuvo a pocos metros de él, reconoció la figura de un hombre: máscara de buceo en el rostro, torso atlético al descubierto, bombona de oxígeno a la espalda, cinturón de plomo y aletas en los pies. Al llegar a su altura, se desenganchó el cinturón de plomo de la cintura y le ofreció el regulador. David lo cogió con ansia y tomó una bocanada de aire. Después logró ver a su salvador: Javier Silva se encontraba frente a él. Había colocado una mano frente a los ojos del joven, juntando las yemas del dedo pulgar e índice para formar una circunferencia vacía entre esos dos dedos y dejar los otros tres hacia arriba. David se apresuró a repetir el gesto, que en el argot de los buceadores significaba «Todo bien». Silva le indicó por señas que iban a compartir la botella de oxígeno. Le preguntó si tenía frío; David contestó que no. Por lo que Javier señaló

con el pulgar hacia arriba, signo inequívoco de que comenzaban la ascensión. A los pocos metros, el exmilitar llamó su atención: «Reduce la velocidad», le indicó. Fueron ascendiendo, ayudándose de las piernas mientras iban compartiendo el regulador. Al cabo de un minuto, Silva extendió su mano con la palma hacia abajo y colocó la otra debajo con los dedos índice, corazón y anular extendidos hacia arriba, apuntando a David. «Parada de seguridad», pensó el cirujano. Se alegró de haber hecho aquel curso básico de buceo durante unas vacaciones en Maldivas. Sintió un pinchazo al acordarse de aquello; había disfrutado de tantos buenos momentos con Alma en aquel viaje…

Tras unos minutos, y una parada de descompresión más, llegaron a la superficie. Junto al lugar donde emergieron había una Zodiac vacía. Silva la señaló para que fueran hacia allí. Ambos se tiraron boca arriba sobre la embarcación, exhaustos. El exteniente se quitó las aletas y las gafas de bucear.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó David, quien todavía trataba de recuperar el aliento.

Desde la embarcación, contempló con alivio que todavía podía ver, aunque bastante lejos, la península del palacio de la Magdalena.

—Un poco de agradecimiento no estaría mal, doc. —Silva le sonrió—. Con esta ya van dos veces que te salvo la vida.

—¿Cuál es la otra? ¿Aquella en la que tú mismo me querías meter una bala en la cabeza?

—Detalles sin importancia —respondió Javier sacudiéndose el pelo de agua.

—En serio, Silva, ¿qué haces aquí?

El exteniente se puso serio.

—Seguí a Hooker hasta el puerto. Pensaba abordar el barco antes de que se alejara y acabar con ese psicópata de una vez por todas.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Por ti, amigo mío —le confesó sacudiendo el pelo de David como si fuera un niño de ocho años.

El joven se apartó enojado.

—Estaba ya cerca del barco cuando vi el forcejeo y cómo luego te

metían en la estructura de metal y la tiraban al mar. Estuve tentado de seguir con mi plan, pero decidí que tu vida valía más que quitarle la suya a Hooker.

David lo contempló durante un momento, sereno, sin apartar la mirada. Formuló, decidiéndose, la pregunta que le rondaba la mente:

—¿Por qué quieres matar a Hooker? Tú trabajas para él. Salvó a tu mujer.

Javier Silva negó con la cabeza.

—Tú salvaste a mi mujer, David. Él solo la usaba para chantajearme. ¿Sabes que intentó matarme cuando me detuvieron? ¿Crees que mi mujer está a salvo con él vivo? Nunca lo estaremos, ninguno de los dos.

Se produjo un silencio entre ambos. El mar movía con suavidad la Zodiac.

—Entonces… ¿ahora qué? —preguntó finalmente David.

—Ahora, amigo mío, empieza la caza.

Nota del autor

En primer lugar, quiero agradecerte de corazón que hayas llegado hasta estas líneas. El mayor miedo de un escritor novel es que nadie quiera leer su historia. Ahora entre tú y yo se ha formado una conexión especial, porque has leído algo que ha salido de mi mente. Empecé esta novela en el confinamiento, aunque la idea me rondaba la cabeza desde mucho antes. He sido un lector voraz desde pequeño y eso, sin duda, alimentó mi imaginación y la inquietud por escribir. Cuando llegó el momento de ir a la universidad, quise elegir Comunicación Audiovisual, ambicionaba contar historias sea como fuere: en forma de novela, de guion o de vídeo. Pero el mundo actual no te empuja a conseguir tus propios sueños, sino a ganarte bien la vida, por eso, alguien me habló de la publicidad: «Si te gusta el mundo de la creatividad, mejor estudia publicidad»; «Tiene muchas salidas», la gran frase. Y era cierto que las tiene, y también es cierto que es apasionante, pero la cabra tira al monte. Han sido demasiados años desoyendo las historias que esperaban ser escritas. Ahora prepárate porque vienen muchas más.

Si te ha gustado *Proyecto Zero*, te invito a recomendarlo y compartirlo con amigos y familiares. ¡Eso sí! Las identidades de Hooker y de la bestia deben seguir siendo nuestro pequeño secreto.

A cambio de que me hagas ese favor, te ofreceré un pequeño detalle que seguramente no se te ha pasado por alto a lo largo de esta historia. La carta del hijo de Beltrán nunca se llega a leer por completo y, por tanto, no se desvela qué fue de él. Como quizá pueda ser importante para el futuro, te la dejo a continuación. Nunca se sabe por qué caminos llevará la caza.

Una de las cosas más bonitas que me han pasado desde la primera vez que autopubliqué esta historia son los mensajes que recibía de lectores de todas partes de España. Te animo a que te pongas en

contacto conmigo para contarme tus impresiones a través de mis redes sociales o de mi web.

Espero que nos conozcamos pronto.

Un fuerte abrazo,

@bydanisanchez
www.danielsanchezcantero.com

Querido papá:

Aquí tengo mucho tiempo para pensar. Últimamente me acuerdo de cuando era un adolescente y me llevabas contigo de caza. ¿Te acuerdas de cómo lo odiaba? No soportaba ver la sangre en un pobre animal y ahora veo personas desangrarse hasta morir y no siento nada.

Ya ni recuerdo la última vez que dormí del tirón. Puede que fuera antes de irme, antes de lo de Yolanda. Sé que no entendiste mi decisión, pero no podía quedarme de brazos cruzados sin hacer nada después de lo que le hicieron a tanta gente, después de lo que le hicieron a ella. Papá, se murió en mis brazos. Me despierto cada día con su cara agonizante, ahogándose en su propia sangre. ¿Es justo eso? ¿Es justo que muriera en nuestro aniversario de bodas? ¿Es justo que los que planearon el atentado sigan vivos aquí en Irak? Cientos de personas murieron aquella noche en París. No podía simplemente cruzarme de brazos ante la injusticia, me remordería la conciencia.

Sé que has movido cielo y tierra para hablar conmigo. No lo intentes más, no puedo escuchar tu voz. No quiero que me digáis que vuelva a casa porque no lo haré. Me quedaré aquí hasta que acabe la guerra. Hasta que mueran ellos o hasta que muramos nosotros. No sabes cómo son: van drogados hasta arriba, usan niños, mujeres, ¡les da igual! En cambio, mis compañeros *peshmergas* son duros, casi todos tienen formación militar. Agradecieron recibir a un policía de España, aunque fuera al informático.

Tengo que despedirme ya. Hace días que estamos en primera línea, bajo el fuego de los morteros. Te volveré a escribir cuando esté de vuelta en el cuartel general kurdo.

Te quiero, papá. Dale un beso a mamá. Cuidaos mucho y no os preocupéis por mí.

Atentamente,

ROBERTO

Agradecimientos

Esta es, para mí, una de las páginas más importantes del libro. Quiero dar las gracias a todas las personas que han hecho posible que tengas esta novela entre las manos.

Me gustaría empezar —con el permiso de mi padre, de mi hermana Raquel y de mi abuela, quienes son tan importantes para mí— dándole las gracias a mi madre. Ella fue la primera persona que tuvo que lidiar con lo que, en aquel momento, era todavía un borrador cargado de imperfecciones. Sus sugerencias, de lectora empedernida, han sido de gran ayuda para dotar a la obra de mayor calidad.

A Marina, mi compañera de vida, quien, además de idear el título, ha estado apoyándome todo este tiempo, aguantando mi obsesión y aportando ideas a una historia que tenía en la cabeza y que necesitaba sacar con urgencia.

A mis lectores beta: Ignacio, Juanma, Javi, Berni y Mónica. Millones de gracias por vuestros valiosísimos comentarios. A Ignacio por su fe inquebrantable en mi historia y por abrir nuevos horizontes. A Juanma por su rotunda sinceridad; sus comentarios, aunque dolorosos, pulieron mi manera de narrar. A Javi por subirme la autoestima y detectar escenas aburridas. Y a Berni y a Mónica, quienes, además de ser lectores beta y pareja, son enfermeros: muchas gracias por todos vuestros consejos médicos. La ambientación en el hospital no sería la misma sin vuestra ayuda.

Para perfilar al protagonista de esta historia y su profesión, he contado con la colaboración de un excelente neurointervencionista, mi amigo Juan, que ha dedicado horas a explicarme técnicas, casos concretos, diagnósticos y a hablarme del futuro de la neurocirugía. Amigo, te pido perdón si he exagerado algunas escenas en favor del ritmo de la trama.

Para las escenas policíacas y militares, he recibido la inestimable

ayuda de mi amigo Álvaro, quien es agente de policía. Además de los detalles policiales, me ha facilitado información sobre los grupos de operaciones especiales del Ejército, lo que ha resultado crucial para armar los capítulos bélicos del pasado de Silva.

Después de bastante tiempo buscando un veneno apropiado para la bestia, algo con gancho y que no se identificara con facilidad… llegó Eloísa con su cloruro potásico y el puntazo del humor vítreo. Para mí, uno de los elementos más icónicos del libro y, por ello, el elegido para ilustrar la portada de la edición autopublicada. ¡Gracias, doctora!

Hablando de autopublicación, tengo que dar las gracias a tres personas que considero muy importantes para que esa primera versión pudiera llegar a miles de lectores. A mi hermana, Raquel Sánchez, que es una fantástica ilustradora y estoy seguro de que gran parte de ese éxito se lo debo a la portada que me diseñó. A mi amigo Joaquín, que hizo un trabajo soberbio con la maquetación del libro de tapa blanda, y a mi primera correctora, Cristina, quien puso toda su pasión, ganas e ilusión en mi novela.

Ese primer empuje fue esencial para que mi novela llegara al sitio donde siempre quise que estuviera, con los mejores, con el equipazo de Suma de Letras. Y prácticamente toda la culpa de eso la tiene mi nueva editora, Ana Lozano, que confió en el potencial de esta historia desde el principio, y sus inestimables sugerencias y su ojo crítico me han ayudado a aumentar la intriga y la calidad de la obra. Gracias, Ana, por conseguir que haga realidad mis sueños. También agradecer a todo el equipo de Suma, desde marketing, comunicación edición, corrección, hasta comercial, porque sin ellos *Proyecto Zero* no podría haber llegado tan lejos. Y, en especial, agradecer a Gonzalo Albert por apostar por mí entre tantos otros.

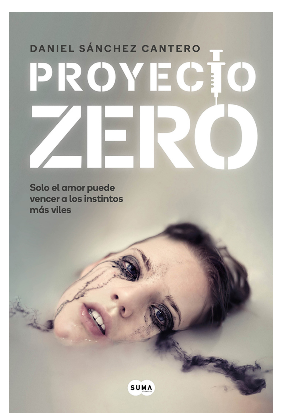
No quiero terminar sin dar las gracias a los héroes de esta historia y de la pandemia: a los sanitarios, quienes han llevado sobre sus hombros la lucha contra el coronavirus. Gracias por vuestro esfuerzo y por proteger a la sociedad de la manera en la que lo habéis hecho.

Y me he dejado el mejor agradecimiento para el final, gracias a ti por leer mi novela, porque le das sentido a tantas horas de esfuerzo.

Atentamente,

Daniel Sánchez

¿ALGUNA VEZ TE HAS SENTIDO OBSERVADO?



Una organización secreta, El Núcleo, con un único objetivo: ejecutar su plan.
Un exmilitar contratado para que todo salga según lo previsto…
Una bestia…
Una serie de asesinatos en cadena…
Un virus letal que recorre el mundo…

Y un neurocirujano en el centro de todo. La vida de David Peña, neurocirujano en un hospital de Cáceres, cambiará para siempre al encontrarse con un misterioso hombre que observa las vistas de la ciudad desde el mirador de la montaña. David no sabe que ese individuo es Javier Silva, un exmilitar contratado para ejecutar un plan, y comprenderá que se ha convertido en alguien incómodo cuando intente matarlo unos minutos más tarde.

En paralelo, se ha desatado el pánico en los hospitales. El virus de la COVID-19 genera muerte y confusión entre la sociedad y la comunidad científica. Y en medio de ese caos, un asesino, una bestia, encuentra la mejor vía para matar.

Proyecto Zero es un thriller original que combina medicina, conspiración, investigación policial y dilemas morales. Una novela con un ritmo imparable, una estructura inteligente y una trama llena de acción y detalles que aporta frescura al género.

Daniel Sánchez (Cáceres, 1989), graduado en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad Pontificia de Salamanca, ha desarrollado la mayor parte de su actividad profesional en Mallorca, donde reside y trabaja actualmente como director de Marketing de una multinacional hotelera. Sus grandes pasiones son viajar, los deportes, la naturaleza y los libros. Es un gran enamorado del género thriller y, tras el éxito y las buenas críticas cosechadas al autopublicar *Proyecto Zero* en diciembre de 2021, entra ahora pisando fuerte en el mundo editorial de la mano de Suma de Letras.



Primera edición: octubre de 2023

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Ilustración de portada: © Getty Images

ISBN: 978-84-9129-924-0

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Índice